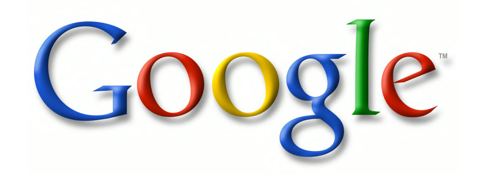

Google

El Gabán y la chaqueta

Antonio Trueba







EL GABAN Y LA CHAQUETA.



1ª ed

EL GABAN

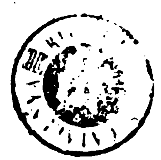
Y

LA CHAQUETA

POR

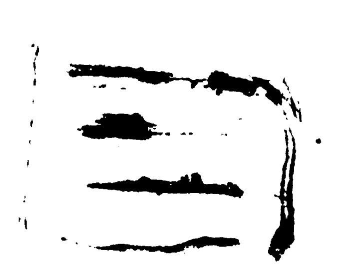
D. ANTONIO DE TRUEBA.





MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1872



ÍNDICE.

Páginas.

Páginas.

PRÓLOGO.

I.

Este libro no es una novela, porque carece de las condiciones que á la novela exigen los maestros del arte. Lo más que puede ser es un pretexto novelesco para decir mil cosas, más ó ménos útiles y agradables, que el autor ha creido más ó ménos dignas de decirse al público.

El secreto principal del placer que nos produce el arte de la palabra hablada ó escrita, está en que el que habla ó escribe expresa cosas ó afectos que nosotros pensábamos ó sentíamos y no acertábamos á expresar. Ocurre con frecuencia en la conversacion familiar, que no acertamos á expresar una cosa ó dudamos que nuestro interlocutor nos haya comprendido, y nuestro interlocutor viene en nuestra ayuda diciendo:

—Le he comprendido á usted: lo que usted quiere dar á entender es esto.

—¡Eso es! exclamamos con alegría.

Pues algo muy parecido á esto sucede entre el público que no acierta á expresar ó duda que se comprenda lo que piensa ó siente y el arte de la palabra que viene en su ayuda.

—Le he comprendido á usted: lo que usted quiere dar á entender es esto, dice el arte.

—¡Eso es! exclama el público con alegría; y esta alegría es el placer que produce el arte de la palabra.

El arte ha hablado, como Dios le ha dado á entender, en las páginas que siguen á este prólogo. Falta ahora saber si al oir al arte, el público exclama con alegría:

—¡Eso es!

El escritor ha hecho cuanto ha podido porque así suceda; pero en el mundo moral y material que le rodeaba habia tanto desbarajuste, tanta opresion, tanta apostasía, tanto veneno y hasta tanta sangre, que el arte, que no puede vivir ni respirar á gusto sino en la serena region del amor, y la justicia y la libertad, le gritaba á cada instante: ¡Déjame, que no tengo fuerzas ni aliento para cumplir mi santa mision en la tierra!

¡Y el desaliento y la perturbacion del arte se reflejaban en el alma y la obra del artista!

II.

El prólogo de un libro debe tener dos principales fines, que son: explicar al lector el por qué de la conducta del autor del libro y explicar el libro mismo. Ambas explicaciones tienen á su vez su fin, que es el de identificar al lector con el autor, para que, comprendiéndose ambos, encuentre el lector más placer y utilidad en la lectura. Sigamos procurando llenar estos dos fines principales del prólogo.

Cuando se escribia este libro (que se pudiera calificar de «solaces de un español pacífico mientras sus compatriotas andaban á balazos») las pasiones políticas estaban tan enconadas, que los que contamos medio siglo de vida no recordamos haber visto tal encono político, ni áun cuando allá, entre los recuerdos de nuestra infancia, vemos á dos gran-

des ejércitos controvertir á tiros y bayonetazos los derechos de dos príncipes á la corona de España. Como la exacerbacion de las pasiones políticas lleva consigo la intolerancia, el autor de este libro creia que más de una voz, trémula y balbuciente de ira, se habia de levantar á preguntarle por qué él que tiene corazon de manso cordero, y parece haber heredado con la sangre maternal algo de las entrañas de las madres, y ni áun cuando personalmente ha sido maltratado por el injusto espíritu de partido, ha despegado los labios para quejarse, ha escrito con hiel más de una página de este libro. Cierto que en este libro faltan la mansedumbre de corazon y la serena placidez de espíritu que en los humildes escritos de su autor rara vez faltan, y hay que explicar el por qué.

Por desdicha han pasado en España los tiempos de los suaves idilios literarios con que simpatizan hondamente el alma y la razon del autor de este libro, y mientras estos dichosos tiempos no vuelvan ¡que sabe Dios cuando será! el poeta tiene que arrojar por la ventana el pomo de tinta de color de rosa para reemplazarle con pomo de tinta de color de hiel, si al terminar su canto no ha de exclamar desfallecido é indignado como el cantor de *Los Lusiadas:*

¡No más, musa, no más! La lira tengo
destemplada y la voz enronquecida,
no de cantar, de ver que á cantar vengo
á gente sorda y de alma endurecida!

III.

El autor de este libro, nunca indiferente al bien ni al mal de su patria, que principia en Vizcaya, continúa en España y concluye allí donde concluye la humanidad, ha seguido el curso de las cosas públicas desde que tuvo uso de razon, unas

veces entristeciéndose y otras alegrándose, pero siempre en silencio, porque su timidez y su indulgencia no le dejaban aplaudir ni reprobar. Hace cerca de cuatro años, desde el extremo opuesto de España llegaron al rincon libre y feliz donde vivia solemnes promesas de libertad, de honra y de justicia, que vienen á ser una misma cosa, y su corazon entristecido al ver rodar por el suelo un trono secular, derribado por ingratos que se arrodillaron en sus gradas y crecieron á su sombra, se extremeció de júbilo creyendo que aquellas promesas se habian de cumplir, si no por virtud del patriotismo, al ménos por virtud del pudor. ¿Qué ha visto y oido desde entónces en su patria, que ya ha dicho donde comienza? Si un ciego y sordo-mudo recobrase de repente por virtud de Dios vista y oido y viese y oyese lo que el autor de este libro ha visto y oido en su patria en estos últimos años, recobraria tambien el habla por virtud de su indignacion, y diria, cuando ménos, lo que el autor de este libro ha dicho y espera decir muy pronto sin faltar á la augusta veracidad de la historia.

IV.

Cuando se escribia este libro, el alma de su autor se indignaba con las apostasías é ineptitudes pasadas y presentes, y se entristecia con las desdichas venideras. Cuando se escribe este prólogo, el autor se asoma á su ventana y oye silbar las balas de la guerra civil, que Dios maldiga porque es guerra de Caines. ¡Ah! ¡qué horrible es la defensa de la causa más santa andando á tiros hermanos con hermanos!

La libertad y el derecho son una cosa misma, y en este concepto unos y otros pretenden ser los mantenedores de la libertad.

« La libertad, ha dicho Nodier, es un tesoro que se encuen-

tra en el trabajo asíduo del obrero, en los triunfos legítimos del artista y el poeta, en las meditaciones del sabio, y sobre todo en la conciencia del hombre de bien.» Pero vaya el autor de este libro, indocto, pero asíduo obrero de la inteligencia, á decir á sus compatriotas de uno y otro bando que más han hecho por la libertad y la felicidad de la patria los que han glorificado, en tres ó cuatro libros, á Dios, á la familia, á la patria y al trabajo, que los que luchaban, mientras se escribian estos libros, en los comicios armados del rencor y el fraude ó en los campos armados del rencor y el fusil! Sí, vaya á decir á ciegos y enconados banderizos que los libros bien intencionados son rastro de bendiciones que fecundan, y las luchas fratricidas rastro de lágrimas que esterilizan! Sí, vaya á decir esto á los que quizá guardan la infame nota de mal ciudadano para estamparla en la honrada frente del que se atreve á escribir estos renglones!

V.

El autor de este libro está persuadido de que todo escritor, por humildes que sean sus aspiraciones, tiene el deber de decir á la humanidad algo que la instruya, sin contentarse con decirle algo que la divierta. Como quiere más la vergüenza de la inmodestia en el rostro que la mancilla de la hipocresía en el corazon, dirá sin circunloquios ni ambajes que cree haber cumplido aquel deber, cuanto sus débiles fuerzas se lo permitian, siempre que ha escrito para el público, y particularmente al escribir este humilde libro. El edificio que ha levantado con este y otros libros tiene alguna analogía con los santuarios y las escuelas de nuestras montañas vasco-cántabras: por fuera es rústico y sencillo; por dentro enseña algo y consuela mucho. Quizá el autor ha monopolizado para su propio consuelo al-

gunas de las páginas de este libro y otros, y en ello ha faltado á las prescripciones del arte. Perdónesele esta debilidad, pues en la vida pública y en la vida privada tienen los de su profesion mucha necesidad de consuelos para no desmayar ántes de llegar á la cumbre de este calvario de la vida literaria española, donde la pluma es cruz que descoyunta los hombros! Quizá no todos ven con gusto que hasta cuando más se aleja de sus montañas nativas, no sale de ellas, como se nota en este libro en que su mente no sabe vagar por el recinto de Madrid sin abandonarle con frecuencia para volar á donde la oreen las brisas del Océano cantábrico, como la madre de nuestras caserías vascongadas no sabe trabajar en la heredad sin volar con frecuencia al hogar donde la sonrisa y el amor del niño que allí juega la consuelen y alienten para el trabajo. Perdónesele esta otra debilidad, pues tiene razones de corazon y entendimiento para incurrir en ella.

Hay muchas provincias en España que no han tenido aún quien trace y dé á luz el mapa del mundo de su sentimiento, del sentimiento popular que vive fecundo y hermoso en el hogar, en el templo, en la heredad y en el taller. Vizcaya pertenecia al número de estas provincias, y el autor de este libro su inhábil, pero amoroso y perseverante hijo, tiene la gloria que nadie le puede negar, aunque se le niegue hasta la virtud del patriotismo, de ser el primero que ha emprendido y realizado en parte esta obra, merced á la cual ya hay en todo el mundo culto, donde apenas se conocia el nombre de estas nobles comarcas, muchos que saben cómo se vive, cómo se ama, cómo se ora, cómo se trabaja, cómo se goza y cómo se padece en ellas. Presiente su corazon el dolor de los dolores de su vida, que será ir á terminarla léjos de la tierra natal despues de haber esperado lo que habia ansiado siempre, que es encontrar en ella el descanso de sus huesos; pero donde quiera que continúe su vida, continuará su obra, porque su corazon,

á pesar de su ingénita mansedumbre, se iergue indomable y altivo sobre toda opresion y toda injusticia.

VI.

El autor de este libro no está del todo satisfecho de su obra, lo que le hace creer que mucho ménos lo estará el público. Para entenderse bien las gentes es necesario descender al lenguaje sencillo y práctico, por más que repugne al arte literario, que amigo de imitar á la naturaleza, propende siempre á la elevacion como el suelo que busca á Dios con sus montañas y las plantas que le buscan con su copa. Empieza por no satisfacerle del todo el título de su libro. Plinio ha dicho que el escritor no debe olvidar mientras escribe el título que ha puesto á la cabeza de su obra. Ha obedecido este precepto el autor de la presente; pero conoce que un libro cuyo título es El gaban y la chaqueta, debia ser el cuadro completo de la vida de las dos clases sociales en que se divide la humanidad condenada por Dios á ganar el pan con el trabajo de los brazos ó con el trabajo de la inteligencia, y en vez de ser este cuadro, es sólo uno de sus detalles. La única satisfaccion que puede dar á este reparo es la humilde y sincera de que no se ha creido capaz de cuadro más completo ni de título más adecuado. Hace un año publicó, con el título de *Cielo con nubecillas*, y la calificacion de *Recuerdos de la vida rural y familiar de Vizcaya*, otro libro, que para cuando se publiquen estos renglones ya habrá ampliado y perfeccionado considerablemente, á fin de volverle á dar á luz con la esperanza de que sea el ménos imperfecto de los suyos. ¿Por qué le satisface más aquel libro que éste? Quizá responda á esta pregunta lo que vá á decir: el autor de este libro, escrito casi en su totalidad vagando mentalmente por las calles de Madrid, se siente muy

mal y trabaja muy mal, cuando no se siente y trabaja al aire libre, vagando por los campos, libre como los pájaros del cielo: en las plazas y en las calles se ahoga y desfallece. Más aún; cuando se aleja de los campos nativos camina de espalda, como el poeta Jazmin cuando se alejaba de Tolosa, para perderlos de vista lo más tarde posible, y no de otro modo caminaria aunque le comprendiese la sentencia de San Agustin: *Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt,* donde no están los alaban, donde están los crucifican!

Bilbao, Mayo de 1872.

EL GABAN Y LA CHAQUETA.

I.

El señor cura se divierte con sus gallinas.—Doña Rosa rabia con Purita.—Purita trae agua en la jarra y en los ojos.—Martin es acusado de reincidente.—Busca y comparecencia del acusado.—Lo que se decian dos venerables parras.—Un poco de muertos.—Otro poco de sentimiento y arte.—El contra de la abogacía.—De cómo Garibay huyendo de Málaga dió en Malagon.—El pró de la abogacia.—Triunfo del alma sobre el cuerpo.—Nuevas angustias de Purita.—Versitos ocultos.—Que salga el autor, y el autor no sale.

El señor cura de Urtiaga, que acababa de venir de la iglesia, donde habia dicho misa temprano, como sucedia todos los dias de labor, estaba una mañana de Setiembre tomando chocolate en el corredor entoldado por el ramaje de dos grandes parras, que daba sobre la huerta. Más que el chocolate, parecian complacerle los saltos que bajo el corredor daban las gallinas para coger las migas de pan que les echaba, designando á cada gallina con un nombre cariñoso.

Entre tanto, Doña Rosa, su ama de gobierno, se consumia, refunfuñaba y se asomaba cada

instante á la ventana viendo que no parecia la chica, que al llegar el señor cura de la iglesia, habia ido á la fuente por agua fresca para él.

La chica, que era una rubiecilla de trece á catorce años, sonrosadita como las cerezas á medio madurar, llegó al fin, jadeante y con los ojitos azules con manifiestas señales de haber llorado y querer llorar aún, y desentendiéndose de las cuentas que su madre le pedia por su tardanza, se dirigió al comedor y puso la jarra blanca sobre la mesa, donde ya estaba á punto de echarla de ménos el señor cura, que en aquel instante daba el último sorbo al chocolate.

—¿Qué es eso, chiquita? le preguntó cariñosamente el señor cura reparando en las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos.

—Señor tio, contestó la niña dando rienda suelta á sus lágrimas, riña usted á Martin, porque se empeña en morirse como su madre.

—¿Qué es lo que dices, loquilla, si Martin, siguiendo mis consejos, está ya resignado con la voluntad de Dios, que siempre dispone lo justo?

—Pues no, señor, no está resignado, porque despues que le ha ayudado á usted á decir misa, se ha ido hácia la ermita, y allí se ha puesto á llorar mirando hácia el huerto-santo, y allí está llorando todavía.

—¿Pero qué sabes tú?...

—¿Pues no lo he de saber, señor tio, si allí le dejo ahora mismo? Desde la bajada al rio le ví sentado en el pórtico de la ermita, y sospechando que habia subido allí para llorar á solas, subí allá, y llorando le encontré, y por más que le he reñido y suplicado para que no llorara, ¡no me ha hecho caso!

La niña pronunció estas últimas palabras con tal desconsuelo y aumento de lágrimas, que el cura se conmovió, y atrayéndola hácia sí intentó consolarla, pasándole cariñosamente la mano por la encendida mejilla y diciéndole:

—Vamos, boton de rosa, no tomes tan á pecho las cosas de ese terco de Martin, que yo lo arreglaré todo. Anda, vé y díle á ese pícaro chico que le llamo yo. Verás qué cositas me va á oir.

—¡Ay, señor tio! exclamó la niña en tono de súplica y ya como pesarosa de haberse quejado de que Martin no le habia hecho caso; no le riña usted mucho, porque entónces se va á poner más triste y va á llorar más aún!

—No tengas cuidado, que ya sabes que le quiero tanto como tú.

La niña suspiró como diciendo que era imposible que nadie quisiera á Martin tanto como ella.

—Anda, hija, anda, le repitió el señor cura, y díle á ese loco que venga inmediatamente.

La niña se dirigió corriendo hácia el rio. La

casa del señor cura, otras tres ó cuatro y la iglesia, á cuya espalda blanqueaban las tapias del camposanto, estaban en el collado, por entre el cual y la montaña se abria paso un riachuelo, en cuya orilla blanqueaba el enharinado techo de un molino y negreaban las ruinas de una ferrería. En la orilla opuesta, que era la del lado de la montaña, frente al molino, estaba la fuente, que brotaba bajo una mata de avellanos silvestres y madreselva, y más arriba de la fuente, en un rellanito poblado de robles y hayas, se destacaba una ermita consagrada á la Vírgen de la Soledad, cuyo pórtico, resguardado de la intemperie con un tejadillo sostenido por dos postes de madera, daba hácia la iglesia y las casas.

Purificacion ó Purita, como llamaban á la niña abreviando su nombre como es muy comun en las provincias vascongadas, donde la ociosidad ni áun en los nombres gusta, se detuvo al empezar la bajada al rio y gritó á Martin, á quien veia aún sentado en uno de los poyos del pórtico de la ermita:

—Martin, dice el señor tio que vayas allá inmediatamente.

Martin no contestó, pero se levantó en seguida y tomó cuesta abajo.

Al pasar por delante de la iglesia precediendo á Martin, Purita no se contentó con santiguarse

como hacia siempre que pasaba por allí, sino que se detuvo, y con las manos juntas en señal de súplica y los ojos fijos en una imágen de la Vírgen que estaba sobre la puerta principal de la iglesia, permaneció allí algunos instantes absorta en no sabemos qué súplica, que debia ser muy santa y entrañable, á juzgar por la inocencia del corazon de que brotaba y por las lágrimas que al formularla cegaban los ojos de la niña.

Martin era un muchacho como de diez y ocho años, alto, delgado, descolorido y triste á la sazon, de pelo castaño claro, y el bozo que le acababa de apuntar, muy rubio.

El señor cura le esperaba en el corredor, donde habia vuelto á entretenerse echando á las gallinas migas de pan alternadas con algunas uvas rezagadas, que buscaba y encontraba entre el follaje de las dos parras moscateles que trepando de la huerta á los dos extremos del corredor, iban á encontrarse en medio de éste diciéndose en voz bajita, de esa que no todos en el mundo entienden, inclusos muchos que, prevalidos de que escriben renglones desiguales, se llaman poetas: «¡Qué dulce mision es esta que Dios nos ha dado, desde que hace cerca de doscientos años nos plantó el bisabuelo del señor cura! Las líneas rectas y curvas que forman nuestros troncos y nuestros multiplicados brazos son letras que van perpe-

tuando la historia y el recuerdo de la vida íntima de las generaciones que van naciendo y amando y descansando á nuestra sombra.»

Cuando Martin atravesó las habitaciones para salir al corredor donde suponia al señor cura, le salió al paso Doña Rosa, que creyó conveniente tomar á su cargo el exordio del sermon que el señor cura iba á echar al muchacho.

—Anda, morena, ¡qué ojitos traes de llorar! exclamó. Te estará bien empleado que tu tio te ponga de vuelta y media, ya que eres terco y por un oido te entran y por el otro te salen los consejos que te damos todos los que te queremos.

—Déjale, mujer, déjale á ese, que yo le cantaré la cartilla, dijo el señor cura interrumpiendo á Doña Rosa.

Purita, que se hallaba presente y guardaba silencio, dirigió al tio una mirada tan hondamente suplicatoria en favor de Martin, que el señor cura no pudo ménos de sonreirse de la inocencia y la bondad de la niña.

—¿Qué manda usted, señor tio? dijo Martin saliendo al corredor.

—Mando que te sientes aquí y hablemos un rato como amigos, y sobre todo, como hombres formales, puesto que ya vas teniendo edad para serlo.

El muchacho se sentó en una silla que le de-

signaba el señor cura, al lado de su sillon de madera con asiento y espaldar forrados de cuero sujeto con tachuelas amarillas.

—¿Qué hacias en el pórtico de la ermita? añadió el señor cura.

El muchacho bajó tristemente la cabeza y guardó silencio.

—¿Llorar, no es verdad? Pero, hijo, ¿es cosa de que á todas horas te estemos repitiendo lo mismo?... Santo y muy bueno que lloremos y desahoguemos nuestro corazon al perder á las personas que nos son queridas, y sobre todo al perder á nuestros padres; pero cumplidos este deber y esta necesidad de la naturaleza, la razon recobra y debe recobrar su dominio para recordarnos que el que muere no hace más que cumplir con una condicion natural con que hemos venido todos al mundo. Tus padres hicieron la jornada de la vida todo lo honradamente que pudieron, y lo que á tí te toca es poner todo tu conato en hacer y terminar honradamente la tuya, en vez de abatirte y llorar y echarte en el surco sin utilidad propia ni de la familia, á quien estás obligado á honrar y servir.

—Es verdad, tio; pero el recuerdo de mi madre me persigue á todas horas y en todas partes, y el dolor que me causa turba de tal modo mi razon, que olvido todo eso...

—Pero, hijo, ¿por qué no lees, por qué no estudias, dando así á tu imaginacion empleo que la distraiga de ese recuerdo?

Martin no contestó; pero Doña Rosa, que se habia puesto á coser, con Purita al lado, en el comedor por donde se salia al corredor, se encargó de contestar por él.

—No se distrae ese terco por llevarnos la contraria á todos, y particularmente á esta pobre, que es quien más se aflige viéndole triste.

—Pero, tia, ¡si es que no puedo!

—Dí que no quieres. Pues qué, ¿no sabemos todos quién eras ántes? ¡Cuántas veces te hemos oido decir: «Jesús, no sé cómo hay quien se aburra teniendo libros, papel y tinta!» Hace dos años que en la aldea apenas se ha muerto nadie ni ha habido desgracia ni fiesta sin que lo lloraras ó celebraras componiendo unas coplas que se quedaba una boba al oirlas. ¿Por qué no te distraes y desahogas ahora que puedes hacerlo más de corazon que nunca, sacando cantares de tus penas como los has sacado de las de otros? Cantar los males propios algo debe doler; pero al fin cantar es, y como dice el refran, el que canta, su mal espanta.

—Ya he querido hacerlo, tia; pero no he podido.

—Tiene razon el muchacho, Rosa, dijo el se-

ñor cura, que aunque no era un sabio, era hombre de entendimiento claro, y como por instinto iba siempre por el camino derecho, particularmente cuando iba á averiguar misterios del corazon. Yo entiendo que los poetas, para cantar, necesitan á la par sentimiento y arte, y cuando les falta una de estas cosas, les es inútil la otra. Cuando hay exceso de agua en el rio, embaraza los rodetes del molino é impide su movimiento. Así me parece á mí que cuando hay exceso de sentimiento en el corazon de los poetas, embaraza al arte y le paraliza. Un poeta de Madrid vino por aquí un verano y le acompañé hasta la orilla del mar, que nunca habia visto el poeta. Cuando vió el mar, prorumpió en lágrimas de admiracion y entusiasmo.—¿Por qué, le dije, no saca usted su cartera y su lápiz, y aprovecha usted el sentimiento que en este instante le domina para cantar esa maravilla de Dios?—«Porque el corazon, me contestó, canta á veces sin ayuda del arte, como el mio canta ahora, y cuando canta solo, canta bajito, bajito, para que nadie profane sus cantares analizándolos.» Dejamos la orilla del mar, y ya léjos de ella, el poeta cantó el mar con ayuda del arte. Martin cantará tambien con ayuda del arte sus dolores, pero será cuando esté léjos de ellos. Ahora que está cerca, los canta sólo su corazon y los canta bajito, bajito, para que na-

die los profane analizándolos. Martin, que tan aficionado á las musas va saliendo, no habrá dejado de leer á Garcilaso, y por consecuencia recordará á aquel pastor que, invitado á que cante el placer que experimenta, responde:

« Mi placer poco seria
si se pudiese cantar. »

Doña Rosa, Purita, y sobre todo Martin, comprendieron lo que el señor cura decia, aunque fuesen incapaces de explicarlo ni áun tan imperfectamente como lo explicaba el señor cura.

Martin, no pudiendo resistir el deseo de significar á su tio su gratitud y su satisfaccion por aquella interpretacion de lo que él pensaba y sentia, tomó la mano del señor cura, y despues de estrecharla entre las suyas, la besó con toda la efusion de su cariño.

El señor cura continuó dirigiéndose á Martin:

—Ya que estamos aquí reunidos contigo todos los que más te queremos y más nos interesamos en tu dicha y tu porvenir, vamos á tratar un poco cosas que á tu porvenir y tu dicha atañen mucho.

Tus padres, que estén en gloria, contaban con pocos medios para darte una carrera literaria ó científica; pero pensaban dártela áun á costa de grandes sacrificios, y con este objeto te enviaron al Instituto de Bilbao, donde tan aventajada-

mente terminaste la segunda enseñanza. Tanto tu padre como tu madre, al encargarme, poco ántes de morir, que hiciera sus veces para contigo, me dijeron que éste habia sido su pensamiento, y deseaban que yo hiciese lo posible por realizarle. Con que vamos á ver, hijo, á qué carrera, de las ménos costosas y socorridas, te sientes más inclinado.

—Tio, ya sabe usted mi aficion á la literatura. Quisiera seguir una carrera que tuviese alguna conexion con los estudios y trabajos literarios; por ejemplo, la de leyes...

—Esa carrera no es de las más aridas ni largas; pero es una carrera casi puramente de adorno, porque en España el ochenta por ciento de los abogados no tienen siquiera quien les encargue un mal pedimento. No hace mucho tiempo dijo un periódico que en una oficina particular de Madrid, se dieron por oposicion dos plazas de escribiente dotadas con tres mil reales anuales cada una y sin esperanza de ascenso ni mejora, y entre los treinta jóvenes que se presentaron como aspirantes á ellas, habia doce abogados.

—Pero, tio, me parece á mí una profesion muy noble, y áun muy santa, la que tiene por objeto conocer las leyes que son la salvaguardia de la sociedad, abogar por la inocencia que es la

predilecta de la justicia del cielo y de la tierra, y apoyar el derecho que es la justicia.

—Tienes razon, hijo; pero...

—¡Luego esa profesion, tan antigua como la sociedad civil, fué la de tantos hombres ilustres!...

—Tienes razon, hombre; pero con todo eso...

—¡Ah! ya comprendo por qué no le gusta á usted, señor tio: nuestro paisano, el insigne historiador Garibay, dice que sus padres querian que fuese legista, y no lo fué porque les dijeron que la abogacía era profesion muy peligrosa para el alma. ¿Teme usted tambien?...

—No, hijo mio, no temo tal cosa, porque tal temor seria insensato. Mi misma profesion, la del sacerdocio, que se considera la más santa de todas, ofrece más peligros para el alma que la del abogado, por lo mismo que tiene para con Dios deberes más directos y grandes. En todas las profesiones puede haber santos y réprobos; y muy ciegos eran los padres de Garibay y sus consejeros para no conocer que la profesion de historiador, que al fin eligió el ilustre mondragonés, quizá era más peligrosa para el alma que la de jurista; porque si la Historia es, como dice Ciceron, «testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria y maestra de la vida,» ¡qué inmensa responsabilidad no pesa sobre el alma del que acepta la difícil, delicada y altísima mi-

sion de escribir la Historia, encargada, segun Tácito, de estampar el sello de la inmortalidad en la virtud, y la nota de infamia en el vicio! Para juzgar, hijo mio, cuál es la profesion que más te conviene, no me coloco en el noble y elevado puesto en que te colocas tú, sino en el humilde y vulgar desde donde no se ven más que las conveniencias lícitas de la vida material y práctica.

—Pues, tio, yo no quisiera subordinar mi vida á esas mezquinas conveniencias.

—Piensa, hijo, que casi todos los grandes genios han vivido en la miseria y el infortunio, sin duda porque cuanto más se aleja dé la tierra el hombre, las dichas de la tierra están más léjos de su mano.

—Y sin embargo, tio, yo quisiera ser ciego ó morir en un hospital, con tal que me llamase Homero ó Milton ó Camoens.

—Ese modo de pensar, hijo, es muy generoso y noble, y muy propio de tus diez y ocho años; pero yo, que voy siendo viejo y no me remonto ya tanto como tú camino del cielo, creo que cumplo con un deber de conciencia y de corazon atrayéndote un poquito hácia la tierra, donde al fin y al cabo algun tiempo tenemos que vivir y algunos deberes que llenar. Convengo en que la carrera de leyes es muy honrosa; pero tú convendrás tambien en que el dia en que tomes el título de

abogado no te sucederá, por ejemplo, lo que sucede al que sigue la carrera de medicina, que el dia en que toma el título de médico tiene un partido, bueno ó malo, donde ganar el pan.

—Es verdad, tio; pero ya que tengo la desgracia de no tener padres ni hermanos, cuya subsistencia me obligue á seguir una carrera que ántes de todo responda á las necesidades del cuerpo, quisiera seguir una carrera que ántes de todo responda á las necesidades del alma.

—Pues, hijo, cúmplase tu voluntad, que aparte de todo es noble, y si en un concepto me entristece, en otro me consuela, dijo el señor cura, sin poder ocultar el orgullo y la satisfaccion que le causaba esta idea que ocupaba el fondo de su pensamiento: « ¡ Este chico no tendrá en su vida un cuarto; pero quizá será la gloria de su familia y su patria, y andando el tiempo vengan los forasteros á visitar y contemplar la casa donde nació y los campos donde germinaron y crecieron la inteligencia y el sentimiento que crearon y vivificaron libros inmortales! »

Purita, que habia escuchado toda aquella conversacion, cose que cose en silencio y con la cabecita baja, tanto por atender á la costura como por ocultar algunas lágrimas que se le escapaban de los ojos, sospechando que Martin corria riesgo de ausentarse nuevamente de la aldea; Purita se

atrevió al fin á hablar para salir de sus dudas:

—Señor tio, ¿tendrá Martin que volver á Bilbao para estudiar?

—No, hija...

—¡Ay, cuánto me alegro! dijo la niña dando un salto de gozo en su asiento.

—Pero tendrá que ir más léjos.

—¡Más léjos! repitió Purita con verdadero terror. ¿A dónde, señor tio?

—A Madrid.

—¡Ay, Dios mio, que léjos! exclamó la niña echándose á llorar con profundo desconsuelo.

—Pero, inocente, le dijo el señor cura procurando consolarla, ¿crees que Madrid está en el fin del mundo?

—Ménos lo estaba Bilbao, y estábamos fastidiados cuando Martin no tenia vacaciones.

—Pero, hija, ¿cómo quieres que estudie sin alejarse de nosotros?

—¡Qué fastidio tanto estudiar! ¿Pues qué, no sabe bastante?

—No, hija.

—¡Pues! ¡y yo me quedo boba oyéndole hablar de cualquiera cosa!

—Eso es porque, como le quieres, todo cuanto dice y hace te parece el colmo de la gracia y la sabiduría.

—Pues, señor tio, yo creo que no es por eso.

A ver si hasta á los que nunca le han visto no parecen tan lindos como á mí los versos que me compuso y me dió el dia de mi santo.

—¿Qué versos fueron esos, chiquita?

—Tio, no le haga usted caso á esa charlatana, dijo Martin poniéndose colorado.

—¡Pues! ¡que no me haga caso! ¡Cabalito! Y bien guardado que tengo en una cajita, entre hojas de rosa, el papelito en que están.

—¡Hola, hola! exclamó el señor cura riendo placentera y maliciosamente; ¡con que todo eso tenemos! Enséñanos ese papelito.

—No es necesario, señor tio, que «de cabeza» sé los versos. Verá usted qué preciosos.

Martin, al ver que Purita iba á recitar los versos, se puso como la grana, y se fué habitaciones adentro.

La niña recitó estas seguidillas con gracia y sentimiento tales, que de haberlo sabido Martin, de seguro se aguanta allí para oirla:

« Copia su azul celeste
la flor del lino
del azul de tus ojos,
ángel divino,
ángel divino,
que Dios ha puesto en medio
de mi camino. »

« Y cuando por Oriente
sale el sol bello,
copia su luz dorada
de tu cabello,
de tu cabello,
que inunda en hebras de oro
tu hermoso cuello. »

No pecára mi musa
de mentirosa,
si te dijera esto,
Purita hermosa,
Purita hermosa,
hoy capullo cerrado,
mañana rosa. .

Mas, porque no me tengas
por lisonjero,
te diré otra cosita...
y es que te quiero,
y es que te quiero,
y será mi amor último
mi amor primero!

Así el señor cura, como Doña Rosa, se entusiasmaron de tal modo con estos versos, que se pusieron á palmotear y gritar que saliera el autor; pero el autor se empeño en no salir, y no salió. Por modestia no seria, porque la modestia era verde y se la comieron los arregladores de comedias francesas y zarzuelas bufas.

II.

Opinion de un autor, tenido por neo-católico, acerca de los curas.—Un cura á pedir de boca.—Párrafo, si no notable, anotado.—Genealogía y vicisitudes de Martin.—Tristes equivocaciones de un campanero.—Terrores misteriosos.—Serenidad en el cielo y tormenta en el corazon.—De cómo un soltero pintaba la vida de los casados.—De cómo una niña opinaba que más vale tarde que nunca.—Preparativos de viaje.—Las sepulturas paternas.—Recuerdos.—Hogar sin fuego.—La despedida.

Es necesario que ántes de pasar más adelante, añadamos algo á lo que ya sabemos del señor cura de Urtiaga y la que podemos llamar su familia.

El Sr. D. Juan Antonio de Arrieta, que así se llamaba el señor cura, ó mejor dicho, se llama aún, pues áun vive y está ¡Dios le bendiga! tan gordo y tan guapo, tenia apenas cincuenta años cuando ocurrió en su casa lo que dejamos contado.

Era lo que se llama un buen cura párroco, y téngase entendido que el autor de este libro es un poquillo descontentadizo en materia de curas,

á pesar de que por ahí corren voces de que es un neo-católico como una loma. El autor de este libro no está conforme con la opinion, muy comun, de que los curas son hombres como los demás, con que se pretende cohonestar ó cuando ménos disculpar las debilidades de algunos, tales como el egoismo, el geniazo, la avaricia, la aficion al trago y la tajada, á los toros y romerías, á tirar de la oreja á Jorge, á los pleitos, á la política, á las banderías locales ó nacionales, y á otras cosas que por sabidas se callan. Los curas renunciaron solemne é irrevocablemente á ser hombres como los demás cuando se hicieron curas.

El de Urtiaga, que abundaba en esta opinion, era celoso en el desempeño de su sagrado ministerio, caritativo, de genio apacible, olvidadizo de su propio bien, amante del ajeno, indulgente con todos, severo con sí propio, parco en la mesa, sencillo y placentero en su trato, y extraño á toda bandería, como no fuese para predicar la paz y la conciliacion. Así no habia en la aldea quien no le respetase y amase. Curas así no faltan ni sobran en España.

Cuando estudiante, habia llevado sus aficioncillas literarias hasta componer tales ó cuales versos sobre asuntos piadosos, como unos que estaban sobre la puerta del camposanto, y despues se habia hecho con un buen armario de libros reli-

giosos, históricos, científicos y puramente literarios, que eran una de sus delicias, pues era raro el dia que se contentase con leer en su brevario y su misal.

Doña Rosa, mujer de un primo hermano suyo, modesto empleado del Señorío, que sólo por excepcion lleva su munificencia más allá del sepulcro de sus servidores (1), habia quedado viuda con una niña de dos años; y como la viese falta de todo recurso para subsistir, la habia llevado á su casa con el cargo de lo que aquí se llama llavera, y en otras partes ama de gobierno. Doña Rosa era feliz en casa del cura, y el cura engordaba de satisfaccion viendo la felicidad de Doña Rosa. En cuanto á Purita, participando de la felicidad comun, habia ido creciendo en aque-

(1) El señorío de Vizcaya no concede viudedades ni orfandades. Los empleados de sus oficinas de gobierno tienen derecho á jubilacion desde que cuentan quince años de servicio; pero de algun tiempo á esta parte han empezado á combatir este derecho en las juntas generales, caballeros que se creerian indignamente insultados si se les supusiese capaces de permitir que mendigasen de puerta en puerta los que se hubiesen inutilizado para el trabajo en el servicio de su casa.

El Señorío piensa con más cordura, magnanimidad y corazon que estos caballeros, creyendo que son gastos muy reproductivos aquellos que tienen por objeto cumplir el sagrado precepto del Señor, que dijo: « Ama á tu fiel servidor como á tu alma, y no le dejes desvalido. »

lla casa á la sombra del cariño de su madre, muy tierno aunque un poco regañon, y del no ménos tierno y más indulgente del señor cura, que cada vez estaba más embobado con la hermosura, la gracia y la candorosa viveza de la niña.

Fáltanos decir algo de Martin. Su padre era tambien pariente del señor cura, aunque más lejano que el padre de Purita. No tenia más bienes que la casa, con buena hacienda, donde habitaba; pero con los rendimientos de la hacienda y la administracion de algunas caserías y arbolado que tenia en Urtiaga un título de Castilla residente en Madrid, vivia con decencia y desahogo.

Cuando comienza este libro, hacia un año que Martin habia perdido á su padre, y un mes que habia perdido á su madre. Podia decirse que Martin se habia criado en casa del señor cura y Purita en casa de los padres de Martin, porque ambas familias se trataban con gran intimidad y cariño.

El parentesco que mediaba entre Martin y Purita casi casi no le alcanzaba ya un galgo; pero el nombre de primos que los dos niños se daban, les sonaba tan bien como al señor cura el de tio que recibia de ellos.

Era una apacible tarde del mes de Setiembre en que en Vizcaya, donde el invierno apenas se deja

sentir hasta Noche-buena, *gabon*, la gran fiesta cristiana de la familia vascongada, empieza una segunda primavera, que sólo se diferencia de la primera en que la naturaleza, en vez de vestirse de verde, se viste de amarillo.

Martin, que vivia en casa de su tio desde el fallecimiento de su madre, y Purita, que toda se volvia suspirar desde aquella mañana en que supo que Martin se iba á Madrid, salieron juntos de casa al anochecer, y tomaron el camino de la iglesia.

Martin iba á tocar á la oracion, y Purita iba á la fuente. Los dos estaban á cual más triste.

—En cuanto toque, dijo Martin al separsrse de su prima delante de la iglesia, bajo á ayudarte á alzar la errada (1).

—Bien, contestó la niña con alegría; pero no tardes, porque están oscuros los matorrales de la fuente, y me dan miedo.

—¿Miedo? Nunca has sido tú miedosa.

—Pues hace algunos dias que todo me dá miedo sin saber por qué.

---

(1) Escríbese en este libro sin *h* la palabra *errada*, porque el nombre de este utensilio doméstico, que es una especie de cántaro ó cubo de cobre y más comunmente de madera, es indudablemente corrupcion de *edárra*, que significa *bebedero* ó cosa en que se bebe, del verbo *edan*, beber, y la terminacion *arra*, que indica posesion.

¡Pobre inocente! ¡Ya irás penetrando los misterios del corazon humano, que áun están velados para tí y encierran terrores instintivos que tienen algo de proféticos!

Era sábado, y Martin tenia que repicar alegremente las campanas, como toda víspera de dia festivo; pero aquel anochecer se oyó en Urtiaga un repique de campanas muy singular: el campanero, que tenia el encargo de cantar, olvidaba á cada instante su papel, y en vez de cantar lloraba, ó lo que es lo mismo, en vez de tocar á fiesta tocaba á muerto.

Los vecinos de la aldea, que á la sazon regresaban de las heredades, lo notaron, y comprendieron con tristeza y compasion por qué el pobre campanero en vez de cantar lloraba. ¡Figurémonos si tambien lo notarian y comprenderian y llorarian el señor cura y Doña Rosa, y Purita sobre todo!

Cuando bajó Martin á la fuente, la errada estaba ya llena. Mientras Purita se arreglaba un *sórqui* de helecho (1) para recibir sobre él la errada, Martin fué á retirar ésta de debajo de la teja,

(1) Cabezal ó cabezil, que es un rollo de lienzo ó helecho, en que las mujeres apoyan la carga, que en las provincias vascongadas llevan siempre en la cabeza, en vez de llevarla en la cadera, la espalda ó el hombro, como hacen en otras provincias.

cuyo caudal de agua era muy escaso, porque áun duraba la sequía del verano, y como se le ladease, se derramó casi todo su contenido.

— Mientras se vuelve á llenar la errada, dijo el muchacho, subamos al pórtico de la Soledad, y charlemos un poco allí, que allí no hay esta lobreguez y oscuridad que dan miedo.

— Anda, dijo la niña, ¿tambien te has vuelto tú miedoso?

— Tambien, Purita, y sin saber por qué.

Sin duda el miedo instintivo que Martin y Purita sentian era porque estaba á punto de abrirse entre ambos un abismo tan ancho, tan ancho como el espacio de setenta leguas que mediaba entre Urtiaga y Madrid.

Martin y Purita subieron la cuestecilla que mediaba entre la fuente y la ermita, y se sentaron en el pórtico.

— Purita, dijo Martin con tristeza, ya sabes que me marcho mañana por la tarde.

— Sí, ya lo sé, contestó la niña, y se echó á llorar desconsolada; pero interrumpiendo de repente su llanto, como si le hubiese ocurrido una idea luminosa y consoladora, añadió:

— Pero no, no te irás mañana ni nunca.

— ¿Por qué no, Purita?

— Porque yo le pediré al señor tio, aunque sea de rodillas, que no te obligue á marchar; y el se-

ñor tio, que nunca me ha negado una cosa cuando se la he pedido de veras y era justa, tampoco me negará esta.

—Purita, ¡qué niña eres!

—¡Sí, niña!

—El que yo me vaya ó me quede no depende del señor tio, como supones.

—¿Pues de quién ha de depender si no?

—De mí.

—¿De tí? ¡Ay, Dios mio, qué alegría! porque si depende de tí, te quedarás en la aldea; ¿no es verdad, Martin, no es verdad?

Es imposible explicar la mezcla de alegría y de ansiedad con que la niña pronunció estas palabras, y el profundo dolor con que oyó la contestacion de Martin.

—No, Purita, no me quedaré en la aldea. Mañana saldré para Madrid.

—Pero ¿por qué, Martin, por qué?

—Porque ese es mi deber.

—Tu deber es no alejarte de los que te queremos.

—No; mi deber es alejarme de ellos.

La niña guardó silencio un instante, se levantó de repente, y apartándose con viveza de Martin, exclamó con toda la indignacion y el dolor de su alma:

—¡Anda, engañoso y malo, tú nunca me has

querido! Vete, vete, y nunca más te acuerdes de mí.

Y volviéndose hácia el altar de la Vírgen, que se descubria con la luz de la luna por el enverjado de madera que ocupaba casi todo el frontis de la ermita, añadió juntando las manos y con una desolacion que palabra humana no puede pintar:

—¡Vírgen Santísima, ten compasion de mí, que una pobre niña como yo no puede con esta pena!

Martin, cuyos ojos reventaban en lágrimas, la cogió cariñosamente de la mano y la obligó á volverse á sentar á su lado.

—Purita, le dijo procurando disimular su emocion, no seas loca, sé razonable y escúchame. Tú eres en efecto una niña, no tienes más que catorce años, y son disculpables en tí esos arrebatos y falta de reflexion que, aparte de todo, me enamoran, porque prueban el mucho cariño que me tienes; pero yo tengo cuatro años más que tú, soy un hombre ya, y estoy obligado á pensar como un hombre. Díme, ¿piensas que yo soy rico?

—Rico, no; pero tienes una casa y una hacienda muy buenas.

—Muy buenas y muy capaces de proporcionar la subsistencia á una familia de labradores que, como mis padres, labren la hacienda por sus propias manos.

Purita guardó silencio, y Martin continuó:

—Quizá mis padres hubieran hecho más por mi felicidad destinándome á labrador como ellos y acostumbrándome al trabajo corporal desde niño, que destinándome á caballero y acostumbrándome sólo al estudio; pero lo que hicieron está bien hecho, porque lo hicieron con la mejor voluntad, y ya no tiene remedio.

Purita tampoco replicó.

—Más tarde ó más temprano, siguió Martin, me he de casar...

Purita, que estaba descolorida, se puso de repente sonrosadita, y Martin se interrumpió sonriendo y esperando inútilmente que la niña soltase la pregunta ú observacion que parecia querer hacerle; pero viendo que Purita se callaba, continuó:

—Sí, al fin y al cabo me he de casar, porque no hay estado más feliz y perfecto para los que no tenemos vocacion al sacerdocio como el señor tio, que el de un hombre y una mujer que queriéndose mútuamente se unen para siempre con la bendicion de Dios; de modo que, como dice el Señor, formen una sola carne y un solo hueso, y tengan hijos que los amen y honren y ayuden en vida, y los amen y honren y lloren en muerte.

—Sí, sí, es verdad, exclamó al fin la niña dulcemente conmovida.

—Pues bien, Purita; si yo me he de casar con una mujer que, como yo, no esté acostumbrada á trabajar en las heredades, y no tengo bienes bastantes para vivir mi mujer y yo sin el trabajo corporal, ¿me he de condenar y he de condenar á mi mujer y mis hijos á vivir en la miseria? ¿no he de estudiar ahora que estoy á tiempo para ello, á fin de adquirir una profesion honrada que me permita aspirar al estado más feliz y perfecto del hombre, y vivir desahogadamente con mi mujer y mis hijos? Sólo hay un medio de evitar la ausencia, que tanta pena te dá.

—¿Cuál, Martin? preguntó la niña entreviendo un rayo de esperanza.

—Como un hombre soltero y solo vive con poco, y si sufre privaciones las sufre solo, para no necesitar ausentarme de la aldea me basta renunciar para siempre á casarme.

—¡Ah, no, no, Martin; parte y estudia, tardes lo que tardes en volver, y no renuncies á lo que con razon llamas el estado más perfecto y feliz de la vida! exclamó la niña en tono de entrañable súplica.

—¡Ah, ya sabia yo, pobre primita mia, que al fin habias de ser razonable, porque eres inteligente y buena! dijo Martin con indecible ternura, echando el brazo al cuello de la niña, cuya cabecita rubia atrajo cariñosamente hácia su pe-

cho, donde Purita lloró algunos momentos, no tanto de pena como de amorosa alegría.

Algunos instantes despues los dos jóvenes bajaron á la fuente; no queriendo Martin que la errada, aunque era de poco peso, posase en aquella cabecita que acababa de estrechar contra su seno, la tomaron del asa, cada uno de su lado, y pasando así el puentecillo de alta montea y decoracion de hiedra, por donde se vadeaba el rio, un poco más arriba del molino, tomaron cuesta arriba hácia casa, donde ya les esperaban, Doña Rosa refunfuñando por su tardanza, y el señor cura abogando por ellos cerca de Doña Rosa.

En casa del señor cura todo el mundo estaba muy atareado la mañana siguiente con la próxima partida de Martin, á quien el señor cura habia de acompañar hasta Bilbao, donde el estudiante debia tomar la diligencia de Madrid, pues entónces no se viajaba aún ferro-carrilicamente (la Academia nos perdone este atrevimiento adverbial, uno de los muchos atrevimientos que tendrá este libro como hijo de la ignorancia).

Doña Rosa, que con razon blasonaba de entendida cocinera, preparaba una merienda de aquellas que ponen en peligro los dedos; Purita arreglaba el cofre del viajero, y el señor cura escribia á un amigo de Madrid recomendándole el chico.

En cuanto á éste, andaba de despedidas en las caserías cercanas.

El dia era despejado y alegre; pero á todos los de casa del señor cura, incluso Martin; parecia nublado y triste.

Martin llegó un poco fatigado y triste de sus visitas de despedida.

— Señor tio, dijo mirando con tristeza hácia su casa nativa, que se veia desde la ventana del despacho del señor cura, no quisiera irme sin hacer otras dos visitas, y quisiera que usted me acompañase á ellas.

—Con mucho gusto te acompañaré, hijo; pero ¿qué visitas son esas?

— Una la de la casa donde he nacido, y otra la del camposanto donde están mis padres.

Calló un momento el señor cura como sorprendido de aquel deseo, y echando el brazo al cuello del muchacho, exclamó con visible emocion:

— ¡Bien, hijo mio; eres digno de los padres que te engendraron y de la tierra donde naciste! Vamos, pues, á hacer esas dos sagradas visitas, que se acerca ya la hora de ir á la iglesia.

La casa nativa de Martin estaba cerrada desde el dia que enterraron á la madre del muchacho, y velado con un paño negro el escudo de piedra toscamente tallada que tenia sobre el balcon de la fachada principal.

El señor cura tomó dos llaves que estaban colgadas en su despacho, una de ellas la de la casa del huérfano, y la otra la del camposanto, y tio y sobrino partieron. Doña Rosa y Purita creyeron que iban á la iglesia.

Tenemos que contar tantas cosas en este libro, que necesitamos pasar como sobre ascuas áun por cosas tan interesantes y conmovedoras como la primer visita de un hijo amoroso y bueno á la sepultura de su madre.

El señor cura y su sobrino entraron primero en el camposanto. El señor cura indicó á Martin dos sepulturas paralelas señaladas cada una con una cruz de madera. Una de estas cruces estaba recien pintada de negro. Martin se dirigió en silencio hácia aquellas sepulturas, se arrodilló junto á ellas, inclinó la frente y lloró y rezó durante un cuarto de hora, pasado el cual, el señor cura se acercó á él y rezó en voz alta un responso, á que contestó el muchacho.

—Hijo mio, dijo tomando de la mano á Martin despues de terminar el responso, por los padres se reza de muchos y diferentes modos: santa es la oracion del paternóster, pero no lo es ménos la del estudio y el trabajo honrado que consagramos á su memoria. Dedica á tus padres mientras vivas oraciones tan santas como esta.

—¡Así lo prometo solemnemente á mis padres,

los que descansan bajo esas cruces, y á mi padre el que estrecha mi mano y fortalece mi espíritu y levanta mi corazon á Dios! contestó Martin sobreponiendo á su debilidad de hombre su deber de cristiano.

Y tio y sobrino salieron del huerto-santo, como llamamos en Vizcaya á los cementerios.

Así como la casa del señor cura ocupaba un extremo del collado en cuyo centro se alzaba la Iglesia, la casa de Martin ocupaba el extremo opuesto.

Martin penetró un tanto sereno en el zaguan y dirigió la vista á la cuadra, que estaba abierta. Entristecióse viéndola desierta de ganado, y recordando las alegrías infantiles que allí habia tenido jugando con los corderos y el becerrito, ó entreteniendo con sus caricias á la mansa vaca, mientras su madre la ordeñaba, para ser recompensado, terminada la operacion, con el sabroso trago de leche que tiraba á la blanca jarra que su madre aplicaba á sus codiciosos labios.

¡Qué recuerdos tenian tambien para él aquella escalera y aquel ancho portal, teatro de sus juegos y los de sus compañeros de la niñez en los dias lluviosos, y aquella cubera, cuya puerta daba al portal, á donde su bondadosa madre bajaba llena de satisfaccion con el jarro en la mano á buscar el alegrador vinillo casero para obsequiar á todo vecino ó conocido que visitaba la casa!

¡Aun estaban en el portal los *bochos* ú hoyuelos, abiertos en el suelo por él y sus compañeros en aquellos dichosos tiempos, para jugar á las nueces, y los candorosos letreros y dibujos trazados por ellos en las paredes con carbon ó vena de hierro!

Martin y su tio subieron la escalera, y la emocion del primero ya no tuvo límites. Dirigiéronse ante todo á la sala donde estaba la alcoba en que Martin habia nacido y en que habian muerto sus padres. En aquella alcoba estaba aún, con los colchones doblados, la ancha cama de nogal que encerraba aquellos cardinales recuerdos. Quiso Martin arrojarse sobre ella llorando; pero su tio le detuvo, y ungiendo su ardorosa frente con una gota de agua bendita que áun contenia la pililla que estaba á la cabecera de la cama, le hizo salir y alejarse de la alcoba, y se dirigieron hácia la cocina.

¡Qué triste es un hogar sin fuego, y sobre todo para el corazon que en él ha recibido el dulce calor de le familia! Allí estaban, desiertos y frios, aquel secular escaño donde gustaba su padre de sentarse, porque en él se habia sentado el venerable abuelo, y aquel taburete donde se sentaba su madre presidiendo y dominando, con el derecho de su debilidad y de su santidad de esposa y madre, las asambleas de familia, como ántes que

ella las habia presidido desde aquel mismo asiento y con análogos derechos, la venerable abuela!

—¡Señor tio! exclamó Martin desolado, ¡qué frio y qué tristeza reinan aquí!

—Hijo mio, le contestó el señor cura, en la naturaleza humana toda muerte tiene resurreccion, todo frio engendra calor, toda tristeza es precursora de alegría, si el hombre no violenta esta ley de la naturaleza. ¿Te parece frio el hogar de tus padres? Cierto que frio le encuentras; pero en tu corazon hay fuego para devolverle su antiguo calor y su alegría. Aviva y fortalece ese fuego, y un dia verás resucitado todo lo que aquí ves muerto: un esposo y padre que se siente en ese escaño; una esposa y madre que se siente en ese taburete; hermosos niños que hayan nacido en esa alcoba y jueguen alegres en ese zaguan y esa escalera, y bendiciones de amor que vuelen de otros hogares á este hogar.

Martin prometió á su tio no consentir que se extinguiese el fuego sagrado de la familia que se conservaba en su corazon; y como las gentes de la aldea se encaminaban ya hácia la iglesia, porque se acercaba la hora de oir misa, el señor cura y su sobrino dieron por terminada aquella triste, pero no infecunda visita.

En Urtiaga, como sucede en todas las aldeas de Vizcaya, sólo unas cuantas casas se agrupaban en

torno de la iglesia, y las demás estaban esparcidas y aisladas en el fondo y las vertientes del valle. Como no era fácil que Martin las hubiese recorrido todas para despedirse de sus moradores, aprovechó la reunion dominical de casi todos éstos en el pórtico de la iglesia para la despedida, en que recibió pruebas del cariño que le tenian aquellas buenas gentes.

Despues de comer, él y el señor cura se dispusieron definitivamente á partir. El señor cura debia hacer el viaje á Bilbao en un caballejo, de que ordinariamente se servia en sus viajecillos, que rara vez salian de la jurisdiccion de Urtiaga, y Martin en otro del herrero, que decia chanceramente querer recompensar con aquel servicio los que Martin le habia prestado cuando niño tirando del fuelle y machacando en su fragua como aficionado al arte.

La despedida de Doña Rosa y Purita fué corta, porque el señor cura creyó prudente abreviarla; pero lo que no pudo evitar el señor cura fué que fuese dolorosa.

Algunas palabras se hablaron en voz bajita, muy baja, Purita y Martin, cuando los brazos de éste ciñeron á la niña y la niña reclinó llorando la cabecita rubia en el seno de Martin. ¿Qué palabras fueron estas? Helas aquí:

—¡Espérame, Purita mia!

—¡Vuelvas cuando vuelvas, esperándote me encontrarás en casa ó en el huerto-santo!

Al trasponer una verde colina, desde donde se perdia de vista el valle, Martin se volvió hácia éste y distinguió un pañuelito blanco que se agitaba en una ventana. Martin se echó á llorar, pensando que unos ojos azules lloraban tambien tras aquel pañuelo.

III.

Poesía de los ferro-carriles.—¡Ya!—Cadagüa arriba.—¡Desde las Merindades!—¡Desde la serranía!—El alma de diez y ocho años.—Los chapiteles de Búrgos.—Recuerdos del Campeador.—Lerma adelante.—A señor depuesto, señora puesta.—Buitrago la señorial.—Rastros del euskara.—Euskarismo del Lozoya.—La cordillera carpetana.—Un gigante y unos pigmeos.—Noticias de Madrid.—Primeras impresiones.—Prólogo de una carta.—Don Domingo el de la calle de Postas.—Parábola.—Hospedaje de ocho reales.—El hallazgo.—Las señoritas de reja.—Madrid por dentro.—Madrid por fuera.—Parrafadilla de familia.

El autor de este libro, á pesar de su fama de pertenecer á la escuela neo-católica que, segun un docto crítico amigo suyo (1), tiene por inmejorable todo lo antiguo y por detestable todo lo moderno, no está conforme con la opinion muy general de que los viajes han perdido su poesía con la invencion de los ferro-carriles. Segun los sostenedores de esta opinion, la poesía de los viajes estaba en su apogeo cuando se viajaba en ca-

(1) Don Juan Mañé y Flaquer, director del *Diario de Barcelona*, decano de los periódicos españoles.

ballería; declinó un poquito cuando se viajó en carro-mato y galera; declinó muchísimo más cuando se viajó en diligencia, y rodó por el suelo cuando se viajó en ferro-carril. Estas premisas serian lógicas si la conclusion no fuera falsa. El autor de este libro, que ha viajado en toda clase de cabalgaduras y vehículos, desde el caballito de San Francisco hasta el ferro-carril, ha encontrado en este último modo de viajar el *summus* de la poesía de los viajes. No creyéndose con elocuencia propia para explicarlo, va á pedir la suya á un compatriota y amigo, que para sentir y explicar las cosas con delicadeza se pinta solo:

«Qué, ¿no es algo ser llevado por esa ingeniosa máquina como si fuera uno impulsado por el genio mismo del hombre, en su vuelo acelerado á través del tiempo y del espacio? ¿Nada dice por ventura al corazon y al pensamiento sentirse animado por esas misteriosas corrientes que enlazan á los pueblos y preparan su vida nueva? Pero, aparte de estas graves consideraciones que serian para muchos viajeros más enojosas que el cuidado de su equipaje, bastante es para entretener su curiosidad la vista del paisaje que cambia á cada instante de aspecto. Aquí se abre risueña y dilatada vega; trasfórmase de pronto en sombría cañada; más allá se cruza un abismo sobre los arcos de elevado viaducto, y de la alegre luz de

campos cubiertos de mieses, se pasa de pronto á la medrosa oscuridad de un subterráneo, donde retumba sordamente la marcha del tren como si en fantástica excursion se dirigiera á las entrañas de la tierra. La caprichosa máquina tiene las malicias de los *gnomos*, esos genios extraños de un mundo misterioso; aquí pasa por debajo de un pueblo; más allá cruza por encima de los tejados de otro; y á veces, cuando más absorto está el viajero en la contemplacion de un panorama dispuesto á placer de los ojos, como decoracion de teatro, le mete entre las paredes de un inmenso foso y se rie de su chasco y mal humor con sus silbidos burlones. Jamás se detiene: parece que una voz imperiosa le grita sin cesar: «¡anda! ¡anda!»; y para que todo en ella sea extraño, el agua y el fuego, dos enemigos irreconciliables, se reunen en su seno, y de esta poderosa antítesis se originan su fuerza y su vida, y la vida del porvenir. No hay con ella tiempo al cansancio ni lugar á la saciedad: un paisaje gusta; quisiera uno detenerse en su contemplacion... y pasa: ¡tan pronto! dice uno suspirando. ¿No hay en este sentimiento poesía?» (1)

(1) *Excursiones y recuerdos*, por Adolfo de Aguirre.—Bilbao, imprenta de Juan E. Delmas, impresor del Señorío, 1871. Un tomo en 8.° de 310 páginas.

¡Pues no la ha de haber! Y sobre todo, la hay cuando, como añade el discreto autor de los renglones que preceden, se atraviesan en ferro-carril las llanuras de Castilla bajo el sol ardiente de la canícula, y á cada giro de la rueda se siente uno más cerca de sus montañas y su hogar, cuyo dulce cariño ha avivado la ausencia.

Si el ferro-carril, por razon de su velocidad, tiene más poesía que nunca cuando nos acerca á nuestro hogar de la tierra nativa impacientes y ansiosos de llegar, la galera, por la razon inversa de su marcha perezosa, ha de tener más poesía que nunca cuando de ese mismo hogar nos aleja pesarosos y tristes de abandonarle.

Martin no abandonaba el suyo en galera, que eso se quedaba para los desvalidos y pobres, como el autor de este libro lo era cuando por primera vez, y áun más niño que él, se alejó de su hogar recorriendo el mismo camino y buscando la dicha allí donde la iba á buscar Martin.

Cuando instalado ya en la rotonda de la diligencia, el señor cura le estrechó la mano, y dirigiendo una rápida mirada al hermoso valle del Ibaizábal, en que tiene Bilbao el peor asiento, exclamó tristemente: «¡ya!», el señor cura comprendió que queria decir: «*ya* esta es la última mirada que dirijo á las montañas nativas», y le replicó:

—Ánimo, hijo mio, que áun las has de contemplar durante algunas horas.

Poco despues corria, corria la diligencia por las riberas del Cadagüa arriba, y por lo mismo que aquellas riberas eran apacibles y hermosas, Martin se sentia cada vez más triste conforme las iba dejando atrás.

—¡Ah, pensaba al ver aquellas alegres caserías de las Encartaciones, y al oir los cantares de sus moradores que trabajaban en torno de ellas, quizá seria yo más feliz en la vida de estas gentes que en la vida á que mis padres me destinanaron; quizá hay más dicha bajo la chaqueta del labrador como mi padre, ó del artesano como el herrero de Urtiaga, que bajo el gaban del abogado!

La diligencia atravesó el valle de Mena, tierra nativa del Cadagüa, que con razon se indigna cuando al pasar por Vizcaya en busca de la mar, hay quien niegue á su oriundez la vizcainía histórico-geográfica. Cuando ascendió á la llanura donde campean Medina de Pomar, adornada con la venerable corona de la ancianidad y los recuerdos históricos, y su vecino Villarcayo, envanecido con el antiguo capitolio de los doscientos treinta pueblos de las merindades de Castilla la Vieja, entónces Martin volvió la vista hácia los valles que dejaba atrás, y se sintió profundamente

desconsolado, no descubriendo ya de la tierra nativa más que las cimas del Colisa y del Gorbea.

Al pasar el Ebro, el hermoso Valdivielso trájole á los ojos la imágen de sus valles nativos, haciéndole casi olvidar que al pasar el gran rio histórico era cuando verdaderamente habia motivo para que exhalase aquel triste ¡ya! que habia exhalado orilla del Ibaizábal.

La diligencia subió la violentísima cuesta de Lamazorra y se encontró en plena sierra de Búrgos. Desolada es aquella alta y extensa serranía, donde la creencia popular, que á veces camina por senderos no enteramente torcidos, ha colocado la metrópoli de las brujas de Castilla, atribuyendo aquella triste categoría á la pobre Cernégula, asentada al pié de un árido montículo y á orilla de una poza infecta y turbia; pero la desolacion de aquellos páramos no iguala á la del corazon de Martin cuando éste tornó desde allí la vista buscando las montañas vasco-cántabras, y ya nada, nada de ellas descubrió!

En una alma de diez y ocho años, donde Dios ha colocado el divino gérmen de la poesía, que quizá se desarrolla más rigoroso con el áspero frio del infortunio, que con el suave calor de la felicidad, no hay herida en cuyo borde no ponga Dios una gota de bálsamo que se desliza al fin á ella, y si no la cicatriza del todo, calma sus do-

lores. El humilde Vivar del Cid, solar nativo del Campeador, consoló un poco el alma del jóven viajero con los recuerdos del glorioso héroe castellano, y poco despues los maravillosos chapiteles de la catedral de Búrgos que empezaron á destacarse á sus ojos, allá tras un collado de la llanura, acabaron de absorber su pensamiento, porque aquellas caladas agujas le decian: «Aquí, á nuestro pié, esperan á los que ansían abrevar su alma en la poesía del arte y de la tradicion y la historia, las maravillas y los recuerdos de Santa María y las Huelgas y Miraflores y Cardeña, donde todos esos pigmeos de tu tiempo, que maldiciendo de todo lo pasado, presumen tocar el cielo con su frente, no han logrado aún ni lograrán derribar de sus gloriosos pedestales á los santos y reyes y héroes inmortalizados por la pluma científica de los cronistas y la musa popular de los romanceros.»

Dos horas se detuvo la diligencia en Búrgos; y Martin, por primera vez desde que salió de su aldea nativa, pasó cerca de dos horas sin acordarse de aquella dulce niña, cuya cabecita sonrosada y rubia se habia apoyado el dia anterior contra su pecho; y si el olvido no llegó á dos horas completas, fué porque al saludar las venerandas ruinas del solar del Cid, la imágen de aquellas otras niñas, tambien sonrosadas y dulces, á

quienes el Campeador invocaba conmovido en medio de los combates con el nombre de «la mi Sol y la mi Elvira,» se le apareció, como flotando sobre aquel monton de sagradas piedras que los burgaleses de nuestro tiempo van dispersando, y le recordó á la niña de su aldea, á quien él tambien habia de recordar é invocar conmovido en medio de combates de otro género.

Fuése alejando de Búrgos, y áridas llanuras, tan desnudas de monumentos como de vegetacion, volvieron á sumergir su alma en la tristeza. Lerma con sus recuerdos señoriales, siniestramente velados por el vapor de la sangre que derramaron al pié de sus muros las guerras civiles en los últimos siglos de la Edad Media; más allá Aranda de Duero, donde aquella ilustre princesa que luego se habia de llamar Doña Isabel la Católica, aceptó el señorío de Vizcaya que los vizcaínos fueron á ofrecerle despues de despojar de aquella dignidad á su hermano el rey Don Enrique IV por haber conculcado las libertades vizcaínas que habia jurado so el árbol de Guernica; y más adelante Buitrago, que áun conserva su formidable fortaleza feudal y sus pretensiones de ser la *Litabrum* romana, calificada por Tito Livio de ciudad insigne; estas poblaciones, hoy notables sólo por lo que fueron y lo que recuerdan, volvieron á distraer el ánimo apenado de Martin.

En la última, en Buitrago, se detuvo la diligencia una hora, y nuestro jóven, cuya alma de poeta y de artista se sentia arrastrada hácia los misterios del pasado, aunque se necesita algo más que una instruccion elemental para desenvolver y madurar el gérmen ingénito de la poesía, aprovechó casi todo aquel corto tiempo para contemplar aquel alcázar feudal y aquellos ciclópeos muros, rotos y ennegrecidos por el ariete y la oscuridad de los siglos, que se alzan sobre las rocas á la banda septentrional de la villa. Un altísimo puente cimentado en las rocas vivas llamó su atencion; y como preguntase y le dijesen el nombre del rio que se despeñaba bajo aquel puente, su corazon latió de alegría, porque el mancebo vascongado creyó que aquel nombre pertenecia á su dulce lengua materna. Y ciertamente hay grandes probabilidades de que no se equivocase, porque el nombre de Lozoya, rio que recorre el valle más enriscado y fragoso de la Carpetania, por su eufonismo y su significacion, parece pertenecer á la lengua euskara, precioso y venerable resto, áun vivo y nacional, de la primitiva lengua ibérica, desterrada de la península por los extranjeros, menos de las montañas cantábricas, que ni cartagineses ni romanos ni agarenos consiguieron dominar. Como la nomenclatura geográfica de toda la península ibérica, empezando por

el nombre de España, que significa labio, borde ó extremo, como España lo es de Europa, está llena de nombres indudablemente euskaranos, áun en las regiones más meridionales (1), Martin no se hubiera maravillado de hallar uno de ellos en la region Carpetana, si no le hubiesen sido áun desconocidos los estudios lingüísticos modernos, entre ellos los del doctísimo Humboldt.

Lozoya, el nombre del rio que tanta celebridad ha alcanzado en nuestros dias con motivo de haber ascendido á la categoría de aguador de Madrid, que Manzanares no habia conseguido por su ruindad, desaseo y bajeza, á pesar de ser, si no hijo, al ménos vecino de la villa y corte; Lozoya es probablemente modificacion de Latzoya, que equivale á rio de *lecho áspero y cavernoso*, ó de *Loizoya*, que significa rio de *lecho lodoso ó cenagoso*. ¿Corresponde alguna de estas dos significaciones

(1) En la Bastitánia, que corresponde á la Bética, se han descubierto recientemente por el sabio y entusiasta autor de las *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, Don Manuel de Góngora, monumentos prehistóricos que indudablemente van á derramar gran luz en la controvertida cuestion de la universalidad de la lengua euskara en la península ibérica. Ya el señor Góngora se inclinó á esta opinion, aunque con la timidez de la modestia (propia de la sabiduría), en su citada obra coronada por la Academia de la Historia. Descubrimientos hechos posteriormente por tan incansable investigador de antigüedades, van á decidir en sentido afirmativo tan importante cuestion.

á la condicion más notable del lecho ó cauce del Lozoya? El autor de este libro sólo conoce los extremos del valle de ocho leguas que recorre aquel rio, y cree poder afirmar que corresponden las dos; la primera, muy especialmente en la parte alta del valle, y la segunda sobre todo en la parte baja. El desairado y resentido Manzanares, deseoso de lanzar á su rival la fea nota de súcio con que él se vé abrumado, querria que el autor de este libro opinase decididamente que el lodo dió nombre á Lozoya; pero Manzanares se va á llevar gran chasco, porque el autor de este libro, que ni siquiera debe al tal Manzanares un vaso de agua, aunque mil veces ha recorrido sus orillas rabiando de sed, opina que el nombre de Lozoya fué primitivamente *Latzoya*, y por lo tanto se funda en limpia roca de granito y no en súcia charca de cieno.

Martin sentia cierto consuelo al atravesar las montañas carpetanas, porque le recordaban las montañas nativas; pero aquel consuelo se mezclaba con la tristeza, porque en vano buscaban allí sus ojos, en los regazos y los escalones de los montes, las caserías animadas interiormente con el calor de la familia, y exteriormente adornadas con el bosquecillo de frutales y las verdes heredades cultivadas con el esmero y cariño que reclama todo aquello que provee de alimentos la mesa de nuestro hogar.

Cuando descendió de las montañas, buscó á Madrid en la llanura, cuya aridez le desconsolaba, y no tardó en descubrir la alta, blanca y esbelta torre de Santa Cruz, que á manera de la mano amorosa y amiga que desde la ventana ó la azotea agita un blanco pañuelo saludándonos y dándonos la bien llegada cuando nos acercamos á un hogar querido, era el primer saludo que alegraba el corazon del que se acercaba á la populosa villa lleno de esperanzas de amor ó de ilusiones de gloria. Ya aquella torre no se levanta á alegrar con la bien venida al que llega ni á consolar con la despedida al que parte; que los revolucionarios de 1868 la derribaron, no encontrando en ella belleza alguna artística ni moral ni religiosa ni histórica, como tampoco la habian encontrado en otras muchas cosas, entre ellas la insigne Santa María la Mayor, sagrario venerando de las tradiciones histórico-religiosas de la reconquista madrileña! ¡Como eran pobres pigmeos, les urgia que desapareciese aquel punto de comparacion, cuya grandeza les echaba en cara su pequeñez!

El viajero entró al fin en Madrid.

El autor de este libro ha archivado en otro de los suyos (1) el siguiente diálogo que se resiente

(1) *Cielo con nubecillas*, recuerdos de la vida rural y familiar de Vizcaya.—Madrid, imprenta de Rivadeneyra, 1871.

un poco de la sintáxis vascongada y que tuvo con un labrador vizcaino que acababa de regresar á Loreaga, su pueblo, de un viaje á la corte:

«—¿Y qué tal le ha parecido á usted Madrid?

—Mucha gente y muchas casas hay.

—¿Y los paseos?

—Árboles mejores hay en Loreaga.

—¿Y las tiendas?

—Donde gastar dinero, tambien hay en Vizcaya.

—¿Y la gente?

—La de Loreaga más trabajadora es.»

Martin llegó á Madrid al anochecer. Un Don Domingo, tendero de la calle de Postas, á quien su tio habia escrito anticipadamente encargándole que le buscara hospedaje y saliera á esperarle al despacho de la diligencia, calle de Alcalá, le recibió al apearse del carruaje y le condujo á la casa de huéspedes que le tenia buscada en la calle de Tudescos.

Aquel hervidero de gentes, aquella multitud de coches y aquella profusion de luces y lujosas tiendas que habia visto á su paso por la calle de la Montera y la Puerta del Sol, le dieron una gran idea de la animacion, la riqueza y la magnificencia de Madrid.

Impaciente por ver á sus anchas la capital de España, se levantó muy temprano la mañana si-

guiente, y despues de echarse al cuerpo una jícara de chocolate de almortas y un vaso de buena agua (eso sí, el agua, como no la hacen los chocolateros ni cuesta á las patronas dos cuartos la onza como el chocolate, es en Madrid buena), salió á corretear calles y paseos.

Al volver, le preguntó la patrona lo que el autor de este libro al labrador de Loreaga, y contestó á la patrona lo que el labrador de Loreaga al autor de este libro. La patrona, que era de aquel lugar de la Mancha de que Cervantes no queria acordarse, no pudo creer que hubiese quien gustase más de su pueblo que de Madrid.

Para dar á conocer con toda exactitud las impresiones que Madrid habia dejado en el entendimiento y el corazon del jóven al primer vistazo, copiaremos aquí la carta que Martin dirigió á su tio al dia siguiente de su llegada. Hay en esta carta rasgos de candor que á algunos harán dudar del buen sentido de Martin; pero no debe olvidarse que el candor es propio de todo corazon jóven, levantado y sano, y no excluye la rectitud de inteligencia. La de Martin era recta y clara; pero Martin tenia diez y ocho años y procedia de un país donde, gracias á Dios, todavía se ponen colorados los mozos de veinticinco al decir á una muchacha que la quieren, aunque desde que en el Parlamento español se asegura

que no hay Dios, ya se oye en este país de cuando en cuando una súcia blasfemia que sólo se oia desde el Ebro arriba ántes del advenimiento de «la España con honra.»

La carta de Martin era esta:

«Mi querido y respetado señor tio: á Dios gracias, anoche llegué sin novedad á Madrid, donde ya me estaba esperando Don Domingo. Este me parece un buen señor, aunque tiene por tontería los libros, pues como me detuviese á ver los hermosísimos que estaban en los escaparates de una librería que encontramos al paso cuando me llevaba á la casa de huéspedes que me tenia buscada, me dijo: — «Déjate de esas tonterías, que no son más que saca-dinero y quebraderos de cabeza.»

»El viaje por Castilla fué generalmente triste, no sé si por lo que dejaba ahí, lo que encontraba allí ó lo que me esperaba aquí. Castilla, contemplada así al paso, me ha parecido una buena señora que está muy triste porque sus hijos le han salido muy calaveras. Un caballero castellano que venia de recorrer las tres provincias Vascongadas, y vino conmigo en la rotonda desde Búrgos á Aranda, me contó una historia que, sospechando fuese una parábola que explica la tristeza de Castilla, me parece conveniente trasladársela á usted: «He tratado este verano, me dijo, á tres

honradas hermanas, que manejan por sí mismas su hacienda sin más ayuda que la de un venerable anciano lleno de experiencia, á quien piden consejo en todo; y aunque su hacienda consiste en unas cuantas tierrecillas que les dan unas pocas fanegas de maíz, de trigo y de legumbres, unas viñas y unos manzanares que les producen unas cuantas pipas de vino y sidra, unos árboles de que cogen algunas cestas de fruta, unos montes que les proporcionan un poco de carbon, unas veneras y unas ferrerías de que sacan algunos quintales de hierro, algunos ganados de que obtienen alguna carne y leche, unas lanchas con que cogen algun pescado, unos barcos con que navegan más ó ménos léjos, y unas fabriquillas que explotan con inteligencia, viven tan desahogadas, prósperas y alegres, que envidian su dicha los muchos forasteros cuya visita reciben reunidas á la sombra de un árbol, que es el estrado de que más gusta su sencillez. En este país que vamos recorriendo hay una señora muy noble y muy buena, cuya riqueza es indecible, pues sólo los cereales que cosecha ascienden anualmente á muchos millones de fanegas, y el vino de sus bodegas á muchos millones de cántaras, y los ganados de sus campos á muchos millones de cabezas; pero tiene la desgracia de no manejar por sí propia sus inmensos bienes, y sí sólo por medio de

administradores, y á pesar de su riqueza, todo lo tiene patas arriba y está siempre entrampada y tiranizada, porque todas sus rentas se quedan entre las manos de los que las manejan, y la pobre señora se muere de tristeza é indignacion viendo lo que le pasa. Ya tiene noticia del buen gobierno y la prosperidad de las tres hermanas sus vecinas, y más de una vez ha pensado si le convendria, ó más bien si le seria posible echar noramala á sus administradores, y manejar su hacienda y sus negocios por sí propia; pero sus administradores se lo han quitado de la cabeza, diciéndole pestes de las tres hermanas, á quienes odian á muerte y procuran asimilar á su infeliz señora, para que ésta no tenga constantemente á la vista el ejemplo de una felicidad que puede costarles á ellos el comedero.»

»¡Si viera usted, señor tio, lo que me ha dado en qué pensar esta sencilla historia!

»La casa de huéspedes donde estoy no me parece mala para ocho reales diarios. Sin embargo, otros dos jóvenes que hay en ella, tambien de huéspedes, se quejaban anoche despues de cenar de que la patrona no sabe salir del *terrible*. No sé lo que será el terrible; pero por el nombre parece que no ha de ser cosa buena. La patrona es manchega y parece buena mujer, aunque de tan malas explicaderas la pobre, que como la pre-

guntase esta mañana qué eran los otros dos huéspedes de casa, sólo supo contestarme que son «cómicos ó cosa así.»

»Ya he recorrido esta mañana todo Madrid, y puedo decir á usted lo que me ha parecido. La gente me parece más holgazana que en Vizcaya, porque todo se le vuelve corretear por las calles y paseos y holgazanear en los cafés; pero tambien la hay muy buena y amable, como lo prueban los dos casos que le voy á referir á usted. Yendo por la calle de Alcalá esta mañana, un buen hombre que iba á mi lado vió en el suelo un papelito doblado, y bajándose á cogerle, se encontró con que contenia un par de pendientes de oro fino, y me dijo:—«Compañero, mire usted lo que me acabo de encontrar. Lo ménos valen una onza estos pendientes. La costumbre es costumbre, y la formalidad formalidad: juntos veníamos cuando los he encontrado, y de los dos son. Con que, ó usted me dá la mitad de su valor y se los lleva, ó yo se la doy á usted y me quedo con ellos.» Como los pendientes eran un hermoso regalo para Purita, le dije que de buena gana me quedaria con ellos para regalárselos á una prima mia, pero que no llevaba más que tres duros, como así era la verdad, y el pobre hombre fué tan generoso que se contentó con los tres duros, y me dió los pendientes, que guardo como oro en paño para enviárselos á

mi prima en cuanto tenga ocasion. No le diga usted nada de esto á Purita, para que goce más con la sorpresa cuando reciba este regalito como llovido del cielo. Pues verá usted el otro caso, que prueba la amabilidad de la gente de Madrid. Atravesaba yo por la calle del Lobo, y unas señoritas muy guapas y elegantes que estaban sentadas á la reja de un cuarto bajo, viéndome fatigado y sudoroso de tanto andar, me invitaron, con una amabilidad de que no puede usted formar idea, á que pasase por el portal inmediato para descansar y tomar algo, si bien yo me contenté con darles las más expresivas gracias y seguir mi camino.

» Entre las tiendas de Madrid y las de Bilbao hay una gran diferencia; en las de Madrid es lo más rico y hermoso lo que se vé, y en las de Bilbao lo que no se vé. Así es que las de Madrid son mucho más hermosas que las de Bilbao.

» Aquí las casas son muy buenas; pero segun mis informes, los ladrones han inventado el subsuelo, que aquí llaman alcantarillas, para explotar la propiedad urbana, como el gobierno ha inventado el subsuelo, que ahí llaman veneras, para explotar la propiedad territorial. Yo creo que la ley de minas es invencion de los ladrones subsolares.

» Los paseos de Madrid no tienen árboles tan

lozanos como los árboles de Vizcaya. He preguntado en qué consistirá esto, y me han dicho que debe consistir en que están á la sombra del gobierno. ¡Si viera usted, señor tio, qué pena me ha dado esto, pensando que los árboles de Vizcaya pueden llegar á ponerse á la sombra del gobierno de Madrid! (1).

» Desde el Retiro he contemplado las cercanías de Madrid, y me han sorprendido tristemente con su aridez y desolacion. Un caballero que estaba á mi lado me dijo, notando mi triste sorpresa: «Jóven, ¿por lo visto, la corte le parece á usted árida por fuera? ¡Pues más árida es por dentro!»

» Esta carta, mi querido tio, se va haciendo demasiado larga, y ya sólo me queda tiempo para echar una parrafadilla de ustedes. Mucho, muchísimo me acuerdo de todos los de Urtiaga, y muy particularmente de usted, de la tia y de Purita.

» Dígale usted á la tia que esta mañana he comprado para ella un libro de cocina muy bueno que ví en el escaparate de una librería, y que por cierto dió ocasion á un caballero que estaba en la librería para que me dijera una cosa que no entendí; despues de preguntarme si era estudiante y de contestarle yo que venia á estudiar leyes,

(1) ¡Ya lo están!

« Muchacho, me dijo, si estudias para abogado, aprende bien á rebozar. »

» A Purita le dirá usted que siempre que vaya á la fuente suba á pedir á la Vírgen de la Soledad que alegre la tristeza que me rodea, como yo iré, siempre que pueda, á pedir á la Vírgen de la Paloma que vele por la inocente y pura que dejé en Urtiaga. »

Esto fué lo primero que Martin escribió en Madrid. Dicho se está que cuando, despues que echó la carta al correo, fué á dar una vuelta hácia el Congreso, el manquillo de la Plaza de las Córtes ni siquiera le alargó la mano gloriosamente mutilada.

IV.

La calle de Tudescos.—De cuándo y dónde se conocieron el cura de Urtiaga y el tendero de la calle de Postas.—El dómine consejero.—Pan y uvas.—Conjeturas sobre un abdómen.—El águila y la gallina.—Los desdenes filológicos.—Venga un diccionario.—El académico de la legua.—Lo que dan por ocho reales.—Receta contra mujeres.—Tontos insignes.—Insigne tonto.—Los pendientes de marras.—Una cosa me he encontrado...—Monólogos inconscientes.—Interjecciones.—*¿Cer dá óri, mútil?*—La media naranja de Don Domingo.

La calle de Tudescos no es de las más excéntricas ni ménos frecuentadas de Madrid, pero sí de las más antipáticas. Aquella estrechez, aquella tortuosidad, aquella falta de limpieza, aquella escasez de luz natural y aquellas prenderías llenas de muebles desvencijados y cachivaches repugnantes, que caracterizan á la calle de Tudescos, simpatizaban sin duda con la prosa de Don Domingo el de la calle de Postas, que la escogió para morada de nuestro jóven, y con la prosa de la honrada manchega, amigota de D. Domingo, que la habia escogido para ejercer en ella la in-

dustria hospederil. Esta industria, que en Madrid es la de la quinta parte de los vecinos, ó mejor dicho, de las vecinas, pues las casas de huéspedes casi siempre tienen gerencia de faldas, es una industria honrosa; pero las gentes que se dedican á ella no deben participar de esta opinion (ellas se sabrán por qué), puesto que apenas se anuncia una casa de huéspedes en Madrid sin advertir que no es casa de huéspedes.

En España es proverbial la frescura, la rubicundez, la lozanía, en una palabra, lo lucio de los tudescos, pues cuando un hombre es frescachon, gordo y guapo, se dice que parece un tudesco. Si los tudescos dieron nombre, como es de suponer, á la triste calle que áun le lleva, por habitar en ella con preferencia á las demás, tambien es de suponer que perdian á poco de llegar á Madrid la jovialidad y lozanía que trajeron de su tierra, ó eran ménos propensos á la nostalgia y tenian patrona ménos económica que Martin; pues éste, al mes de habitar en la calle de Tudescos, estaba tan triste y flaco, que asustó á Don Domingo cuando fué, el último dia del mes, á la calle de Postas á cobrar los diez y seis duros mensuales que le habia señalado su tio para el hospedaje y gastillos menudos.

Es necesario que demos á conocer con la posible individualidad á todos los personajes y personaji-

llos que hayan de desempeñar en este libro papel de alguna importancia, en cuyo caso se halla Don Domingo.

Don Domingo era natural de una aldea próxima á Urtiaga, y su conocimiento con el tio de Martin databa de época muy lejana. Conociéronse ambos casi niños en Arrázua, con motivo de haberlos enviado sus padres á estudiar la lengua latina en aquel hermoso valle de Vizcaya, cuyo respetable y bondadoso párroco, Don José Antonio de Obieta, tiene allí una acreditada y concurrida aula de latinidad, en cuya regencia sucedió hace muchos años á un respetable tio suyo, párroco tambien, que la fundó y desempeñó hasta su fallecimiento. Cuando Domingo hubo asistido algunos meses al aula, y el preceptor hubo conocido lo que aquel chico podia dar de sí en el sacerdocio, á que le destinaban sus padres, escribió á éstos: — «Soy de parecer que Chómin (Domingo) es mejor para comerciante que para cura, porque el sacerdocio es un ministerio esencialmente espiritual, y Chómin tiene unas tendencias al materialismo que espantan.» Los padres del muchacho tomaron en cuenta este consejo, y enviaron el muchacho á Madrid, donde despues de pasar una docena de años en una tienda de géneros de la calle de Toledo, llamando á cuantas morenas pasaban por su puerta si eran lugareñas, *rojas*, y si eran ma-

drileñas, *rubias*, se estableció por su cuenta en la calle de Postas, donde vulgarmente se le conocia por el apodo de *Pan y uvas*, cuyo orígen era el siguiente. Hablábase un dia en una tienda de la misma calle de cuál era el mejor tiempo del año, y el buen Don Domingo se descolgó con este razonamiento:

—Yo no encuentro mejor tiempo que el de las uvas, al ménos para el arreglito de la casa. En la mia, ya se sabe, en llegando ese tiempo nos las gobernamos perfectamente los dependientes y yo, sin necesidad de pucheros ni drogas, con un racimo de uvas y un zoquete de pan cada uno.

No se necesitó más que esto para que los zumbones de la calle de Postas llamasen desde entónces á la tienda de Don Domingo la tienda de *Pan y uvas*.

El abdómen de D. Domingo á la edad de cincuenta años, cuya edad tendria cuando Martin fué á Madrid, no justificaba aquel régimen alimenticio; pero esto tiene una explicacion muy sencilla: hay, por excepcion de la regla general, séres muy pensadores y muy gordos, como los hay muy *piensadores* y muy flacos; pero es cosa averiguada que el cerdo, que nunca mira al cielo, es el animal que más engorda.

El señor cura de Urtiaga apenas habia vuelto á ver á Chómin, su condiscípulo de latinidad,

desde que se separó de él en Arrázua; pero habian continuado sus relaciones escribiéndose de higos á brevas cuando al uno ó al otro le ocurria algun encargo. Al pensar el señor cura cuál de sus amigos de Madrid seria el más á propósito para mentor económico de su sobrino, dió la preferencia á Don Domingo, discurriendo de este sensato modo:

— Este chico es demasiado propenso á remontarse al cielo, y necesita tener á su lado quien le sujete un poco á la tierra, pues vuela como las águilas. Para eso nadie mejor que Chómin, que vuela como las gallinas.

Don Domingo estaba en un despachito que tenia en la trastienda, desde donde vigilaba á sus dependientes por una ventana con vidriera que daba á la tienda. Saludóle Martin en vascuence, cuya lengua era tambien la materna de Don Domingo, que gustaba de hablar en ella, y en vascuence continuaron la conversacion que vamos á traducir, tomándonos un trabajo que seria indispensable áun cuando este libro se escribiese sólo para aquellos sábios españoles que han estudiado casi todas las lenguas vivas y muertas, porque la euskara es la única que no se dignan estudiar los españoles que estudian hasta la árabe, la griega, la hebrea y la sanscrita, á pesar de ser lengua viva, nacional, madre y antiquísima, y « no ceder en cultura, riqueza, energía y suavi-

dad á ninguna de las conocidas,» segun testimonio, nada sospechoso de parcialidad, del académico Traggia, uno de los sábios acomodaticios de quienes los gobernantes españoles se valieron á principios de este siglo para combatir todo lo que los vascongados defendian.

Es verdad que los sábios españoles que estudian casi todas las lenguas vivas y muertas y no se dignan estudiar la euskara, que es nacional y viva y ha dejado infinitos rastros de su dominio en toda la Península, pueden justificar en cierto modo su ignorancia del euskara con estas razones con que uno de ellos contestó al autor de este libro, que se extrañaba de aquella ignorancia:

— Persuadido de la conveniencia de conocer el vascuence para estudiar la lingüística y la arqueología española, he querido adquirir ese conocimiento; pero me ha sido imposible, porque me he encontrado con que no existe el principal elemento para ello, que es un Diccionario vascongado. Cuando pienso que no existe este Diccionario, sospecho una de dos cosas: ó que no pasa de los labios el amor que ustedes los vascongados tienen á las cosas de su tierra, y muy particularmente á la lengua nativa, ó que no tienen sentido comun; pues de otro modo no se concibe que así que á los estudios lingüísticos se empezó á dar la importancia que hoy tienen, no fuese la

primera diligencia de los vascongados la formacion y publicacion de un Diccionario de su idioma.»

El autor de este libro, que cuenta entre sus primeros amores el amor á la verdad, no tuvo valor para rechazar esta acusacion dirigida á sus compatriotas, tan cándidos y ciegos algunas veces, que les faltó poco para tributar honores de padre de provincia al académico Gonzalez Arnao, uno de los colegas de Traggia en la redaccion del *Diccionario de la Academia de la Historia*, obra que parece no haber tenido más objeto que el de dar curso á unas cuantas disertaciones en que se niega á los vasco-navarros su cantabrismo, su antigua independencia, sus libertades, la antigüedad y originalidad de su idioma, casi todo lo que más aman, porque es casi lo que más les honra.

En cuanto al mérito, y sobre todo á la sinceridad y la lógica de estas disertaciones, júzguese por lo que vamos á decir de la que Traggia dedicó al vascuence, si eran ó no dignas del patrocinio que les prestó el ilustre y sábio cuerpo á que pertenecian sus autores.

Don Joaquin Traggia dijo, en su *Aparato á la historia eclesiástica de Aragon*, publicado en 1791, «que el orígen de la lengua vascongada se perdia en la más remota antigüedad, y que aquella lengua era casi indudablemente la que se habló

en toda la península,» opinion confirmada despues por Humboldt y otros que han ilustrado con sábios y profundos estudios esta importante cuestion; pero recibió algunos años despues, de la Academia de la Historia, el encargo de contribuir á la redaccion del *Diccionario geográfico-histórico de las Provincias vascongadas y Navarra*, y salió en su nueva elucubracion con que aquella lengua debió empezarse á formar en el siglo VIII con los escombros de las lenguas vecinas antiguas, y en el siglo XII comenzó á tener forma y consistencia. Es verdad que, pugnando por conciliar lo que ántes habia dicho con la tradicion académica, hostil á las provincias vascongadas desde que aquella benemérita corporacion se puso al lado de los agustinos Florez y Risco, individuos de su seno que combatian á los apologistas del país vascongado Henao y Larramendi, *de la llamada* Compañía de Jesús, con cuya frase designaban los agustinos á la Orden fundada por el santo caballero de Loyola, no pudo ménos de confesar que el vascuence «no se parece ni al castellano ni al francés, ni tiene semejanza con las lenguas conocidas, y léjos de ser bárbaro, informe y sin artificio, no cede á ninguna en cultura, riqueza, energía y suavidad.» Hay que reconocer que esta apreciacion, si no estuviera confirmada por todos los que conocen la lengua euskara, careceria de

toda autoridad procediendo de hombre de tan pobre y contradictorio criterio como Traggia. Para dar una prueba más del desdichado modo de discurrir de este académico, recordaremos que Traggia, despues de decir que los vascongados en la época en que supone formaron su lengua, no tenian pueblo alguno formal, y vivian en caserías aisladas, por lo cual en cada una variaban los finales ó auxiliares de que hacian uso, añadió que formaron una lengua particular para figurar que eran independientes. ¡Qué mal hizo Cárlos IV en regalar á la Academia de la lengua castellana una casa donde se reuniesen los académicos, no ya para formar, sino para perfeccionar una lengua, cuando rudos labradores que viven en caserías aisladas pueden, segun Traggia, formar una lengua «original, culta, rica, enérgica y suave,» como la que aquellos palurdos formaron sin más objeto que satisfacer una pueril vanidad!

Perdónese á nuestro patriotismo esta escapatoria de la estética literaria, y volvamos al fin á la entrevista del tendero y el estudiante.

—¿Qué es eso, muchacho? ¿has estado malo, que te vas quedando como la espina de Santa Lucía? exclamó Don Domingo al ver á Martin.

—No, señor.

—Si no, será que no te trate bien la patrona. Pues yo por buena mujer la tengo.

—Por tal la tengo yo tambien.

—Algo económica... Es verdad que yo no me puedo quejar de ella, porque más de una vez ha desustanciado el puchero de los huéspedes para darme la tacita de caldo, y hay que convenir en que ocho reales diarios no dan mucho de sí en estos tiempos en que todo está por las nubes. ¿Qué te dá de comer? Vamos á ver si acierto: por la mañana el consabido chocolate de á treinta cuartos la libra; á mediodía los consabidos garbanzos precedidos de la sopa de pan ó de fideos, y seguidos de los palitos de pasas ó la rebanada de queso manchego, y por la noche el consabido guisado (vulgo *terrible)* de patatas y agua en que sobrenada algun pretextillo de carne; ¿no es verdad que estos son tus manjares?

—Sí, señor.

—No son ciertamente para echar mucha pantorrilla; pero tampoco para que te hayas desmejorado de ese modo. ¿Qué, estudias mucho?

—Lo que buenamente puedo.

—Pues entónces, ¿qué demonios te pasa, muchacho?

—Ya vé usted, siempre siente uno la ausencia de su país y de las personas queridas...

—Eso es verdad; pero ya te irás acostumbrando.

—Así lo espero.

—Pues es necesario que te distraigas un poco los dias que no tengas cátedra. Cuando yo era como tú, novato en Madrid, tambien echaba de ménos á mi país y mi familia; pero procuraba distraerme los dias festivos que no tenia tienda, pasando la tarde en un billar...

—A mí no me gusta el juego.

—Tampoco á mí: pero yo me distraia ganando dos reales que me daba el mozo del billar porque le sustituyera mientras iba de paseo con su novia... Y á propósito de novia, cuidado con que vayas tú á hacer lo que otros trastos de tu edad, que no saben dónde tienen su mano derecha y ya piensan en dársela á alguna mocosa como ellos.

—Pierda usted cuidado, Don Domingo, que para pensar en eso áun soy muy jóven.

—Es que harias mal en pensar en ello aunque no lo fueras. El buey suelto bien se lame, y si no que me lo pregunten á mí. En la casa donde estás no corres riesgo de que te echen el anzuelo la mujeres; pero si así no fuese, bueno seria recomendarte aquella copla que dice:

Si quieres que el anzuelo
ninguna mujer te eche,
no almuerces donde duermas,
ni comas donde almuerces,
ni cenes donde comas,
ni duermas donde cenes.

—¡Ja, ja! ¡Mala idea tiene usted de las mujeres, Don Domingo!

—Te diré, muchacho: las mujeres para el arreglo de la casa son gran cosa, pero para el arreglo del corazon son una calamidad.

Martin, cuyo corazon rebosaba fé en todo, y particularmente en la bondad de las mujeres, sintió repugnancia y pena al oir hablar de las mujeres de modo tan desencantador.

—Vamos, continuó Don Domingo, ¿en qué pasas el tiempo cuando no estudias tu leccion?

—Leo ó escribo.

—¿Qué lees?

—Ahora leo comedias antiguas.

—¡Malo! ¿Y qué escribes?

—Versos para distraerme.

—¡Peor!

—No sé qué haya de malo ni de peor en que lea lo que escribieron nuestros más esclarecidos ingenios y en que escriba ensayándome en imitarlos.

—Lo que hay de malo en todo eso es que todo eso no te vale un cuarto.

—Ni yo pretendo que me valga.

—Pues entónces es trabajo perdido.

—¡Cómo ha de ser trabajo perdido lo que instruye y deleita!

—Las tonterías no instruyen ni deleitan á nadie.

—Pero, Don Domingo, ¿á qué llama usted tonterías?

—A todo lo que no dá dinero.

—Yo entiendo que las obras del arte se han de apreciar en lo que valen y no en lo que producen materialmente.

—Lo que no produce no vale.

—¿Entónces el *Quijote* de Cervantes, *Los Lusiadas* de Camoens, y *La vida es sueño* de Calderon, que poco ó nada produjeron á sus autores, poco ó nada valen?

—Justo.

—Veo, Don Domingo, que la vida debe ser muy triste para usted.

—¿Triste para mí la vida? Muchacho, compara mis pantorrillas con las tuyas.

Martin no tuvo que contestar á esta observacion, pero recitó mentalmente esta copla de un mal poeta paisano suyo:

Dicen que es el solteron
el único árbol del mundo
que pasa toda la vida
sin dar sombra ni dar fruto (1).

---

(1) *El libro de las montañas*, del autor del presente.

—Hablemos claro, Martin, continuó Don Domingo. Tú has venido á Madrid á estudiar para abogado, y eso me parece bien, porque los abogados, trampea por aquí, enreda por allá, embrolla por el otro lado, ganan un dineral.

Martin, que tan elevada y justa idea tenia de la profesion que habia elegido, se puso rojo de indignacion al oir estas palabras, y quiso rechazarlas; pero Don Domingo se lo impidió saliéndole al encuentro.

—No te amosques porque te digo la verdad como buen amigo y hombre que sabe del mundo lo que tú no has de saber hasta que comas muchos panecillos y vomites muchas ilusiones.

Martin quiso levantarse, porque le repugnaban profundamente el fondo mezquino y la forma grosera de las doctrinas de Don Domingo; pero éste le detuvo en su asiento, echándole afablemente la mano al hombro para que esperara y oyera.

—Déjate de coplas, no pienses más que en pescar cuanto ántes el título de abogado, y en cuanto le pesques, á ganar con él mucho dinero, que es el único medio de ser feliz en esta vida. Es verdad que por ahí se llena la boca con las palabras arte, literatura, gloria, inmortalidad y otra porcion de boberías de que están llenos libros y periódicos; pero desengáñate, muchacho, todo eso

es bambolla y tontería que nó vale un comino. ¡Bueno andaria el mundo si todos nos metiéramos á cómicos!

—¿Qué entiende usted por cómicos, Don Domingo?

—Por cómicos... ó cosa así, entiendo todos esos que se llaman literatos, y artistas, y genios, y... qué sé yo cuántas cosas más!

—Pero, Don Domingo, está usted en un error. ¿Qué tiene que ver el cómico ó actor que interpreta en el teatro las creaciones del poeta, con el poeta mismo, con el pintor, con el músico, con el...

—Con el diablo que se los lleve á todos, amén, que todos son unos, pues farsantes son todos ellos.

Martin se convenció al cabo de que discutir con aquel pedazo de atun era gastar saliva en vano, y se levantó.

Don Domingo le entregó los diez y seis duros, prévio el correspondiente recibo y con acompañamiento de advertencias como suyas acerca de la conducta que debia observar, y el muchacho se dirigió hácia la calle de Tudescos bendiciendo al preceptor de Arrázua, cuyo consejo habia alejado del altar al que sólo era digno de acercarse al pesebre.

Al atravesar la calle Mayor, y aprovechando la

circunstancia de tener dinero fresco, cosa que habia esperado con impaciencia, pues su bolsillo habia estado exhausto casi todo el mes de resultas de las sangrías que le habia hecho con la compra del curioso libro de cocina para su tia y la adquisicion de los preciosos pendientes para su prima, entró en una platería para hacer una compra que tenia de antemano proyectada. La cajita ó estuche en que habian sido encontrados los pendientes no correspondia al mérito de éstos, y Martin, ántes de enviar á su prima tan hermoso regalo, queria reemplazarla con una de terciopelo.

—Quisiera, dijo al platero sacando del bolsillo la cajita, una cajita de esas que hay en el escaparate, para estos pendientes que no la tienen correspondiente á su valor.

—Dispense usted que le diga, contestó el platero despues de examinar pendientes y caja, que estos pendientes tienen la caja que les corresponde.

—Mire usted que se equivoca.

—El que se equivoca es usted.

—¿Cómo ha de corresponder una caja forrada de papel á unos pendientes de oro?...

—¿De oro? ¿Querrá usted decir de oropel?

—¿Cómo que de oropel?

—Ó de laton, que viene á ser lo mismo.

—¿De laton estos pendientes?

—Sí, señor, y de *diamante* de vaso las *piedras preciosas* que los adornan; valor total uno y otro, de cinco á seis reales.

—Pero, hombre de Dios, ¿no vé usted cómo relucen?

—¿Cree usted que todo lo que reluce es oro? Por lo visto usted es en Madrid nuevo.

—Sí, señor, y por de oro fino me dieron esos pendientes.

—Pues ya se irá usted convenciendo de que no es oro todo lo que reluce en Madrid.

Martin salió de la platería avengonzado y desencantado, y al pasar por la calle del Arenal arrojó á una alcantarilla caja y pendientes, echando pestes contra el bribon que con ellos le habia estafado tres duros.

Ya no era aquel el primer disgusto que los tales pendientes le habian dado, pues contestando su tio á la carta en que le dió cuenta de su llegada á Madrid, le decia:

«Nada he dicho ni diré á Purita del regalo que le preparas. No tengo escrúpulo en autorizarte para que le envíes los pendientes, porque estoy seguro de que nada deben á nadie (¿qué querrá decir el señor tio con esto? exclamó Martin al leer estas palabras); pero te debo decir, para que te sirva de gobierno en lo sucesivo, que hiciste mal en adquirirlos del modo que los adquiriste. Una

de las muchas ideas de falsa moral que corren como legítimas entre el vulgo, es la de que lo que se encuentra en la calle sin dueño conocido, es de quien lo encuentra. Esto es un error: lo que encontramos en la calle es siempre de su dueño y no nuestro. Por tanto, á su dueño debemos entregarlo si podemos averiguar quién es, y si no á la autoridad, que lo averiguará, ó de no conseguirlo, dará al objeto encontrado el destino más justo. Piensa siempre, hijo mio, que lo mal ganado se lo lleva el diablo.»

Hay ocasiones en que hablamos solos y en voz alta sin saber lo que decimos ni pensar quién nos escucha. Tal sucede, por ejemplo, cuando sentimos un gran dolor ó un gran enojo: entónces invocamos á Dios ó al diablo, y los invocamos tan inconscientemente, que nos deben oir como quien oye llover. Lo singular de estos monólogos es que siempre son en la lengua materna, áun cuando casi la hayamos olvidado y tengamos largo y contínuo hábito de servirnos de otra. En Bilbao hay un extranjero, que por residir léjos de su patria casi desde la niñez, por ser su lengua materna un dialecto circunscrito á una pequeña comarca, y por no tener con quién hablarla, se expresa ya con suma dificultad en ella, y habla la española con tanta correccion y facilidad como si la hubiese aprendido de los labios de su madre.

Pues este extranjero, siempre que habla inconscientemente, cuando habla en sueños, cuando un gran dolor ó un gran enojo le hacen exhalar una queja ó pedir ayuda á Dios ó execrar al diablo, se vale para ello de la lengua materna, que le es ya casi extraña, y no de la lengua adoptiva, que le es familiar. Picado de curiosidad el autor de este libro por esta observacion hecha en un solo individuo, la ha repetido en otros que se hallaban en análogo caso, y el resultado de estas nuevas observaciones ha sido siempre el mismo.

Por esta razon, Martin, que hacia algunos instantes habia hablado la lengua materna, podia ménos que nadie exceptuarse de la regla general, que reserva para esta lengua los monólogos que hemos llamado inconscientes. Quemado con el chasco de los pendientes, iba por el Postigo de San Martin arriba echando en voz alta cada *¡lapurrórí!* (1) que hubiera puesto los pelos de punta si hubiera habido por allí quien le entendiese.

Húbole al fin, pues un jóven que casi dió de bruces con él al volver la esquina de la calle de Jacometrezo, le lanzó á boca de jarro un *¿Cer dá óri, mútil?* (es decir: ¿Qué es eso, chico?) al oirle

(1) *Lapur*, ladron, *lapürr-a*, el ladron, es intraducible en castellano cuando lleva la terminacion *óri* con que, digámoslo así, se individualiza enérgicamente el sustantivo.

echar un furioso *¡arranoa!* que si bien significa «águila», los vascongados le han dado sentido interjeccional (que confiesan como pecaminoso), porque su lengua carecia de voces blasfemas y obscenas con que, gracias al diablo, la va enriqueciendo la lengua castellana.

El chasco de los pendientes y el bribon que se le habia dado se fueron súbitamente de la memoria de Martin al oir aquella pregunta en la lengua materna, que hacia un mes sólo oia en los labios de Don Domingo, cuya ruindad de ideas le parecia profanar la lengua en que las expresaba.

Los dos jóvenes, hechos en un instante los mayores amigos del mundo, se dirigieron al café de la calle de la Luna, bautizaron allí su amistad con una ponchera de cerveza y limon, y se despidieron dándose las señas de sus respectivos domicilios y prometiéndose verse y tratarse con frecuencia.

Martin, al llegar á casa, llamó á la patrona y le entregó los doce duros del pico.

—¿Y cómo está Don Domingo? le preguntó la patrona con esa ánsia de amor que sienten ciertas personas cuando cogen un puñado de duros.

—Tan gordo, contestó á secas Martin.

—Y tan guapo, añadió la patrona.

—No diré tanto como eso.

—¡Pues vaya si lo es! De esos, de esos señores

de formalidad y peso debe usted dejarse llevar, y no de estos del dia, como los del gabinete de la sala, que no tienen fuste ni fundamento.

—Y diga usted, Doña Genara, ¿qué son esos jóvenes?

—Yo no sé, pero ello cómicos ó cosa así deben ser.

—Esta mujer, dijo para sí Martin, es la media naranja de Don Domingo.

V.

Los sentidos corporales.—Las dos cosas en que pensaba Martin.—Vuelo hácia el septentrion.—Los tres modos de cantar.—Lagoterías.—El alma solitaria.—El pintor de gusarapos.—Lo que es Madrid.—Los que tienen y los que no tienen rinconcillo nativo.—Ambiciones.—Ventana al patio y balcon á la calle.—Una carta por fuera.—Horchata y alquitran.—Una carta por dentro.—Las copias hipotéticas.—Cuestion de nombre.—El pro y el contra del desafío.—El valor.—¡Pues, señor, vamos allá!

Algunos meses hacia ya que Martin estaba en Madrid, y áun le aquejaba terriblemente la nostalgia.

Esta enfermedad no se ceba tanto en los que van á una gran poblacion, tal como Madrid, desde una poblacion, aunque mucho menor, tambien de casas agrupadas y en más ó ménos correcta formacion, como se ceba en los que van de una aldea, tal como las de Vizcaya, donde las casas están esparcidas sin órden á modo de bandada de palomas que se extiende á picotear y so-

lazarse entre la perfumada yerba de una ancha pradera.

En Bilbao, por ejemplo, apenas hay balcon ni ventana desde donde, por un lado ó por otro, no se descubran á cierta distancia árboles, y montañas, y caserías, y campos lindamente labrados; pero al fin el que se ha criado en Bilbao, se ha criado viendo balcones frente de su balcon, tiendas frente de su tienda, y calles al lado de su calle; oyendo de dia gritos de vendedores ambulantes, y de noche mugidos de serenos soñolientos y rebuznos de rondadores avinados, y oliendo tufaradas de sardinas en parrilla que vienen de las tabernas, y de gas que vienen de la tubería del alumbrado. El que se ha criado en Bilbao y va á Madrid, continúa en Madrid viendo, oyendo y oliendo todo esto y áun mucho más, porque, por ejemplo, *vé* en Madrid desvergonzadas rameras que todavía no se atreven en Bilbao á entrar en el pleno uso de los derechos individuales; *oye* horribles blasfemias que en Bilbao tienen todavía el inconveniente de exponer al blasfemo á que le rompan la crisma de un bastonazo; y *huele* gases que en el callejon más excusado de Bilbao son desconocidos. Pero el que se ha criado en una de nuestras aldeas y va á Madrid, casi no encuentra allí nada de lo que ha visto, oido y olido en su aldea. Mira desde su balcon... y no vé árboles,

ni montañas, ni caserías, ni campos labrados ni por labrar; escucha... y no oye cantos de pájaros ni balidos de ovejas, ni inocentes cantares de labradores y pastorcillos; olfatea... y no huele aromas de las flores y del heno de los campos.

Martin habia pasado en Bilbao (descontadas las vacaciones en que volaba á su aldea cantando de alegría como pájaro que vuela á su nido) cinco años, de los diez y ocho que contaba de vida. Gracias al hábito que habia adquirido en Bilbao de ver, oir y oler algo de lo que veia, oia y olia en Madrid, no le mató la nostalgia, que hubiera sido terrible en una naturaleza como la suya á no estar envacunado, que como vacuna preservativa de aquella enfermedad se debian considerar los cinco años que habia pasado en Bilbao cursando la segunda enseñanza.

A la edad de diez y ocho años, y particularmente estudiando en una universidad tan concurrida como la de Madrid, y sobre todo estudiando leyes cuyas asignaturas son las que mayor número de alumnos cuentan, el estudiante ménos simpático y comunicativo se llena de amigos en pocos dias. Sin embargo de esto, y de que Martin era sobremanera comunicativo y simpático, algunos meses despues de la apertura del curso iba solo á la Universidad, solo volvia de ella, y ninguno de sus condiscípulos le tuteaba. Más aún: comia y



cenaba con sus dos compañeros de hospedaje, y ni éstos sabian apenas de dónde venia ni á dónde iba, ni él sabia de dónde venian ni á dónde iban ellos. Y era que Martin sólo pensaba en dos cosas y sólo dos cosas veia en el mundo: sus libros de texto y su aldea natal.

Cuando soltaba sus libros de texto, tomaba un tomo de las obras de Calderon que habia comprado de lance en un puesto de libros. Aquellos conceptos profundos, aquella riqueza de imágenes, aquel estilo, aquella fantasía, aquel sentimiento ardiente y melancólico que rebosaban las inmortales creaciones del gran precursor del romanticismo moderno, enardecian su alma, que se sentia necesitada de una fuente fresca, serena y pura donde refrigerarse. Martin buscaba ansioso esta fuente, y remontándose en alas del corazon y el pensamiento sobre la cordillera Carpetana, volaba, volaba hácia el septentrion é iba siempre á descender, llorando de amor y de alegría, á aquel vallecito de orillas del mar cantábrico, donde al ir á alejarse de él, una cabecita sonrosada y rubia que se apoyaba en su seno, habia murmurado bajito, bajito, de modo que sólo Dios y él lo oyeran: « ¡ Tardes lo que tardes en volver, esperándote me encontrarás en casa ó en el huerto-santo ! »

Y entónces Martin cantaba en verso ó en prosa, ó solamente en el fondo de su corazon, que tam–

bien así se canta, cantares que hubieran hecho estremecer de júbilo al buen cura de Urtiaga, que deseaba fuese la fuente principal de las inspiraciones de su sobrino el vallecito natal.

Como ya conocemos lo que Martin sentia y pensaba acerca de aquel vallecito, y tambien las opiniones que á primera vista habia formado de Madrid, es inútil que gastemos tiempo y papel reproduciendo alguna otra de las largas cartas que dirigia á su tio con sendos párrafos dedicados á su tia y su prima. Lo único que haremos será dar á conocer una de las postdatitas que Purita solia poner á las cartas de su tio, con permiso, por supuesto, de éste, que solia obtener por medio de la siguiente lagoteria de que hacia uso cuando veia al cura sentado al bufete.

—Señor tio, ¿está usted escribiendo á Martin?

—Sí, hija. Ya le daré memorias tuyas.

—¡Mire usted qué cosa, memorias nada más!... exclamaba la niña haciendo un pucherito, como si quisiera llorar.

—¡Pero, muchacha! exclamaba el cura riendo; ¿le he de mandar en la carta algun abrazo de carne y hueso?

—¡Ay, señor tio, contestaba la niña acercándose al cura y apoyando zalameramente el bracito en su hombro; si yo supiera escribir unas cartas tan hermosas como las que escribe usted,

cuántas cositas le habia de decir al pobre Martinchu (1)!

—¿Y qué le habias de decir, boton de rosa? Alguna bobería, como que te acuerdas mucho de él...

—¿Y qué, es eso bobería?

—No, hija; pero eso lo sabe él demasiado.

—¡Sí, demasiado!.. No, si yo le escribiera aunque no fuera más que dos rengloncitos...

—Vamos, le pondrás una postdata, á ver qué tal te portas; pero déjame concluir, zalamera, que tú siempre te has de salir con la tuya.

La niña hacia una caroca al tio y se retiraba á pensar lo que habia de decir á Martin. Era tanto, tanto lo que se le ocurria, que cuando su tio la llamaba para que pusiera la postdata, no sabia qué poner, y se contentaba con escribir niñadas como esta que su tio y su primo (¡bobalicones!) creian dignas de escribirse en letras de oro:

«P. D.—Has de saber, Martin, que sin enseñarme nadie á sacar *cantas* (2), las saco desde que te fuiste, y si no mira la que saqué anoche en el pórtico de la Soledad, cuando subí á rezar á la Vírgen una salve mientras se llenaba la errada:

(1) La terminacion *chu* se emplea como diminutivo, y sobre todo como diminutivo familiar y cariñoso.

(2) Cantares.

Caminito de la vida,
por tí va sola mi alma,
porque en tí su compañera
la ha dejado solitaria.

La madre de Dios que sabe
de soledades, la valga,
porque son tristes, muy tristes,
las soledades del alma!

»Esta canta no es tan linda como las que tú compones, pero así y todo, hace llorar cuando se canta.»

Pero dejemos simplezas de niñas y volvamos á Martin.

Hemos dicho mal al decir que Martin no veia en el mundo más que sus libros de texto y su aldea nativa. Veia tambien cuantas veces podia, que eran pocas, á su amigo y paisano Miguel de Lecanda, aquel jóven con quien se encontró de manos á boca cuando iba echando *lapurroris* y *arranoas* Postigo de San Martin arriba.

Miguel era guipuzcoano y llevaba en Madrid, no diremos vida muy triste, porque su juventud, su carácter apacible y dos años de permanencia en la corte habian dominado la nostalgia que tambien le habia aquejado, pero se veia muy atareado y lleno de estrecheces económicas.

Miguel tenia poca más edad que Martin, y llevaba á éste la ventaja de ser un poquito más op-

timista, y por consecuencia un poquito ménos dado á la melancolía.

Habiendo perdido á sus padres en pocos meses, cuando con gran ardor y aprovechamiento aprendia el dibujo en San Sebastian, un amigo de sus padres, no de grandes posibles, le tomó bajo su generosa proteccion, y viendo sus disposiciones para la pintura, se decidió á enviarle á Madrid para que la estudiara con elementos de que en San Sebastian carecia, ayudándole con una modestísima pension que le sirviera para pagar el hospedaje hasta que se hallase en disposicion de ganar el pan por sí mismo.

De tal modo se aplicó Miguel en la Academia de San Fernando, que al año de asistir á ella ya encontró donde ganar ocho reales diarios dibujando gusarapos para el editor de una gran obra de historia natural, en que trabaja sin levantar cabeza casi durante todas las horas que le dejaba libres el estudio.

Entónces escribió á su protector anunciándole que ya no necesitaba hacer más sacrificios por él; y cuando conoció á Martin continuaba dibujando lagartijas, moscas y arañas, ganando sus ocho reales diarios, pagando seis en una casa de huéspedes de la calle de la Ventosa, que tenia para él grandes ventajas sobre la de Tudescos, porque desde allí veia el campo, y reservando los dos

restantes para vestir y calzar y *demás vicios.*

El gran consuelo de Martin, despues de los que encontraba en sus libros y en sus recuerdos de Urtiaga, era ver á Miguel y charlar con él de dos cosas, que eran las únicas de que charlaban:

de esta cadena de riscos
que se dilata entre el Ebro
y el Océano bravío,

y de las glorias artístico-literarias con que esperaban oscurecer las de Murillo y Calderon.

Hay error é injusticia en decir que Madrid sólo tiene: como clima, ocho meses de invierno y cuatro de infierno; como suelo, áridos arenales; como sociedad civil, oropel; como sociedad moral, misèria; y como objeto de esperanzas, desengaños. Madrid es sencillamente un lugar de España, donde se reunen españoles de todos los lugares. Tiene, pues, Madrid lo bueno y lo malo de España, y tienen los españoles que en Madrid se reunen lo bueno y lo malo de los españoles.

Madrid gusta desde luego á los de las tierras llanas, donde el patriotismo, en vez de concentrarse en torno del corazon donde brota, se desparrama y aleja; y disgusta á los de las tierras montañosas, donde el patriotismo se concentra y detiene en torno de su manantial. Puede decirse que los de las tierras llanas no tienen rinconcillo

nativo, porque allí la tierra no tiene regazos que Dios ha reservado para las montañas, queriendo así dar á los montañeses una dulce compensacion de ventajas materiales que ha dado á los de la tierra llana. Así se explica el que la nostalgia sea casi patrimonio exclusivo de los montañeses.

Pero áun así, Madrid concluye por gustar tambien á estos últimos, cuando sienten en su corazon ambiciones de gloria ó de dinero que allí esperan realizar. De gloria las sentia Miguel muy hondas y muy nobles, y el gérmen de estas ambiciones que se encerraba innatamente en el corazon de Martin como en todos los corazones entusiastas y buenos, no tardó en fecundarse y desarrollarse con el calor que le prestó la ambicion de Miguel.

El cuarto de Martin participaba de la tristeza de la calle de Tudescos, pues no sólo era reducido y sus paredes estaban desconchadas y súcias, sino que estaba medio á oscuras hasta cuando el sol alumbraba más radiante, pues su única ventana daba á un estrecho y lóbrego patio que no estaba para prestar luz á nadie, porque la hubiera tomado de buena gana para sí. En punto á habitacion, los más felices de la casa eran los otros dos huéspedes, que ocupaban en comun el único gabinete con alcoba y balcon á la calle que tenia la sala.

Conforme Martin iba convaleciendo de la nos-

talgia, se iba ocupando en algo más que sus libros y su aldea. Así se iba despertando en él la curiosidad de saber algo de la vida y las ocupaciones de aquellos jóvenes, que estaban casi siempre encerrados en su gabinete, donde se les oia confusamente leer ó declamar en voz alta. La patrona habia dicho que eran cómicos ó cosa así; pero si eran cómicos, ¿cuándo ensayaban y cuándo trabajaban en el teatro, si muchos dias y muchas noches no salian de casa?

Un dia oyó Martin á Doña Genara y la criada Simplicia dar estrepitosas carcajadas en el recibimiento que estaba contiguo á su cuarto, y salió á saber qué las motivaba.

—¡Comedia como esta!... exclamaba Doña Genara, que tenia una carta en la mano y se retorcia de risa lo mismo que la Maritornes.

—¿Qué es eso, Doña Genara? le preguntó Martin.

—Lea usted, lea usted este sobrescrito, Don Martin, le contestó la patrona alargándole la carta y sin dejar de desternillarse de risa.

Martin tomó la carta y leyó el sobre que estaba escrito en letra menuda, y decia:

«Cartero, en cuanto reciba usted esta carta, va usted á escape á la calle de Tudescos, núm. 15, cuarto tercero, y pregunta por Don Julian Lopez y Don José Martinez, que son dos aprendices de

literato, uno de ellos feachon y mal encarado, y el otro con cara de recienparida, y les entrega usted esta carta. Es muy posible que se los nieguen á usted creyendo que es algun inglés de los muchos que los persiguen; pero entónces va usted y coge unas monedas y, tin, tin, las suena, y verá cómo salen al reclamo.»

Martin no pudo ménos de reir al leer este singular sobrescrito, que renovó la risa de la patrona y la criada; pero poniéndose serio de repente, exclamó:

—Hacen ustedes mal, y tambien hago mal yo, en reir esta gracia que no lo es.

—¿Que no es gracioso este sobrescrito? replicó Doña Genara. ¡Ja, ja, ja! ¡No diga usted disparates, Don Martin, que ni en el teatro se vé sainete más chistoso!

—¿Querrá usted decir sainete más infame? Lo que debian ustedes haber hecho, en lugar de recibir la carta, era echar enhoramala con ella al que la traia.

—Toma, contestó Simplicia, el cartero, que por señas es nuevo, no hizo más que decir: «Don Julian Lopez y Don José Martinez;» alargó la carta, cogió el cuarto, y se marchó sonriendo. Calla, dije yo para mí; ¿por qué se reirá el cartero? y viendo un sobre tan largo, calculé que seria por algun chiste que habria en él, y en lu-

gar de entrar la carta á los señoritos del gabinete, se la dí á mi ama que sabe leer.

—¿Qué es eso, Simplicia? preguntó, apareciendo en la puerta de la sala, uno de los huéspedes del gabinete, á quienes sin duda habian llamado la atencion las risotadas y el altercado en que se mezclaban sus nombres.

—Una carta para ustedes, contestó Simplicia.

—¿Quién la ha traido?

—El cartero.

—¿Y qué, una carta para nosotros, traida por el cartero, es motivo para tanto jolgorio?

—Es que el sobrescrito dice...

—¿Qué dice el sobrescrito? preguntó el jóven adelantándose á tomar la carta un poco mal humorado.

—Dice, le contestó Martin, una porcion de insolencias á que yo, en el caso de ustedes, corresponderia quemando la carta sin leerla, en prueba de desprecio á su autor.

El jóven que salió á recibir la carta era Julian, sin duda el que en el sobre se calificaba de feachon y mal encarado, pues al paso que su compañero, á quien se atribuia cara de recienparida, era descolorido, rubio y un poco afeminado, él era fornido, moreno y de facciones acentuadas y enérgicas.

Apenas recorrió con la vista el sobre de la car-

ta, ántes de entrar en el gabinete, dió una tremenda patada en el suelo acompañada de una colérica interjeccion.

—¿Qué es eso, Julian? le preguntó su compañero saliendo sobresaltado á su encuentro.

—Mira, Pepe, con qué insolencias nos insultan en el sobre de esta carta.

Pepe leyó el sobre, é indeciso entre si se habia de reir ó se habia de encolerizar,

—Yo creí, dijo, que era otra cosa.

—Y qué, ¿te parecen poco esos insultos?

—Esto es cosa de aquellos truenos de la calle de Lope de Vega.

—Aunque lo fuera del hijo de Dios bajado del cielo no quedaria sin castigo.

—¡Qué castigo ni qué calabazas, hombre! Esto se desprecia así.

Y Pepe hizo ademan de romper la carta.

Julian le detuvo y se la quitó, exclamando furioso:

—Si tú tienes sangre de horchata helada, yo la tengo de alquitran ardiendo, y la he de refrescar con la del infame que tan á sangre fria nos ha insultado aquí, sea el que sea. Yo lo averiguaré, y me han de llevar doscientos mil demonios ó le ha de costar cara la broma.

Julian rompió con ira el sobre de la carta, y se

encontró con que ésta contenia únicamente estos estrafalarios versos:

«Caballeros de hongo y lente,
que si salís del castillo
sólo es á echar un cuartillo
en la taberna de enfrente;
caballeros de almas *rusas*,
como tradujo un bolonio (1),
que inspirados del demonio
forzais á las pobres musas;
caballeros que ni caso
haceis de amigos leales,
por daros como animales
á ex-doncellas del Parnaso;
caballeros que hasta el pico
solamente alzais el brazo,
yo Don Quijote os emplazo
á la gran era del Mico (2),

(1) En nuestros teatros se representa aún una comedia traducida del francés, cuyo traductor (que por cierto hoy tiene grandes humos de patriota revolucionario y anti-borbónico, lo que no obsta para que sea uno de los cuervos que con más mimo crió Doña Isabel II) tradujo por *almas rusas* un *âmes rusées* del original, en vez de traducirle por *almas artificiosas* ó cosa equivalente.

(2) Es un campo situado entre las puertas de Bilbao y Fuencarral, que tiene al Mediodía el camino de ronda de Madrid y al Norte una manzana de casuchas donde hay bodegones y tabernas.

donde hasta caer de bruces
durará la sarracina.
Armas: porron y sardina;
hora: hoy dos entre dos luces.»

Pepe soltó la carcajada al oir estos versos, que su compañero leyó en voz alta y con frecuentes tentaciones de trocar su enojo en risa.

—Ya está visto, dijo Pepe, que eso es cosa de Perico. ¿A ver la letra? No parece suya ni de ningun otro de la *colonia*.

—Sí, que necesita aquél ayudantes para disfrazar la letra y hasta para imitar el sello de la Bula.

—Hay que convenir en que tiene gracia...

—Pero tiene tambien insolencia, y esta vez le va á costar muy cara.

—No seas tonto, hombre, que nos vamos á poner en ridículo...

—En ridículo nos pondríamos si las muchas personas que han leido ese infame sobre y se han divertido con él, ó mejor dicho, con nosotros, desde que se echó al correo hasta que ha llegado á nuestras manos, no supieran que se le hemos hecho tragar al insolente que le escribió.

Pepe guardó silencio, reconociendo que su compañero no iba del todo descaminado.

—Estoy seguro, continuó Julian, de que esta noche corren y se sacan copias de ese sobre en el

café Suizo donde se reunen los escritores, y en el café de Pombo donde se reunen los empleados de correos, y milagro será que mañana no aparezcan esos indecentes renglones en una ó más gacetillas de periódico.

—Pero en caso de aparecer, será suprimiendo nuestros nombres.

—Más cuenta nos tendrá que no se supriman, porque la supresion despertará la curiosidad, y medio Madrid se echará á averiguarlos.

—Tienes razon, aunque exageras un poco, asintió Pepe tristemente. ¿Y qué vamos á hacer?

—¿Qué? Rompernos el alma con Perico y los que le hayan acompañado en esa indecente broma.

—Verás cómo en cuanto nos vean entrar empiezan á torearnos, y no tenemos más remedio que largarnos con las orejas bajas ó armar allí un escándalo de órdago.

—Pues para evitar eso, que en manera alguna nos conviene, haremos lo que hacen las personas decentes en estos casos, que es comisionar á un par de amigos para que vayan á pedir una satisfaccion, ó en caso de no obtenerla, á arreglar las condiciones de un duelo.

—*¡Duelo!* ¿Sabes, Julian, que es soberanamente ridícula en nuestros anticaballerescos tiempos esa palabra, que sólo debia conservar su sentido recto?...

—Será todo lo que tú quieras; pero llámese duelo, desafío, combate, lance de honor, hacerse la colorada ó romperse el bautismo, una de estas cosas es preciso que se diga y haga en casos como este.

—¡Casi, casi es verdad!

—¿Cómo que casi, casi? ¿Por lo visto tú estás porque andemos con paños calientes? Verás cómo yo no me ando con tonterías y armas al hombro.

Al decir esto, Julian tiró de la campanilla, y entró Simplicia.

—Simplicia, le dijo Julian, ¿quién ha venido á ver al señor de Echebarría, que oigo conversacion en su cuarto?

—El pinta-monas.

—¿Qué pinta-monas ni qué...

—¡Qué se yo! Así le llama mi ama á ese paisano de don Martin que suele venir.

—..... Pues dígales usted de nuestra parte que deseamos hablarles cuando se desocupen.

Un momento despues, Martin y Miguel pasaban al gabinete.

Hiciéronlos sentar Julian y Pepe, expresándoles su sentimiento por haberlos molestado y tener que molestarlos áun más, y les acercaron para que fumaran la cajita del tabaco, fabricada con papel y obleas, que siempre tenian para servicio comun en una mesa llena de papeles y libros en



amable desórden, que ocupaba el centro del gabinete.

Julian tomó la palabra.

—Usted, señor de Echebarría, ya tiene noticia del indecente sobre con que se nos ha dirigido hoy una carta.

—Sí, he tenido el disgusto de leerle.

—Pues bien; léale usted tambien, señor de Lecanda.

Julian dió el sobre á Miguel, y éste dijo despues que le hubo leido sin tener la debilidad de reir:

—Supongo que esta será una broma de amigos; pero es una broma de muy mal género.

—Tal la creemos nosotros; y nos parece tan urgente el pedir una satisfaccion á su autor ó autores, que en lugar de salir á buscar á algunos amigos para encargarles esta comision, y teniendo en cuenta que acaso no los encontraríamos, pues sospechamos que todos nuestros amigos de confianza hayan tomado parte más ó ménos directa en esta desdichada broma, nos tomamos la libertad de pedirles á ustedes un gran favor: que se encarguen de avistarse, en nuestro nombre, con el que creemos autor de ese sobre, le pidan una terminante satisfaccion, y en caso de no obtenerla, arreglen las bases de un duelo á muerte con él y cuantos tengan parte en la ofensa.

—Por mi parte, respondió Miguel, agradezco muchísimo la confianza que ustedes nos dispensan.

—Y del mismo agradecimiento participo yo, añadió Martin.

—Pero ántes de dar el paso que ustedes nos encargan, debo decirles, con tanto más motivo cuanto que esta es tambien la opinion de Martin, que no soy partidario del desafío.

—Nosotros reconocemos tambien que el desafío es absurdo; pero, ¿qué hace usted sino apelar á él cuando ha recibido una ofensa y no encuentra otro medio de obtener satisfaccion?

—Si ustedes reconocen que el desafío es absurdo, reconocerán tambien que es ineficaz. Con absurdos no se satisfacen las ofensas de la honra.

—Pero ¿con qué se satisfacen sino?

—Hay varios medios de satisfacerlas: primero, el testimonio de nuestra conciencia, que nos proclama honrados y ante el cual es cosa despreciable la opinion del vulgo; segundo, el Código penal; y tercero, un estacazo que doble de medio á medio al que nos ha ofendido.

—Todo eso es muy bueno á los ojos de la razon, de la justicia y áun del sentido comun; pero no tiene valor ninguno á los ojos de la sociedad.

—Pues cuando la sociedad prescinde de la razon, de la justicia y áun del sentido comun, echo

yo á paseo á la sociedad. Si se trata de averiguar cuál de dos hombres tiene mejor puntería, no será ineficaz, aunque sí bárbaro, el que se pongan frente á frente cada uno con una pistola en la mano y cambien un par de balazos; pero hacer esta misma operacion para averiguar cuál de dos hombres es más honrado, es tan estúpido que para creer á un hombre digno de racion de paja y cebada, no se necesita más que saber que ha provocado un desafío. ¿Qué, si usted me llama bestia ó ladron, probaré yo que soy talentudo ú hombre de bien acertándole á usted un balazo ó exponiéndome á que usted me le acierte?

—La sociedad ha convenido en que sí.

—Pues ya he dicho á usted que á la sociedad la echo yo enhoramala cuando carece de sentido comun.

—Pero al fin convendrá usted en que con el desafío se puede probar algo más que la buena puntería: se puede probar el valor, que al fin es una virtud.

—No es el valor tal virtud ni tal calabaza. Lo será, por ejemplo, en el soldado, que le necesita para cumplir su deber; pero no en el que no tiene tal necesidad para cumplir el suyo. Si la teoría de usted fuese cierta, las mujeres, que generalmente son tímidas y cobardes por extremo, serian los séres más despreciables del mundo;

y son todo lo contrario, como lo prueba el amor que les tenemos.

—Pero, señor de Lecanda, el valor no es una virtud sólo porque sea indispensable al soldado, sino porque lo es tambien al hombre puramente civil, que le necesita para luchar con las adversidades de la vida.

—Esa clase de luchas se sostienen con valor muy distinto del que discutimos. Tan distinto es, que le tienen las mujeres que se desmayan viendo hacer una sangría ó relucir un puñal.

—Veo que usted discurre con mucha lógica, y temo que si sigo oyéndole á usted voy á incurrir en una debilidad con que no tengo bastante filosofía, ó llámele usted grandeza de alma para conformarme. Insistimos, pues, en suplicar á ustedes que acepten la enfadosa comision que les hemos indicado.

—La aceptamos, contestó Miguel, al mismo tiempo que Martin hacia tambien una señal de asentimiento; pero he creido que debíamos manifestar á ustedes que nuestro corazon y nuestro entendimiento rechazan el desafío por bárbaro y por inútil.

—¡Gracias! exclamó Julian estrechando la mano del jóven pintor.

Algunas tentativas hizo Pepe para que su compañero desistiese de exigir una satisfaccion á todo

trance; pero fueron inútiles. Poco despues Miguel y Martin se encaminaban á la calle de Lope de Vega, perfectamente instruidos de la clase de gente con quien se las iban á haber y de lo que de ella debian exigir.

Martin iba cada vez más pensativo.

—¿Qué piensas? le preguntó Miguel.

—Pienso que si encontráramos en el camino á mi buen tio y le dijéramos la comision que llevamos, nos diria: «Pues habeis hecho muy mal en admitirla, porque si lo injusto no se debe hacer por cuenta propia, ménos áun se debe hacer por cuenta ajena.»

—¡Y tendria mucha razon tu buen tio! contestó Miguel despues de reflexionar un instante.

VI.

Camino de la calle de Lope de Vega.—Los gallegos.—El olvidadizo.—Cálculos lotéricos.—Recuerdos literarios antiguos.—El amor desamueblado.—El amor amuebladito.—Nombres amados y obras aplaudidas.—Recuerdos literarios modernos.—Musa y torrezno.—*¡Fúgite!*—Baturrillo.—Las cuatro coronas.—El soplo de las Musas.—¡Ah!...—Acusacion y defensa.—*Por delante y por detrás.*—Repelon.—Las coronas de laurel.—La corona de espinas.—La corona de ajos.—El cartero nuevo.—Entre dos luces.

Martin y Miguel, conforme se dirigian á la calle de Lope de Vega, iban pensando cómo habian de desempeñar del mejor modo posible su comision, porque una de las dificultades con que iban á tropezar, segun los informes que Julian y Pepe les habian dado, eran la poca formalidad y el travieso ingenio de los de la colonia, como llamaban á los burladores.

Lo primero en que convinieron fué que Miguel fuese quien principalmente llevase la palabra, como lo habia hecho en el gabinete de la calle de Tudescos. Esto era muy acertado, porque Mi-

guel, no tanto por tener algunos años más que su compañero como porque llevando ya en la corte dos, se le podia considerar «gato de Madrid,» tenia el aplomo y la perspicacia de que Martin áun carecia.

Mucha simpatía inspiran los gallegos al autor de este libro, sin duda porque los vé siempre y en todas partes injustamente maltratados. Madrid es uno de los pueblos donde el vulgo más ruin es más injusto con los pobres gallegos, pues allí los muchachos, cuando tratan de vilipendiar á álguien, no encuentran medio más eficaz de hacerlo que el de lanzarle el nombre de «¡gallego!» á la cara. Es verdad que los gallegos se desquitan en Madrid de esta injusticia, adquiriendo casi todos una fortunilla á fuerza de trabajo y humillaciones, y medrando los restantes, por medios más ó ménos honrosos, hasta empinarse en la tribuna parlamentaria ó arrellanarse en la poltrona ministerial. Todo esto prueba que es falso, de toda falsedad, el proverbio muy general y acreditado entre los portugueses, de que «doscientos gallegos no hacen un hombre.»

Cuando Martin y Miguel pasaban por la Puerta del Sol, vieron un gran corro de gente y se dirigieron allá movidos de la curiosidad. Era que los transeuntes, compadecidos é indignados, rodeaban á un chico que se quejaba de que le habia

pegado un mozo de cordel á quien acababa de detener un alguacil.

—¿Por qué le has pegado á ese pobre chico? preguntó uno de los circunstantes al mozo.

—Porque me ha llamado gallego, contestó el detenido con perfecta y sencilla seguridad de que no admitia réplica su disculpa.

—Pues sepan ustedes, dijo el alguacil, que este ha andado conmigo á la escuela en Tuy, y es tan gallego como yo.

—¡Así me salve Dios que no me acordaba! contestó el mozo bajando la cabeza avergonzado de su falta; pero levantándola de repente con la altivez del que de súbito cae en cuenta de que no ha delinquido, añadió:

—Pero es que aunque me hubiera acordado le hubiera pegado, porque una cosa es que uno sea gallego, y otra que se lo llamen.

Martin y Miguel continuaron su camino resueltos á utilizar la filosofía del gallego cuando les conviniese.

Cálculos hechos y publicados en el momento en que escribimos este libro, demuestran que segun la ley de las probabilidades, para obtener la centésima parte de un premio gordo de la lotería no se necesita más que lo siguiente: que haya una lotería cada semana, jugar una peseta á cada lotería y vivir doscientos años. Con estas

condiciones, que como se vé son una friolera, los 58.400 reales que se hayan gastado en el total de jugadas, darán 20.000 reales suponiendo que por término medio sea de dos millones cada premio gordo de la lotería. Sin embargo de esto, la cuarta parte de los españoles juegan á cada lotería su pesetita y esperan que les caiga en la primera extraccion, no la centésima parte del premio gordo, sino el premio gordo entero.

La ley de las probabilidades es en España aún más cruel que con la lotería llamada nacional, con la lotería de la literatura y el arte. Para obtener en esta lotería la centésima parte de un premio gordo, que es una subsistencia un poco desahogada y tranquila, la debida únicamente al cultivo concienzudo y honrado de las bellas letras ó las bellas artes, se necesitan sacrificios áun mayores que los que señala la ley de las probabilidades á la centésima parte del premio gordo de la lotería nacional. ¡Y sin embargo de esta verdad notoria, en Madrid hay siempre millares de jóvenes que gastan todo su caudal de vida é inteligencia en el juego de la lotería de la literatura y el arte, esperando de un momento á otro el premio gordo!

Unos cuantos de estos jóvenes tenian su nido en una casa de huéspedes de la calle de Lope de Vega, y no abusamos de la metáfora llamando

nido á su morada, ni abusaríamos llamándoles pájaros á ellos, porque cantando vivian, aunque hay cánticos tan tristes como el del cisne que canta cuando va á morir.

Madrid es pobre de esos monumentos y recuerdos históricos embellecidos por los siglos, que en tanto número enriquecen á la mayor parte de nuestras capitales; pero en cambio tiene recuerdos literarios muy gloriosos. Como ejemplo insigne de ello, lo primero que ocurre citar es aquellas dos calles paralelas que en otro tiempo se llamaron de Francos y de Cantarranas, y hoy se llamán de Cervantes y de Lope de Vega, porque allí, á algunos pasos del Mentidero de los representantes, que era el sitio donde se reunian los que despues se llamaron cómicos y hoy antonomásicamente actores, y á algunos pasos tambien del convento de las Trinitarias, donde se consagraron al Señor la hija del autor de *Don Quijote* y la hija del autor del *Premio del bien hablar*, y donde yace el ignorado sepulcro del primero de estos grandes ingenios; ¡allí vivieron y murieron *el Fénix* y *el Príncipe de los ingenios españoles!*

Para el autor de este libro tambien tiene la calle de Lope de Vega recuerdos literarios, que no por ser modernos debe dejar en el fondo de su memoria, y recuerdos de otro género que no por ser personales debe dejar en el fondo de su corazon.

Permítasele consignar aquí uno de estos últimos, que no se atreveria á sacar del santuario donde le guarda si no estuviera enlazado, no con su vida literaria que carece de importancia, sino con la vida literaria y artística de ilustres ingenios de su tiempo.

Rico sólo de amor y esperanzas, el autor de unos humildes libros acababa de unirse con la elegida de su corazon, huérfana y, como él, pobre de bienes de fortuna, y allá arriba, en el último piso de una casita nueva que tenia el número 32, vivian faltando sólo á su felicidad para ser completa el que su vivienda tuviese algunas galas más que las que tenia. Las que tenia eran pocas más que las que le prestaban la luz del sol que la bañaba desde que salia por los collados de Vicálvaro hasta que se escondia tras las lomas de Sumas-aguas, y la luz de la luna que se ha convenido en llamar de miel por la dulzura que tiene, sobre todo para los que, como aquellos jóvenes, se sientan á la luz de esa luna ricos de amor y esperanzas.

Una mañanita temprano, allá por la primavera de 1859, fué á su trabajo pensando tristemente que su compañera debia suspirar por algo, porque por modesta y sencilla en sus gustos que sea una muchacha reciencasada, no puede ménos de entristecerse cuando van á verla las compañeras de su

niñez y su adolescencia que con ella han soñado un amor siquiera instalado en una salita adornada con su sillería de paja, su consola y su espejo, y no puede enseñarles más que un amor instalado en una salita que áun de esto carece.

Cuando volvió de su trabajo á las dos de la tarde, salió á recibirle su compañera radiante de felicidad y alegría. ¿Cuál era la causa de recibimiento tan inesperado y grato? Héla aquí referida en pocas palabras. A las diez de la mañana un carro cargado de sencillos, pero hermosos muebles nuevos, habia parado á la puerta de la casa. Tras el carro venian unos jóvenes. En pocos instantes los muebles pasaron del carro al último piso de la casita nueva, subidos en hombros y brazos de aquellos jóvenes, que convertidos en seguida en alegres é inteligentes tapiceros y carpinteros, colocaron en la salita la linda sillería, el espejo y la consola y sobre la consola el reloj y los floreros de porcelana que hasta llevaban provistos de frescas flores naturales; en el gabinete el velador y las butacas; en el escritorio el armarito para libros, la mesa y la escribanía; en el comedor la mesa con tapete de hule; en las alcobas las mesitas de noche y los lavabos, y donde quiera que eran necesarias las campanillas con lindos llamadores de estambre; quedando así la habitacion, poco ántes pobre, desolada y triste, her-

mosa, alegre, casi rica, porque como si en el corazon de aquellos jóvenes hubiera algo del amor maternal que se complace en embellecer la que va á ser morada de los jóvenes que se preparan á recibir la bendicion de Dios, aquellos jóvenes habian hecho allí lo que el amor maternal no habia podido hacer!

Aquellos jóvenes se llamaban José de Castro y Serrano, Luis de Eguilaz, Pedro Antonio de Alarcon, Diego Luque de Beas, Cárlos de Pravia, Eduardo Gasset y Artime, Antonio Arnao, German Hernandez, Vicente Barrantes, Luis Mariano de Larra, Manuel Fernandez Caballero, José Marin Baldo y José Picon, casi todos tan pobres de bienes de fortuna, como aquel cuyo hogar habian llenado de júbilo, ¡sabe Dios á costa de qué sacrificio! aunque eran autores ó habian de serlo: Castro, de las *Cartas trascendentales* y *La novela del Egipto;* Eguilaz, de *Verdades amargas* y *El caballero del milagro;* Alarcon, del *Hijo pródigo* y el *Diario de un testigo de la guerra de África;* Luque, de *La dama del conde-duque;* Pravia, de *La duquesa de Montpensier;* Gasset del *Imparcial* (obra coronada con una cartera de ministro); Arnao, de *Himnos y quejas* y *El caudillo de los ciento;* Hernandez, de *La madre de los Gracos;* Barrantes, de *Siempre tarde* y las *Baladas españolas;* Larra, de *La oracion de la tarde* y *Bien-*

aventurados los que lloran; Caballero, del *Cocinero* y *El dia más feliz;* Marin Baldo, del *Monumento á Colon*, y Picon, de *Pan y toros* y la *Isla de Sanbalandrán.*

El piso tercero de aquella misma casa señalada con el número 32, y el primero de la señalada con el número 15 encierran recuerdos literarios modernos que bien merecen ocupar una página de este libro donde tantas habrá inútiles para el arte literario. En el primero se escribieron *Las querellas del rey sabio* y *La cruz del matrimonio;* y en el segundo, *La vaquera de la Finojosa* y *Una aventura de Tirso.* Pero el recuerdo de estas comedias y muchísimas más del largo repertorio de Eguilaz escritas en la calle de Lope de Vega, no es el único recuerdo literario que tiene la casa señalada con el número 15. Allí, por el año de 1858, se reunia una vez cada semana, atraida por su amor al arte y por las singulares prendas de ilustracion é hidalguía de un jóven que allí habitaba (1), la juventud que con más entusiasmo se dedicaba entónces en Madrid á los trabajos artístico-literarios; allí se concibió y en parte se realizó la gran idea de un *Romancero de españoles ilustres* (2); allí se hizo una gran co-

(1) Don Gregorio Cruzada Villamil.

(2) Muchos de los romances que debian constituir aquel li-

leccion de bustos de españoles célebres, y allí surgió el pensamiento de muchas obras que despues han enriquecido la literatura y la pintura patrias.

Martin y Miguel entraron en una casa vieja de la calle de Lope de Vega sintiendo cierta alegría, á pesar de lo triste de su comision, porque deseaban conocer la vida interior de los escritores modernos, y el encargo que allí les conducia les facilitaba la satisfaccion de esta curiosidad. Habian leido que cerca de allí, en la antigua calle de Francos, el Fénix de los ingenios y su gran amigo Montalban se reunian al amanecer en la morada del primero para escribir comedias, y se preparaban á la tarea yendo juntos á oir una misa en San Sebastian y desayunándose, luego de regresar, con un torrezno por barba que la señora Mari-Sanchez, respetable dueña de tocas y rosario en cinto, les servia, aconsejándoles que dejaran para lindos imberbes el escribir á lo profano y escribieran sólo á lo divino. ¿Se conservaria aún por aquellos barrios, al cabo de más de dos siglos, este modo de prepararse á escribir comedias? Tal era la pregunta que se hacian, y muy particularmente Martin, en su completa ignorancia

bro se leyeron en la tertulia literaria de Cruzada Villamil, y unos permanecen inéditos, y otros se han dado á luz no coleccionados.



de la vida interior de los escritores de su tiempo.

No salió á abrirles una dueña de mongil, sino una moza alcarreña, de nariz remangada, que mostrando gran extrañeza de que se quitaran el sombrero al penetrar en el recibimiento, los mandó cubrir y pasar á la sala sin tomarse la molestia, que por lo visto no se estilaba allí, de anunciarlos préviamente.

En la sala se oia un ruido de mil diablos, aunque no eran mil, sino media docena, los jóvenes que allí habia.

Uno de estos jóvenes atravesó la sala, y viendo que por el pasillo, un poco oscuro, avanzaban dos desconocidos, debió avisarlo por medio de una seña á sus compañeros, pues todos se escondieron en los gabinetes laterales y en las dos alcobas de la sala, como los vecinos de la *Casa de Tocame-Roque* se escondian en sus habitaciones al anunciarse que el casero se acercaba al patio.

Martin y Miguel se quedaron parados en medio de la sala sin acertar á explicarse aquello, y no poco extrañados del aspecto que la sala presentaba.

El mueblaje de la sala consistia en una sillería de las llamadas de Vitoria, una consola, un espejo y un gran velador, todo muy estropeado. Esto, como se vé, no era para causar extrañeza á nadie, pero sí la heterogeneidad y el desórden

de los objetos que campeaban sobre los muebles, y particularmente sobre el espejo.

Sobre el velador, que tenía un tapete de bayeta verde, roto y manchado, habia libros, papeles sueltos, media cáscara de coco con tabaco y papel de fumar, un tintero de barro y un plato con un vaso; sobre las sillas periódicos y libros; sobre el sofá camisas planchadas; sobre la consola, en el espacio que mediaba entre ésta y el espejo, un cuadrito al óleo, y sobre el espejo dos coronas de laurel artificial con lazos de raso, colocadas entre otras dos muy singulares, pues eran una de ajos y otra de espinas.

El asunto del cuadro, que tenia por nombre *El soplo de las Musas*, segun una tarjeta que se veia á su pié, era muy original. Los escritores y artistas de todos los tiempos y todos los países estaban clasificados y divididos en dos grupos; en uno de estos los buenos, y en el otro los malos, todos ellos trabajando con mucho ardor. Sobre ellos, y medio veladas por unas nubes, se veian las Musas inclinadas y de cara hácia el grupo de los *buenos*, que era el de la derecha, y por consecuencia de espalda hácia el de los *malos*, que era el de la izquierda. Dos soplos distintos descendian de lo alto sobre los escritores y artistas. La procedencia del que descendia sobre el grupo de los buenos no era dudosa, pues se le veia surgir de

la boca de las Musas, cuyos carrillos estaban inflados para soplar á más y mejor; pero no así la procedencia del que descendia sobre los malos, pues surgía de detrás de las nubes que ocultaban de hombros abajo, ó mejor dicho, de hombros atrás, á las Musas.

Apenas habian tenido tiempo Martin y Miguel para echar una rápida ojeada por la sala, cuando oyeron estas dos exclamaciones:

—¡Gracias, divinos cielos, que no tienen traza de ingleses!

—¡Ah!

Y de gabinetes y alcobas salieron hasta media docena de individuos, que rodearon á los desconocidos estrechándoles la mano afectuosamente é invitándoles á sentarse en torno del velador.

Miguel preguntó á aquellos jóvenes si era alguno de ellos don Pedro de la Torre.

—Ó por otro nombre el presidente Perico, que es un servidor de ustedes, les contestó precisamente el que habia hecho la consoladora observacion de que los recien llegados no eran *ingleses*.

—Pues quisiéramos hablar con usted algunas palabras.

—Querrá usted decir con los seis que aquí estamos y otros tantos que forman el resto de la colonia, y no tardarán en llegar.

—No comprendo lo que usted dice, á ménos

de suponer que saben ustedes el objeto de nuestra venida y hacen solidario lo que la ha motivado.

—Nada de eso sabemos; pero aquí todo lo hacemos solidario, porque nuestro lema es el de los Estados-Unidos: *E pluribus unum*. Quizá somos los únicos escritores de España que podemos hablar constantemente en plural.

—Pues bien, nuestros amigos don Julian Lopez y don José Martinez nos envian á preguntar á ustedes si son los autores de una carta anónima y sobremanera inconveniente que han recibido hoy por el correo.

—Cierto que les hemos dirigido una carta, pero no lo es que la carta sea inconveniente, porque no se puede calificar de tal una invitacion á merendar en la era del Mico.

—Hablemos con formalidad, porque el asunto lo merece y nosotros, por más triste y penosa que sea la comision que se nos ha dado, necesitamos desempeñarla con fidelidad.

—Eso es muy justo. Vayan ustedes formulando la acusacion y nosotros iremos formulando la defensa.

—La acusacion se funda exclusivamente en el sobre de la carta.

—¿Qué hay penable en ese sobre?

—El insulto personal y público.

—La verdad no es insulto, porque segun el

Evangelista, fué hecha por Jesucristo: *veritas per Jesumchristum facta est*. Pruébenos usted que Lopez no es feachon y mal encarado, que Martinez no tiene cara de recien parida, y que ambos, como nosotros, no padecen persecucion de los ingleses, y reconoceremos nuestra culpa y aceptaremos la expiacion.

—Demos por supuesto (y permita usted que imitemos el estilo de los juegos de prendas) que sean, tengan y padezcan lo que ustedes dicen, pero una cosa es serlo, tenerlo y padecerlo, y otra que se les eche en cara.

Miguel, empezando á utilizar la filosofía del gallego, refirió lo que acababan de presenciar en la Puerta del Sol.

—Por respetable que sea la autoridad gallega en que apoyan ustedes su teoría, replicó Perico, áun no entonamos el *mea culpa*. Vean ustedes un detalle de ese cuadro.

Perico se levantó y se dirigió hácia la consola seguido de Miguel y Martin, y señaló á éstos una de las figuras del grupo de artistas y escritores malos, que aparecia escribiendo una comedia encabezada con el título de *Por delante y por detrás*.

—Ahora, añadió Perico, vean ustedes si ese poeta pintado se parece á alguno de estos poetas vivos.

—Es el retrato del señor, contestó Miguel señalando á uno de los compañeros de Perico.

—Esa es la verdad. Pues han de saber ustedes que al autor de *Por delante y por detrás* se le incluyó en el grupo de los que en ese cuadro reciben la inspiracion sabe Dios de dónde, por votacion unánime de toda la colonia, de la que formaban parte Lopez y Martinez, y tambien por votacion unánime se ha dirigido hoy á esos dos colonos refractarios la invitacion al banquete de la era del Mico.

—Bien: pero el insulto de ese cuadro tiene carácter privado, y el del sobre de la carta de que Lopez y Martinez piden satisfaccion le tiene público en el hecho de habérseles dirigido la carta por el correo, y por consecuencia haber tenido el sobre una publicidad que se puede llamar oficial.

—¿Queda la acusacion reducida solamente á eso? preguntó Perico.

—A eso solamente, contestaron á la par Miguel y Martin.

—Pues bien, vayan vuesas mercedes consolados, que se hará justicia, como decian los jefes de los mosqueteros en el siglo de oro de nuestro teatro á los poetas que iban á solicitar su benevolencia. Así que venga uno de nuestros concolonos, que es mozo que entiende de satisfacciones, aunque es el que ménos tiene en su casa,

irá á la calle de Tudescos á darla cumplida á esa parte de la acusacion.

El pintor y el estudiante, más satisfechos que lo que esperaban del resultado de su comision, se levantaron para despedirse y volver á dar cuenta de este resultado.

La alcarreña de nariz remangada entró en aquel instante en la sala y con un

—Señoritos, con permiso de ustedes, que se me han acabado los ajos, se dirigió hácia la consola, y subiendo en una silla arrancó una cabeza de ajos de la singular corona que, con la de espinas, acompañaba á las de laurel.

—Críspula, exclamó con severidad Perico, ¡que sea ese el último repelon que des á esa corona!

—Ande usted, señorito, que ya les echarán á ustedes otras así, contestó la muchacha huyendo de un silletazo con que le amenazaron todos los colonos horrorizados de la profecía.

Conociendo Perico que á los comisionados de la calle de Tudescos picaba la curiosidad por saber la historia de aquellas coronas, no quiso dejarlos marchar sin obsequiarlos siquiera satisfaciéndola.

—Esas coronas, les dijo, ¿excitarán sin duda la curiosidad de ustedes?

—Muchísimo.

—Pues yo les contaré á ustedes la historia de todas ellas, que es corta, sencilla y triste. Las de

laurel son legítimamente ganadas por dos individuos de la colonia, autores de dos excelentes comedias representadas con extraordinario aplauso. La de espinas es el símbolo de las que traspasaron el corazon de los poetas laureados cuando el dia que siguió á la noche de su triunfo se quedaron sin comer, porque usureros de «peseta por duro» les habian embargado el tanto por ciento de representacion, y si hubo periódicos que les prodigaban aplausos y justicia, los hubo que les negaban sentido comun y probidad literaria, sin concederles el sagrado derecho de defensa que se concede hasta á los más viles asesinos, porque tal defensa se califica de «rebelarse, de revolverse contra la crítica.» En cuanto á la corona de ajos, se la arrojó el público, siempre ilustrado y justiciero, al autor de *Por delante y por detrás* la noche que se representó su obra, condenada previamente por la colonia, que no le ha expulsado de su seno porque ha prometido la enmienda.

El autor aludido inclinó humildemente la cabeza, y el estudiante y el pintor le estrecharon la mano como diciéndole: «¡ánimo, que de los arrepentidos quieren Dios y el arte!»

Una hora despues, en el gabinete de la calle de Tudescos, conversaban como amigos antiguos, guardando silencio cada vez que sonaba la campanilla del recibimiento, Martin, Miguel, Julian

y Pepe que, cigarro va, cigarro viene, iban desocupando la cajita de papel.

Un jóven, embozado en su capa, subió la escalera y llamó en el piso tercero.

Simplicia salió á abrir y el jóven le preguntó, desembozándose y dejando ver en las boca-mangas de la chaqueta unos galones encarnados como los que entónces tenian las boca-mangas de la casaquilla de uniforme de los carteros:

—¿Están los señores Lopez y Martinez?

—Sí, señor.

—Dígales usted si puedo verlos.

—Sí, señor; pase usted.

Simplicia cerró la puerta, y dejando al jóven en el recibimiento, dijo desde la puerta de la sala:

—Señoritos, aquí está el cartero.

—¿Qué cartero?

—Otra, ¿qué cartero ha de ser, sino el nuevo, que trajo esta mañana la carta?

—Que pase.

El jóven pasó, y Julian y Pepe lanzaron al verle un grito de sorpresa y alegría, porque era uno de los colonos engalanado con un simulacro de uniforme de cartero.

La satisfaccion que Perico habia prometido á Miguel y Martin estaba dada: uno de los colonos habia hecho el papel de cartero, y por consiguiente el insulto no era tal insulto, pues el so-

bre que le contenia tenia carácter privado como el cuadro del *Soplo de las Musas* que contenia el insulto al autor de *Por delante y por detrás*, votado por Julian y Pepe, y ya no habia temor de que los periódicos publicasen el sobre ni de que circulasen copias de él en el café adonde concurrian los escritores, ni en el café adonde concurrian los empleados de correos.

Casi entre dos luces, aquella misma tarde, que era apacible y templada á pesar de ser de invierno, merendaba en la era del Mico toda la colonia de la calle de Lope de Vega reforzada con los cuatro huéspedes de la manchega de la calle de Tudescos, y bajo la inspiracion del pardillo de Fuencarral, se ideaban comedias y cuadros y se soñaban aplausos y coronas y tesoros y enamoramientos de las chicas más guapas de Madrid; y cuando la noche iba cerrando, los colonos entraban por la puerta de Bilbao tratándose recíprocamente de *chicos* y de tú los antiguos colonos y los nuevos, que lo eran Martin y Miguel.

VII.

Oficios y beneficios de los colonos. — Fraseológia de gacetilla. — *El Mosáico español.* — Caricaturas gusarápicas y reptílicas. — Van picando, van picando. — Sesion colonial. — La obra mala. — La buena obra. — Soluciones definidas y claras. — La colaboracion de Martin. — Punto y molino, y punto, cerezo y nogal. — ¡ Vuelve por otra ! — La libertad del débil. — Por ejemplo. — El geroglífico de Miguel. — Invocacion á Camoens. — *Nota bene.* — El escamoteo. — La corona de laurel salpicada de lágrimas. — La solucion del geroglífico.

Sí, Martin y Miguel habian sido declarados *colonos* en el banquete de la era del Mico, considerando que en toda corporacion literaria española son utilísimos individuos inteligentes en la lengua euskara, sin cuyo conocimiento los estudios histórico-arqueológicos y especialmente los lingüísticos, adolecen de un gran vacío. El objeto de aquel banquete, que se nos olvidó decir, no fué otro que el de celebrar un suceso muy fausto para la colonia de la calle de Lope de Vega. Este suceso es digno de referirse.

La colonia se componia de jóvenes de procedencia, ocupaciones, aspiraciones, recursos y caractéres muy distintos. Habia colonos cesantes, como

Clemente, el que habia ido á dar satisfacciones en la calle de Tudescos, aunque, segun Perico, carecia de ellas en su casa, que era cesante de correos; habíalos que estudiaban diabluras en la Universidad ó en el Colegio de San Cárlos so pretesto de estudiar leyes ó medicina; habíalos que francamente confesaban haber ahorcado los libros de Derecho porque éste les parecia torcido, ó los de Medicina porque ésta les parecia perjudicial al estómago, y habíalos, por último, empleados, que cobraban al año cuatro mil reales, y no ganaban cuatrocientos maravedises; pero todos ellos miraban como cosa muy secundaria su cesantía, su carrera ó su empleo, porque todos ellos eran aficionados á la literatura ó al arte, y en el arte ó la literatura cifraban todas sus esperanzas de gloria y de dinero.

El fausto suceso que celebró la colonia en la era del Mico probaba, en concepto de la misma colonia, que la realizacion de aquellas esperanzas se acercaba á paso agigantado. Dos años hacia que la colonia se habia constituido: al principio sólo algun afortunado colono lograba ver sus versos en un periódico literario de cuarta fila, de esos que aparecen al empezar la temporada cómica con pretensiones de alumbrar la escena, pero en realidad para ver si alguna empresa teatral ó algun cantante italiano les alumbra una

subvencioncilla que suele ser sustituida por un par de garrotazos que les alumbra un actor ó un paladin de dama de teatro; poco despues ya logró la colonia introducir en un diario político alguna que otra de aquellas gacetillas en que, despues de anunciarse que un jóven escritor muy conocido (por supuesto, en su casa) está escribiendo una comedia que destina á tal ó cual teatro que se califica de «afortunado», se añade la consabida coletilla de «tenemos las mejores noticias de esta obra», se pronostica que la obra «dará grandes entradas» ó quizá, quizá se avanza hasta echar la escandalosa, esto es, á decir que el estreno de la obra «será una verdadera solemnidad literaria». Del autor de este libro ha dicho alguno de sus colegas:

Sus cantares, su inocencia,
me están hablando en su abono;
mas redactor sin conciencia
fué de *La Correspondencia*,
y eso no se lo perdono (1).

Y sin embargo, cuando el inocente autor de este libro era redactor de *La Correspondencia* no se habian inventado aún el «afortunado teatro»,

(1) *Cabezas y calabazas*, por D. Manuel del Palacio y don Luis Rivera.

el «tenemos las mejores noticias», el «dará grandes entradas», la «verdadera solemnidad literaria» y el llamar «nuestro querido amigo» (el «nuestro particular amigo» lo inventó el difunto Madoz) á sugetos que solo conoce el encargado de recibir y cobrar los anuncios y reclamos.

Pero volvamos á la colonia. Poco despues de conseguir ésta trepar á la gacetilla del diario político en hombros de un chico que escribia fajas en la administracion del diario y tenia alguna confianza con el gacetillero, consiguió el estrepitoso triunfo de que se representasen á tres de los colonos las tres comedias conmemoradas en la sala colonial con las coronas de ajos, de laurel y de espinas; y por último, á este triunfo habia seguido otro mucho mayor, porque era el triunfo del libro, no sólo grande porque el libro impreso es inmortal (en casa del librero si nadie le compra, y en manos del público si sucede lo contrario), sino porque iba acompañado de dinero, circunstancia que no habia acompañado á ninguno de los anteriores, incluso el de las comedias laureadas, cuyo tanto por ciento se habian llevado los demonios, ó lo que es lo mismo, los usureros, y cuya propiedad no habia querido comprar Lalama (1). Un editor se habia decidido á publicar,

(1) Don Vicente de Lalama es un laborioso y económico im-

con el abigarrado título del *Mosáico español*, una biblioteca de novelas originales á razon de un tomo en octavo de 300 páginas al mes, y este editor habia encargado á la colonia los originales de su biblioteca comprometiéndose á pagar (ahí es nada lo del ojo, y le llevaba en la mano!) veinticinco duros por cada tomo.

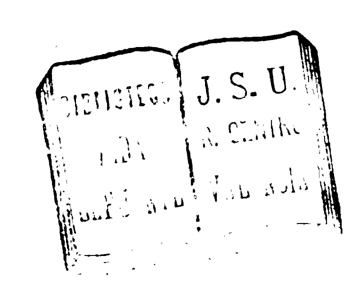
Este último triunfo fué el que celebró la colonia en la era del Mico, para lo cual, puestos á contribucion todos los colonos con arreglo á su riqueza rústica y urbana, mueble é inmueble, se reunieron veintisiete reales y tres cuartos, mediante cuya suma Perico se constituyó en empresario, comprometiéndose á dar una merienda con postres de queso manchego y todo.

Hacia cerca de un año que Martin y Miguel pertenecian á la colonia y gozaban ya en ella de cierta celebridad alcanzada de muy distinto modo: Martin la habia alcanzado con apologías poéticas de las rubias, ora candorosas y tiernas, ora

---

presor y editor, dueño de una *Galería dramática* en que, á vuelta de algunas obras de mérito literario, hay muchos sapos y culebras. Es de creer que no se le ha tratado siempre con justicia, pues ha sido blanco de epígramas como éste:

Hay un escritor tan bruto
que hizo un escelente drama,
le estrenó en el Instituto
y se le vendió á Lalama.



joviales é inofensivamente intencionadas, y Miguel con caricaturas muy graciosas, que consistian en gusarapos y reptiles cuya cabeza era el verdadero retrato de sugetos más ó ménos simpáticos á los colonos. Estas caricaturas no salian, por regla general, del seno de la colonia donde eran muy reidas y aplaudidas; pero esta regla habia tenido ya hasta un par de excepciones, pues dos de las malignas caricaturas de Lecanda figuraban ya en la gran obra de historia natural, cuyos dibujos estaban encargados á Miguel: una de ellas era un lagarto cuya cabeza era el vivo retrato del editor del *Mosáico español*, y otra un sapo en que estaba retratado un hombre que habia pasado la vida metido en los lodazales políticos, como más de cuatro sapos (¡eg, qué asco!) que por desgracia todos conocemos, y han echado ya coche y tienen ya posesiones.

El *Mosáico español* contaba ya cerca de doce tomos de novelas originales, y por consiguiente la colonia le habia sacado al lagarto del editor, como quien no dice nada, cerca de seis mil realazos! Los colaboradores de esta biblioteca de novelas no gozaban aún de gran renombre literario, pero eran mozos de chispa, y segun la involuntaria fruicion con que el editor contestaba frotándose las manos «van picando, van picando» cuando se le preguntaba qué tal iba de suscricio-

nes, el público, que á veces no es tan bruto como parece, iba aficionándose á ellos.

Una tarde habia reunion en la sala colonial para leer una obra dramática que habia escrito uno de los colonos. Cuando se iba á proceder á la lectura se notó que faltaba uno de estos, Clemente, ó mejor dicho, el cartero, como comunmente se le llamaba.

—¿Quién se encargó de avisarle? preguntó Perico, que era el presidente perpétuo de la colonia, no tanto por la superioridad de sus años como por la superioridad de su desparpajo para todo.

—Yo, contestó Martin.

—Qué, ¿le diste el recado en *zamarracatúa*?

—Presidente Perico, los salvajes del Ponto Euxino llamaban bárbara á la lengua que hablaba Ovidio porque no la entendian. Le dí el recado en castellano, que como hijo de muchos padres, habla más lenguas que el vascuence, que es hijo de uno solo.

—¿Y qué dijo?

—Que vendria, si no se ponia peor su madre.

—¿Está su madre mala?

—No está buena.

—¡Dios mejore sus horas y tambien las nuestras! Ea, empuñe el autor su manuscrito, que

no será ménos empuñable que el caballo de Camprodon (1).

La colonia escuchó atentamente la lectura de la comedia nueva, é inmediatamente se abrió discusion sobre el mérito de la obra que, segun costumbre de la colonia en tales casos, habia de ser calificada de «buena», «mediana» ó «mala»; pero la discusion fué muy corta, porque todos convinieron en que la obra era *mala*. El autor aceptó humildemente este fallo, prefiriéndole á la eventualidad de ser premiado por el público con una corona de ajos y por la colonia con un lugarcito en el grupo izquierdo del *Soplo de las Musas* como el autor de *Por delante y por detrás*.

Cuando se dió por terminado este asunto, Martin pidió y obtuvo la palabra.

—Señores, dijo, como todo es aquí solidario, la comedia que acabamos de oir es obra de la colonia, y por consecuencia la colonia ha hecho una obra mala y es necesario que se desquite haciendo una buena obra.

—¡Metafísico estás!

—Es que no como; pero quizá hay colono que come mucho ménos que yo.

(1) Cuéntase que en una zarzuela de este aplaudido autor exclama uno de los personajes:

«Mi lanza y mi caballo empuñaré.»



—¿Quién es ese desdichado?

—El cartero.

—Y ¿por qué ese pobre hermano nuestro nos lo calla?

—Porque sabe que somos tan pobres como él.

—Tan pobres como él no; porque él tiene que ganar su pan, el de su madre y el de sus hermanas, y nosotros solamente el nuestro, y no todos, pues á algunos, como á tí te sucede, les evita ese trabajo su familia.

—Cierto; pero cierto es tambien que esta mañana he estado en casa del cartero, y la portera me ha dicho que si para fin de mes no pagan lo que deben al casero, él, su madre y sus hermanas van de patitas á la calle. Es necesario que la colonia lo evite, y haciendo esta buena obra es como debe compensar la obra mala que ha hecho.

—¡Aprobado! exclamaron todos los colonos con entusiasmo.

—Es decir, añadió el presidente palpándose con tristeza el bolsillo, aprobado en principio.

—Sí, aprobado en principio! repitieron los demás colonos con la misma tristeza y el mismo palpamiento.

—Ahora, continuó Martin, voy á decir á la colonia cómo puede hacer una buena obra despues de haber hecho una obra mala. El *Mosáico español* necesita justificar su título de mosáico,

que no está suficientemente justificado con lo que ha publicado hasta aquí, que ha sido únicamente novelas cortadas todas por un mismo patron, aunque sí por buenos sastres. El *Mosáico español* necesita para justificar su título de mosáico un par de tomos de cuentos, artículos humorísticos, versos y demás menudencias literarias.

—¡Se harán, se harán! exclamaron todos los colonos.

—Pero, ¿quién nos dice, replicó el presidente, que esa no será otra obra mala en lugar de ser una buena obra?

—Yo digo que será una buena obra aunque sea una obra mala, contestó Martin.

—¿Cómo?

—Comiendo el pobre cartero con ella.

—¡Comprendido! exclamaron todos los colonos prorumpiendo en aplausos.

—Pero ofrece eso una dificultad, observó el presidente; y es que el cartero no querrá recibir los mil reales que valgan los dos tomos escritos por toda la colonia, porque sabe que todos somos pobres y tiene sus humitos, no diré que de orgullo, pero sí de dignidad, que tampoco nosotros debemos herir imponiéndole para siempre el recuerdo de que ha recibido una limosna. No será una limosna, sino una dádiva de hermanos, pero

él como limosna la recibirá. Aristóteles dice que quien halla beneficios halla grillos.

—Colono presidente, replicó Martin, ¿crees que aquí somos tan topos como los revolucionarios de España, que plantean sangrientos problemas político-sociales confiando la solucion á la casualidad, que anda, como ellos, á topetadas? Pues te equivocas, colono presidente, que yo traigo soluciones claras y definidas. El cartero no tendrá que agradecer á nadie los mil reales que hayan hecho felices á él, á su madre y á sus hermanas. Se convendrá en que los mil reales se han de sortear entre todos los colonos para hacer feliz á uno de ellos, ya que repartidos entre todos á ninguno pueden hacer feliz; se le dará cuenta de este proyecto, le aprobará con entusiasmo, colaborará como todo hijo de vecino, y el dia del sorteo, dirigido por el colono presidente, gran profesor de prestidigitacion y escamoteo desde que fué secretario-escrutador en las elecciones de su pueblo, el cartero será el favorecido por la suerte.

La sala colonial, cuyas vigas no estaban para emociones fuertes, retembló con los aplausos que acogieron la solucion de Martin.

El plan de los dos tomos de miscelánea literaria, que consistia en no haber más plan ni más calabazas que el de hacer los dos tomos y cobrarlos, lo que trae á la memoria las revoluciones po-

lítico-militares, cuyo único plan consiste en hacerlas y cobrarlas, quedó acordado en aquella misma sesion.

Miguel era el único de los dos ó tres pintores de la colonia que no hacia á pluma y á pelo, es decir, que además de manejar el pincel no manejaba tambien la pluma si venia al caso; pero como deseaba tomar parte en aquella buena obra, consultó con sus compañeros cómo lo conseguiria, y se convino en que cabia en el primer tomo de miscelánea un buen geroglífico cuya solucion se reservase para el segundo.

Quince dias despues ya estaban escritos los dos tomos que, siendo obra de todos los colonos, mozos casi todos ellos de gran ingenio, eran variados y chispeantes de originalidad y gracia.

Como este libro es sólo la historia de Martin, y no la de los demás colonos, sólo podemos dar aquí á conocer algo de lo que Martin escribió para la miscelánea literaria, y lo más, lo más, extralimitándonos un poco de nuestras facultades, el geroglífico de Miguel, que es acreedor á esta honra por la singularidad de su solucion.

Para el tomo primero escribió Martin un tierno, sencillo y fresco cuadro de costumbres de su valle natal, que enamoró á toda la colonia y sólo mereció una benévola objecion del presidente Pe-

rico, que el autor desvaneció del modo más concluyente.

—Ese cuadro de costumbres, dijo Perico, es alhaja que vale cualquier dinero, y sobre todo la descripcion del valle natal del autor, es de mano maestra; pero esa descripcion me recuerda una anécdota crítico-literaria que viene aquí como silbido en zarzuela bufa. Una escritora francesa describia admirablemente los paisajes de su provincia natal, donde abundan los molinos. Como no fuese posible leer ninguna de sus descripciones sin tropezar á cada paso con algun molinito, un crítico de mucha gracia y chispa dijo, que el mejor dia la autora, en lugar de poner punto y coma, iba á poner punto y molino. Si no temiera yo picar á nuestro con-colono, en cuyas descripciones de su tierra natal no hay casería que no esté á la sombra de los cerezos y los nogales, diria, imitando al crítico francés, que el mejor dia Martin, en lugar de poner punto y coma, vá á poner punto, cerezo y nogal.

Un aplauso de la colonia acogió esta observacion de su presidente; pero Martin, léjos de acobardarse con aquel azotito de mano suave, tomó la palabra y replicó:

—Doy las debidas gracias al presidente Perico por la inimitable con que me ha dado una leccioncita de estética pictórica que no dejaré de

aprovechar; pero ruego á la colonia y su saleroso presidente, que me digan si son ó no condicion precisa en las descripciones la exactitud y la verdad.

—Condicion *sine qua non*, contestó Perico.

—*Sine qua non*, repitieron los demás colonos.

—Pues entónces, continuó Martin, en lo sucesivo, aprovechando la leccion del presidente Perico, pondré las caserías de Vizcaya á la sombra de alcornoques, como el presidente Perico desea.

—¡Vuelve por otra, presidente Perico! exclamó la colonia riendo.

—El presidente Perico, contestó éste, no vuelve por otra, porque ya está convencido de que él y el crítico francés, si no son unos alcornoques, son unos camuesos, puesto que se afilian en la turba multa de los que sacrifican á un equivoquillo, más ó ménos gracioso, la razon, la justicia y áun la amistad. Cierto que si yo tengo una verruga en la frente no hay por qué censurar al fotógrafo que me retrata porque no la elimina del retrato ó no la sustituye con una rosa de Alejandría.

El cuadro de costumbres escrito por Martin para el primer tomo, cuadro que por largo no cabe aquí, quedó aprobado, y tambien lo quedó sin discusion, que no la merecia su insignificancia, un apologuillo que habia escrito para el segundo

tomo, y que por corto cabe aquí muy bien. El apologuillo era éste:

LA LIBERTAD DEL DÉBIL.

Dijo á la yedra el árbol:
—«Trepa á mi tronco y ramas,
que yo te garantizo
tu libertad innata.»
Y respondió la yedra:
—«No me dá la real gana,
que sueltos bien se lamen
los bueyes y las vacas.»
—«Se lamen porqué tienen
lo que á tí te hace falta:
cuernos que garantizan
su libertad amada.»
—«Pues yo quiero ser libre,
que no he nacido esclava.»
—«Eso es muy noble, pero...
¿débil y *liberala?*
¡No te faltarán palos
donde quiera que vayas,
con tantos tiranuelos
como en el mundo andan!»—
Echó la yedra al diantre
tan discretas palabras,
y en vez de asirse al árbol,
se alejó de él á gatas.
Y sucedió que á poco
fué por allí una piara
de esos á quien llamamos

los de la vista baja,
y fué la yedra víctima
de su hozico y sus patas,
mientras decia el árbol
viendo el fin de la incauta:
—«Mi hermano el de Guernica
que puede poner cátedra
de libertad (materia
muy peliaguda y árdua),
porque ha más de mil años
que el viento entre sus ramas
cánticos inmortales
á la libertad alza,
mi hermano el de Guernica
dice con razon harta:
—«La libertad del fuerte
no necesita guardas,
que pará garantirla
su propia fuerza basta;
mas no así la del débil,
que es ilusoria y vana
si no se garantiza...
con una buena estaca.»

Ya el único trabajo que faltaba para completar los dos tomos de Miscelánea era el geroglífico de Miguel, que se daba á Barrabás viendo que sus con-colonos no le daban el asunto que le habian prometido idear y no ideaban, sin duda porque la miserable mecánica de charadas y geroglíficos es repulsiva y refractaria á los verdaderos inge-

nios, como lo eran los colonos, y sólo simpática y accesible á gentes que tienen por cabeza una calabaza vinatera, que es la más hueca, y por corazon un melon de cuelga, que es el más frio.

El presidente Perico reunió á la colonia exprofeso para idear en plena sesion el condenado y rebelde geroglífico que no debia ser como ha supuesto la Academia de la lengua española « un símbolo ó figura que contiene algun sentido misterioso, como la palma, que representa la victoria, la paloma el candor del ánimo, etc., » sino una série de figuras materiales cuyo nombre constituyese una oracion más ó ménos larga que, segun la misma Academia, es « la expresion que con una ó muchas palabras como partes suyas hace sentido perfecto. » El geroglífico que la colonia necesitaba para su miscelánea no era el que define la Academia, sino uno por el estilo de éste:

El signo musical LA.—Un edificio, en cuyo frontis se lee esta verdad, que no se puede negar sin notoria injusticia, á quien ha prestado grandes servicios á la lengua patria: *Fija, limpia y dá explendor*.—El monosílabo NOS.—Un ave.—Otra ave.—La letra C repetida.—El pronombre y artículo neutro LO con que, contra la opinion de la Academia y el buen gusto, sustituyen al dativo y acusativo LE los meridionales y algunos

monos del septentrion.—Una Q y una S.—Y por último, unos peces.

El geroglífico se resistia á las evocaciones de los colonos, y Miguel exclamó de repente:

—Señores, no hay que romperse los cascos cavilando, que ya tengo lo que necesitaba.

En seguida tomó papel y lápiz y dibujó lo siguiente, que se reservaba pasar despues á un tarugo de boj, corregido y enmendado:

Murillo, que con su paleta hubiera roto la paletilla á los que en su patria han osado negar la divinidad que inspiró sus vírgenes.—La nota musical de SI, que las solteras entonan con tanta más alma cuanta más edad tienen.—*Calderon* y *Ercilla*, que cantaron la fé y el honor, y ya casi, casi no se los entiende.—La sílaba TI en la sílaba EN, que parecen significar alguna cosa que anda á tientas, como la política española.—La nota de LA, que puede ser primera sílaba del nombre de algunos estadistas contemporáneos.—La nota de MI, primera sílaba del sustantivo plural masculino que se llevan los susodichos.—El monte *Sion*, que está donde crucificaron á Cristo, y no donde crucifican á los españoles.—Una santa que no podia ser la revolucion de Setiembre.—Las letras D y L, que quizás signifiquen «¡déle usted millones á este gobierno!»—Una *vara muy larga y gruesa* que se necesita para que esto ande un

poco derécho.—Una mujer *oseando* en una era á unas gallinas en vez de osear á tantos gansos y gorriones como andan en la era presente.—Un *cielo* como el que cogemos con las manos los españoles.—Un maestro de escuela español abriendo la boca para *decir* algo (sin duda que tiene hambre) y la puerta del cuarto oscuro para que *salga* del encierro un niño inocente (como quince millones y medio de españoles que nos dejamos encerrar por otro medio millon).—La inscripcion QUEAL, tan vacía de sentido como la cabeza de muchos hombres de pro que todos conocemos.—Un *abismo* tan hondo como el que se ha tragado la hacienda española y amenaza tragar á los hacendados españoles.—Y una *cotizacion* de bolsa donde los fondos aparecen en tan espantosa baja, como pronto van á aparecer los nuestros.

Dibujado esto, Miguel puso debajo:

«La solucion, al fin del tomo siguiente.

»*Nota.* La direccion del *Mosáico español* recibirá con gusto las soluciones que los señores suscritores le envien, y consignará en el lugar debido el nombre del autor de la más exacta y acertada.»

—¿Qué galimatías es ese? preguntaron los colonos examinando el geroglífico que Miguel acababa de dibujar.

— No lo sé, contestó Miguel.

—¿Cómo que no lo sabes?

— Lo que oís.

— ¿Y la solucion?

— Esa la sabrá el público aficionado y nos la enviará, y la daremos, como se promete, al final del siguiente tomo.

Los colonos, que eran todos listos como un demontre, comprendieron al vuelo la jugarreta ideada por Miguel de dejar á los aficionados á geroglíficos el romperse la cabeza para dar sentido al de la miscelánea del *Mosáico*, y lo demostraron así con caluroso aplauso.

Entregados los dos tomos de miscelánea al editor, éste los recibió como pan bendito, porque comprendió que iban á dar mucha vida al *Mosáico*, y además de los cincuenta duros soltó una monedica de cinco para que la colonia tuviera en su nombre un *gaudeamus*.

Lo primero que hizo la colonia fué proceder al sorteo de los mil reales, á cuyo efecto el presidente Perico la reunió en la sala colonial. No faltó ninguno de los colonos, ni siquiera el cartero, que quiso darse aquella satisfaccion para olvidar por un momento que cada vez tenia ménos en su casa.

Echáronse los nombres de todos los colonos en un sombrero, escritos en cedulillas dobladas, y entre estas cedulillas una que decia:

« Camoéns que estás en los cielos
porque *Os Lusiadas* cantaste,
y á pesar de eso, los lusos
te dejaron morir de hambre,
ruega á Dios que en esta rifa
le toquen estos mil reales
al más pobre de estos pobres
que contigo han de juntarse,
porque á morir como tú
« ayudan ingenio y arte »
en la tierra de Comoéns
y en la tierra de Cervantes! » (1)

Los mil reales debian ser para aquel tras de cuyo nombre saliese esta cedulilla que casi casi hace llorar.

El presidente Perico, con la manga de la levita remangada como cuando entretenia á la co-

(1) Como leerán este libro algunas gentes que no tienen al dedillo, ni mucho ménos, la historia de la literatura hispano-lusitana, no está demás explicar esta especie de invocacion á Camoens ó Camões, que es como escriben este apellido los portugueses, en cuya lengua (que Sismondi llama «castellano sin huesos») se conserva la *tilde* con sonido aproximado al de la *n* como le tenia en el antiguo castellano. Luis de Camoens, que floreció en el siglo XVI y estudió en la Universidad de Coimbra, glorificó en su poema *Os Lusiadas* las hazañas de sus compatriotas como pocas veces se han glorificado hazañas humanas. Cuéntase que habiendo escrito su poema en las Indias orientales, donde estuvo como soldado, le salvó en un naufragio nadando con el manuscrito en la boca. Vuelto á Lisboa con tan precioso tesoro, vivió

lonia con los juegos de cscamoteo que aprendió siendo secretario escrutador en su pueblo, fué sacando con la mayor limpieza las cedulillas que Martin leia en calidad de secretario como el más jóven de la colonia. Tras el nombre del cartero salió la invocacion á Camoens. La colonia rompió en aplausos, mientras el cartero se echaba á llorar pensando en su madre y sus hermanas.

El presidente Perico pasó á otro asunto que tambien estaba en la órden del dia: puso á discusion el dia y sitio en que se habia de celebrar el *gaudeamus* de cien reales costeado por el editor.

—Propongo, dijo Martin, que sea en la era del Mico.

---

tan pobre y desdeñado, que se mantenia de la limosna que recogia un negro, antiguo criado suyo, que no quiso abandonarle en la desgracia, y por último murió en un hospital, ¡casi como nuestro Miguel de Cervantes! Empezó su inmortal epopeya exclamando con alusion á las glorias lusitanas que iba á cantar:

Cantando espalharei por toda parte
se á tanto me ajudar ó engenho é arte;

las cantó en efecto y las esparció; pero recogiendo tal cosecha de ingratitudes, que despues de terminado el poema y de recoger esta triste cosecha, debió ingerir entre las últimas octavas una cuyos cuatro primeros amargos versos son estos, que hemos traducido en el prólogo de este libro:

No mais, Musa, no mais, que a lyra tenho
destemperada e a voz enronquecida;
e não do canto, mas de ver que venho
cantar a gente surda e endurecida!

—La era del Mico, replicó el presidente, no tiene categoría de banquetes de cinco duros, sino sólo de banquetes de veintisiete reales y tres cuartos.

—Pero es que yo propongo que el banquete sea de un duro.

—¿Y qué hemos de hacer con los cuatro restantes?

—Gastarlos en una corona de laurel salpicada de lágrimas que no habrá necesidad de comprar, pues nosotros las derramaremos sobre ella el dia de los difuntos al colocarla sobre la sepultura del pobre Francisco Cea y compañeros mártires de su amor y el desamor del público á las letras y á las bellas artes.

Gritos de ternura y aprobacion acogieron esta proposicion de Martin.

En la era del Mico, que tenia dulces recuerdos para Martin, muy aficionado á recuerdos, aunque sólo viese en ellos agua clara como la de la fuentecilla de su aldea, se celebró el *gaudeamus* de veinte reales tan sabroso, alegre y feliz, que no se pagaba con veinte millones.

Así que salió á luz el primer tomo de Miscelánea, empezaron á menudear soluciones del geroglífico, que se parecian una á otra como el liberalismo que por ahí se cacarea al liberalismo que sentimos y no cacareamos los liberales de la es-

tofa de los que murieron en la picota de Villalar; pero la que llevó la palma y se publicó al fin del tomo siguiente con el nombre de su autor, Don Antonio Lopez Ramajo, fué ésta, que á falta de sandunga tiene filosofía:

Artistas y poetas
tienen la mision santa
de elevar á los cielos
al que al abismo baja.

VIII.

Mañanas de primavera.—Pájaros libres y pájaro en jaula.—Lo vivo y lo pintado.—Nido sin pájaros.—Carta de Eva describiendo el paraiso.—La carabinera sensible.—La carabinera utilitaria.—Aparece el tio Juan el Chascarrillero.—Vapores impuros.—Imágen volteriana.—La mujer fea y la campiña de Madrid.—Bocas que piden cebada.—Al pasar el Manzanares.—Concordancia madrileña.—La fuente de San Isidro.—El vallecito de Luche.—Al pié de un álamo.—Sueño patriótico y pictórico.—La crítica española.—Callos y caracoles.—Estómagos de novela.—El ideal de Juan el Chascarrillero.—El mandamiento derogado.—*Ne recordetis.*—Los señores cordero, guisantes y compañia.

Eran los primeros dias de Mayo, que son muy alegres, y Martin estaba muy triste. Más de una causa tenia para ello, pero la principal era el recuerdo de su rinconcito de Urtiaga. A este recuerdo llamaba él su primera y su última virtud; su primera virtud, porque aquel recuerdo le parecia lo más hondo y más hermoso que habia en su alma; y su última virtud, porque cuando las perdiera todas, perseveraria en su alma aquella virtud del patriotismo. La llegada de la primavera, que es la resurreccion de la naturaleza, produce en las al-

mas de temple elevado un sentimiento de alegría y tristeza que comprenden las almas de este temple y no acierta á explicar la pluma que mejor escribe, ni la lengua que mejor habla, ni el pincel que mejor pinta. Llamar tristeza á lo que acompaña á la alegría que sentimos al llegar la primavera, es darle nombre no del todo exacto: no es precisamente tristeza, es ánsia de volar por la tierra y el cielo como los pájaros, y como esta ánsia lo es de un bien que no se ha de alcanzar, es ánsia triste, que se parece algo á la que dice un amigo del autor de este libro haber sentido el dia que se casó. «Nunca, dice, se casó hombre alguno más á su gusto que yo me casé; pero aquella con quien me casé tenia una hermana tan parecida en todo á ella, que salí de la iglesia alegre y triste; alegre, por haberme casado con una de las dos hermanas, y triste, por no haberme casado con las dos.»

Martin estaba triste porque pensaba en las galas con que la primavera habria embellecido ya á su rinconcillo natal que no habia visto más que con los ojos del alma desde que se alejó de él por primera vez y sólo Dios sabia cuándo volveria á ver.

Casi todos sus amigos y con-colonos se preparaban á abandonar á Madrid, si era que no le habian abandonado ya, para ir á veranear con sus fami-

lias; pero Martin no esperaba esta dicha. Su tio le escribia siempre que se acercaban las vacaciones de fin de curso, diciéndole que fuese á pasarlas en Urtiaga, á cuyo efecto Don Domingo le entregaria el dinero que necesitase; pero Martin tenia dos razones para pasar las vacaciones en Madrid. El viaje en diligencia era entónces mucho más costoso que ahora en ferro-carril, y el pundonoroso muchacho no queria imponer á su pobre tio un sacrificio más sobre el que hacia costeando su estancia en la córte, y además queria emplear las vacaciones en el repaso de los cursos ganados y la preparacion de los que le quedaban por ganar, á fin de que al terminar su carrera no se encontrase con el título de abogado prendido con alfileres. Callaba lo primero á su tio, pero le decia lo segundo, y de este modo todos los veranos aplazaba su viaje para el verano siguiente. Así sus tios como su prima se entristecian con este aplazamiento, pero se resignaban á él, conociendo que se fundaba en un deseo muy laudable.

Cerca de cuatro años llevaba ya Martin en la córte, y por consecuencia Purita, que tenia cerca de catorce cuando Martin se separó de ella, tenia ya cerca de diez y ocho. ¡Si Purita era boton de rosa á los catorce, figurémonos lo que á los diez y ocho seria!

Martin habia pedido los retratos fotográficos de

Purita, del señor cura y de Doña Rosa, y toda la familia habia ido á la villa inmediata y se habia hecho fotografiar, y habia enviado las fotografías al estudiante; pero el estudiante, disgustadísimo de todas, habia hecho pedazos la de Purita, diciendo que Purita no era aquella figura blanca y negra que allí aparecia, y renegando de la torpeza de la fotografía que aún no ha logrado fijar los colores en los retratos, torpeza sólo comparable con la de España que aún no ha logrado fijar el patriotismo, la consecuencia y el pudor en el corazon de la mayoría de sus hombres políticos.

Era un domingo, y como aquel dia Martin no tenia cátedra y su cuarto era el último de la casa en que amanecia, Martin se levantó tarde. Dirigióse en mangas de camisa á la sala, y acercándose al gabinete, gritó, entreabriendo la puerta-vidriera:

—¡Arriba, dormilones, que son las nueve!

Pero nadie le contestó, desden que merece por toda respuesta el que acusa á otros de faltas idénticas á las que él comete.

Adelantóse entónces hácia la alcoba y vió que las dos camas que en ella habia estaban desocupadas, y lo que era más extraño, hechas. Por lo visto, Julian, Pepe y Simplicia habian madrugado mucho, Julian y Pepe para ir de paseo, y Simplicia para hacer sus camas.

—Señor de Echebarría, le dijo Simplicia desde el comedor, aquí tiene V. el chocolate.

—¡Lavatorio de tripas y despertador del hambre! murmuró Martin con el personaje de cierta comedia, dirigiéndose al comedor.

—Qué es eso, Simplicia, ¿estamos sólos en casa, que tampoco veo á Doña Genara?

—Solitos. Mi ama ha salido temprano á oir una misa de... así como de requilorio.

—¿Querrás decir de *réquiem?*

—¡Eso, eso es! Dice que es por mi amo, que al pobre tal dia como hoy unos contrabandistas le mataron de un balazo en salva la parte, porque no quiso dejarlos pasar las cargas sin que ántes soltaran la mosca...

—Es decir, ¿á la aduana?

—No señor, al pobre de mi amo.

—Cállate, muchacha. ¡Dios mio, cómo anda la honra de los carabineros! Dí, ¿á qué hora han salido los señoritos del gabinete?

—Si no se han levantado *entuavía.*

—¿Cómo que no si les has hecho ya las camas?

—¿Yo? ¡Ave María, qué engañoso!

—Ó sino tu ama.

—¿Mi ama? Ménos. ¡Qué mentiroso!

Martin se explicó la madrugada de Pepe y Julian y el estar sus camas hechas: Pepe y Julian habian pasado la noche sin acostarse trabajando,

y así que habia amanecido, se habian largado á la calle á despejar la cabeza que les traia hacia tiempo trastornada una comedia titulada *El Cuento de nunca acabar.*

La campanilla del recibimiento sonó, y salió Simplicia á abrir.

—¡Don Martin de Echebarría! dijo la voz del cartero.

Martin salió al encuentro de Simplicia, que traia en la mano una carta.

La carta era de su tio, y segun costumbre, venia con ella otra de Purita, que siendo ya una muchacha hecha y derecha, hacia ya tiempo que habia sustituido las postdatas con cartas tales como ésta:

«Querido Martinchu: Urtiaga está ya adornado de ramos y flores desde Becoechea á Goicoechea (1). Yo digo que se habrá adornado tan hermosamente porque te espera y quiere recibirte con su ropa más *maja.* Pero ¡ay! ¡el año pasado y los años anteriores tambien se adornó así, y cansado de esperarte meses y meses, viendo que no venias, se fué poniendo descolorido de pena, se fué enfriando como un muerto, y por último se echó á llorar y se arrancó todas sus ga-

(I) Becoechea equivale á la casa de abajo, y Goicoechea á la casa de arriba.

las y las arrojó al suelo! El señor tio, la señora madre y yo tambien lloramos como él viendo que no venias. ¿Vendrás este año, Martinchu? Mira, nosotros tambien hemos adornado la casa para recibirte. El señor tio ha mandado hacer un armarito para libros y una mesita para escribir, que ha colocado en tu cuarto para que allí solito, sin que nadie te distraiga, puedas componer versos tan lindos como los que me compusiste el dia de mi santo; la señora madre ha comprado y tiene ya colgado en la espetera, muy reluciente y muy hermoso, un molde de cobre para hacer *gazta-errea* (1), que tanto te gusta, y yo he colocado en tu camita, para que tú la estrenes, una sobre-cama blanca, de punto, con flores y liras, que he hecho para tí este invierno, y he puesto en tu ventana un tiestecito de albahaca y otro de claveles que ya están reventando, como mis ojos en lágrimas pensando que acaso este año tompoco vendrás!»

— ¡Sí iré, aunque sea á pié como un pobre mendigo! exclamó Martin besando la carta de Purita é inundándola de lágrimas.

Iba á continuar su lectura, cuando llegó Doña Genara, que sorprendiéndole en el comedor con

(1) *Queso-quemado.* Así se llama en vascuence el manjar compuesto de leche, huevo y azúcar, que en castellano (¿en castellano? vamos al decir) se llama *flan*.

una carta en la mano y los ojos encendidos y lagrimosos, le preguntó un tanto alarmada:

—¿Qué es eso, Don Martin? ¿Se le ha muerto á usted alguno de la familia?

— No, á Dios gracias.

— Pues entónces, gran demonche, ¿por qué llora usted asi?

— Qué ¿sólo por los muertos se ha de llorar?

— Yo no he llorado en mi vida más que por mi difunto, que hoy justamente hace años se fué á la gloria...

— Es decir, ¿le echaron?

— Sí, señor. ¡Pícaros contrabandistas!

— Si le echaron á la gloria no serian tan pícaros.

— Sí, señor, que lo fueron. ¿Pues qué, un *comendante* de carabineros como mi pariente los habia de dejar pasar con cien arrobas de tabaco sin haberle dicho siquiera por cortesía: señor *comendante*, ahí tiene usted un par de onzas para cigarros? No porque yo lo diga, pero hombre más listo y de más saber que mi pariente, aunque apenas sabia la Q...

— ¿Qué, no sabia apenas la Q y era comandante?

— Pues sí, señor, que lo era y hubiera llegado á general á estas fechas, que otros de ménos saber han llegado. ¡Pobrecito mio, parece que el

corazon se lo daba, pues en la última carta que me escribió, toda *ditada* por él, me decia, bien presente lo tengo: «Lo que siento, pichona, es que aquí está uno expuesto á que el mejor dia le den á uno un trabucazo y se vaya al otro barrio sin siquiera decir ¿redios, qué es esto?» ¡Pobrecito!

Y Doña Genara soltó el trapo á llorar.

—Doña Genara, dijo Martin recogiendo las cartas deseoso de perder de vista á la patrona, allá nos espere muchos años. Yo me voy á misa y luego á dar una vuelta por el campo, que debe estar ya delicioso.

—¡Málhayan el campo y las flores, que siempre están usted y los del gabinete con esas tonterías!

—¿Qué, no le gustan á usted las flores y el campo?

—Segun y conforme: el campo y las flores que dan cosas de comer sí que me gustan, pero lo que no dá eso ¿de qué sirve?

Martin sólo contestó á esta pregunta con una triste sonrisa, y poco despues tomó escaleras abajo sin haber acabado de leer la carta de Purita ni haber leido la de su tio: queria saborear ambas cartas en atmósfera ménos prosáica que la de la calle de Tudescos.

Cuando salia de casa, vió que el señor Juan

el Chascarrillero, que era un zapatero remendon del portal de la de enfrente, de quien Martin era parroquiano, salia con la señora Geroma su mujer y sus hijos, llevando en brazos al más pequeño de éstos, que era de pecho, con motivo de ir la zapatera muy ocupada con una cesta de asa en cada brazo.

Martin no pudo ménos de sonreir de gozo y simpatía al ver aquella dilatada familia tan feliz como pobre. El zapatero y su mujer eran aún jóvenes. No valdria un puñado de duros toda la ropa que vestian ellos y sus hijos; pero eran tales la salud, la alegría y la serenidad de alma que respiraban todas aquellas caras, y tales el aseo y el buen gusto instintivo que resplandecian en todos aquellos pobres trajes, que Martin sintió retoñar en su alma el pesar que por primera vez habia sentido en las riberas del Cadagua, de que Dios no le hubiese destinado á la vida del labrador ó del artesano, á vestir chaqueta en vez de vestir gaban.

—Señor de Echebarría, le dijo el señor Juan, ¿quiere usted venirse con nosotros al campo á ayudarnos á despachar un *Ne recorderis?*

—Sí, venga usted, Don Martin, que el dia está muy hermoso, añadió la zapatera.

—Muchas gracias, señor Juan y señora Geroma, que se diviertan ustedes y aproveche, contes-

tó Martin añadiendo para sí: ¿Qué diablos querrá decir el señor Juan con su *Ne recorderis*, principio de un responsorio que se repite tres veces despues de terminadas las misas de difuntos?

Martin oyó la de precepto en Portaceli y en seguida se encaminó allá donde Cristo dió las tres voces, es decir, á la calle de la Ventosa, donde esperaba encontrar á Miguel inclinado sobre sus tarugos, pinta que pinta gusarapos.

Miguel que no esperaba ver á Martin por allí tan temprano y sí sólo despues de comer, á cuya hora pensaba ir á buscarle como sucedia casi todos los domingos para dar un paseo por las afueras del Norte, estaba trabajando, pero no en un tarugo, que esto lo consideraba verdadero trabajo de que se abstenia el dia festivo, á no ser que la necesidad le obligase á trabajar, sino en un gran lienzo donde tenia trazadas con carbon las principales líneas y figuras de un gran cuadro. Este cuadro, de que su amigo Martin no tenia la menor noticia, pues Miguel le habia concebido desde la noche anterior, debia representar una romería vascongada.

El patriotismo provincial, ó mejor dicho, el patriotismo de campanario, estaba en este momento y con este motivo tan excitado en el alma de Miguel como en el alma de Martin con motivo de la carta de Purita.

—El campo, dijo Martin, está todo lo hermoso que puede estar el campo que rodea á Madrid. Dicen que era gran cosa cuando Madrid no era corte, pero desde que es corte Madrid, le sucede al pobre campo lo que á los árboles y el césped que rodean la cueva del Humo en Galdames, de donde se suelen exhalar cálidos é infectos vapores que queman cuanto rodea á la cueva (1). Vámonos al campo donde estaremos mejor que en la corte. Allí me explicarás tu cuadro, y yo te explicaré otro cuadrito de felicidad con que me ha hecho llorar la pintora más hermosa y buena que existe bajo la capa del cielo.

Martin y Miguel salieron por la puerta de Toledo, sintiendo no poder salir, por estar muy atrasmano, por la puerta de Bilbao. Al corazon de Martin como al de Miguel le sucedia lo que el aduladorazo Voltaire decia á Catalina II de Rusia que le sucedia al suyo: buscaba siempre el Norte como el imán.

La campiña de Madrid y la mujer fea se prestan á un paralelo exactísimo. La mujer fea tiene

(1) En efecto, en las montañas de Galdames, en las Encartaciones de Vizcaya, hay una cueva que se designa con el nombre de *Cueva del Humo*, porque en ciertas ocasiones se exhala de ella un vapor blanco y denso que marchita la vegetacion á que alcanza.



durante su vida unos cuantos años, los que median desde los diez y seis á los veinticuatro, en que casi, casi es guapa, y la campiña de Madrid tiene durante el año unas cuantas semanas, las que median desde principio de Mayo á fin de Junio, en que es guapa casi, casi. La mujer fea se viste del hermoso color sonrosado de la juventud durante aquellos ocho años, y la campiña de Madrid se viste del hermoso color verde de la cebada y el trigo durante aquellas ocho semanas. Pasan para la mujer fea aquellos ocho años, y el color sonrosado de la juventud desaparece. Pasan para la campiña de Madrid aquellas ocho semanas, y desaparece el color del trigo y de la cebada.

Pero Dios que es la sabiduría y la justicia en el cielo y en la tierra y no se burla de la divina ley de las compensaciones como los hombres se burlan de las leyes divinas y humanas constitutivas de la sociedad española, no podia ménos de aplicar y ha aplicado aquella santa y sabia ley así á la mujer fea como á la campiña de Madrid. La mujer fea ve desaparecer rápidamente el tibio rayo de hermosura que la ilumina; pero la ley de las compensaciones le deja otro bien, que vale más y nunca pierde: la bondad y el talento que casi nunca faltan á la mujer fea. La campiña de Madrid ve desaparecer, rápidamente tambien, el

desmayado verdor que la hermosea, pero la ley de las compensaciones le deja otro bien mayor y más constante: los cereales que casi ningun año faltan á la campiña de Madrid.

Verdad es que un poeta ha dicho, hablando de aquellos campos,

> que dan un año con otro
> cebada para Madrid (1).

pero esto no significa que aquellos campos sean estériles: significa que en Madrid hay muchas bocas que piden cebada.

Martin y Miguel pasaron el Manzanares por el ponton de San Isidro, pensando que el ayuntamiento de Madrid es muy desidioso ó muy necio (perdone Su Excelencia el modo de señalar) cuando no construye allí un puente ó autoriza á un particular para que le construya á trueque de cobrar un corto pontazgo durante un corto número de años.

Martin buscó aquella ancha y hermosa pradera de San Isidro, donde el impaciente y hambriento personaje de un sainete de Don Ramon de la Cruz, viendo la ensalada de lechuga tachonada de torrijas de huevos cocidos, exclamaba: « Vamos, se-

(1) Salas, su juicio imparcial de los naturales de las provincias de España.

ñores, que se enfria la ensalada!»; pero ya no la encontró, porque á Madrid se le dá una higa de los recuerdos segun el puntapié que les atiza cuando le salen al paso.

Treparon al cerro de San Isidro, y despues de saludar al santo con toda la fé de su alma de cristianos y todo el amor de su instinto de campesinos, fueron á refrigerarse en el manantial que brota en el costado septentrional de la ermita, donde leyeron esta décima:

Oh aijada tan divina
como el milagro lo enseña,
pues sacas agua de peña
milagrosa y cristalina;
el labio al raudal inclina
y bebe de su dulzura,
que San Isidro asegura
que si con fé la bebieres,
y calentura truxeres,
volverás sin calentura.

—Vea usted, dijo Martin, si los señores madrileños, que tanto cacarean hace siglos las concordancias vizcainas, tienen en sus monumentos públicos concordancias capaces de tumbar patas arriba á la Academia de la lengua española.

—Cierto que es dar un trabucazo al sentido comun, contestó Miguel, eso de convidar á la aijada á que incline el labio y eche un trago de

agua, segura de que si ha ido calenturienta se irá tan fresca como una lechuga.

Nuestros jóvenes continuaron su paseo sin buscar en los cerros pelados de San Isidro mas que lo único que habia en ellos: el recuerdo histórico-religioso del santo, que se conserva en aquella ermita erigida en el sitio mismo donde, segun cuenta la popular tradicion, el santo labrador exclamó:

Cuando Dios queria
aquí fuente habia,

é hiriendo la peña (¿peña en aquellos cerros? á lo más, lo más un banco de greda ó yeso) con el regaton de su aijada, hizo brotar un manantial de agua, por cierto tan cargadita de sales térreas como su hermana la fuente del Berro, de reputacion escandalosamente mal adquirida.

Desde lo alto de aquellas pelambreras dirigieron la vista á todas partes, y descubriendo hácia el Noroeste un vallecito muy lindo, pues corria por su fondo un arroyo, cuyas márgenes amenizaban álamos y huertas con frutales á la sazon en flor, se encaminaron allá. Aquel vallecito era el de Luche, á donde, cuando Breton escribió su hermosa comedia *El cuarto de hora*, allá por los años de 1840 á 1844, habia llevado la prosa de los toros « el circo de Fagoaga. »

En el suave declive del vallecito de Luche, en la linde de una heredad, á la sombra de un álamo, se séntaron Martin y Miguel, y el primero leyó ó más bien saboreó, en voz alta y con los ojos preñados de lágrimas, las cartas de su prima y de su tio. Este último le renovaba su permiso de todos los años para que á fin de curso tomase de Don Domingo lo necesario para ir á pasar las vacaciones en Urtiaga, y la parte de la carta de Purita que áun no conocia ni conocemos, era una larga série de dulces, tiernas é inocentes fruslerías que á él y áun á su amigo pareció muy corta, y derramó en el corazon de ambos jóvenes más poesía que en aquel vallecito habian derramado todas las cornadas y costaladas dadas y recibidas en el circo conmemorado por el príncipe de nuestros poetas cómicos contemporáneos.

—¿Bajarás este verano? dijo Miguel que, como su compañero, al hablar de bajar no necesitaba añadir á dónde.

—¡No he de bajar! contestó Martin. Aunque sea á pié. ¿Y tú?

— Aunque sea pidiendo limosna.

Y ambos jóvenes improvisaron un poema cantando las delicias que iban á saborear en el rinconcillo natal, donde tambien Miguel tenia quien le esperase. ¡Oh, qué dulce es tener en él mundo un rinconcillo donde á uno le esperan!

—Vamos, dijo Martin, explícame tu gran cuadro.

—Te le explicaré. Has de saber que anoche tuve un sueño muy extraño y grato.

—¿Qué soñaste?

—Soñé que estaba en una romería de Guipúzcoa.

—Toma, cosas como esas las sueño yo todas las noches.

—Yo tambien; pero vagas, confusas, misteriosas, de modo que se borran en el espacio que media desde que se sueñan hasta que se toma la pluma, ó el lápiz, ó el pincel, para fijarlas en el papel ó en el lienzo. Anoche soñé una romería tan clara, tan detallada, tan de relieve, que ni un detalle, ni un matíz, ni una fisonomía, se habia borrado de mi memoria, cuando esta mañana trasladé al lienzo los contornos de todo lo que ví en sueños.

—Pues de seguro vas á hacer un hermoso cuadro. ¿Supongo que le destinarás á la exposicion?

—Tal pienso si me sale tal como espero; pero me acobarda lo que se llama la crítica.

—Cierto que lo que se llama crítica de bellas artes, es en España para acobardar al más valiente. Parece que se ha convenido en que la crítica, en vez de ser como la define la Academia de la

lengua «juicio que se hace de las cosas fundado en las reglas del arte y del buen gusto», sea «juicio que se hace con los ojos cerrados y el corazon de paseo.» La crítica, dice uno de nuestros buenos escritores, es el sacerdocio del dogma intelectual. Indulgente, engríe; severa, postra; justa, convence. (1) ¡Qué poco corresponden á estas definiciones esos sañudos artículos y folletos que con el nombre de crítica acompañan á las Exposiciones de bellas artes!

—Para el amigo, el alto cielo; para el indiferente, el profundo olvido; para el enemigo, la infame picota: ¡tal es la moral de la mayor parte de los que se abrogan el sacerdocio de la crítica en España! exclamó Miguel con tristeza.

Unas ruidosas carcajadas, allá abajo, en una praderita, á la orilla del arroyo, llamaron la atencion de Miguel y Martin.

—¡Calla! dijo el primero, allá abajo hay gente más alegre que nosotros.

—Será alguna familia que como la del zapatero de frente á mi casa, habrá venido á comer en el campo.

—Y á propósito de comer, ¿dónde satisfaremos hoy nosotros esa tiránica necesidad de la vida?

(1) Don Tomás Rodriguez Rubí, ***Enciclopedia moderna***, publicada por Don Francisco de P. Mellado. Tomo II, artículo CRÍTICA.

porque no debemos volver hoy á buscar el prosáico pucherete de nuestra patrona, ni tirar hasta la noche con la poesía de estos campos y el recuerdo de los nuestros.

—Es verdad, dijo Martin; el corazon, que está un poquito más alto que el estómago, se satisface con la poesía; pero el estómago, que está un poquito más bajo que el corazon, no se satisface sin algo más sólido. Tomaremos algo en alguno de esos ventorrillos de la orilla del rio.

—Donde encontraremos por única vianda, callos y caracoles, que es lo único que los madrileños escrupulosos se determinan á comer en los ventorrillos, como lo prueba el que no hay ventorrillo que no tenga de muestra, además de una cosa que quiere representar á un hombre empinando un porron, un rótulo que quiere decir: «*se guisan callos y caracoles.*»

—Sin duda la aficion de los madrileños á los caracoles y los callos de ventorrillo, se funda en este criterio: ya que los callos y los caracoles son la vianda que más aseo reclama de la guisandera, comeremos caracoles y callos ya que nos gusta el aseo.

— Pues mi estómago provincial rehusa ese criterio.

—Y el mio tambien.

¡Eg, exclamarán al llegar aquí las lectoras

espirituales, que con la tripita bien llena no recuerdan que todo héroe de novela tiene el estómago á unas cuantas pulgadas del corazon! ¡eg, qué novelistas de morondanga estos que llevan el realismo de sus héroes hasta consentir que piensen en tomar un piscolavis en un ventorrillo y hablen de callos y caracoles!

Pues no, que los dejaríamos morir de hambre como el Estado revolucionario español á sus más beneméritos servidores los sacerdotes y los maestros.

— ¡Padre, padre, el señor de Echebarría y otro caballero están allá arriba! exclamó un chico, que persiguiendo á una mariposa habia trepado desde la praderita del arroyo á un ribazo.

Oir esto el señor Juan el Chascarrillero y la señora Geroma, su mujer (que éstos y sus hijos eran los que allí estaban de comida de campo), y subir al ribazo á exigir á Martin y Miguel que bajasen á la praderita á comer con ellos, todo fué uno.

Hay que decir algo más de lo que se ha dicho del zapatero remendon, porque nos va á servir para ver de echar un remiendillo al traje de la sociedad contemporánea, que va enseñando cosas muy feas.

El señor Juan era conocido en su barrio con el sobrenombre del Chascarrillero, porque su boca era manantial inagotable de cuentos y chascarrillos.

El autor de este libro, que gusta más de subir á los humildes que de bajar á los soberbios, ha tratado y trata aún al señor Juan, y á él debe mucho de lo que ameniza la aridez de sus libros, y tambien mucho de lo que humilla la soberbia de su corazon. El señor Juan tiene la cualidad que más envidia el autor de este libro: la de ingenio ameno.

El señor Juan era ya casado con hijos cuando aun no habia logrado nunca tener reunidos arriba de sesenta reales. Algunas veces habia llegado á poseer justa esta cantidad, de que deseaba pasar, aunque fuese solo en un ochavo, porque se le habia metido en la cabeza que pasado esta especie de Rubicon la victoria seria rápida y segura; pero siempre, por arte ó por parte, le habia sucedido lo que á los que trepan por una cucaña escurridiza, que contra su voluntad retroceden en el momento en que van á tocar el premio colocado en la punta de la cucaña.

En una ocasion sufrió el señor Juan tan duro é inesperado desengaño, que desde entónces renunció su bello ideal de pasar de los sesenta reales. Tenia ya reunidos cincuenta y seis, y al recoger los chismes de su portal un sábado al anochecer, para subir á su bohardilla, se acercó á él un señor cura que vivia en la casa de al lado, y le dió

una peseta diciéndole que bajo secreto de confesion tenia el encargo de dársela.

—¡Qué lástima no fuera de cinco reales! exclamó involuntariamente el señor Juan pensando que tampoco aquella vez iba á pasar de los sesenta, porque al dia siguiente, que era domingo, no iba á ganar nada, é iba á tener que gastar algo de los tres duros ántes que lo ganase.

El cura, movido de curiosidad, le preguntó por qué decia aquello, y como el señor Juan se lo explicase, le dijo:

—No se apure usted, señor Juan, que dentro de algunas horas tendrá usted sesenta y cuatro reales. Tengo que salir mañana para un pueblo adonde voy á predicar, y si usted quiere llevarme la maleta al despacho de la diligencia al amanecer, se ganará usted la pesetilla que se habia de ganar otro.

La alegría del señor Juan no tuvo límites. Aquella noche no pudo pegar los ojos pensando que al fin iba á pasar de los sesenta reales. Hacia un ventarron de mil diantres, y al señor Juan los silbidos del viento le parecian á cada instante la voz del sereno, á quien habia encargado que le diese una voz al rayar el alba.

El señor Juan se levantó creyendo oir al sereno, y abrió la ventana que daba sobre el alero del lado de la calle, y en el momento de abrirla,

una teja que venia volando por los tejados, plaf, le abrió la cabeza, y con ella rota cayó de espalda. Su mujer acudió en su socorro, le vendó la herida con un pañuelo, y le ayudó á volverse á la cama.

—¡Mire usted, exclamó entónces el señor Juan viendo que ya no podia ganarse la peseta; mire usted qué pronto le llegó al de arriba la noticia de que yo tenia sesenta reales!

Martin y Miguel bajaron al arroyo y se encontraron con que la zapatera tenia ya la comida á punto de caramelo. La comida consistia en un cordero, una bota de vino, queso de Villalon, naranjas y el pan correspondiente. El cordero con guisantes daba el último hervor en una enorme cazuela colocada sobre dos piedras al amor de una fogata; y á los chicos, que eran hasta media docena, coloradotes como un tomate y limpios como la plata, se les hacian los dientes agua viendo cazuela, bota, pan, queso y naranjas.

—¡Hola, señor Juan, tienen ustedes cordero! exclamó Martin reparando en la cazuela.

—¿Pues no le digimos á usted, hombre de Dios, que si queria venir á ayudarnos á despachar un *Ne corderis?*

—Y ¿qué viene á ser eso, señor Juan?

—Vamos, siéntense ustedes aquí, en esta alfombra de florecillas, y mientras esa hermosota

costilla mia da la última manó á la comida, se lo contaré á ustedes.

—¡Adios con la colorada, ya salieron los cuentos! exclamó la señora Geroma, retozándole la gana de reir, como siempre que hablaba su marido. No, como ese empiece á contar chascarrillos... Es verdad que, aunque á una le esté mal el decirlo, ese enemigo es capaz de hacer reir á las piedras con sus ocurrencias. ¡Jesús, yo estoy desternillada con tanto como nos ha hecho reir todo el santísimo dia ese gitano!...

—Con que vamos á ver, señor Juan, ¿qué es eso del *Ne recorderis?*

—Es un cuentecillo de chicha y navo, pero viene á pelo y en algo se ha de pasar el tiempo. Ya saben ustedes que entre las cosas que hemos derogado los liberales está el quinto mandamiento de la santa Madre Iglesia, que es pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios.

—Sí, contestó Martin; y en un catecismo de Astete, impreso en Valladolid, se ha añadido á ese mandamiento, sin decir por quién, «ó lo que á esto haya sido debidamente sustituido» coletilla que será muy santa, pero no muy literaria.

—Pues en los lugares donde habia cabras ú ovejas se llevaba al cura, cumpliendo ese mandamiento, un cabrito ó un cordero de cada diez que nacian. Un dia, despues que el señor cura

fué á la iglesia, llevaron á su casa un cabrito del diezmo. Habia misa de difuntos por uno de los vecinos principales del pueblo, y toda la gente, inclusa el ama del cura, fué á oirla. Cuando, así que concluyó la misa, el señor cura se puso á cantar el *Ne recorderis* del responso, el ama creyó que se equivocaba por haberle informado mal alguna vecina, y acercándose á él y tirándole con disimulo de las vestiduras, «Señor, señor, le dijo por lo bajo, ha sido cabrito y no cordero: cante usted *Ne recabritis*.

Todos rieron el cuentecillo del señor Juan, no por la gracia que el cuentecillo tenía en sí, sino por la inimitable con que contaba las cosas más desgraciadas el señor Juan, que no era tan sosote como el autor de este libro. Y como la señora Geroma, sin dejar de atender al cuento, rie que rie, hubiese tendido ya el mantel sobre la fresca y florida yerba, todos, inclusos Martin y Miguel que no quisieron dar el escándalo de rehusar un banquete tan de buena voluntad ofrecido, se dejaron de cuentos y metieron mano á los señores cordero, guisantes y compañía.

IX.

Ejercicio de arma blanca.—A fuerza de pan.—La cabeza y el corazon.—El dístico de la carabinera.—A pelo y á pluma.—El cerrajero de Madrid.—El constructor de Aguinaga.—¡Gracias, señor asiento!—Favorecedores favorecidos.—La democracia secular.—La expropiacion es el robo.—El oro y el pedernal.—Lo que trae cada chico.—Los cuentos aplicados á la obstetricia.—Los zapateros presidentes.—El café Oriental —Noticia gorda.

Tremendo era el cordero destrozado en cuyo derredor estaban congregados, tenedor de boj en mano, el señor Juan, la señora Geroma, Martin, Miguel y la media docena de zapaterillos y zapaterillas.

—Señor Juan, dijo Martin, por más que todos seamos gente muy á propósito para el ejercicio de arma blanca, como al ejercicio de dientes llama un académico de la lengua de ingenio y abdómen muy sobresalientes, ¡esta cazuela es mucho cuento!

—No se acobarde usted, Don Martin, contestó

el señor Juan, que á fuerza de chascarrillos irá cayendo.

—Pues venga un cuento para que hagamos ánimo, señor Juan.

—Pues vaya, no un cuento, sino un sucedido, que viene á pelo. Un amigo y yo solíamos ir los domingos á tirar cuatro tiros á las alondras camino de Alcalá. Una tarde, á la vuelta, nos detuvimos á echar un trago y un cigarro en un ventorrillo que llamaban del aragonés, porque en efecto era de un aragonés como una fiera, que se ganaba allí la vida sin tener siquiera un perro que le acompañase.—¡Hombre, qué hermoso cordero! dijimos reparando en uno como un ternero que estaba paciendo al lado del ventorrillo. —Pues de venta está, nos contestó el aragonés. Y que si nos lo dá usted en tanto ó nos le dá en cuanto, convinimos en que nos le tendria bien guisado para el domingo siguiente, en que iríamos con nuestras familias á comérnosle en amor y compañía bajo unos árboles que habia detrás del ventorrillo. Pues, señor, no sé cómo demonios se nos fué el santo al cielo el domingo siguiente, y en lugar de irnos de caza camino de Aragon, nos fuimos camino de Extremadura, sin volvernos á acordar de semejante cordero, hasta que á la vuelta, al subir yo la escalera, oigo á mi mujer que decia comiéndose á besos al chiquitin: «¡Ay, qué rico

es este cordero de la casa! » y digo: « ¡Ay, que se nos ha olvidado el rico cordero del ventorrillo del aragonés! » El domingo inmediato nos fuimos por el ventorrillo para pagar el cordero y quedar con el aragonés como era regular, y el aragonés nos dijo que el lunes, viendo que no íbamos y que se iba á echar á perder el cordero, se le comió él. —¿Pero usted solo se lo comió? le preguntamos. —Solo.—¡Pero es posible, hombre! exclamamos asombrados, y el aragonés nos contestó haciéndosele aún los dientes agua:—A *juerza* de pan cayó. Don Martin, ya verá usted como este cordero cae tambien á fuerza de buen humor y chascarrillos.

—Y tambien á fuerza de vino, padre, dijo uno de los chicos alegrándosele los ojillos con el sorbo que acababa de tirar á un vaso de vino que la señora Geroma hacia circular entre la gente menuda, recomendando la sobriedad.

—Con el vino pocas chanzas, replicó el señor Juan, que se pierde con él la cabeza, y cuando falta la cabeza, falta otra cosa que vale áun más.

—¿Qué otra cosa es esa, padre? preguntaron los chicos llenos de curiosidad.

—Vais á saberlo. Cuando Cristo andaba por el mundo con sus discípulos, tenian por costumbre encargarse cada dia uno de ellos de guisar la parca comida para todos, y hasta Cristo, que queria dar ejemplo de humildad y fraternidad á sus

discípulos, desempeñaba aquella tarea el dia que le tocaba. La comida solia consistir en un cordero, cuando le habia, y era tambien costumbre que el corazon del cordero fuese para el que le hubiese preparado el dia anterior, como recompensa y muestra de aprobacion del servicio que habia prestado á sus compañeros.

Un dia llegaron el maestro y los discípulos á la orilla del Mar Muerto, y Judas Iscariote, á quien aquel dia tocaba servir á los demás, se fué á preparar la comida. Judas era muy aficionado á sesos, sin duda por el poco que él tenia, y al ver los del cordero en la cabeza ya guisada y abierta en dos pedazos, entró en la tentacion de comérselos solo, y tentacion fué, que se los comió, diciendo: « Anda, que el Maestro no repara en cosas tan pequeñas, y los discípulos se guardan muy bien de poner reparos en aquello en que el Maestro no los pone. »

Sentados á la mesa Jesús y los apóstoles, Judas Iscariote sirvió el cordero guisado, y notando Jesús que faltaba la cabeza, pues Judas la habia suprimido por completo, no tanto por comerse la lengua y la demás carne, como porque resaltase ménos la falta de los sesos, preguntó al cocinero cómo faltaba la cabeza del cordero.

—Maestro, contestó Judas aturdido y sin que en su aturdimiento le ocurriese otra cosa que con-

testar, es que... en este país los corderos no tienen cabeza.

Jesús se sonrió tristemente, y pareció quedar satisfecho con la contestacion de Judas.

Maestro y discípulos permanecieren al dia siguiente en la orilla del Mar Muerto, y aquel dia tocó al Maestro disponer la comida, que tambien consistia en un cordero. Cuando Jesús acababa su tarea, llegóse á pedirle limosna un pobre, y tomando el corazon del cordero, diósele con un buen zoquete de pan, y el pobre se fué tan consolado con aquella racion. Sirvió el Maestro en la mesa el cordero por él guisado, y Judas Iscariote que esperaba con impaciencia el corazon y no le veia en la cazuela, preguntó al Maestro en qué consistia aquella falta.

— Amado Judas, le preguntó á su vez Jesús, ¿no dijíste ayer que en este país los corderos no tienen cabeza?

— Eso dije, Maestro, contestó Judas, algo confuso y avergonzado.

— Pues, amado Judas, dijo Jesús volviendo á sonreir tristemente, ¡donde falta la cabeza falta tambien el corazon!

Con que ya sabeis, añadió el señor Juan dirigiéndose á los chicos, y lo sabeis nada ménos que por boca de Jesucristo, qué otra cosa es la que falta cuando falta la cabeza.

A fuerza de cuentos y chascarrillos, buen humor y buen diente fué cayendo en efecto el cordero, á lo que tambien contribuyó no poco la virtud que tiene el aire libre del campo de excitar el apetito y el estro poético, como lo prueba un caso muy singular de esta doble virtud que Martin contó como observado en su patrona. Una vez la carabinera, accediendo á los deseos de sus huéspedes, fué con ellos á comer en la fuente de la Teja, y con asombro y estupefaccion de todos los circunstantes, que nunca habian podido imaginarse que á Doña Genara le soplase la musa, Doña Genara los dejó boqui-abiertos con el siguiente *dístico:*

Cuando como en el campo,
¡válgame Dios con que apetito zampo!

Los postres comenzaron, no sin que la señora Geroma, que era previsora en todo, reservase media docenita de naranjas para que á la vuelta se entretuviesen en rodarlas su media docenita de chicos.

—Señor Juan, dijo Martin, venga otro cuentecillo, para que vayan cayendo los postres.

—Don Martin, los cuentos es menester que vengan á pelo.

—Y á pluma, añadió para sí Martin, recordando cuán sin por qué ni para qué se prodigan cuentos y anécdotas y sentencias y autoridades, en libros y periódicos.

—Cuento que viene á pelo, nunca deja de producir el buen efecto que produjo el del cerrajero vizcaino de la plazuela de Afligidos.

—¿Y qué cuento fué ese, padre? exclamaron todos los chicos secundados en su curiosidad y en su pregunta por todos los grandes, y sobre todo por Martin y Miguel, cuyo interés duplicaba la cita de un paisano suyo.

—Habia, dijo el señor Juan, en la plazuela de Afligidos, un cerrajero vizcaino muy parecido en todo á su paisano Don Tomás de Miguel (1), pues habiendo venido á Madrid como simple y modesto

(1) Don Tomás de Miguel, compatriota nuestro, era un oficial de cerrajero que habiendo ido á Madrid como encargado de conducir y armar una carroza que el señorío de Vizcaya regaló á los reyes cuando en 1829 visitaron á Bilbao, se estableció allí de su cuenta, tan modestamente, que en 1833 trabajaba en un cuarto bajo de la calle del Clavel, sin más ayuda que un aprendiz. Su laboriosidad, su inteligencia y su hombría de bien, fueron tan favorecidas de Dios, que cinco años despues ya contaba en su taller veintiseis operarios, y en 1844 en un edificio propio y de nueva planta de la calle de San Gregorio; tenia el mejor establecimiento de herrería, cerrajería y construccion de máquinas que se habia visto en España. Este benemérito artista é industrial, dueño de una fortuna, grande por lo que es en sí, pero mucho más grande por la honra con que ha sido ganada, vive aún respetado y querido de cuantos le conocen, y pasa los últimos años de su noble y aprovechada vida en la tierra natal, á la que tiene el más entrañable amor, tan modesto y sencillo en sus costumbres y trato, como cuando salió por primera vez de ella.

oficial de cerrajería, tenia un gran taller, á cuyo lado vivia con su familia en un hermoso cuarto bajo. Aun cuando ya no trabajaba materialmente, porque no lo necesitaba y era anciano, conservaba la costumbre de comer él y su familia á las doce en punto. Los Gilitos, como llamaban á los frailes de San Francisco del convento de San Bernardino, pasaban arriba y abajo durante casi todo el dia por la plazuela de Afligidos, y el cerrajero y su mujer, que era muy frailera, los saludaban, y cuando pasaban á la hora de comer los invitaban á comer con ellos. Como el cerrajero tenia siempre buena mesa, los Gilitos, que es de suponer la tendrian pobre, solian aceptar la invitacion, y no habia dia que no hubiese siquiera un fraile á la mesa del cerrajero. No tenia el cerrajero nada de tacaño, pero ya le iba cargando aquella gorronería, porque daba la pícara casualidad de que siempre habia de pasar algun fraile en el momento en que el cerrajero y su familia se sentaban á la mesa en el comedor, cuyas grandes rejas daban á la calle.

Un dia comieron en casa del cerrajero nada ménos que cuatro Gilitos, y el cerrajero estaba más cargado que nunca, porque ya los Gilitos se convidaban á sí mismos, considerando aquel comedor como cosa propia; y como de sobremesa los frailes, para reposar la comida empezasen á con-

tar cuentos y rogasen al cerrajero que contase alguno, el cerrajero contó el que van ustedes á oir, muy echado á perder, porque Dios no me ha dado la gracia que al cerrajero para contar cuentos:

—«En Aguinaga, que está entre Ório y Usúrbil en la costa de Guipúzcoa, habia un constructor de buques muy acomodado y rumboso que gustaba de comer bien, y rara vez dejaba de tener en su mesa el rico salmon que se coge en la ria de Ório. Como los misioneros franciscanos del convento de Zarauz pasaban con frecuencia por Aguinaga y el constructor de buques y su mujer eran muy corteses, á todo fraile que pasaba por allí entre once y doce le decian: «Padre, quédese á comer con nosotros,» y todo fraile que pasaba á aquella hora se quedaba á comer aunque no le dijesen nada, lo que ya iba cargando á los dueños de la casa. Un dia avisaron al constructor que ya estaba la sopa en la mesa, y como al dirigirse al comedor viese que no habia fraile ninguno sentado á la mesa, exclamó admirado y regocijado: —Qué, ¿no tenemos fraile, aunque están á punto de dar las doce? Hombre, ¡qué cosa tan rara y satisfactoria! Pero en el momento en que el reloj de Usúrbil daba las doce, nada ménos que cuatro frailes entraron en el comedor. Disimuló el constructor su disgusto, y los recibió y



obsequió como de costumbre. De sobremesa, los frailes, que eran muy instruidos y discutidores, tuvieron acalorada discusion sobre la distancia que hay del cielo á la tierra, y el tiempo que tardaría en caer á la tierra una piedra de molino que se lanzase del cielo, y el constructor se callaba oyéndolos; pero como le pidieran al fin que diese su parecer en aquella cuestion, dijo:—Padres, como vuestras paternidades conocen, yo soy un pobre carpintero que sé muy poco de cosas tan altas.—Pues diga lo que sepa, aunque sea poco, dijeron los frailes.—Lo que yo sé únicamente, contestó el constructor, es que si hubiese frailes en el cielo y lanzasen desde allí uno á la tierra, á las doce en punto caeria en este comedor. Desde aquel dia, los frailes de Zarauz no volvieron á caer á las doce en el comedor de Aguinaga.»

Y desde aquel dia, añadió el señor Juan, los frailes de San Bernardino tampoco volvieron á caer á las doce en el comedor de la plazuela de Afligidos. Estos dos casos prueban lo que ántes dije, que el cuento que viene á pelo nunca deja de producir buen efecto.

Terminada la comida, hubo en aquella praderita y los verdes ribazos que la cercaban un buen rato de bureo, y hasta de baile, en que el señor Juan y la señora Geroma, al son de la guitarra de un ciego y de la pandereta de su lazarillo que

remanecieron por allí, bailaron unas seguidillas manchegas que eran lo que habia que ver.

— Ea, dijo el señor Juan cuando el sol se iba escondiendo tras los cerros de Alcorcon, demos gracias al asiento, y á casita, que ya es hora.

— Padre, ¿qué es dar gracias al asiento? preguntaron los chicos.

— Siempre que uno se levanta de donde ha estado sentado, y particularmente si es al aire libre, debe volverse de cara hácia el asiento y hacerle una cortesía, á que el asiento corresponde siempre que puede, devolviendo lo que se dejaba olvidado en él.

Martin y Miguel aplaudieron la oportunidad de esta observacion, que no era original del señor Juan, pues recordamos habérsela oido tambien al discreto, ingenioso y buen cura de Montellano, Don José María de Sagarminaga (que esté en gloria), cuya vida merece un libro que espera consagrarle el autor del presente.

El señor Juan, con el niño de pecho en brazos, la señora Geroma cargada con los utensilios de la comida, y los chicos delante rodando las naranjas, tomaron el camino del puente de Segovia, acompañados de Martin y Miguel.

— Don Martin, dijo el señor Juan con un tanto de embarazo, una cosa les voy á decir á usted y á Don Miguel, y ustedes han de perdonar si digo

alguna tontería, que como uno es un pobre zapatero remendon, no sabe palotada de lo que se usa entre gente fina. Yo ya sé que ustedes son tan llanos como la palma de la mano, y prueba de ello es lo que con nosotros han hecho ustedes hoy, que... ¡caramba! no lo olvidaremos en toda la vida, y la sangre de las venas que ustedes nos pidieran, les daríamos por ello.

—Señor Juan, replicó Martin asombrado de la emocion con que el señor Juan hablaba y sin saber qué era lo que decia ni á dónde iba á parar el zapatero, ¿qué es lo que á nosotros nos tienen que agradecer ustedes? Muy al contrario, nosotros...

—Mire usted, Don Martin, con nada del mundo se paga la bondad con que usted y Don Miguel, dos caballeros que hasta en los papeles andan, se han prestado hoy á participar de nuestra pobreza, como si fueran unos pobres pariguales nuestros...

—Señor Juan, reñimos si habla usted así, interrumpió Martin al zapatero estrechándole la mano que le dejaba libre el niño, en lo que le imitó Miguel.

—¡Gracias, Don Martin! ¡Gracias, Don Miguel! exclamó el señor Juan cada vez más conmovido; pero...

—¿Qué, señor Juan?

—Que quizá seria mejor que tomasen ustedes hácia la puerta de Toledo, porque está medio Madrid en estas afueras, y naturalmente no ha de parecer bien que los vean á ustedes con unos pobres zapateros de portal como nosotros.

—Señor Juan, dijo Martin con mucha seriedad, nosotros somos de una tierra donde las leyes se hacen debajo de un árbol por hombres que tienen las manos encallecidas de la azada y el arado. Cuando en Castilla se habló por primera vez de democracia y soberanía popular, ya hacia más de mil años que la democracia y la soberanía popular se practicaban en Vizcaya. Con el hijo y discípulo del severo Felipe II se encararon un dia los hijos de aquella tierra, y frente á frente, osaron decirle: «Señor, respetad nuestras libertades, y sino nosotros las defenderemos hasta ver asolados y quemados campos y hogares, y muertos mujeres é hijos (1).» Calcule usted, señor Juan, añadió Martin sonriendo, si los que no consentimos que un gran rey nos quite la libertad de la patria, consentiremos que un pobre zapatero nos quite la libertad de ir por donde y con quien nos dé la gana.

(1) Resúmen de una representacion á Felipe III hecha en 12 de Mayo de 1601 por el señorío de Vizcaya, que obtuvo inmediatamente del rey las mayores seguridades y protestas de respeto á las libertades vizcainas.

Por única contestacion, el señor Juan dió un apreton de manos á Martin y á Miguel, y todos siguieron hácia el puente de Segovia.

—Señor Juan, dijo Martin queriendo mudar de conversacion, ¿sabe usted que, si como pretenden los comunistas, los bienes de los ricos se repartieran á los pobres á tanto por cabeza, iba á ir á su casa de usted un buen pellizco con tantas cabecitas como hay en ella?

—Don Martin, ¡Dios me libre y libre á mis hijos de bienes robados, que robado es todo lo que uno no ha ganado ó adquiere contra la voluntad de su dueño! Ni siquiera ganado por mis manos deseo más que lo necesario para vivir. Déme Dios salud para criar á mis hijos, que yo les dejaré un tesoro que vale más que el oro y la plata: aficion á trabajar mucho y propension á contentarse con poco. Ha de saber usted, Don Martin, que desde que Dios me rompió la cabeza de un tejazo, sin duda para que me saliera por el agujero la tontería que se me habia metido en ella de creer que el oro servia para hacer llaves con que abrir las puertas del cielo, cuanto más se acerca mi capital á los sesenta reales de que nunca pasa, más triste me pongo.

—¿Por qué, señor Juan?

—Porque tengo por el Evangelio, y nunca se me olvida, un cuento, ó más bien un ejemplo,

que me contó un señor cura con quien fuí á confesarme así que convalecí del tejazo.

—Pues, señor Juan, venga el cuento, ó ejemplo, ó lo que sea, que bueno será habiéndosele contado á usted quien se le contó y habiendo producido en usted el buen efecto que produjo.

La señora Geroma quedaba un poco atrás cuidando de los chicos, que diableaban en aquellos ribazos y aquel camino.

El camino que costeando el Manzanares, del que le separan unas huertas, conduce desde la desembocadura del vallecito de Luche al puente de Segovia, es llano, largo y solitario, como hecho á propósito para ir un hombre contando una sabrosa historia, en medio de otros dos hombres que le van escuchando con la boca abierta.

El señor Juan se excusaba con que el cuento ó ejemplo era un poco largo; pero Martin y Miguel le animaron á que le contara, alegando aquellas condiciones del camino.

El señor Juan no tuvo ya excusa que dar, y contó lo siguiente:

—«Como los apóstoles eran pobres y rústicos y de corazon sencillo y humilde, Jesús, su divino Maestro, se ocupaba constantemente en instruirlos y prepararlos con lecciones prácticas y á su alcance y el del pueblo para la gran mision de predicar el Evangelio de Dios á las gentes.

Un dia caminaba Jesús por las riberas del Jordán en compañía de sus amados discípulos Simon y Judas Iscariote. Dos hombres trabajaban en una heredad inmediata al camino, uno de ellos muy hermoso y el otro muy feo, y ambos hombres saludaron muy corteses y afectuosos á Jesús y sus discípulos. Jesús y Simon devolvieron el saludo á los dos con el mismo amor á uno que á otro; mas no así Judas, que apenas contestó al saludo del hombre feo, y por el contrario, contestó muy afectuosamente al saludo del hombre hermoso. Notó Jesús esta diferencia, y así que se alejaron un poco de los dos trabajadores, preguntó á Judas:

—Judas, ¿por qué has saludado con más amor al hombre hermoso que al hombre feo?

—Maestro, contestó Judas, el viajero que encuentra en su camino un pedazo de oro y un pedazo de pedernal, ¿cómo ha de estimar en tanto el pedernal como el oro?

Jesús calló sonriendo á Judas tristemente, y él y sus discípulos continuaron su camino.

Como hacia mucho calor y la jornada iba siendo larga y desabrida, sentáronse bajo unos árboles, á cuyo pié brotaba una fresca y cristalina fuente, en que se refrigeraron así que habian descansado un poco.

Entreteníase Jesús conforme platicaban en gol-

pear con su báculo un ribazo que daba sobre la fuente, cuando desprendiéndose un gran césped, aparecieron sobre la tierra removida un pedazo de oro y un pedazo de pedernal.

Judas lanzó un grito de sorpresa y alegría al ver el oro, y se inclinó á cogerle.

—Detente, amado Judas, le dijo Jesús, que yo soy quien ha descubierto ese pedazo de oro y ese pedazo de pedernal, y el pedernal y el oro son mios y no vuestros.

—Cierto, señor, contestó Simon sin vacilar.

—Cierto, dijo tambien Judas como de mala gana.

Jesús tomó el oro y el pedernal, y despues de cerciorarse de que oro puro era el primero y piedra el segundo, extendió hácia el Oriente sus brazos, suspendiendo en la diestra el pedernal y en la siniestra el oro, y dijo á sus discípulos:

—Quiero haceros dueños de este hallazgo. Tomad á un tiempo de mi mano lo que más os plazca: uno el pedazo de oro y otro el pedazo de pedernal.

Y al decir Jesús esto, Simon y Judas se lanzaron á un tiempo á su diestra y su siniestra para coger: Simon el pedazo de pedernal y Judas el pedazo de oro.

Jesús calló, sonriendo tristemente á Judas y

con alegría á Simon, y los tres continuaron por las desiertas orillas del Jordán.

—Maestro, dijo Judas, el sol declina ya, y apenas hemos tomado hoy alimento alguno.

—Cierto, contestó Jesús. Adquiere, ámado Judas, con un poco del oro que llevas alguna vianda con que nos remediemos los tres.

Judas miró á todas partes, y no viendo por ninguna más que calladas soledades, replicó:

—Maestro, imposible es hallar en estos desiertos quien nos la venda.

Jesús sonrió á Judas tristemente, y dijo á Simon:

—Simon, pescador eras en el mar de Galilea.

Simon comprendió lo que el Maestro deseaba, y acercándose al Jordán, arrojó á la corriente un anzuelo colocado al extremo de una cuerda, y poco despues le retiró arrastrando con él un pez muy grande.

Jesús y Simon sonrieron plácidamente al ver fuera del agua pez tan hermoso.

—¿De qué nos sirve ese pez, les dijo Judas, si no tenemos fuego para asarle?

Jesús y Simon callaron; pero Simon tomó un poco de yesca del tronco de un árbol, la puso sobre el pedernal, hirió el pedernal con el cuento de su báculo, la yesca se encendió y poco despues el pez tomaba el color del oro sobre las áscuas de

una alegre hoguera, y no mucho despues Jesús y sus dos discípulos continuaban su camino aliviados de las angustias del hambre.

Al partir, envolvieron con cuidado entre los pliegues de la túnica, Judas el pedazo de oro y Simon el pedazo de pedernal, y Jesús, mirándolos alternativamente sonrió con tristeza á Judas y con alegría á Simon.

Cuando llegó la noche, que era oscura, oscura como el pecado, Jesús dijo á sus discípulos:

—Necesitamos luz y sueño y descanso para continuar nuestra jornada. Luz nos dará el nuevo dia; sueño y descanso nos dará este bosque. Descansemos y durmamos aquí hasta que despunte el alba.

Dicho esto, Jesús y sus discípulos se acostaron sobre el oloroso césped, y momentos despues Jesús y Simon dormian apaciblemente; pero Judas velaba, temeroso de que durante el sueño algun malhechor llegase y le arrebatase el pedazo de oro que poseía.

Bramidos de fieras comenzaron á oirse á lo léjos, y cada vez se acercaban, se acercaban más. Jesús y Simon, que continuaban apaciblemente dormidos, no los oian; pero Judas, que continuaba despierto y cada vez más aterrado, despertó á sus compañeros y les hizo notar el peligro que á todos amenazaba.

—Amado Judas, le dijo Jesús, la luz inspira terror á todos los malos, y por eso las fieras huyen de ella. Adquiere con un poco del oro que llevas un poco de luz, cuyo resplandor pueda librarnos del peligro que temes.

—Maestro, replicó Judas, ¿quién en esta soledad ha de vendérmela?

Jesús calló, tornando á reclinarse en el césped, y Simon hirió el pedernal, encendió una hoguera, y tornó á dormir, mientras las fieras se alejaban espantadas de la luz y Judas velaba temeroso de que malhechores le robasen su tesoro.

La luz del dia apareció: Judas mostraba en la faz las huellas de la inquietud y el insomnio, mientras Jesús y Simon mostraban las del apacible descanso.

Así continuaron largo tiempo y por diversas comarcas Jesús y sus discípulos, Jesús enseñando y amando á los pobres de ciencia y ricos de corazon, Simon llevando la piedra que daba luz, y Judas llevando el oro que sólo daba peso, hasta que llegó un dia en que Jesús, poniendo por cimiento la piedra que llevaba Simon, á quien en memoria de esto llamó desde entónces Pedro, que quiere decir piedra, edificó una gran puerta para entrar en el cielo, cuya llave dió á Pedro, y Judas se ahorcó de un sáuce viendo que el oro sólo

servia para hacer llaves con que abrir las puertas del infierno.

Con que ya ven ustedes, concluyó el señor Juan, que me hizo Dios un gran favor abriéndome de un tejazo un agujero por donde se me fuera la tontería que se me habia metido en la cabeza de creer que el oro servia para hacer llaves con que abrir las puertas del cielo.

—¡Tiene usted razon, que se le hizo, y muy grande, contestaron Martin y Miguel, cada vez más enamorados de la profunda y sana filosofía que encerraban todos los cuentos del señor Juan el Chascarrillero.

Martin, á pesar de ser práctico en la profesion literaria, no habia podido nunca explicarse cómo el pueblo, que carece del arte literario, compone los cuentos que llamamos populares con espontaneidad, originalidad y gracia tales, que el ingenio y el arte más peregrinos no alcanzan, é interrogó sobre ello al señor Juan, que le contestó:

—Mire usted, Don Martin, para inventar y contar cuentos que diviertan con su gracia y enseñen con su intencion se necesitan tres cosas: agudeza de entendimiento, facilidad de palabra y bondad de corazon.

Martin deseaba que el señor Juan satisfaciese tambien otra curiosidad suya.

—Señor Juan, preguntó á éste ¿cómo se las go-

biernan ustedes para vestir y mantener á tantos chicos como tienen?

—¿Cómo? ¿No han oido ustedes decir que cada chico que nace trae á sus padres un pan debajo del brazo?

—Cierto que así se dice.

—Pues se dice muy bien; y yo añado que además del pan trae un trajecito de *puntapiés* á cabeza. Si no hubiera ya tanta gente por aquí, les contaria á ustedes un cuento de ésto; pero le dejaremos para otra vez, que aquella hermosota mia sospecha que voy contando cuentos, y viene volada por que los chicos no la dejan venir oyéndolos.

—Se conoce que la señora Geroma es aficionada á cuentos.

—¿Qué si es? ¿Querrán ustedes creer que un dia que estaba de parto y por más que apretaba, no salia la criatura, tuve la humorada de contarle un cuento, y tan fuerte risa le dió, que la criatura salió al instante?

Tan ruidosa carcajada soltaron Martin y Miguel al oir esta hiperbólica salida del señor Juan, que la señora Geroma y los chicos la oyeron, y sospechando que se perdian cosas muy buenas, apretaron el paso y alcanzaron al señor Juan y sus compañeros á la entrada del puente de Segovia.

Subieron todos por la cuesta de la Vega, y á

indicacion de Martin y Miguel, en vez de dirigirse á la calle de Tudescos por la plaza de Oriente, torcieron por la calle de la Almudena hácia la puerta del Sol.

—Señor Juan, dijo Martin cuando estuvieron frente al café Oriental, un insigne estadista y orador parlamentario, paisano de Miguel y mio (1), ha dicho en el Senado en prueba del espíritu democrático y de igualdad social que reina en las provincias vascongadas, que se ha dado allí el caso de que un zapatero de Deba y un sastre de Azcóitia presidiesen como alcaldes las juntas generales de Guipúzcoa, á que asistian en concepto de representantes del pueblo, próceres tan ilustres como los condes de Villafranca y Monterron, y en el de diputado general de la provincia, el duque de Granada. Si un zapatero como cabeza de pueblo presidió en Deba aquella asamblea, nadie se maravillará de que otro zapatero como cabeza de familia presida en el café Oriental esta otra. ¡Al café Oriental todos!

—Al café Oriental, donde para todos hay ricos refrescos y golosinas, asintió Miguel señalando la puerta del café á los zapaterillos y las zapaterillas.

El señor Juan y su mujer, aturdidos y conmo-

(1) El Excmo. Sr. D. Pedro de Egaña.

vidos con aquel convite y aquella honra que no esperaban, quisieron rehusar; pero ya no era tiempo: la gente menuda penetraba ya en el café loca de contento y deslumbrada con aquella magnificencia que en su vida habia visto más que desde léjos.

Cuando ya, todos alborozados, veian llegar á los camareros con las bandejas llenas para servirlos, Pepe y Julian aparecieron en el café, y así que vieron á Martin y Miguel, corrieron á darles una gran noticia: la comedia de Pepe y Julian, *El cuento de nunca acabar*, leida en la sala colonial hacia dias, y en cuya copia y última mano habian empleado la noche anterior los autores, habia sido leida por éstos aquel mismo dia á la empresa del teatro del Príncipe, que la habia aprobado con gran entusiasmo, prometiendo ponerla en escena inmediatamente.

X.

Espinas y hiel.—Voto de censura.—Cabezas de pólvora y corazones de oro. —El cencerro presidencial. — Martin da una muestrecilla de su habilidad para la oratoria forense.— Picardía editorial.—Lo de Cascaciruelas.—Discurso de un memo.— Una actriz que no podia tragar á su marido y un actor que no tenia pueblo natal.— Plan periodístico. — Buena noticia.— Café con copa y cigarro.— La invencion de Moratin. —*Besos* y *mordiscos*. —Historia de las blancas.—Los tenderos de Madrid.—Tonterias hermosas.

Han pasado cerca de dos años desde que dejamos en el café Oriental á la familia zapateril saboreando la leche merengada, y á Martin, Miguel, Pepe y Julian saboreando el triunfo que los dos últimos, ó mejor dicho la colonia, iba á alcanzar próximamente con el estreno del *Cuento de nunca acabar*, cuya lectura habia entusiasmado de tal modo aquel mismo dia á la empresa del teatro del Príncipe, que ésta habia prometido poner inmediatamente en estudio la obra.

La colonia celebraba junta general convocada por su presidente Perico, con especial recomenda-

cion de que no faltara ninguno de los colonos, porque se iban á tratar asuntos de gran importancia.

Esta recomendacion habia producido gran efecto, pues ninguno de los colonos faltaba en la sala colonial en el momento en que ocupó el presidente Perico el sillon de la presidencia, que por cierto estaba desvencijado á fuerza de encaramarse en él Críspula para dar repelones á la corona de ajos.

Nuevas coronas de laurel artificial adornadas de lazos de raso blanco con dedicatorias impresas en letras de oro, habian aumentado el número de las que vimos al penetrar por primera vez en la sala colonial; pero ¡ay! estas coronas tambien estaban colocadas entre las de espinas, lo que probaba que los colonos últimamente laureados sabian por propia experiencia, como los primeros, que al templo de la gloria, y sobre todo de la gloria escénico-literaria, se va en España por una senda sembrada de espinas y regada de lágrimas, y en el templo se encuentra por único descanso un trono guarnecido de agujas de ensalmar que se meten hasta el hueso, y por único refrigerio hiel y vinagre que saben á rejalgar de lo fino.

El presidente Perico, despues de declarar abierta la sesion, dijo:

—Empiezo por dar las gracias á los colonos por

su puntual asistencia á esta importante sesion, pues veo que ni aún los más remolones, que son los autores del *Cuento de nunca acabar*, han faltado á ella, y concluyo por proponer que se aumente el grupo izquierdo del *Soplo de las Musas* con el retrato de uno de nuestros con-colonos que ha escrito y publicado un epígrama de doble sentido, de esos que tomados en el sentido recto son una simpleza y tomados en el sentido indirecto son una suciedad.

—Que se lea el epígrama y se diga el nombre del autor, exclamaron muchos colonos.

—Vamos por partes, contestó el presidente Perico. En cuanto al epígrama, no se debe leer aquí donde se reunen hombres que rinden sincero y decoroso culto al arte literario y pictórico. Los que con verdadera vocacion y verdadero talento se consagran al arte pueden ser lo que se llama unos truenos, como en efecto lo somos todos ó casi todos los colonos, empezando por mí que tengo la poca vergüenza de confesarlo; pero una cosa es tener la cabeza de pólvora y el corazon de oro, y otra cosa tener la cabeza de calabaza y el corazon de cieno. El epígrama de que se trata no debe, pues, ser leido aquí. En cuanto al nombre del autor, ya es harina de otro costal y no hay inconveniente en que aquí se diga: es el de nuestro con-colono Julian Lopez.

Silbidos de casi toda la colonia acogieron la proclamacion de este nombre.

Julian Lopez, de quien como nunca se podia decir entónces que era feachon y mal encarado, pues conforme hablaba el presidente Perico, se le iba poniendo la cara más fea que la de la Musa de la literatura bufa; Julian Lopez, no contento con poner la cara fea, blandió furiosamente los puños al oir aquellos silbidos.

—¡Orden y humildad y resignacion y compostura y decencia, colono Julian Lopez! gritó el presidente Perico agitando á falta de campanilla un cencerro que la colonia habia adquirido para condecorar con él el cuello de aquel de los colonos que escribiese loas apologéticas de nuestras miserables revoluciones políticas de quítate tú para ponerme yo, ó por decir un chiste, cometiese una injusticia como la que cometieron con el autor de este libro los autores de *Cabezas y calabazas*, que por no sacrificar un consonante le supusieron, como quien no dice nada, hombre sin conciencia.

Julian Lopez, atendiendo más que á la intimacion del presidente Perico, á los esfuerzos que su colaborador Pepe Martinez hacia para calmarle, bajó al fin los puños y la cabeza en señal de que se resignaba á acatar la censura de la colonia.

Martin de Echebarría pidió y obtuvo la palabra.

—Con-colonos y amigos, dijo, he pedido la palabra con objeto enteramente contrario á aquel con que la iba á pedir hace un instante. Cuando el autor del epígrama indecente se revolvia como una culebra contra la justa censura de la colonia, quise pedir la palabra para pedir que no sólo se le colocase en el grupo que recibe el soplo de la inspiracion sabe Dios de dónde, sino que se le expulsase de la colonia en atencion á su descompostura y rebeldía; pero ahora la he pedido para proponer que al co-autor del *Cuento de nunca acabar* se le releve de la ignominia de ser retratado en el grupo izquierdo del *Soplo de las Musas* en atencion á su arrepentimiento y humildad, condenándole únicamente á que mientras no dé pruebas de no necesitar ayo para escribir, escriba con la colaboracion de su compañero Pepe Martinez, que tiene lo que á él le hace falta, es decir, templanza y discrecion.

—¡Aprobado! gritó la colonia, y Julian Lopez inclinó aún más la cabeza en señal de que aceptaba humilde y agradecido aquella decision de la colonia.

El presidente Perico dió cuenta de un suceso grave: el editor del *Mosáico español* habia traspasado esta publicacion á otro editor en el con-

cepto de que las obras pagadas á veinticinco duros el tomo, eran propiedad exclusiva é indefinida suya, que como tal habia enajenado á razon de cuatro mil reales el tomo.

La colonia oyó con indignacion esta noticia, pues siempre habia entendido que por los veinticinco duros sólo concedian los autores al editor la propiedad de la primera edicion.

Despues de discutir largamente los medios de reivindicar la propiedad de las obras con tal desfachatez usurpadas por el editor, se convino en que siendo la colonia pobre y el editor rico, lo que debia hacer la colonia era lo de Cascaciruelas: fastidiarse y tomar quina.

Pepe Martinez pidió y obtuvo la palabra terminado este asunto:

—Colonos, dijo con voz tímida y balbuciente, ya comprendereis que cuando yo que soy tan memo me atrevo á dirigiros la palabra colectivamente y en voz alta, alguna cosa habrá en mi pecho que está reventando por salir. Mi compañero de hospedaje y colaboracion Julian Lopez, que tiene la energía que á mí me falta, es el que debia deciros lo que os voy á decir; pero ya que el lamentable incidente que aquí ha producido una ligereza suya, en la que no tuve arte ni parte, pues el desdichado epígrama que habeis condenado con retemuchísima razon, le compuso y pu-

blicó un dia que yo habia salido por suela, es decir, á tomar un cróquis de las poéticas cercanías de Móstoles para calcar en él una leyenda sentimental, cuyo importe destinábamos á dos pares de botitos que nos hacian mucha falta; ya que este lamentable incidente secuestra la palabra y áun la autoridad á mi colega, la tomo yo para deciros hecho un veneno, que hace dos años nos está engañando miserablemente la empresa del teatro del Príncipe, convirtiendo en cuento de nunca acabar el estreno de nuestra comedia del mismo título.

—Cuente el orador lo que alega la empresa para cohonestar esa picardía, dijo el presidente Perico.

—Contarlo sí que seria el cuento de nunca acabar, contestó Martinez. La colonia sabe que nuestra comedia tiene dos fines morales á falta de uno: el primero es la glorificacion del amor conyugal, y el segundo la glorificacion del amor al pueblo nativo. Pues bien: despues de entretenernos la empresa cerca de tres años con promesas y pretextos vanos, que seria proligísimo enumerar, ahora sale con la pata de gallo de que variemos el doble fin moral de la comedia, que le parece inconveniente.

—¿Inconveniente la glorificacion del amor conyugal? ¿Inconveniente la glorificacion del

amor al pueblo nativo? exclamó el presidente Perico con indignacion y extrañeza de que participaba toda la colonia.

—Sí, señor, inconveniente parece á la empresa la glorificacion de ambos amores.

—¿Y en qué se funda tan irracional parecer?

—Se funda, en primer lugar, en que la primera dama no pudiendo ver ni pintado á su marido, le mató á pesadumbres, y ahora le repugna profundamente el representar el papel de Artemisa. Y en segundo lugar, se funda en que el primer galan, siendo hijo de la Inclusa, no tiene pueblo nativo, y dice que le dá cien patadas en el estómago eso de hablar del sitio donde rodó su cuna.

—Pero la empresa debe guiarse por su propio criterio y no por el de los actores.

—Es que dice que el criterio de los actores está de acuerdo con el suyo, porque en su concepto, así para el amor conyugal como para el amor pátrio, ha sonado ya la hora de la pluralidad y el cosmopolitismo.

—¡Guerra á muerte á esa empresa estúpida! gritó el presidente Perico.

—¡Guerra á muerte! repitió la colonia.

—Para hacerla, continuó Pepe, pensamos publicar un periódico, cuyo pensamiento sometemos á la aprobacion de la colonia, y en cuya colabo-

racion quisiéramos que tomasen parte todos los colonos.

— Venga el título de ese periódico, dijo el presidente Perico.

— El título ha de ser BESOS Y MORDISCOS.

— Original es; pero no todo lo original es bueno.

— ¿Qué tiene de malo el título de nuestro periódico?

— Tiene de malo que corresponde sólo á medias al objeto. El objeto del periódico es dar mordiscos.

— Y tambien besos: besos á la empresa si pone en escena nuestra comedia, y besos á todo el que trabaje y proceda bien en la esfera del arte; mordiscos á la empresa sino pone en escena nuestra comedia, y mordiscos á todo el que en la esfera del arte trabaje y proceda mal.

— Eso ya es otra cosa y hace esperar que el periódico merecerá las simpatías y el apoyo de la colonia y del público, pues será un periódico racional y justo, como deben serlo todos y lo son pocos. Vengan algunas explicaciones más sobre el plan de su redaccion.

— Los redactores seremos Julian y yo, y los colaboradores todos, todos los colonos. Julian se encargará de la seccion de *mordiscos*, y yo de la seccion de *besos*.

— La idea es buena y está en consonancia con

el temple de los redactores; pero de ese mismo temple es de temer que uno de los redactores bese hasta llenar de babas, y el otro muerda hasta llenar de sangre.

— Tendremos á nuestro lado quien nos tire de la rienda cuando nos vea en camino de ambos extremos.

—¿Y quién será ese mozo?

— Será Martin, nuestro colega de chocolate de almortas, de garbanzos-balines y de pretextos de guisado.

— ¡Aprobado! gritó el presidente Perico.

— ¡Aprobado! repetió la colonia.

La sesion se iba á levantar por no haber más asuntos que tratar, cuando Clemente, el cartero, pidió y obtuvo la palabra.

— Compañeros, amigos, hermanos... empezó Clemente con voz interrumpida por la emocion.

— ¡Orden, colono cartero! le gritó el presidente Perico. ¿Qué tonillo lacrimoso es ese? La formalidad sentimental está severamente prohibida por el artículo tantos y cuantos del reglamento de la colonia.

— Pues bien, continuó Clemente esforzándose por dominar su emocion y sonreir, ya que casi todo lo que se ha puesto en conocimiento de la colonia ha sido triste, quiero poner en su conocimiento algo alegre: mi madre y mis hermanas,

que estaban enfermas y sin aliento para resistir y trabajar, recobraron salud, esperanza y fuerzas para el trabajo con los mil reales que el colectivo de la colonia les proporcionó, y hoy son completamente felices, y lo soy yo con ellas, porque al fin de unos cuantos años de cesantía he sido nombrado oficial de la administracion central de correos con 16.000 reales de sueldo, que es una verdadera riqueza para una familia tan acostumbrada como la mia á la pobreza.

Gritos de alegría de toda la colonia acogieron la buena nueva que á ésta daba el cartero.

El presidente Perico impuso silencio á los alborozados y alborotados colonos.

— Colono oficial de correos, dijo, á una asamblea tan nerviosa como ésta, no se proporcionan impunemente emociones tan fuertes como la que acabas de proporcionarle. Es necesario que la calmes con café, copa y cigarro por barba, cuyo importe te anticipará sin interés alguno, hasta que cobres la primera paga, el presidente que tiene la gorronería de hacerte esta proposicion.

— La proposicion está aceptada, dijo Clemente, y dirigiéndose hácia la puerta de la sala, llamó á Críspula.

Críspula apareció un instante despues en la puerta.

— Críspula, dijo el presidente Perico, vé al café

de Moratin, y dí que inmediatamente traigan café con copa y puro, para todos los que estamos en la sala.

Críspula acabó de entrar, y contando á todos los que estaban en la sala, empezando por el presidente Perico y concluyendo por ella,

—Los que estamos en la sala, dijo, *semos* quince.

—Pues catorce cafés con copa y puro y uno con copa sola, que tú no tienes el vicio del tabaco.

—Pero mi novio le tiene.

—Cierto; lo que no tienen las chicas lo tienen los novios.

Poco despues entraba en la sala colonial cargado con una enorme bandeja, un mozo del café de Moratin, sito en la calle del Prado.

—Veamos, dijo á parte el presidente Perico, la erudicion histórico-literaria de este dependiente del café más literario de Madrid. Pipi, ¿quién fué Moratin?

—Señorito, dicen que fué un caballero que inventó el café.

—¿Con leche, ó sin ella?

—Tanto como eso no sé, señorito. Sin leche seria, que es como á los amos les tiene más cuenta.

Quince dias despues de la importante sesion colonial, cuyo imperfecto resúmen acabamos de

hacer, apareció el primer número del periódico titulado Besos y mordiscos, que se calificaba de « Semanario crítico-literario destinado á dar á cada cual su merecido. »

El primer número, de que se hizo larga tirada, llamó extraordinariamente la atencion en Madrid y áun en provincias, porque estaba muy distante de ser uno de tantos periódicos de su clase. El ingenio chispeaba en todo él; las materias eran muy variadas; la crítica decorosa, razonada y justa; los conceptos morales é intencionados, y la frase limpia, tersa, verdaderamente literaria.

Casi todos los colonos firmaban en él versos ó prosas, y hasta llevaba un grabado, cuyo dibujo, debido al lápiz de Lecanda, tenia mucha más gracia que el asunto tomado de la siguiente fabulilla, debida al autor de este libro, sócio correspondiente de la colonia:

BESOS Y MORDISCOS.

Como á un niño avispado y regordete
besara una mujer con tal exceso
que cada vez que le plantaba un beso,
le plantaba un mordisco en el moflete,
— ¡Madre, exclamó desesperado el niño,
el cariño que muerde no es cariño!

No es cosa de que vayamos á dar aquí razon de

todo lo que contenia el primer número del BESOS Y MORDISCOS, por más que la coleccion de este semanario se haya hecho ya tan rara, que los ingleses que no saben más que el inglés, la pagan más cara que los españoles que saben el francés; pero no podemos ménos de dar á conocer una de sus poesías, por aparecer firmada por Martin, héroe principal de nuestro libro.

Hé aquí la poesía de Martin:

HISTORIA DE LAS BLANCAS.

Allá en la region lejana
que riegan Tígris y Eufrátes,
donde la familia humana
comenzó á hacer disparates,
porque no hay quien no recuerde
que allí se dió la primera
tripada de fruta verde
que áun no ha logrado echar fuera,
hay tradiciones orales
que valen mucho dinero,
pues dan pelos y señales
de nuestro orígen primero,
como ésta que á conocer
nos dá, vulgar, pero franca,
la historia de la mujer
rubia, sonrosada y blanca:
«Hecho Adan á su deseo,

Dios exclamó: « ¡Retebien! »
y se fué á dar un paseo
por los jardines de Eden,
buscando manera óbvia
de dar á aquel guapo chico
la correspondiente novia
que le avispase un tantico,
y como en aquellas gratas
espesuras, siempre amenas,
viese unas soberbias matas
de rosas y de azucenas
que son flores muy hermosas,
en ménos de un periquete,
de azucenas y de rosas
hizo un lindo ramillete
que el artífice divino
ató de un modo perfecto
con una hebra de oro fino
que pidió al sol al efecto.
Y cuando tuvo de sobra
meditada su obra nueva,
puso manos á la obra
para fabricar á Eva,
no con un cacho de arcilla
como fabricó al galan,
sino con una costilla
que al efecto sacó á Adan,
pues eran sus intenciones
que aquella obra de su mano
tuviese las perfecciones
que puede haber en lo humano,
y contra el ruin parecer

del diablo, lengua de gúbia,
estaba por la mujer
blanca, sonrosada y rubia.
Dispuesto con mil primores
el molde á distancia corta,
costilla y ramo de flores
juntos metió en la retorta,
y de todo aquel tesoro
amalgamado, es decir,
carne, hueso, flores y oro,
salió lo que es de inferir,
pues salió de todo ello
una mujer tan hermosa,
que era de oro su cabello
y su tez de nieve y rosa,
siendo esta preciosa perla
de tan subido valor,
que el hombre más frio, al verla
grita que salga el autor,
y los diablos se sublevan
como unos pobres bolonios,
poniéndose que los llevan
cuatrocientos mil demonios,
y cifrando su ambicion
en la mezquina corona
de echar un chafarrinon
en la obra de Dios más mona.»
Tal, en suma, viene á ser,
vulgar, eso sí, mas franca,
la historia de la mujer
rubia, sonrosada y blanca,
que si de mí no es bendita

con la efusion que en mí cabe,
es porque no necesita
que la cara se le lave.

MARTIN DE ECHEBARRÍA.

La verdad es que el primer número del BESOS Y MORDISCOS alborotó, y que las suscriciones empezaron á menudear de tal modo, que ántes de salir el número segundo el periódico tenia ya casi cubiertos los gastos, y sus propietarios Julian y Pepe no dudaban ya que el periódico iba á ser un buen negocio.

Julian y Pepe estaban muy atareados en su gabinete corrigiendo las pruebas y completando el original del segundo número, para el que contaban tambien con un articulito que Martin habia de escribir aquella noche.

—¿Quereis algo para el centro? les preguntó Martin.

—Qué ¿vas á salir? Ya podias ayudarnos aquí un poco.

—No puedo, porque voy á hacer á Don Domingo la acostumbrada visita de último de mes, que como de costumbre espera con impaciencia Doña Genara.

—Hombre, ya que vas á traer dinero para tí, tráele tambien para nosotros.

—¿De dónde?

—De las librerías, donde no tendrán inconveniente, con recibos firmados por cualquiera de nosotros y con la cantidad en blanco, que tú llenarás, en darte lo que se haya recaudado por suscriciones.

—No tengo inconveniente.

Martin, ántes de ir á la calle de Postas, pasó en efecto por las librerías encargadas de la suscricion al BESOS Y MORDISCOS y recogió un pañuelo de napoleones, que estaban entónces de moda.

Don Domingo habia salido, pero debia volver muy pronto, y Martin puso sobre el mostrador el pañuelo de napoleones, y se sentó á esperarle y á completar sus estudios de los tenderos de Madrid, que creia dignos de un articulejo para el BESOS Y MORDISCOS.

Es lamentable, por regla general, (que por supuesto tiene honrosísimas excepciones), la fisonomía literaria de lo que se llama el comercio de Madrid. En Madrid apenas hay comerciantes: lo que hay en Madrid es tenderos. La seccion de anuncios de los periódicos, redactada en su mayor parte por comerciantes é industriales, dá muy aproximadamente la medida de la instruccion y el buen gusto de industriales y comerciantes. El alma se cae á los piés cuando se juzga en este concepto á los de Madrid por la seccion de anun-

cios de los periódicos madrileños, donde apenas se ve un anuncio redactado con un poco de ingenio, un poco de gracia, un poco de gramática, un poco de conocimiento de la lengua patria. Aun prescindiendo de tal ó cual rebuzno poético que suele dejarse oir en aquella seccion, donde sin duda no son más los rebuznos porque la administracion de los periódicos, en obsequio al sentido comun, se extralimita de sus facultades poniéndoles el correctivo posible; áun prescindiendo de estos rebuznos, el buen gusto y la gramática pasan diariamente la pena negra con la seccion de anuncios de los periódicos de Madrid. En esta seccion, los que más denodadamente embisten contra la gramática y el buen gusto, son algunos tenderos de lencería y ropa blanca, que no contentos con convertirse en Dulcamaras por su desfachatada charlatanería, se han metido á académicos de la lengua reformando la castellana con la audacia que resalta en el siguiente parrafillo, tomado de un anuncio inserto en la *Correspondencia de España:*

«Quinientas mil confecciones en ropa blanca, alta novedad. Surtido en camisas, en enaguas y en calzoncillos. Géneros en puro hilo, en lana y en seda, alta novedad tambien.»

Como se vé, las *confecciones* y el *en* sustituyendo al *de*, y el adjetivo antepuesto al sustantivo

son de *alta* novedad entre estos gárrulos innovadores de la gramática y el sentido comun, que no satisfechos con barbarizar en la córte, se descuelgan por las capitales de provincia con sus pacotillas *en* géneros y *en* barbarismos, y convierten en sucursales de la seccion de anuncios de los periódicos madrileños la de los periódicos provincianos.

Es verdad que la mayoría del comercio de Madrid desdeña el anuncio temiendo rebajar con él su crédito (temor que nos parece infundado, siempre que el anuncio sea decoroso, grave y de buenas formas literarias), y no tenemos el anuncio para medir su buen gusto é instruccion; pero ¿debemos creer que los tenderos de Madrid que no anuncian tienen más instruccion y buen gusto que los que anuncian? ¡Hum! algunos hay que le tienen, pero los demás... ¡hum! En otras capitales de España, y particularmente en las marítimas, como Barcelona, Bilbao, San Sebastian, Santander y Cádiz, casi todos los comerciantes, al por mayor ó al por menor, han cursado cuando ménos la segunda enseñanza en los institutos provinciales, y muchos de ellos han estado algunos años en el extranjero (como por regla general sucede en Bilbao) completando su educacion comercial y su trato de gentes; pero en Madrid no sucede esto: en Madrid casi siempre el *principal* nació en un pueblo de la region vasco-

cántabra, asturo-galáica ó catalana; fué á Madrid con la poquilla instruccion primaria que adquirió en su pueblo, barrió la tienda y llevó pescozones de los dependientes mayores que él; llegó á mancebo mayor (como se decia en tiempo de la casaquilla con que anduvo muy majo por aquellas calles de Madrid el autor de este libro), y por último, se estableció por su cuenta ó se casó con la hija de su principal y sucedió á éste en la casa y establecimiento. En cuanto á los dependientes (nombre con que por más decoro se ha sustituido el de mancebos ú horteras), son de donde es el principal, fueron á Madrid con la instruccion con que el principal fué y siguen el camino que el principal siguió.

En los demás pueblos de España, los hijos del comerciante son comerciantes, y suceden á su padre en el escritorio, en el almacen, en la tienda, pero en Madrid apenas se dá un caso de esta sucesion, que recomendaba Cervantes, diciendo ser bien que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. Los *gatos* de Madrid detestan el mostrador creyéndole muy de tejas abajo, y se convierten en ratones roedores de expedientes, ó se desnucan andando de tejas arriba.

Todo esto, que no viene al caso en este libro, vino en el segundo número del BESOS Y MORDISCOS, firmado por Martin de Echebárría, que apro-

vechó su rato de espera en la calle de Postas para dar la última mano á su proyecto de un articulejo sobre esta importante materia, interrogando y estudiando á los dependientes de Don Domingo.

Don Domingo llegó y Martin pasó con él al despachito de la trastienda, sobre cuya mesa colocó el pañuelo de napoleones.

—Hola, hola, ¿qué riqueza es esa, muchacho? preguntó Don Domingo reparando en tanto dinero.

—El importe de las primeras suscriciones de un periódico que han empezado á publicar los compañeros del gabinete.

—¡Pero es posible que haya quien dé tanto dinero por esas tonterías! exclamó admirado el comerciante.

—Ya vé usted que es posible.

—Y qué, ¿no escribes tú tambien en ese papel?

—Si usted no me riñera, le diria á usted que sí.

—¿Y por qué te he de reñir, muchacho?

—Porque segun usted dice, esas cosas son tonterías.

—Hombre... segun y conforme; si dan dinero no hay tales tonterías ni tal niño muerto.

Martin se sonrió compadeciendo á aquel pobre hombre, y varió la conversacion anunciándole que pronto le iba á tirar el pellizco magno para graduarse de licenciado en leyes.

Hablaron un rato de Urtiaga, de los achaques

que empezaban á molestar á Don Domingo y de Doña Genara, cuya habilidad para el gobierno de una casa tenia Don Domingo en mucha estima, y Martin, despues de tomar, prévio recibo, los consabidos diez y seis duros que juntó con los napoleones, tomó el camino de la calle de Tudescos.

Abrióle la puerta Doña Genara que estaba con la mantilla puesta para salir, y Martin, posando en una silla del recibimiento el pañuelo, entresacó de él sus diez y seis duros y dió doce á Doña Genara.

—Don Martin, ¡qué rico viene usted! exclamó la patrona admirada.

—Este dinero no es mio.

—Pues ¿de quién es?

—De los del gabinete.

—Qué, ¿les ha caido la lotería?

—Haga usted cuenta que sí. Ya sabe usted que escriben un periódico...

—Siempre andan con esas tonterías esos.

—Pues han ganado ya este dinero con esa tontería.

—¡Qué me cuenta usted, cristiano! ¿Y tontería le llama usted á lo que produce un pañuelo de napoleones? ¡De esas tonterías nos dé Dios!

Martin se dirigió hácia el gabinete pensando:

—Nada, nada, esta mujer es la media naranja de Don Domingo.

XI.

La moral del abogado.—Cuentas ajustadas.—Los revoltosos.—Carta para alegrar y entristecer.—Sale á relucir lo de Dios que alimenta á los pajarillos, etc.—Alimento de primavera.—Cuentas galanas.—Etimologia.—Aplausos de blancos y morenos.—El has de venir y el te digo que no voy.—Juicio docto é indocto.—La quisicosa que llaman género bufo.—Poesía de carne y hueso.—Viejos y niñas.—Lo que buscaba Quevedo.—Las malas lenguas.—Cuentos tristes.—Don fulano de tal.—El soldado de las tres tachas.—Preso por disputador.—Duro fuera y consuelo dentro.

Ya es abogado Martin de Echebarría; pero no abogado de tres al cuarto, pues cuenta las notas de sobresaliente por las asignaturas y los premios por los cursos universitarios. Acaba de recibir la licenciatura en leyes, y su discurso escrito y leido con tal motivo, que publican los periódicos de la córte, es notabilísimo por la novedad y belleza de su fondo y forma. Tiene por asunto y título este escrito *La moral del abogado*, y ciertamente que si Don Domingo el de la calle de Postas le ha leido, lo que de seguro no habrá hecho, se habrá desengañado de que Martin no se ha de enriquecer en

el ejercicio de su honrosa profesion, enredando por aquí, trampeando por allá y embrollando por el otro lado. Hé aquí una muestrecilla de la severidad con que, siguiendo su sistema de poner en relieve y vigorizar su teoría con el ejemplo concreto y práctico, juzga y condena la inmoralidad del legista, pues para él es inmoralidad hasta la habilidosa argucia que pasa por la cosa más lícita del mundo:

«Supongamos, dice, que un individuo ó una corporacion acude al juzgado de primera instancia demandando á otro individuo ú otra corporacion de injuria ó calumnia pública; supongamos que el abogado de quien para ello se vale, agota todo su saber, todo su ingenio y toda su habilidad para demostrar que la demanda es justa y que se debe castigar al ofensor; supongamos que ántes de recaer sentencia, el demandado entra en tratos conciliatorios con el demandante porque su conciencia le mueve á desagraviarle, porque realmente no quiso ofenderle ó porque teme que aquella causa pueda traer su perdicion; supongamos que convienen ambos en que el primero dará satisfaccion pública al segundo, y éste, en virtud de tal satisfaccion, pedirá el sobreseimiento de la causa; y supongamos, por último, que llegado este caso, el abogado del demandante, por animosidad al demandado ó porque va á ver defraudadas las esperanzas de su vanidad ó su bolsillo,

pide el sobreseimiento en términos deliberadamente tan frios é inhábiles que parecen decir: «señor juez, no haga usted caso de lo que pido, que es sólo por cubrir el expediente, y lo que yo deseo es que este negocio siga adelante y á ese bribon se le eche cuando ménos á presidio.» No es de creer que en el foro español haya abogado capaz de proceder así; pero si le hubiera, la toga de ese abogado casi, casi debiera convertirse en la hopa del condenado á muerte.»

Martin de Echebarría es ya abogado; pero ¡qué sacrificios tan grandes ha costado su carrera á su pobre tio que ha subvenido á ella con mil reales que producen anualmente los bienes paternos de Martin y con la mayor parte de los cinco mil que le produce su curato! Seis años hace que Martin está en Madrid, y hé aquí la cuenta, sencilla, irrecusable y clara, de lo que en este tiempo ha gastado, sin incluir en ella cantidades no despreciables invertidas en ropa, en libros, en médico y botica, y en amigos ó condiscípulos pegotes ó desgraciados.

Viaje de Urtiaga á Madrid en la rotonda de la diligencia.	500
72 mensualidades, á 320 reales cada	
Suma. . . .	500

Suma anterior.	500
una, para hospedaje, calzado, lavado y planchado, correo y otros gastillos indispensables..	23.040
Repasos durante las vacaciones.	1.500
Matrículas y exámenes durante los seis años de universidad..	1.920
Licenciatura.	3.500
TOTAL RS. VON. .	30.460

¡Más de treinta mil reales! El que crea exagerada esta cuenta, que vea lo que le ha costado la carrera de su hijo el abogadito.

Martin habia empezado muchas veces á hacer de memoria esta cuenta, pero siempre habia desistido de tan triste operacion lleno de pena al ver tras las partidas que iba agrupando, no pocas privaciones y apuros, allá, en aquella casa de Urtiaga donde siempre habia reinado la modesta abastanza hasta que ésta se habia sacrificado generosamente á su bienestar y porvenir.

Esta vez tuvo valor para hacer la suma total, y sus ojos se llenaron de lágrimas y su alma confundió en una sola bendicion y un sólo amor á los que le esperaban bajo las cruces y las flores del campo-santo, y á los que le esperaban al dulce calor del hogar.

Hácenos pensar Martin en esos millares de jóvenes que al parecer alegres y felices, pasan los mejores años de su vida léjos del hogar paterno, en las capitales, y en mucho mayor número que en ninguna de ellas en Madrid, y pensamos en ellos con emocion y cariño de que generalmente no se los cree dignos porque se los vé alegres, disipados, inquietos, turbulentos, propensos siempre á alterar la paz pública y á afiliarse en las escuelas políticas y filosóficas más perturbadoras y exageradas.

¡Ah! ¡pluguiera á Dios que siempre fuesen el móvil de las acciones del hombre, instintos y deseos tan generosos como los que casi siempre mueven á esos jóvenes á sus exageraciones, porque en ninguna edad de la vida ni en ninguna clase de la sociedad agitan el alma y determinan las acciones instintos y deseos tan generosos como en la adolescencia que, vírgen aún de desengaños, sólo ve horizontes de color de rosa y oro, y en la juventud estudiosa que creyendo como Icaro infusibles las alas de cera que ha recibido de la ciencia, quiere volar por esos horizontes para llegar al cielo con que sueña perpétuamente!

¡Ah! ¡tambien hay dolores y sacrificios muy grandes en esos corazones, al parecer tan alegres, tan dichosos, y tan superficiales! ¡Los consuelos que con su luz y sus promesas prodiga la ciencia

al adolescente que para buscarla ha abandonado el hogar paterno, podrán ser muy dulces para la inteligencia, pero para el corazon son gota de agua perdida en el Océano, comparados con los consuelos del hogar paterno por pobre que éste sea!

¡Ah! ¡los que niegan su amor y su simpatía á esa muchedumbre de pobres desterrados del hogar paterno porque no ven en ellos dolores ni sacrificios y sí sólo alegrías locas é instintos turbulentos y exageraciones insensatas, no han vivido nunca como el autor de este libro, enfermos, pobres y desconsolados, donde el amor maternal no les podia dar consuelo y amparo!

Cuando Martin volvió á su posada con la investidura de licenciado en leyes, hizo la cuenta que hemos dado á conocer, se recogió en sí mismo para pensar en los deberes que esa cuenta le imponia, se llenaron sus ojos de lágrimas y escribió á su tio esta carta:

«Mi querido y respetado señor tio: tomo la pluma para alegrar y entristecer á ustedes. ¡He terminado mi carrera, ya soy abogado, acabo de recibir la licenciatura en leyes. Mi amor y mis bendiciones al padre adoptivo y al ministro de Dios que ha querido imitar de algun modo á Jesús, echando sobre sus hombros la pesada cruz que me ha redimido de la ignorancia!

»De hoy más ya no necesito de usted más que

consejo y amor, porque ya tengo medios de ganar siquiera lo necesario para subvenir á las cortas necesidades de mi vida. No se limita á esto lo que tengo: tengo esperanzas de poder decir á ustedes muy pronto que la abogacía no es para mí una profesion casi puramente de adorno como creia usted.

»¡Estas son las noticias con que iba á alegrar á ustedes, y aquella con que iba á entristecerles es la de que tambien este año, como diria mi pobre Purita, el valle de Urtiaga tendrá como otros años que arrojar á sus piés lloroso y descolorido de pena, las galas con que se habia adornado para recibirme! ¡Ah, señores tios y pobre primita de mi corazon, si ahí no faltan ojos que lloran no viéndome volver por donde me vieron ir, tambien aquí los hay que lloran viendo, al volverse hácia el Norte, los áridos y tristes montes Carpetanos en lugar de ver las verdes y alegres arboledas de Urtiaga!

»Tengo el alma y el cuerpo demasiado fatigados del estudio y la emocion que han precedido y acompañado al acto á que acabo de asistir, para explicar á ustedes lo que me detiene aún en Madrid. Básteme decirles que creo debo hacer todo lo posible para utilizar, ántes que se desvanezca ó debilite, la favorable idea que han dado de mi valer, tanto algun trabajillo literario que última-

mente he publicado como el discurso sobre la moral del abogado que hoy he leido en la universidad.

»Diga usted á boton de rosa y al rosal que le produjo, que todavía tengo esperanzas de ponerme á su dulce sombra ántes que la estacion de las rosas pase del todo.»

Esta carta necesita algunos escolios de su editor.

Cuando Martin cobró en casa de Don Domingo lo que él habia llamado el pellizco magno, ya tenia el propósito, que indicó al mismo Don Domingo de que fuese aquel el último dinero que percibiese con cargo á su tio, y cuando despues de recibir el grado redujo á números los sacrificios que su tio habia hecho por él, añadió á aquel propósito el adjetivo de firme ó más bien el superlativo de firmísimo... ¿Con qué iba á reemplazar los auxilios con que habia subsistido hasta entónces? Tambien se hizo Martin esta pregunta, y la contestacion fué: ¡con lo que Dios quiera!

Si Martin hubiese sido un poeta clásico, ¡qué ocasion tan linda se le presentaba para lucirse con aquello de «Dios que cuida de alimentar á los pajarillos del campo, etc.»! pero como no lo era, se contentó con discurrir de este otro modo:

—El señor Juan el Chascarrillero no tiene más ciencia que la que consiste en saber echar tacones y medias suelas, y sin embargo, él, su mujer y

sus seis hijos, no andan desnudos, ni se mueren de hambre, ni padecen de insomnio. Que ¡yo, jóven, sano, robusto, enriquecido con más de doce años de estudio, con un título profesional correspondiente á esta recoleccion de ciencia y con la dicha de que el público haya distinguido honrosamente mis primeros trabajos literarios entre la multitud de los que diariamente ven la luz pública; yo, con todo esto, y sobre todo, sin más boca que tapar que la mia ni más cuerpo que cubrir que el mio, ¿yo debo temer que no me bastaré á mí mismo? Este temor seria irracional y ridículo.

Con las teorías puede vivir el alma, pero no el cuerpo, y necesitamos saber si Martin contaba con algo más positivo y concreto que teorías, para pagar los doce duros mensuales á su patrona, para vestir y calzar y para atender á otras necesidades, aunque no tan graves y esenciales como éstas, necesidades al fin. La verdad es que para todo esto sólo contaba con esperanzas.

Muchos con la esperanza
viven alegres,
muchos son los borricos
que comen verde,

dice un cantar popular; pero tambien es verdad que Martin, como no era borrico, no vivia alegre con las esperanzas: las esperanzas no le alegra-

ban, lo único que hacian era alentarle para que trabajara á fin de convertirlas en realidad.

El fundamento principal de sus esperanzas eran el buen éxito del BESOS Y MORDISCOS, y unas excelentes relaciones que le habia proporcionado la aparicion de su *Historia de las blancas* en aquel periódico.

—Chico, le habian dicho los propietarios del BESOS Y MORDISCOS, el periódico cubre ya gastos, y si se le trabaja, puede ser una minita. Ya sabes que nosotros andábamos muy mal para pagar á la patrona. Si nos ayudas á sostener y dar vida al periódico, en cuanto aseguremos con él una ganancia mensual que nos libre de la pesadilla de Doña Genara, para tí será lo demás hasta que exceda de diez y seis duros mensuales, y si excede, el exceso lo repartiremos entre los tres á partes iguales.

—Acepto vuestra proposicion, contestó Martin; pero con una modificacion poco importante.

—¿Cuál es?

—La de que si excedieren las utilidades del periódico de lo que nosotros necesitamos para pagar el hospedaje, en lugar de repartir entre nosotros el exceso, lo destinaremos á remunerar en lo posible la colaboracion de los demás colonos.

—¡Aprobado! dijeron los propietarios del BESOS Y MORDISCOS.

Esta era una de las esperanzas de Martin. Veamos la otra.

Martin, que asistia á la Universidad sólo para aprender, y pasaba el resto de su vida ocupado en el trato de sus libros y en el de los jóvenes de la colonia de la calle de Lope de Vega, apenas tenia relaciones, y mucho ménos íntimas, con sus condiscípulos. Cambiaba con muchos de ellos afectuosos saludos, y á esto se reducian sus relaciones escolares, con una sola excepcion.

Esta excepcion era un estudiante, tambien de la facultad de leyes, natural de Madrid, aunque oriundo de las provincias vascongadas, como lo probaba su apellido, que era el de Marcoártu. Deseaba saber tanto la significacion como la verdadera acentuacion de su apellido, y para satisfacer este doble deseo, se acercó á Martin. Díjole éste que Marcoártu significa linde, raya ó division de tierras de pan llevar, como compuesto de *marra* ó *marr* sin la *á* final (que es característica de apelativo) raya ó límite, *co* artículo pospositivo correspondiente al *de* castellano, y *ártu* cereal, que era lo que esta palabra significaba primitivamente, si bien hoy sólo significa maíz; añadióle que es errónea y opuesta al uso y la índole de la lengua vascongada la acentuacion de la *u* final, por más que constantemente se incurra en este error al escribir el apellido de un afamado

ingeniero español que hace muchos años suena frecuentísimamente en la prensa de ambos mundos; y por último, le dijo cosas tan curiosas acerca de los apellidos vascongados, que son casi todos solariegos y designan la situacion y condiciones materiales de los solares de que proceden, que se aficionó al trato de Martin y se estableció entre ambos jóvenes la confianza á que tan propensa es la juventud.

Marcoártu, que asistia á la tertulia de la hermosa viuda del general Carmona, fué á ver á Martin dos dias despues de aparecer el primer número del periódico.

— Chico, le dijo, vengo en primer lugar á darte la enhorabuena por lo que has publicado en el BESOS Y MORDISCOS, y en segundo, ó más bien en primero, á decirte que tu *Historia de las blancas* ha hecho furor en la tertulia de la generala, á pesar de que las morenas están allí en mayoría. Es lástima que no puedas echar con mil diablos la abogacía y dedicarte en cuerpo y alma á la literatura, con lo que honrarias muchísimo á las letras españolas. Como decia el capitan Saavedra á Francisco Santos al devolverle el manuscrito de *Las tarascas de Madrid*, «¡Oh, quién pudiera asegurarte el plato para que ejercitaras la pluma sin los miedos de la necesidad!» Pero volviendo á la generala, como es blanca y rubia, y gusta

como todas las mujeres, de que la adulen, ya supondrás que no faltó entre los tertulianos quien cogiese á tu musa por los cabellos y la llevase á la tertulia á entonar un hermoso cántico de alabanza á la generala. Tu composicion se leyó en plena tertulia, se aplaudió á rabiar, se volvió á leer y á aplaudir, y como yo dijese que era amigo mio el autor, la generala, llena de alegría, me suplicó, con unánime aprobacion hasta de las tertulianas morenas, que hiciese lo posible por presentarte en la tertulia, pues tenia grandes deseos de conocerte.

—Yo agradezco muchísimo la bondad de esa señora, la de sus tertulianos y la tuya, contestó Martin sorprendido y ruboroso, pero ya sabes que mi genio encogido y corto no es para hacer papel, siquiera medianamente airoso, en esas sociedades de alto tono.

—La de la generala realiza el ideal de la sencillez y el buen gusto, enemigos irreconciliables de la tiesura y la etiqueta.

—Pero dominando como dices en la tertulia de la generala las señoras morenas, me recomienda poco á ellas el haber celebrado á las blancas y rubias.

—Si hubieras celebrado á las blancas y rubias deprimiendo á las morenas, tu reparo seria justo; pero como prudentemente te has guardado de

hacer tal cosa, no lo es, y lo lógico es creer que las morenas esperan que les ha de llegar el turno de ser celebradas por tu musa.

—De todos modos, chico, por más que agradezco en el alma tus buenos deseos, me vas á permitir que no acceda á ellos, porque estoy convencido de que yo debo hacer lo que las mujeres feas aunque de perfil y aire un poco agraciaditos: procurar que se me vea desde un poco léjos para que no se distingan mis muchas imperfecciones.

— Pero mira, chico, que áun suponiéndote tan imperfecto como tú injustamente te supones, ese sistema, que es el de mírame y no me toques, tiene en los hombres un inconveniente parecido al que tiene en las mujeres: ni los hombres ni las mujeres pueden contentarse con que los quieran desde léjos. Es necesario convenir en que los hombres esencialmente teóricos son una calamidad para sí mismos, y calamidad y media para el prójimo. En teoría arreglan las cosas con una lógica que deja de la altura de un perro sentado al mismo Condillac; pero llega la práctica, ¡y aquí te quiero ver, escopeta! Martin, hablemos lo que se llama en plata: si tú hubieras estudiado para solitario de la Tebaida, estaria muy bien que sólo quisieses acercarte y ver cara á cara á Dios; pero como has estudiado para abogado, necesitas acer-

carte y ver cara á cara al diablo, es decir, á los hombres y las mujeres. En casa de la generala se reunen personas muy notables, y la generala tiene relaciones é influencia con los hombres más importantes de la corte, entre ellos el ministro de Gracia y Justicia, que es íntimo amigo suyo y uno de sus tertulianos. Suponiendo que tú no serás uno de esos numerosos caballeros particulares que se hacen abogados por hacerse algo, y viven de sus rentas y no de pedimentos y alegatos, supongo tambien que no te vendria mal empezar el ejercicio de la abogacía con alguno de los pleitos que sostienen los títulos de Castilla que asisten á la tertulia de la generala, ó con el desempeño de alguna de las fiscalías que reparte el ministro de Gracia y Justicia, amigote de la misma señora.

—Ciertamente que no, contestó Martin, pensando que la casa de sus padres estaba muy desvencijada, y que la gabeta de su tio estaba muy vacía, y que la carabinera estaba muy séria con sus huéspedes el dia primero si no la habian alegrado el dia último con la mesada, y sobre todo, que en su tierra hay un refran que dice: *Balizco oleac burniaric et daroa*, ó lo que es lo mismo: La ferrería de *si será* no suele dar hierro.

—Pues entónces, chico, déjate querer y no seas tonto. Con que pásate por mi casa esta noche

á las ocho, y desde allí nos vamos juntos á casa de la generala, donde serás recibido con palmas y olivas. No te andes con atildamientos de traje, que eso es ya muy *cursi* en la sociedad verdaderamente buena: limpito y decente, y eso basta.

En efecto, aquella misma noche fué presentado Martin por su amigo y condiscípulo Marcoártu á la generala y su tertulia, que le recibieron como Marcoártu le habia pronosticado.

La amable franqueza de la generala enamoró á Martin. Hablando de su *Historia de las blancas*, en cuyo elogio se deshicieron así la generala como sus tertulianos, incluso el ministro, que era voto en materias literarias, dijo la primera:

—Las mujeres, y particularmente las que como yo vemos reducida toda nuestra habilidad literaria á escribir con tal cual correccion y gusto una carta familiar, debemos darnos un puntito en la boca cuando se juzga con la doctrina los trabajos literarios; pero no así cuando se los juzga con el corazon, porque tenemos un instinto que sin explicarnos el por qué, nos conduce á veces al acierto. He leido no sé dónde que Virgilio, Voltaire, Rousseau y otros poetas leian sus versos á gentes rústicas ántes de someterlos á gentes doctas. Comprendo perfectamente por qué lo hacian: los que ménos saben tienen el corazon cuando ménos tan grande y sano como los que saben más.

No se incomode usted, amigo Echebarría, si le hablo con el mio en la mano al hablarle de su ingeniosa poesía: en medio de lo mucho que hay de mi gusto en ella, hay algo que me disgusta, y es el tono sarcástico y zumbon, que por regla general me es antipático y no corresponde á un asunto tan delicado y lindo. Esa quisicosa que se ha dado en llamar género bufo, y que segun yo entiendo es la exageracion de lo que se llamaba género humorístico, me parece perfectamente definida con lo que oí una noche al salir del teatro á un buen hombre del pueblo á quien otros preguntaban qué tal le habia parecido la zarzuela: « Si vosotros fuérais al café, dijo, y en lugar de daros una taza de buen café sazonada con buen azúcar, os dieran una taza de agua caliente enturbiada con cascarilla de cacao y tierra, ¿qué diriais? Lo que diríais vosotros de aquel café digo yo de esta zarzuela. » Su poesía de usted no admite esta comparacion, que yo sustituiré con otra: es una preciosa flor que no ha podido librarse de un poco de polvo del camino que pasa junto al jardin.

—Señora, dijo Martin, estoy enteramente conforme con ese discreto juicio, ménos en lo que tiene para mí de lisonjero. Tambien á mí me es profundamente antipático lo sarcástico y grotesco, pero obligado á escribir algo para un perió-

dico cuyo título dice que en ese periódico no cabe lo delicado y sério, tuve que adoptar el tono que me es naturalmente repulsivo.

Ciertamente no merece la poesía de Martin que nos ocupemos más en lo que de ella se dijo ó dejó de decirse. La que era una hermosa poesía de carne y hueso é inteligencia era la generala, y nadie extrañe que llevemos nuestra aficion al realismo literario, al extremo que señala esta afirmacion: para nosotros la mejor poesía está en esos montoncitos de carne y hueso é inteligencia que se llaman mujeres, como las mejores rosas están en esos otros montoncitos de madera y hojas y sávia que se llaman rosales.

La generala no tenia arriba de treinta años, y era un prodigio de hermosura. Casóse, ó mejor dicho, la casaron, de diez y seis años, con el general Carmona, que tenía sesenta y era muy bruto, como no puede ménos de serlo el que se casa con una niña de diez y seis años á los sesenta, y áun á los cincuenta, y áun á los cuarenta, y hacia cinco que era viuda y por consecuencia feliz. Nadie se escandalice de este «por consecuencia» que parece, así como quien no dice nada, la afirmacion de que la felicidad de una mujer puede consistir en la muerte de un hombre. En este libro hay muchos atrevimientos de forma y fondo (ya queda dicho el por qué),

pero áun tiene su autor que morderse á cada instante la lengua para que no haya más. ¡Ah! si pudiera exclamar su autor

Yo soy aquel espíritu valiente
que buscaba Quevedo y Dios bendice.
«¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
»Nunca se ha de decir lo que se siente?»

Yendo un caballero por una calle de Bilbao, le preguntaron dos soldados:

—Caballero, ¿sabe usted dónde hay por aquí una taberna?

—Los que las buscan saben donde las hay, les contestó el caballero.

Los viejos que buscan jóvenes y se casan con ellas deben saber lo que son las jóvenes que se casan con viejos: víctimas ó verdugos, ó las dos cosas á la vez. Lo que habia sido la generala lo sabian Dios y ella, y no se sabe si alguna persona más; pero el hecho era que hacia cinco años era muy feliz.

Decian malas lenguas que si se casaba ó se dejaba de casar con el ministro de Gracia y Justicia, pero el que se conocieran y se trataran mucho el ministro y ella desde que se casó con el general, no era motivo para semejantes habladurías.

En una comedia cuyo título no recordamos,

hay un personaje muy necio y muy amigo de no dar su brazo á torcer confesando su necedad.

—Señor, ahí está Don Fulano, dice una criada anunciando.

—Que pase, contesta el amo de casa; y dirigiéndose á su mujer, añade:

—¿Don Fulano? No será el médico.

—¡Cómo ha de ser el médico, replica la señora, si se murió hace dos años?

—Por eso digo, contesta el zamacuco, no resignándose á confesar su tontería.

A las malas lenguas que preguntaban si se casaba ó dejaba de casar el ministro con la generala, replicaban las lenguas buenas:

—¿Cómo se ha de casar, si es casado?

—Por eso decimos, contestaban las malas lenguas, que debieran ser retorcidas.

Realmente las morenas, y áun los morenos, estaban en mayoría en la tertulia de la hermosa viuda; pero no era extraño que todas y todos aplaudiesen el elogio de las blancas y rubias, que era el color de la generala, porque ésta, siempre que se hablaba de colores personales, tenia un delicado é ingenioso elogio para la gente morena.

Martin se retiró de la tertulia la noche de su presentacion sumamente satisfecho, y decidido á disfrutar cuantas veces pudiera de sociedad tan benévola, delicada y agradable.

Tales eran las esperanzas más fundadas que Martin tenia de bastarse inmediatamente á sí mismo sin nuevos sacrificios de su tio, cuando escribió á éste suponiendo realidad lo que no pasaba aún de esperanzas.

Al dia siguiente de escribir á su tio, que precisamente era el último en que su hospedaje corria por cuenta del dinero procedente de Urtiaga, se hizo esta tristísima reflexion, que es la más dolorosa que se hace y debe hacerse el empleado cuya cesantía empieza el dia siguiente, ó el artesano á quien el dia siguiente ha de faltar el trabajo:

— Mañana necesito ganar lo que gaste, y si no lo gano, el dia siguiente tendré que ganar doble, y si sigo gastando y no ganando, el otro dia tendré que ganar triple, y el otro cuádruple, y así sucesivamente.

Era la primera vez de su vida que cuidados de esta naturaleza venian á inquietar el alma de Martin. ¡Pobre, pobre el que desde la niñez ha tenido sobre su alma este cuidado! y ¡dichosos, dichosos, ó más bien, desgraciados, desgraciados los muchos que estos cuidados no han tenido nunca, y sin embargo, llegan al término de la vida inútiles para sí mismos, inútiles para la patria, inútiles para la humanidad.

Don fulano de tal nació en Almansa,
comió, bebió, murió y aquí descansa.

ha dicho poco más ó ménos nuestro insigne amigo y maestro Hartzembuch. Gracias, Señor, que no nos habeis hecho Don fulano de tal!

A la inquietud que Martin experimentaba con la consideracion de que desde el dia siguiente necesitaba ganar por sí mismo el pan que comiese, se unia un disgustillo que tenia con Julian Lopez. Éste queria que Martin le presentase en la tertulia de la generala, y Martin se negaba tenazmente á complacerle, alegando que no tenia con la generala la suficiente confianza para presentarle amigos suyos, siquiera fuesen tan dignos de ello como el mismo Julian. No era, sin embargo, esta falta de confianza lo que impedia á Martin complacer á su compañero de posada: era el carácter díscolo, irascible, irreflexivo y antipático de Julian.

Preocupado con aquella necesidad y este disgustillo, salia Martin de casa, y como le llamase la atencion que el señor Juan trabajase en su portal sin cantar ni silbar alegremente, fué á preguntarle en qué consistia aquello.

—Don Martin, le dijo el señor Juan, hoy no estoy para cantares ni chascarrillos.

—¿Pues qué ocurre, señor Juan?

—Ocurre, Don Martin, que á un pobre amigo mio le ha sucedido por disputador lo que al soldado de las tres tachas.

—¿Qué le sucedió al soldado?

—Yo se lo diré á usted. Este era un soldado muy leido, particularmente en libros sagrados, y tan bueno que sólo tenia tres tachas: la de ser muy aficionado al vino; la de ser muy aficionado á disputar, y la de ser muy aficionado á las chicas. Como prueba de que tenia las tres tachas, basta saber cómo desertó y lo que le pasó cuando fué al cielo.

—¿Pero qué, fué al cielo ese soldado?

—¿Pues no habia de ir si era el único de su batallon que hasta que desertó no habia faltado al juramento prestado á su bandera? Llevaba veinte años de servicio y sólo habia llegado á cabo segundo. Aburrióse una vez, cogió una media chispa, y sin saber lo que se hacia, desertó. Yendo por la ladera de un monte, se le fué un pié y ¡cataplun! rodó por la ladera y no paró hasta el fondo de un precipicio, desde donde tomó el camino del cielo. Al llegar á la portería preguntóle San Pedro cómo era su gracia para apuntarle en un libro donde apuntaba á todos los que iban llegando para que fueran entrando por su turno. —¡Qué mala tinta tiene usted! dijo viendo la tinta con que San Pedro apuntaba su nombre.—¡No, que usted la tendrá mejor!—Pues ya se ve que la tengo, replicó el soldado sacando el tintero (con perdon de usted) de cuerno que llevaba en el bolsillo; ésta que yo tengo aquí es tan buena, tan buena que lo que

se escribe con ella hasta sale en verso.—Más valiera, dijo San Pedro incomodado de aquella ponderacion, que no viniera usted aquí mintiendo:—¿Mentir yo? replicó el soldado.—Sí, señor, y lo más extraño es que se atreva usted á negarlo.—Más extraño es atreverse á negar á Cristo. San Pedro, incomodado y queriendo excusar polémicas, dejó la portería y encargó á San José que tuviera cuidado de ella. El soldado pidió á San José que le dejara entrar.—Falta saber, le dijo San José, si tiene usted derecho á ello.—¿Lo duda usted? le preguntó el soldado.—Y tres más que lo dudo.—No es extraño que dude usted de mí, cuando dudó de su esposa María Santísima. San José, incomodado y queriendo excusar polémicas, dejó la portería y entró á dar parte á su hijo putativo de lo que pasaba con aquel soldado.—Deje usted, padre, que yo le compondré á ese, le contestó el Señor, y saliendo á la portería le dijo al soldado que no tenia derecho á entrar en el cielo por tener nada menos que tres tachas: la de ser muy aficionado al vino; la de ser muy aficionado á disputar, y la de ser muy aficionado á las chicas.—¡Señor! exclamó el soldado arrodillándose á los piés del Señor humildemente, vamos por partes, y yo probaré que mis tres tachas merecen, sino alabanza, misericordia. ¿Que soy muy aficionado al vino? La Sagrada Escritura dice que el

vino entra blandamente, *ingreditur blande*, y San Pablo aconsejaba á Timoteo que bebiera el agua con vino y no sola, *nule adhuc aquam bibere*. ¿Que soy muy aficionado á disputar? Los apóstoles disputaban en todas las lenguas del mundo. Y por último, ¿que soy muy aficionado á las chicas? Tú dijiste, segun testimonio de San Juan: «mi mandamiento es que os ameis los unos á los otros.» Oyendo esto el Señor, se sonrió lleno de misericordia, y le dijo al soldado:—En el cielo entrarás, que dos de tus tachas son pecataminuta, pero ántes pasarás ocho dias en el purgatorio, porque la otra que es la de disputador, pása de castaño oscuro.

Pues ha de saber usted, Don Martin, que á mi pobre amigo el señor Paco que por su pícara aficion á disputar le llaman el tio Reparos, le pasa una cosa parecida á lo del soldado de las tres tachas: le llamó el señor Alcalde para echarle una repasata á cuenta de si dejaba ó no abierta la puerta del portal, y por haberse metido á disputar con el señor Alcalde, éste le condenó á ocho dias de arresto. El pobre tiene mujer y cuatro hijos, y como viven todos del trabajo diario del señor Paco, que lleva ya dos dias sin trabajar, figúrese usted, Don Martin, cómo andarán, aunque nosotros les hemos enviado la pobreza que hemos podido. Si usted, Don Martin, que segun han traido los pa-

peles, es ya abogado, pudiera hacer algo por esos infelices, haria una obra de caridad.

Martin aseguró al señor Juan que iba á hacer inmediatamente lo que pudiera por su amigo, tomó el nombre y las señas de casa de éste, y volviendo á subir á la suya, hizo un memorial para el Alcalde á nombre del arrestado, suplicándole en términos elocuentes y conmovedores que le pusiese en libertad, y se encaminó en seguida á la alcaldía á entregar por sí mismo el memorial y á hablar al señor Alcalde que le prometió en el acto poner en libertad aquella misma tarde al señor Paco.

Martin se dirigió lleno de alegría á dar tan buena nueva á la mujer é hijos de su protegido, y como le conmoviese la miseria de la casa y pensase que aquella mujer que lloraba de alegría al saber la próxima libertad y vuelta de su marido, lloraria de pena pocas horas despues por no tener acaso ni siquiera unas sopas de ajo que preparar para cuando su marido llegase, dió un nuevo consuelo á aquella pobre y agradecida familia, dándole un duro para que preparase un buen puchero para cuando el señor Paco volviese.

Así empezó Martin su ejercicio de la abogacía: ¡sacando de su pobre bolsillo un duro y metiendo en su rico corazon un consuelo que no se pagaba con una talega!

XII.

Caida de hojas y esperanzas.—Riberas del Manzanares.—La fuente de la Teja. — Ley del progreso. — Los torniquetes. — ¡ Viva la Pepa ! — Discurso negro.— La palma del martirio.— El tio Reparos.— El señorito del pan pringado.— El chispero feliz.— El regreso aristocrático.— ¡ A Rivatajo se va!— La untura de los botines.—¡ Eche usted perros !—Pintor de diosas.—Aparte de la generala y el ministro.—Verso y prosa. — Los dos ideales.— Derecho y no privilegio.— La justicia foral y la justicia constitucional. — La invencion de Olózaga. — El ministro va á ir á la calle de la Ventosa.

Las esperanzas de Martin de tornar á ver el amado valle nativo ántes que éste arrojase al suelo, descolorido y lloroso por no verle llegar, las galas con que por sexta vez se habia adornado para recibirle, estas esperanzas tampoco se habian realizado algunos meses despues que Martin vió terminada su carrera de leyes.

Eran los primeros dias de Octubre, en que la temperatura de Madrid es muy grata porque no participa de los rigores del verano ni de los rigores del invierno, que allí son verdaderamente extremados. Aunque la campiña de Madrid está en-

tónces árida y seca y no todavía verde y perfumada como la de otras comarcas, entónces son gratas las giras por ella por la benignidad de la temperatura.

Martin estaba muy triste, porque el desmayo de la naturaleza parecia acompañar al desmayo de sus esperanzas. No iba mal la suscricion del Besos y mordiscos en que Martin continuaba trabajando, cuando ménos con tanto ahinco como sus compañeros de hospedaje, pero tenia que crecer aún mucho para que Martin recogiese de ella algo más que gloria. Habíase inscrito en el colegio de abogados de Madrid, y varios periódicos de los más leidos habian traido là gacetilla de cajon en tales casos, diciendo que el brillante jóven abogado Don Fulano de tal habia abierto su bufete en tal parte; pero el único fruto que de todo esto habia recogido Martin, era una causa de pobres que sólo le producia dolores de cabeza y ahondamiento del vacío de su bolsillo. Como Dios le habia dado á entender, empeñando ó vendiendo algo de lo poco vendible que poseia, habia logrado pagar las mesadas á la patrona, ménos la última, que áun le debia, por cuyo motivo Doña Genara, cuando Martin se sentaba á comer, le ponia una cara que parecia quererle comer vivo. Esta vida es pasadera para el que está acostumbrado á ella; pero para el que no lo está es insufrible. Antes

que el corazon echa callo, ¡cuánto no padece el pobrecillo!

Era un domingo muy alegre y hermoso. Si Martin estaba triste, no lo estaba ménos su amigo Miguel. Éste continuaba sacando de sus tarugos de boj nada más que lo justo para pagar á su patrona. Habia trabajado como un negro á fin de concluir su gran cuadro de la romería para la exposicion de Bellas Artes que se habia verificado á principios del verano, pero el cuadro de la romería no habia figurado en la exposicion, porque el pintor, viendo que se colocaba su obra en sitio donde la luz era tan detestable que anulaba las principales bellezas del cuadro, que eran la perspectiva y el colorido del paisaje, lleno de verdad y poesía, la habia retirado, queriendo más no esperar nada que esperar únicamente unas cuantas insolencias de la crítica.

Miguel, segun su costumbre de los dias festivos, fué, despues de comer, á la calle de Tudescos á buscar á Martin para pasear juntos por las afueras del Norte.

Lo mejor que hay en las afueras de Madrid es la cuenca del Manzanares desde el puente de Segovia hasta la puerta de Hierro, es decir, rio arriba camino del Pardo. Realmente es aquel un vallecito hermoso, que alegra y consuela con su fresca y lozana vegetacion á los que no gustan

de pelambreras campestres como las que entristecen el alma del que mira hácia cualquier otro punto de las cercanías de Madrid.

Aquella frondosísima arboleda de la Vírgen del Puerto; aquella linda ermita de San Antonio de la Florida, enriquecida con admirables frescos de Goya; aquellos jardines del campo del Moro, de la casa de Campo, de la Florida y de la Moncloa, todo esto y mucho más, coronado, digámoslo así, con el severo y magnífico alcázar de nuestros reyes, tan injusta y apasionadamente maldecidos cuando era moda maldecirlos, por nuestro antiguo y buen amigo el autor de la utopia titulada *El nuevo Madrid*, cuya rectitud de juicio y de corazon sólo la pasion política, la más injusta y ciega de todas las pasiones, podia extraviar; todo esto y mucho más que ameniza y embellece las riberas superiores del Manzanares, que forman contraste con la tristeza y aridez de las inferiores, y más hoy, que el hacha se ha cebado sin misericordia en las hermosas arboledas que sombreaban las praderas y las orillas del canal, todo esto es un oasis en el desierto para los que en las afueras de Madrid buscan algo que alegre sus ojos y refresque su corazon.

La fuente de la Teja, que brota caudalosa en la ribera derecha del Manzanares, es la de agua más delgada y pura de las cercanías de Madrid,

donde abundan las salitrosas, no obstante ser muy buenas las del interior de la villa que, excepto las del Lozoya, procedén de filtraciones recogidas en grandes pozos ó cisternas subterráneas. Antiguamente se extendia entre ella y el rio una extensa pradera, que era la delicia de las gentes que los dias festivos iban á solazarse allí con sus meriendas y bailes; pero aquella pradera, como la de San Isidro, ha desaparecido, y la fuente ha quedado encallejonada entre el ribazo á cuyo pié brota y los vallados de tierra que le han plantado delante. La fuente tiene hoy caño de hierro, y en otro tiempo, como lo dice su nombre, le tenia de teja. Progreso hay sin duda desde el barro cocido al hierro, y desde la pradera inculta al campo roto por el arado; pero es triste cosa que todo progreso ha de llevar consigo algo que suena á hierro, es decir, á cadenas.

Martin y Miguel pasaron el Manzanares por el puente verde, que tenia en sus ingresos unos torniquetes que se parecian en su objeto y en su resultado á la Constitucion política de la nacion española: el objeto, bueno, porque tendia á regularizar y ordenar el paso de la gente, no permitiendo la entrada de más de una ó dos personas á la vez; pero el resultado, malo, porque producia el desórden y la opresion, pues la gente atrevida y rebelde pasaba por encima de ellos, y

las aspas reventaban al tímido y obediente que pasaba como era debido.

Desde el puente verde hasta más allá de la fuente de la Teja, praderas, lavaderos, ventorrillos, ribazos, sombra de emparrados y árboles, todo estaba cuajado y animado por gentes del pueblo que comian, bebian, bailaban, retozaban, cantaban, reian, parecian locas de alegría y felicidad.

Martin no extrañó no ver por allí al señor Juan y su familia, porque ya sabia que la señora Geroma habia dado á luz el jueves último su séptimo hijo.

Aquel espectáculo alegraba y entristecia á los dos jóvenes: los alegraba como felicidad del prójimo y los entristecia como punto de comparacion de la felicidad propia.

—Cada vez (decia Martin), estoy más convencido de que hay más dicha bajo la chaqueta que bajo el gaban, y de que es una desdicha que los que no tienen riquezas que dejar á sus hijos, les dejen un gaban en vez de dejarles una chaqueta. Estos pobres artesanos y jornaleros son mucho más felices que nosotros. Trabajan corporalmente durante la semana, comen pan negro, visten mal y duermen en mala cama; pero la costumbre les hace ligero el trabajo, blanco el pan, abrigado el vestido y la cama blanda. El dia festivo tienen un traje limpio y decente que ponerse, un duro

que gastar aquel dia y un espíritu sereno que no ve lo que pasó ni lo que ha de venir y sólo piensa en gozar lo presente. ¡Mira qué dichosas son hoy esas gentes de chaqueta! Mil veces mayores que fueran su trabajo y sus privaciones durante la semana, tendrian cumplida compensacion en la dicha del domingo. En cambio ¡pobres, desdichados nosotros, los hombres de gaban, los que vivimos ó más bien morimos del trabajo de la inteligencia! Despues de haber consumido nuestra juventud en el estudio ¿cuál es el fruto que de ese estudio cogemos? ¿Cuál la compensacion de nuestro trabajó, más duro que el del bracero, porque es el trabajo del cuerpo y del alma? Para nosotros el pan siempre negro, el vestido siempre mugriento y la cama siempre dura. ¡El dia de la compensacion llegará en el cielo, pero nunca llega en la tierra, porque el domingo, como los demás dias de la semana, carecemos de eso de que no carece toda esta gente á quien llamamos pobre de facultades en el bolsillo y facultades en el espíritu para gozar siquiera algunas horas de dicha!

—Tienes razon, contestó Miguel que habia escuchado con tristeza este negro discurso de su compañero, tienes razon en que para los desheredados, como se dice en la gerigonza humanitaria moderna, la vida es más penosa y triste bajo

el gaban que bajo la chaqueta; tienes razon en decir esto, pero no la tienes en desmayar, jóven aún y nuevo en el sufrimiento. Aquí me tienes á mí que hace muchos años trabajo y no desmayo, porque pienso que la lucha con la adversidad y el trabajo tiene una gran recompensa.

—¿Cuál?

—La gloria.

—En el cielo.

—En el cielo y en la tierra.

Martin iba á replicar, ó cuando ménos á pedir explicaciones á su amigo, cuando se lo impidió un hombre que, sombrero en mano, corrió á saludarlos abandonando, así que los conoció, un corrillo de gente donde altercaba en tono alegre y amistoso. Era el señor Paco, era el tio Reparos, que habiendo bajado á merendar con su familia y algunos amigos, disputaba ¡rara coincidencia! precisamente sobre la materia que tanto preocupaba á Martin, es decir, sobre si eran más dichosos los señores de gaban que los artesanos y jornaleros de chaqueta.

—¡Don Martin y Don Miguel por aquí! exclamó con alegría el señor Paco.

—Sí, contestó Martin, hemos venido á dar una vuelta por esta ribera, que es lo mejor de las cercanías de Madrid.

—En cuanto á eso, Don Martin, no estoy con-

forme, y usted ha de perdonar. Donde está aquella pradera del Canal...

—Para coger una insolacion ó unas tercianas es aquello bueno.

—Pues qué quieren ustedes que les diga, á mí déme Dios ir hácia donde el sol nace y no hácia donde el sol muere...

—¡Qué sabes tú, terco, que siempre has de llevar la contraria! exclamó la señora Rita, que tambien se habia acercado á saludar á Martin y Miguel. No le hagan ustedes caso á este cabezudo, y vénganse á tomar un bocado y un trago, que á Dios gracias, todavía queda algo que echar á perder.

—Gracias, señora Rita.

—No hay gracias que valgan, Don Martin, replicó el señor Paco. ¡Pues, hombre, no faltaba más que no disfrutaran de nuestra pobreza unos señores que, mejorando lo presente, han hecho por mí más que un padre!..

—¿Con que se ha bajado á pasar aquí el rato con la familia? dijo Martin queriendo mudar de conversacion.

—Sí, señor, á comer una tortilla de escabeche y echar un trago todos juntos en paz y gracia de Dios. ¿Qué quiere usted, Don Martin, que hagamos los pobres que echamos el hígado toda la se-

mana, sino divertirnos un poco el domingo? Ustedes los señores tienen mil diversiones...

—Que quizá no nos divierten todas juntas tanto como á ustedes esta sola.

—Eso estaba diciendo uno de esos amigos que ha sido medio caballero, y yo le llevaba la contraria...

—¿Y quién es ese que ha sido medio caballero, señor Paco? preguntó Martin lleno de curiosidad.

—¿Ve usted aquel que baila seguidillas con aquella morena? Pues aquel es. Hombre más alegre y dichoso... Siempre está como unas castañuelas, y dice que cuando era medio caballero le sucedia todo lo contrario.

—¿Pero qué es eso de medio caballero, señor Paco?

—Pues yo le diré á usted, Don Martin... Pero mejor será que él mismo se lo cuente á ustedes, que tiene gracia para eso y mucho más. Tú, Manolo, añadió Paco dirigiéndose al bailarin que ya habia terminado sus seguidillas, oye una patada al oido (esta es una de las *gracias* que con frecuencia se oyen entre la manolería madrileña).

Manolo se acercó y saludó á Martin y Miguel, justificando con la medio finura de este saludo, que en efecto habia sido medio caballero.

—Has de saber, le dijo Paco, que á estos caballeros (que aunque me esté mal el decirlo son

amigos mios) les he dicho que tú has sido medio caballero, y tienen curiosidad de saber cómo fué eso. Con que haz el favor de contárnoslo.

—Con mucho gusto, contestó Manolo, porque yo creo que hay ocasiones en que honra tanto el valor que se necesita para cambiar el gaban por la chaqueta, como honra en otras el saber y el trabajo que se necesitan para cambiar la chaqueta por el gaban. Mi padre era un pobre chispero, y pensaba dedicarme á su oficio; pero cuando acabé la escuela y vió que mi letra era preciosa, le dió lástima que la echase á perder tira que tira del fuelle y dale que dale con el martillo. El caso es que mi padre habló de mi buena letra y enseñó una plana mia á un escribano que vivia en el cuarto principal de nuestra casa, y el escribano le calentó los cascos aconsejándole que me pusiera de escribiente en su escribanía, donde ganaria el primer año dos reales diarios, el segundo cuatro y así sucesivamente, y al mismo tiempo estudiaria para examinarme de escribano y ser un hombre de provecho. Entré, en efecto, en la escribanía convertido en medio caballero, pues mi padre, gastándose un sentido conmigo y empeñándose hasta las cachas, me armó de gaban, botas y chistera de modo que parecia un caballero mal comparado, y durante dos años escribí y estudié como el primero, y sólo me junté con se-

ñores de mi clase, porque mi padre era el primero que decia que no estaba decente que me juntase con otros. Durante aquellos dos años pasé la pena negra, porque al paso que mi padre, con una ó dos pesetas que ganaba al dia, lo pasaban él y toda la familia como unos príncipes; yo, á pesar de ser solo y ganar además del sueldo otro tanto con las propinas que me daban en la escribanía, estaba siempre muerto de hambre, y cuando tenia sombrero no tenia zapatos, y cuando tenia camisa no tenia pantalon, y ni siquiera tenia como mi padre y otros de su clase el consuelo de poder comprar una rosca y un racimo de uvas y comérmelo en la calle cuando tenia hambre, porque eso estaba mal visto en un caballero, y mientras que mi padre, cuando no tenia zapatos, iba por la calle descalzo y tan campante sin que nadie le dijera nada, cuando á mí se me reian las botas ó los codos de la levita, tenia que irme escondiendo como si hubiera hecho alguna cosa mala, porque hasta los chicos me seguian tirándome tronchos y gritándome:

¡Señorito de pan *pringao*,
mete las manos en el *guisao!*

Pues señor, cansado de la vida de caballero, un dia, ó mejor dicho una noche, pues todas me las pasaba casi sin dormir á fuerza de cavilaciones,

eché mis cuentas y dije: Váyase con doscientos mil de á caballo la caballería y cambiemos el gaban por la chaqueta. Trabajillo me costará por aquello del que no está hecho á bragas; pero de algo ha de servir la voluntad del hombre que todo lo consigue con ella. Dicho y hecho: le dije á mi padre lo que habia determinado, lo aprobó, me puse á tirar del fuelle y dar en la bigornia; y aquí tienen ustedes á un pobre chispero que trabaja como un negro, duerme como un liron, canta como un canario, baila como una perinola, y el domingo que tiene un par de pesetas para gastárselas con la familia y los amigos, es más rico que Isabel II, que aunque eche palomas le salen cuervos, y aunque se acueste en sábanas de Holanda duerme en puntas de París.

Martin y Miguel estrecharon la negra y callosa mano del chispero, dándole la enhorabuena por su fuerza de voluntad y su dicha, y despidiéndose afectuosamente de él y del señor Paco y su familia, continuaron paseando por aquella ribera á la par alegres y tristes; alegres contemplando la dicha ajena, y tristes pensando en la desdicha propia.

Al repasar el puente verde, que está casi frente á la ermita de San Antonio de la Florida, se dirigieron á ésta para contemplar los admirables frescos de Goya que representan episodios de la

vida del santo titular y producen maravilloso efecto cuando, como entónces, los rayos del sol poniente los iluminan penetrando por los vidrios de la media naranja del templo.

En la plazuela frontera á la ermita estaba parada una lujosa carretela, que no llamó la atencion de nuestros jóvenes, porque rara es la tarde, y más de dia festivo, que no haya coches particulares allí.

Cuando iban á entrar en la ermita salia de ésta una elegante señora, á quien Martin corrió á saludar, pues era la viuda del general Contreras.

La generala, que estuvo amabilísima con ambos jóvenes y se mostró muy satisfecha de aquel encuentro, se empeñó en que Martin y Miguel (de quien ya tenia las mejores ausencias y le fué presentado por Martin) se empeñó en que habian de subir con ella á la carretela para regresar en su compañía á Madrid y participarles de camino un proyecto que traia entre manos.

Algo embarazosa fué para Martin y Miguel esta honra, porque su traje no correspondia á ella, pero al fin la aceptaron, tanto más agradecidos, cuanto que la generala supo disipar aquel embarazo con su delicado y bondadoso talento.

El proyecto que tenia que comunicarles la generala (á cuya tertulia no habia asistido Martin las últimas noches pretextando sus muchas ocu-

paciones) era el de una expedicion de toda la tertulia á su posesion de Rivatajo, cerca de Aranjuez, que ofrecia, sobre todo en aquella hermosa estacion, más que suficientes atractivos para pasar un par de dias muy entretenidos y alegres.

Así Martin como Miguel quedaron convidados para aquella expedicion campestre, que debia verificarse el miércoles próximo; ambos aceptaron el convite, porque era imposible negar nada á la sencilla y bondadosa finura de la hermosa viuda, de quien se despidieron en la puerta del Sol para dirigirse uno á la calle de Tudescos y otro á la de la Ventosa.

Pepe no estaba á la sazon en Madrid, porque con motivo de haber recibido el dia anterior carta de su familia, en que se le daba la triste noticia de que su padre estaba enfermo de peligro, habia salido inmediatamente para Múrcia, de donde era natural. Esta circunstancia contrariaba un poco á Martin, porque temia que Julian cometiese algunas de sus ligerezas, quedando sólo á su cargo el próximo número del periódico que salia los sábados; pero se tranquilizó pensando que habia original más que suficiente para el número, y que dejando éste ajustado y corregido, no era de temer que Julian hiciese alguna de las suyas.

Julian no pudo disimular su envidia y su despecho cuando Martin le contó el encuentro con la

generala y la invitacion de ésta, no sólo á él, sino tambien á Lecanda, á la expedicion campestre de Rivatajo.

La expedicion salió de Madrid con un tiempo hermosísimo, y fué tan divertida y feliz, que los expedicionarios prolongaron su estancia en la posesion hasta el domingo, en que despues de oir misa en la capilla de la hermosa casa de campo de la generala, almorzaron y emprendieron el regreso.

Fáltanos espacio para narrar el delicioso empleo que allí dieron todos al tiempo. El ministro de Gracia y Justicia era muy aficionado á la caza, y ésta fué su diversion favorita durante su estancia en Rivatajo, donde habia un soto abundantísimo de conejos. Martin, que se habia adiestrado en el tiro en Urtiaga persiguiendo á las liebres y las perdices, era excelente tirador, aunque desde que estaba en Madrid apenas habia vuelto á coger la escopeta. Un rasgo suyo de ingenio hizo muchísima gracia y dió una gran idea de su habilidad de cazador al señor ministro, mejor dicho, á todos los expedicionarios.

Tenian el ministro y sus coaficionados á la caza el inconveniente de carecer de perros para levantarla y de que los cazadores del pueblo no querian prestarlos por esa irracional antipatía que los lugareños de la provincia de Madrid tienen á los

que ellos llaman señores de chistera, y sin embargo, una mañana se disponian á ir al soto para ver si levantaban algunos conejos y liebres como Dios les diera á entender.

—No tengan ustedes cuidado, dijo Martin, que era uno de los cazadores, que yo les respondo á ustedes de que tendremos perros.

—¿Cómo? exclamaron todos llenos de curiosidad.

—Pronto lo sabrán ustedes, contestó Martin, y en seguida mandó á preguntar á las cocineras si habia en la cocina pieles de conejo frescas.

Precisamente en la cocina estaban desollando conejos para la comida de aquel dia, é inmediatamente tuvo Martin en su poder varias pieles frescas.

Tomó una, y sucesivamente fué frotando con la parte interior de ella los botines de caza de todos los cazadores, empezando por los del señor ministro y concluyendo por los suyos. Los cazadores se dejaron hacer aquella operacion llenos de curiosidad y sin comprender cuál era su objeto.

Para ir al soto se atravesaba las calles principales del pueblo de Rivatajo, que lindaba casi con las tapias de la posesion de la generala. Apenas entraron los cazadores en el pueblo, todos los perros de éste (que eran muchos, como pueblo donde abundaban los cazadores) se apresuraron á

abandonar la rebusca de desperdicios en la basura de las calles, en que, segun su costumbre, se ocupaban á aquella hora, para correr tras de los cazadores atraidos por el tufillo de conejo que despedian los botines de caza.

Cuando los cazadores entraron en el soto, todos los perros del pueblo iban con ellos. Esta agudeza de Martin fué grandemente aplaudida y celebrada por todos los cazadores, y singularmente por el señor ministro, y no lo fué ménos de las damas cuando los cazadores al regresar á la quinta cargados de conejos y liebres lo refirieron.

Miguel no era del número de los cazadores. Como á ningun cojo se le olvidan las muletas, á Miguel no se le habian olvidado la paleta y los pinceles al salir de Madrid, y mientras la mayoría de los expedicionarios masculinos cazaba, él, con gran contentamiento de las damas, y singularmente de la generala, pintaba el techo de un lindo gabinete, convirtiendo en diosas á todas las damas de la expedicion, retratándolas allí admirablemente bajo la figura de las principales divinidades femeninas del Olimpo.

Pero no todo habia de ser para Martin y Miguel, durante aquella expedicion, satisfacciones presentes: era necesario que hubiera tambien para ellos satisfacciones futuras, y la generala, con su delicada prevision, se encargó de prepararlas.

—¿Sabe usted, Fulanita, dijo el ministro á la generala en una especie de aparte que tenian ambos en los jardines, mientras Martin y Miguel entretenian agradablemente á damas y galanes con la amenidad de su ingenio, sabe usted que si buena adquisicion hizo usted con el poeta, no la ha hecho usted peor con el pintor? Ambos jóvenes valen mucho.

—¡Y sin embargo, contestó la generala con tristeza, sospecho que no se les aprecia en lo que valen!

—¿Y en qué funda usted esa sospecha?

—La fundo en que, segun me ha dicho Marcoártu, el abogado sólo tiene pleitos de pobres, y el pintor sólo dibuja pedazos de boj, porque cuando pinta pedazos de lienzo no hay quien se los pague ni se los premie, cosas que parecen una misma y son diferentes.

—Gracias por esa triste noticia, que me proporcionará ocasion de desempeñar bien, siquiera una vez, mi ministerio, dijo el ministro sonriendo y estrechando la mano de la generala:

—¿Cómo? ¿Haciendo gracia?

—No: haciendo justicia.

Aquel mismo dia el ministro tomó sucesivamente del brazo á Martin y Miguel, y sucesivamente tuvo con ellos estos otros apartes paseando por los jardines.

—Amigo Echebarría, estos dias que pasamos en Rivatajo son deliciosos y todo es poesía en ellos; pero la vida tiene tambien su prosa, y es necesario que la tenga. ¿Cómo no les ha ocurrido á ustedes los escritores ó poetas escribir un libro cuyo título sea *Verso y prosa?*

—Ciertamente que ese título corresponde á todo libro en que se pinte la vida tal cual ella es, alternativa constante de prosa y verso, de rosas y espinas, de dia y noche, de luz y tinieblas, de azul celeste y de pardo térreo.

—¡Exuberancia, amigo mio, exuberancia de hermosas imágenes poéticas propias de los veinticinco años, de los corazones generosos y de los talentos privilegiados como el de usted y el de Lecanda! Vamos, querido Echebarría, á hablar un poquito en prosa. A los veinticinco años no hay quien no tenga su ideal, por cuya realizacion suspira. ¿Cuál es el ideal de usted?

—Señor ministro, tengo dos ideales, como si dijéramos, uno divino y otro humano: el divino es un pobre ángel á quien hace siete años se le llenan los ojos de lágrimas todos los dias mirando hácia una verde colina y no viéndome asomar por ella; y el humano es conseguir que la abogacía, ejercida honradamente, me permita hacer que sólo me esperen los ángeles del cielo.

—¿Es decir, que los dos ideales se encierran en uno?

—Como todos los ideales.

—Hombre, siento que á pesar de la unidad constitucional inventada por el sempiterno Olózaga (1), alcance tan poco mi jurisdiccion á la tierra de los privilegios.

—¿Querrá usted decir á la tierra del derecho?

—Justo, eso he querido decir; sólo que el no pagar se va haciendo tan corriente, que cuando pagamos creemos que regalamos.

—¿Poco le parece á usted el alcance de su brazo á la tierra foral, cuando ese brazo blande sobre ella la espada de la justicia, que si la hubiera en la España constitucional, blandirian sus magistrados populares?

—Cierto, que la corona, y no la corona en union de los magistrados populares, como sucedia en tiempo del despotismo, ejerce allí la administracion de justicia en tiempo de la libertad. ¿A qué juzgado de primera instancia corresponde la colina donde unos ojos azules (pues los de ángel

(1) En la ley de 25 de Octubre de 1839, confirmatoria de las libertades de las provincias vascongadas y Navarra, se introdujo, á peticion de Don Salustiano de Olózaga, la frase «salva la unidad constitucional de la monarquía» que sirve de pretexto al gobierno central y sus delegados hasta para nombrar ayuntamientos *populares* por medio de un peloton de soldados.

no pueden ser de otro color) le buscan á usted todos los dias?

—Al de Durango.

—Bien. Hacer un juez de veinticinco años seria falsear la justicia por su base, porque es afirmativa la judicatura; pero hacer un promotor de esa misma edad, ya es otra cosa, porque la promotoría es informativa. Si á usted le conviene, trasladaremos á mejor puesto al promotor fiscal de Durango y le reemplazaremos con usted.

—¡Gracias, señor ministro! exclamó Martin estrechando conmovido el brazo que se apoyaba en el suyo.

—Estas gracias son justicia cuando se dispensan á jóvenes que valen tanto como usted. Con que, amigo Echebarría, ¿estamos conformes?

—Señor ministro, no me acuse usted de ingratitud; pero no me atrevo á aceptar lo que usted tan generosamente me ofrece.

—¿Por qué? ¿No satisface la ambicion de usted?

—Excede, contestó Martin sonriendo, del ideal humano de que ántes hablábamos; pero yo no debo prestar mi humilde sancion á una conculcacion de las libertades de mi patria, aceptando un magisterio basado en la ruina de esas libertades.

—¡Bien! exclamó el ministro estrechando la mano de Martin, me gusta ese patriotismo, por exagerado que sea.

—Podrá ser exagerado, pero no singular, porque no hay vascongado que no le tenga.

—Hay algunos que no le tienen.

—Esos no son vascongados.

—Me ocurre un medio de conciliarlo todo.

—¿Cual, señor ministro?

—Daremos una real órden permitiéndole á usted jurar la promotoría con la cláusula de «salva la integridad foral» (1).

—En ese caso estoy conforme.

—Vea usted como no hay cosa mala que no tenga algo bueno; vea usted como las salves y salvedades de Olózaga sirven para algo.

Poco despues de terminar su aparte el ministro y Martin, llegó su turno al aparte del ministro y Miguel, que fué no ménos bondadoso que el primero por parte del ministro. Este y Miguel hablaron largamente de bellas artes, y el resultado fué que el ministro quedó en que iria personalmente al estudio del pintor para ver el cuadro de la Romería, que queria adquirir por su justo valor, para adornar con él uno de los departamentos del ministerio de Gracia y Justicia, donde queria reunir una coleccion de cuadros de cos-

(1) Con salvedad análoga prestó juramento en 1871 el fiscal del juzgado municipal de Bilbao, Don Martin de Zabala, cuyo ejemplo han ido imitando otros al tomar posesion de igual cargo.

tumbres populares de las provincias más caracterizadas de España.

¡Puede calcularse cuán sonrosado y hermoso verian el abogado y el pintor el horizonte de su porvenir, cuando el domingo regresaban de su expedicion á Rivatajo!

XIII.

Horizontes de color de rosa.—Nubecillas.—El más sabio la yerra.—*Historia de las morenas.*—Comentarios á una historia.—Visitas siniestras.—Un salivazo dentro de un sobre.—Opinion del señor cura y de Purita sobre la literatura zumbona.—Ayes.—Historia de unos lapos.—Historia de una historia.—Averíguanse los autores de los lapos.—Morenas aseadas.—Hoja volante.—Truenos lejanos.—Truenos un poco más cerca.—Rayos y centellas.—Horizontes de color de tinta.

Los expedicionarios, que regresaron á Madrid por el ferro-carril, acompañaron á la generala hasta la puerta de su casa, que era en la calle de Atocha, y allí se despidieron todos para dirigirse cada uno á la suya.

Martin y Miguel dejaron en la puerta del Sol el carruaje que les conducia, y entraron á descansar y hablar un rato en el café Oriental. Lo que deseaban sobre todo era hablar á solas y á sus anchas, porque cuando el corazon está lleno de esperanza y alegría siente una necesidad irresistible de comunicarse y explayarse con otro corazon que le comprenda y ame.

Sentados en torno de un velador de los más retirados, se refirieron mútuamente la grata conversacion que habian tenido con el ministro, cuyo resultado definitivo y esencial era lo único que habian tenido tiempo de comunicarse.

La promesa hecha por el ministro á uno y otro colmaba realmente la ambicion de ambos jóvenes.

Martin decia:

—Seria yo un insensato si ambicionase más que lo que estoy á punto de alcanzar. Terminar la carrera de abogado sin cumplir apenas los veinticinco años, verme sin protectores ni medios de subsistir y encontrarme con un protector como llovido del cielo, que es nada ménos que un ministro, y que me proporciona el triunfo de volver á mi país con una honrosa posicion oficial en la magistratura, lo suficiente remunerada para poder realizar mis sueños de vivir en mi país y unirme á la querida compañera de mi niñez, esto es lo que se llama una fortuna loca, por lo que debo bendecir á Dios con toda la efusion de mi alma.

Y decia Miguel:

—Trabajar años y años léjos del país nativo y la familia, sin más recompensa que un negro pedazo de pan y la satisfaccion de la conciencia que me decia: «ese trabajo es ingrato, pero es honrado, y Dios no puede dejarle sin recompensa»; soñar gloria y dinero pintando un cuadro

que yo creia capaz de proporcionarme uno y otro, porque no es la obra del tiempo que he empleado en pintarle, sino la obra del tiempo que he empleado en adquirir capacidad artística para pintarle; no obtener dinero ni gloria con este trabajo; estar á punto de desmayar en esta vía dolorosa de la vida artística, donde la cruz que se lleva en los hombros es tan pesada, que sino abate las fuerzas del alma, abate las fuerzas del cuerpo, y encontrarme cuando ménos lo esperaba con una proteccion que me permita ir á refrescar mi alma con las áuras y los recuerdos y los amores de la tierra nativa, donde pueda, tranquilo y dichoso, realizar los sueños artísticos de mi vida, esto tambien es para mí una dicha, por lo que formando coro contigo debo bendecir á Dios con toda la fé y la emocion de mi alma!

Así discurrian y así saboreaban la dicha, ántes de tocarla sus labios, el pintor y el abogado.

Sin embargo, una vaga inquietud aparecia, aunque en último término, en el alma de Martin, que estaba impaciente por ver el número del periódico salido el dia anterior.

Martin llamó á un camarero y le pidió el BESOS Y MORDISCOS.

—Señorito, contestó el camarero, le están leyendo los señores de aquella mesa.

Y señaló á una mesa donde ya habian obser-

vado Martin y Miguel que altercaban varios caballeros pasando de mano en mano un periódico.

Martin no podia adivinar qué era lo que tanto llamaba la atencion de aquellos caballeros en el último número del periódico, que nada notable, y sobre todo, nada atrevido ni agresivo traia. Lo único que en su concepto podia ser motivo de opiniones encontradas, era un articulito suyo algo humorístico comentando la octava XI del Canto IV de *Los lusiadas* de Camoens, cuya fiel traduccion es esta:

«De la guerra tambien las negras furias
mueven al vizcaino que carece
de pulido lenguaje, y las injurias
muy mal de los extraños compadece.
La tierra de Guipúzcoa y las Astúrias,
que con minas de hierro se ennoblece,
arma á sus animosos moradores
para prestar ayuda á sus señores.»

Esta octava, que desdice de la erudicion y el criterio del inmortal épico lusitano, merecia ciertamente comentarse. No ha faltado quien suponga haber dicho Camoens en ella que el vizcaino (la gente de Vizcaya dice el original) no tiene compasion de los males ajenos; pero este es un error grosero, pues lo que dice el poeta es que la gente de Vizcaya tolera muy mal los agravios que le infieren los extraños. El verbo recíproco «com-

padecerse», así en portugués como en castellano, tiene, además de la acepcion vulgarmente conocida, la de «conformarse», en cuyo sentido le empleó Camoens en la citada octava. Merece disculpa el poeta por haber calificado casi de bárbara la lengua de Vizcaya, pues era muy comun calificarla así en su tiempo y áun muy posteriormente, por la única razon de que no se la entendia, imitando el ejemplo de los salvajes del Negro-Ponto, citado oportunamente en otra ocasion por Martin; pero no merecen la misma disculpa otros errores en que incurre Camoens: emparejar á Guipúzcoa y Astúrias, separadas por la naturaleza y la geografía política, es una imperdonable ignorancia, y atribuirles las minas de hierro que caracterizan á Vizcaya, es no saber lo que se dice. El comentario de Martin, hecho en el tono propio del periódico, se reducia á censurar en este sentido la octava de Camoens, y por consiguiente no podia ser lo que tanto hacia reir y altercar á los de aquella mesa (1).

(1) Es lástima que el BESOS Y MORDISCOS no hubiera dado uño de estos últimos al torpe falsificador de otra octava real, tambien alusiva á Vizcaya y tambien perteneciente á un poema épico justamente afamado. Apenas se ha hablado nunca de Ercilla ni de la villa de Bermeo, una de las del señorío de Vizcaya, sin citar aquella octava del canto XVII de *La Araucana* de Don Alonso de Ercilla, que dice:

Al fin el ejemplar del BESOS Y MORDISCOS quedó libre, y el camarero se le llevó á Martin. Grande fué la sorpresa de éste cuando en lugar de una letrilla jocosa de Julian, que eran los únicos versos

---

«Mira al poniente á España y la aspereza
de la antigua Vizcaya, de do es cierto
que procede y se extiende la nobleza
por todo lo que vemos descubierto;
mira á Bermeo cercado de maleza,
cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
los anchos muros del solar de Ercilla,
solar ántes fundado que la villa.»

Así se habia conocido siempre esta octava, y así apareció en la edicion de *La Araucana* comprendida en el tomo XVII de la Biblioteca de autores españoles, coleccionado por Don Cayetano Rosell é impreso en Madrid por Rivadeneira en 1851; y en la edicion del mismo poema hecha tambien en Madrid por Gaspar y Roig, un año despues, en 1852, aparece refundida en los siguientes términos:

«Mira al poniente á España y la aspereza
de la antigua Vizcaya, de do *es fama*
que depende y procede la nobleza
que en aquellas provincias se derrama.
Ves á Bermeo cercado de maleza
cabeza y primer tronco desta rama,
y tu torre de Ercilla sobre el puerto
de las montañas altas encubierto.»

Como esta edicion no lleva el nombre de su director literario, no sabemos quién sea el refundidor de la citada octava. Es lástima que la posteridad tenga que darse de calabazadas para averiguarlo y encumbrar á los cuernos de la luna á quien así correspondió á la confianza de los beneméritos editores. Si la variante que hemos

que él habia dejado en las planas ajustadas, se encontró con los siguientes:

HISTORIA DE LAS MORENAS.

Unos rancios pergaminos
archivados en Simancas,
cuentan casos peregrinos
de morenas y de blancas,
y entre otras mil cosas buenas,
hay en ellos (con el título
de «Historia de las morenas»)
este original capítulo:
«Cuando, realizando el plan
de su infinito saber,
de una costilla de Adan
Dios formaba á la mujer,
el demonio, que es de sobra
chismoso y entrometido,
quiso malear su obra
murmurándole al oido:
«Verás qué aplausos arranca
de admiracion infinita,
si en lugar de cara blanca
le dás cara morenita.»

puesto en cursiva prueba la ruincilla intencion con que el anónimo desfacedor de entuertos corrigió la plana á Ercilla, la torpeza con que toda la refundicion está hecha, prueba que el caletre del refundidor corria parejas con la intencion. Desde que el tristemente famoso canónigo Llorente se dió á falsificar la historia y los documentos que honran á la tierra vascongada, la cosecha de estos descarados falsificadores no se ha perdido ni un solo año.

Mas Dios que sabia bien
la intencion de sus argúcias,
le replicó con desden:
« No estoy por las caras sucias. »
Y contra el ruin parecer
de aquel consejero aleve,
dió á la primera mujer
carita de rosa y nieve.
Siglos despues, que enumeran
autoridades no mancas,
todas las mujeres eran
sonrosaditas y blancas;
pero al fin logró el cabron
la abominable corona
de echar un chafarrinon
en la obra de Dios más mona.
Allá en tierra donde hoy dia
blancas no existen apenas...
(¿si será en Andalucía
donde abundan las morenas?)
solia perder la calma
una madre pulcra y lúcia
viendo á la hija de su alma
con la cara siempre súcia;
y gritaba con voz fuerte:
«Chica, lávate en la alberca,
que me dá náuseas el verte
con la cara siempre puerca»;
mas la chica, que era novia
de un ciego y dura de casco,
seguia con su hidrofobia
y su cara que daba asco.

Viendo que aquel arrapiezo
iba á casarse ante el cura
llevando en cara y péscuezo
una espuerta de basura,
la pobre madre se enoja
de marranería tanta,
y á la sin vergüenza arroja
este anatema que espanta:
« En el infierno me enciendan
si hace el diablo con su astúcia
que cuantas de tí desciendan
nazcan con la cara súcia. »
Y contra el sentir comun,
este terrible anatema
se cumplió y se cumple aún
con fidelidad extrema,
pues todo genealogista
á quien en grillos no mete
alguna morena lista
(que las hay del rechupete),
jura que toda perfecta
morena, mísera ó lúcia,
desciende en línea directa
de la de la cara súcia. »
Tal es, en suma, el mezquino
orígen, creible apenas,
que atribuye el pergamino
á las mujeres morenas,
que no defiendo valiente
de aseveracion tan rara,
porque no diga la gente
que eso es lavarles la cara.

Martin leyó estos versos (que sólo estaban firmados con una embustera X) en voz suficientemente alta para que los oyese Miguel. Conforme iba leyendo, la indignacion encendia su rostro como el de su amigo, y al concluir arrojó el periódico lleno de ira.

—Esto es, exclamó, una villania de Julian, á quien mato esta noche como á un cobarde traidor.

Y apoyando el codo en el velador y la frente en la palma de la mano, guardó silencio y se puso á meditar.

—Realmente, le dijo Miguel, es cuando ménos una imprudencia la publicacion de esos versos; pero es necesario que no te dejes arrebatar por el enojo: el caso no es para matar á nadie, pero sí para declarar en el periódico, bajo tu firma y tu honor, que no tienes arte ni parte en esos versos, y que echas enhoramala al Besos y mordiscos y sus fundadores y redactores.

—¿Pero no ves tú el arte infernal con que se ha imitado el estilo de mi malhadada *Historia de las blancas?*

—¿Llamas malhadada á aquella composicion que te abrió, ó mejor dicho, nos abrió las puertas de casa de la generala?

—¡Dios quiera que no nos las cierre esta otra!

—¡Hombre, no seas visionario! ¿Puede haber

quien te atribuya esos versos despues que tú declares que no te pertenecen?

—Quizá le haya, aunque no deba haberle.

—Esas son cavilaciones absurdas. El hombre de conciencia recta debe estar satisfecho con que la conciencia propia le absuelva, y no mirar si le absuelve ó deja de absolverle la conciencia ajena. Hagamos cuenta que somos tan extraños á esos versos y á ese periódico, como los que hace un momento los leian y comentaban en aquella mesa, y tratemos sólo de satisfacer nuestra curiosidad calculando quién será su autor, qué consecuencias pueden traer para el periódico y cuál es el objeto que su autor se ha propuesto con ellos.

—El autor es indudablemente Julian que, aun que parezca mentira, tiene tanto ingenio como imprudencia y mala intencion. En cuanto á las consecuencias, no serán otras que la muerte del periódico. Esos versos son una grosería que habrá indignado ya á cuantos los han leido, porque aparte de la injusticia de insultar á las mujeres porque tengan la tez más ó ménos blanca, ¿quién hay que no cuente en su familia ó entre sus relaciones señoras para quien esos versos son un insulto?

—Tienes razon; pero ¿qué fin puede haberse propuesto Julian con ellos?

—Ninguno, probablemente, más que el de sa-



tisfacer su instinto de perro y víbora: el de morder y envenenar. Le ha ocurrido la desdichada idea de hacer esos versos, los ha hecho, le han hecho gracia, ha creido que sólo en ausencia de Pepe y mia podria publicarlos, y los ha publicado estando nosotros ausentes.

—Pero, ¿por qué no los ha firmado?

—Porque... No sé por qué, pues no me atrevo á suponerle, como en el primer momento le supuse, la ruin intencion de vengar los resentimientos que conmigo tiene, imitando mi estilo para que se me atribuya una grosería que no me pertenece.

—Haces bien en no dar á esos versos otra importancia ni otra intencion que la de una ligereza muy propia del autor del epígrama de marras. Ea, chico, vámonos cada uno por nuestro lado, y lo que te encargo es que en manera alguna te acalores con Julian. Mañana, despues de anochecer, iré por tu casa, porque supongo que querrás que mañana vayamos á casa de la generala.

—Con tanto más motivo cuanto que me falta tiempo para ir á declarar allí, en plena tertulia, que no tengo parte ninguna en esos indecentes versos, y que merecen toda mi reprobacion.

Martin y Miguel se despidieron momentos despues en la puerta del café Oriental, y toma-

ron, uno la direccion del Sur y otro la del Norte.

Cuando Martin llegó á su casa, Julian no estaba en ella.

—Simplicia, preguntó á la criada, ¿ha venido álguien á preguntar por mí estos dias?

—Ayer tarde y hoy han venido una porcion de caballeros.

—¿Juntos?

—No, señor, desapartados.

—Pero, ¿no dejaron recado ninguno?

—Todos venian muy enfadados, y se ponian más al saber que no estaba usted en casa.

—¿Enfadados dices?

—Sí, señor; y uno, de dos que vinieron juntos esta tarde, le dijo al otro cuando supo que estaba usted fuera de Madrid: «el cobarde ha puesto los piés en *polvo de rosa*»; y despues de escribir con un palito no sé qué en una tarjeta, le puso á la tarjeta un sobre chiquitin y me la dió para que se la *entriegara* á usted cuando viniera.

—¿Y dónde está?

—¡Tú, tú, tú... Cójale usted del rabo!

—Por la tarjeta es por lo que pregunto.

—Pues explíquese usted, cristiano. A la cuenta mi ama que anduvo á ver si podia leer al *tresluz* lo que el caballero habia puesto, la dejaria en su cuarto de usted.

En efecto, sobre la mesita de su cuarto encon-

tró Martin una tarjeta cerrada, como tambien una carta de su tio.

Abrió ántes de todo la tarjeta y leyó en ella:

«*Rodolfo Farfan de los Godos*
que vive calle de Tente-tieso 4, 2.°
le escupe á usted á la cara, si es usted el
cobarde que insulta á las mujeres
morenas.»

—La saliva de este señor no me ofende porque no va dirigida á mi cara, dijo Martin volviendo á cerrar la tarjeta y tirando de la campanilla.

—Esta tarjeta, dijo á Simplicia, es para Lopez y no para mí. Póngala usted sobre su mesa.

—Pues el caballero que la dejó, por usted preguntó y á usted le llamó *collon*.

—Y á usted la llamo yo habladora.

Críspula desapareció refunfuñando.

Martin hizo un gesto de disgusto presintiendo que la ligereza ó malevolencia de Julian le iba á proporcionar serios disgustos.

Abrió en seguida la carta de su tio, y, como de costumbre, encontró adjunta á ella una de Purita.

Así su tio como su prima se mostraban desconsolados, viendo que habia pasado el verano y habia pasadò tambien su esperanza de verle por entónces en Urtiaga.

Ambos le hablaban del Besos y mordiscos, cu-

yos números les habia remitido Martin y habian recibido.

«El periódico, le decia el señor cura, me parece escrito con mucho ingenio y gracia, pero la acritud de todo él, empezando por el título, me disgusta mucho. Hijo, la dulzura y la indulgencia son prenda de toda alma honrada. «En vez de maldecir, bendice» ha dicho el príncipe de los apóstoles.

»El periódico, decia Purita, no me gusta porque me dan rabia los burlones. ¿Qué, te has hecho tú tambien burlon? Pues entónces me voy á enfadar contigo.»

Martin leyó con emocion estas cartas, porque la ternura y amenidad de las de sus autores, formaban siempre contraste con la dureza y aridez de la vida que le rodeaba; pero se sonrió benévolamente como compadeciendo la autoridad en materias literarias que se abrogaban su buen tio y su angelical prima.

—Pobre tio, dijo para sí, ¡qué candorosa es tu alma! Cuando yo me graduaba de bachiller en Bilbao, y áun cuando cursaba el primer año de leyes en Madrid eras un sabio comparado conmigo, y tus lecciones y consejos me eran de gran utilidad; pero ya te he superado tanto, así en la ciencia literaria como en la ciencia de la vida, que para caminar por el mundo sólo me sirves

en concepto de amoroso compañero: en concepto de guía sé yo cien veces más que tú, aunque así y todo me falte mucho para acertar con el camino más recto y llano del paraíso terrenal.

Cuando de esta presuntuosa manera discurria Martin, llamaron en la puerta de la calle, y Simplicia bajó á abrir. Parecióle á Martin que oia quejidos en la escalera, y que el que se quejaba era Julian, y salió presuroso al descansillo á saber qué era aquello.

Julian era en efecto el que se quejaba, subiendo las escaleras apoyado en el hombro de Simplicia.

—¿Qué es eso, Julian? le preguntó Martin alarmado?

—Qué ha de ser, contestó Simplicia, que por lo visto le han roto el *lomo-plato* de algun golpe.

Julian fué conducido al gabinete por Martin y Doña Genara que tambien habia salido á saber qué ocurria.

—¿Pero qué le ha pasado á usted, hombre de Dios? le preguntó la patrona.

—Me he dado una caida en la calle, contestó Julian.

—Jesús, mi pobre difunto á poco más se mata un dia que se cayó persiguiendo con el sable á un pícaro que le habia *dilatado* porque tomó un napoleon por no registrar un equipaje.

Martin empezaba á desnudar á Julian para que

se acostara, y Doña Genara cuyo pudor empezaba á alarmarse, se retiró sin acabar de referir la caida de su difunto.

Julian se metió en la cama con ayuda de Martin, y éste, despues de examinar sus espaldas que estaban acardenaladas, le dijo:

—Julian, tú lejos de dar una caida has recibido una paliza.

—Sí, chico, contestó Julian.

—¿Dónde?

—En las espaldas.

—Ya lo veo; ¿pero quién te la ha dado?

—Dos desconocidos.

—Pero cuéntame por qué y cómo ha sido eso.

—Ya habrás visto unos versos con que sustituí ayer mi letrilla?

—Sí, ya he tenido el disgusto de verlos.

—¿Disgusto? Pues todo lo contrario les sucedia á unos caballeros que esta noche leian el periódico en el café de Moratin, en una mesa al lado de la mia. Celebraban la composicion, diciendo que era digna de Quevedo y Alcázar, y lamentándose de que el ser anónima les privase de felicitar á su autor. Yo tuve la pícara vanidad de tomar parte en la conversacion para decirles que los versos eran mios, y cuando con más entusiasmo me felicitaban, otros dos caballeros que refrescaban en un velador de al lado y por lo visto

se habian enterado de todo, se acercaron á mí y me dijeron con mucha cortesía que tuviera la bondad de salir á escuchar una palabra. Salí con ellos á la puerta del café, y allí me preguntaron si era yo el autor de la *Historia de las morenas*. Les contesté que sí, y entónces uno de ellos me escupió á la cara. Levanté la mano para darle un bofeton, y al ver esto, él y su compañero me dieron una de bastonazos que me matan si no echo á correr hácia la calle del Lobo.

—Pues, amigo, eso te está muy bien empleado, porque todo eso y áun más merece la imprudencia de publicar esos insolentes versos, cuya inconveniencia no debió ocultársete del todo, puesto que no te atreviste á firmarlos. El padre del gran historiador americano Prescott, decidió á su hijo á firmar sus obras diciéndole que ningun hombre debe atreverse á escribir lo que no se atreve á firmar.

—Me pareció original la idea y bueno el desempeño, creí que iban á proporcionar al periódico tantas suscriciones como tu *Historia de las blancas*, de la que se podian considerar segunda parte, y no los firmé porque como en esta pícara España hay tantas morenas, ¿quién es el que no trata á alguna y no teme que se le incomode si habla mal de ellas?

—¡Lástima me dá tu criterio! exclamó Martin,

en quien á su propósito de ser con Julian más indulgente que lo que le aconsejó la ira al leer los versos, se unia para serlo el lastimoso estado en que veia las espaldas de Julian. Tambien tenia no pequeña parte en su indulgencia lo que acababa de leer en la carta de su tio.

—¿Y no te ocurrió que habiendo imitado en tu composicion el estilo de la mia, omitir tu nombre al pié de tus versos era tanto como poner el mio?

Julian no contestó, porque no supo qué ó porque no se atrevió á agravar su falta consistente en la ruin idea de comprometer á Martin, negándola rotundamente.

—Quisiera, le dijo Martin, que esto no pasara de aquí, pero tiene que pasar.

—Como quieras, replicó Julian con altanería hija de su geniazo, creyendo que Martin se aprestaba á pedirle alguna satisfaccion séria.

—Yo necesito, continuó Martin sin alterarse, declarar públicamente que esos versos no son mios, que ninguna participacion tengo en su insercion en el periódico, y que me separo de la redaccion del periódico completamente.

—Eres muy dueño de separarte, y tú te lo perderás, pues estoy seguro de que mi *Historia de las morenas* duplica la suscricion del periódico.

—Dios lo quiera, pero me temo que Dios va á querer todo lo contrario.

—Eso lo veremos.

—Sí, y lo veremos pronto. Lo que vamos á ver ahora es si Doña Genara tiene árnica para ponerte unos paños en esas espaldas á ver si te dulcifican el primer fruto de tu amarga composicion.

Pasó la noche del domingo, y naturalmente vino el lunes. El lunes ocurrieron cosas que debemos contar.

En primer lugar, Martin recibió por el correo interior una cartita que decia:

«Muy señor mio y de mi mayor consideracion: dé usted por no recibida la tarjeta que dejé á usted ayer en su casa, pues sólo por una equivocacion que lamento la dirigí á usted. El sugeto á quien correspondia el salivazo ya le recibió anoche acompañado de regalo mucho más sólido.

Se ofrece de usted atento servidor q. b. s. m.—Rodolfo Farfan de los Godos.»

Ya sabia Martin quién era el autor del vapuleo cuyo escozor aún duraba á Julian; pero se guardó muy bien de decírselo á éste, porque no queria que Julian volviese á darles á él y Miguel comision parecida á la que les proporcionó ingreso en la colonia de la calle de Lope de Vega.

En segundo lugar, ocurrió el lunes que todo el dia estuvieron lloviendo bajas al periódico, muchas de ellas acompañadas de avisos tan *atentos* como el siguiente:

«Don Severo Moreno deja la suscricion al Besos y mordiscos, porque su señora é hijas, aunque morenas, son tan aseadas que no consienten que entren en su casa cosas tan indecentes como el Besos y mordiscos.»

En tercer lugar, el lunes escribió Martin y dió á imprimir para repartirla el martes á todos los suscritores del periódico, una hojita anunciando que nada tenia que ver con los versos del último número, ni nada tendria que ver con el periódico en lo sucesivo.

Y en cuarto lugar, sucedió el lunes por la noche... Lo que sucedió el lunes por la noche es cosa de contarse un poquito más despacio.

La tertulia de la generala era de ocho á diez de la noche. Daban las nueve y Martin se impacientaba porque Miguel no llegaba para ir á ella. Al fin Miguel llegó, disculpando su tardanza con que no habia podido concluir hasta las ocho un dibujo que aquella misma noche debia quedar en poder del grabador, é inmediatamente tomaron un coche de plaza y se dirigieron á casa de la generala.

Era costumbre en casa de esta señora, que los criados dejasen pasar á los tertulianos sin anunciarlos préviamente, y á Martin llamó algun tanto la atencion el que el criado de la antesala cumpliese aquella formalidad.

—No será, dijo Martin, porque tenga el criado órden expresa para ello, sino porque viene conmigo una persona para él desconocida.

Cuando se hacia esta reflexion, vino á renovar, ó mejor dicho, á aumentar su extrañeza la invitacion que les hizo el criado, sin duda de órden de la señora, para que pasaran á una especie de despacho que ésta tenia contíguo á la antesala.

Apenas estaban en el despacho, cuando por una puertecita que comunicaba con la sala de tertulia apareció la señora, que los saludó y correspondió á su saludo con una sequedad impropia de su carácter afectuoso y sencillo.

La extrañeza de Martin se convirtió en verdadera alarma.

—Señor de Echebarría, le dijo la generala sin abandonar su tiesura, todos en el mundo, y más las mujeres, y más aún las amas de casa, tenemos deberes de cuyo cumplimiento no podemos ni debemos prescindir, por más que sean penosos y opuestos á nuestra natural indulgencia. Si para mí es imperioso el de velar por mi propio decoro, lo es aún más el de velar por el decoro de las personas que me honran diariamente con su trato, entre las cuales hay señoras que tienen derecho á que nadie las ofenda tomando por pretexto para ello el color de su tez. El que las ha ofendido con

este liviano pretexto no puede ser amigo mio ni frecuentar mi casa.

—Señora, contestó Martin un poco cortado con tan inesperado recibimiento, que equivalia á dar con la puerta en los hocicos, no sólo á él, sino tambien á su amigo; señora, conozco bastante la bondad y el talento de usted y de las personas que frecuentan su casa, para creer que no querrán condenarme sin permitirme la defensa. Mi defensa es tan sencilla y concluyente, que se reduce á asegurar á usted lo que mañana mismo aseguraré al público: que no tengo la menor parte en la composicion ni en la publicacion de los inconvenientes versos á que usted alude, escritos y publicados absolutamente sin mi conocimiento, y que tan pronto como le he tenido de ellos, he declinado toda solaridad con el periódico en que han aparecido.

—Señor de Echebarría, replicó la generala aumentando de tal modo la sequedad de su tono, que equivalia á decir: «hemos acabado, y el mayor favor que ustedes me pueden hacer es irse por donde han venido», no se necesita ser un lince en materia de estilo para ver con toda claridad que nadie más que usted puede ser autor de los indecorosos versos que me ponen en el triste deber de cerrar las puertas de mi casa á aquel á quien con tanto placer se las habia abierto.

Las mejillas de Martin, que se habian puesto pálidas, se encendieron de repente con el fuego de le dignidad injustamente ofendida.

—Señora, dijo el jóven trocando de repente la humildad en altivez, quien duda de mi honrada palabra y no comprende el valor de mi humildad, no es digno de que yo vuelva á dirigirle la una ni de que yo vuelva á ofrecerle el homenaje de la otra.

Y así diciendo, Martin, como su amigo, saludó á la generala con una inclinacion de cabeza, y ambos tomaron el camino de la escalera.

¡Rara vez la juventud ve los horizontes de su vida tan negros, tan negros como Martin y Miguel veian los de la suya al salir de casa de la generala!

XIV.

Los pobres de Madrid.—El rio de las lágrimas.—Obra magna.—El pintor y el fotógrafo.—La colonia gusanienta.—El gran escamoteo del presidente Perico.—El cambio de hospedaje.—Abismo por medio.—Hambrientos ilustres.—El barrio de las musas.—Los perezosos y la fortuna.—Hallazgo de un diamante.—Llamados y escogidos.—Rayo de esperanza.—El diamante empieza á mostrarse en bruto.—*El correo de Vénus.*—Enamorado y liberal.—Pormenores del oficio.—Los que trabajan y los que pasean.—Cavilacion y holgazanería.—Lo que hay que hacer para hacer reir ó llorar.—El peluquero poeta.—Amor inmortal.—Un poema desgarrado de una coz.

¡Ay qué triste es el invierno en Madrid para el que no tiene aposento, ni vestido, ni calzado que le libre de aquel cierzo helado y aquella lluvia de nieve y aquel lodo de hielo, cuya frialdad penetra hasta la médula de los huesos! Es verdad que se habla mucho del sol y del cielo de Madrid, que suelen ser radiante el primero y azul el segundo hasta en los meses más crudos del invierno. Pero cuando las carretas penetran en Madrid con la retama ó las seras de carbon que conducen blancas de la escarcha ó tiesas de la helada ne-

gra, y trascurren semanas y semanas en que no es posible transitar sin caer por las calles donde no penetra el sol, de poco sirven lo radiante del sol ni lo azul del cielo para los que tienen desabrigado interior y exteriormente el cuerpo, que son ¡ay! millares y millares de criaturas humanas, en su mayor parte más dignas de ser felices que la mayor parte de los que cruzan las calles en abrigados carruajes, porque su vida se ha consagrado al servicio de la patria ó al servicio de la ciencia! ¡El sol radiante!... pero sólo con un poco de calor durante tres ó cuatro horas del dia, en que se le disputan y al fin logran arrebatársele el cierzo y el hielo, que á las tres de la tarde recobran el dominio que tres ó cuatro horas ántes les habia usurpado incompletamente el sol. ¡El cielo azul!... pero inútil para los cuerpos que viven desabrigados interior y exteriormente en la tierra! Muchos sepulcros de esperanzas é ilusiones hay en todas partes, pero ninguno tan hondo y tan grande en España como el de Madrid. ¡Manzanares, Manzanares, muy mezquina debe ser tu natural corriente al besar el cerro de la Moncloa cuando no se desborda al besar el cerro Negro, acrecida con los arroyos de lágrimas que á ella han afluido entre ambos tristes y desnudos cerros!

En el rigor de esta triste estacion volvemos á encontrarnos con Martin, ¡y por desgracia suya,

no encontramos con él á Miguel, cuya amistad era la que fortalecia y consolaba su alma en las mayores tribulaciones!

Miguel estaba ausente de Madrid. La gran obra de historia natural, cuya publicacion le habia proporcionado un negro pedazo de pan durante algunos años, habia terminado, y su editor se preparaba á publicar otra tambien importante. Habia de titularse esta nueva obra *Las Capitales de España*, y debia consistir en magníficas vistas panorámicas sacadas, con ayuda de la fotografía y el lápiz, de todas las ciudades y villas importantes de la Península, acompañadas de monografías histórico-descriptivas de todas aquellas poblaciones. Fundaba el editor grandes y legítimas esperanzas en esta obra, cuyo pensamiento debia completar otra que se titulase *Los campos célebres de España*, en que estuviesen igualmente representados y descritos los campos á que hubiesen dado celebridad batallas memorables, ó la circunstancia de haber sido asiento de poblaciones ó fortalezas insignes, ó cuna de varones ilustres. Miguel, acompañado de un fotógrafo, habia salido á recorrer las provincias meridionales de España, como las de temperatura más benigna en el invierno, para recoger materiales destinados á esta gran obra.

Generalmente las academias más respetables de

Europa han negado á los fotógrafos la honrosa cualidad de artistas, considerando su profesion ejercicio puramente mecánico. Desgraciadamente son pocos los fotógrafos que puedan ser calificados de artistas; pero esto no quiere decir que no se pueda adquirir honrosa y legítimamente el nombre de tal con el ejercicio de la fotografía, que reclama la inteligencia y el sentimiento del verdadero artista si se ha de sacar de ella todo el inmenso partido de que es capaz, y que será mucho mayor si se logra al fin fijar en la imágen los colores del objeto.

Miguel, en quien el editor reconocia el sentimiento artístico que faltaba al fotógrafo, llevaba la doble comision de dirigir, con arreglo á la estética del arte, los trabajos fotográficos y completarlos con el lápiz y la aguada. Algo parecido á esto se ha hecho recientemente con gran éxito por el pintor bilbaino Don Juan de Barroeta para reproducir el hermoso y gran establecimiento titulado «Baños bilbainos» y sus bellísimos alrededores marítimo-terrestres, que comprenden el Abra, Portugalete, Santurce, Algorta y la llanura de Lamiaco, en que se asienta el establecimiento balneario creado por los beneméritos hijos de Don Máximo de Aguirre.

La colonia de la calle de Lope de Vega estaba ya casi disuelta, no tanto porque muchos de los

colonos se habian ausentado de Madrid, ya con un motivo, ya con otro, como porque entre ellos habian ido surgiendo disensiones, que por desgracia no son raras entre los que cultivan las letras y las bellas artes. El gusanillo roedor anida en el corazon de la poma más hermosa y fragante, y á su imitacion el gusanillo de la envidia, que tambien pertenece á la familia de los roedores, anida con frecuencia en el corazon de la juventud más inteligente é ingeniosa.

Lo que habia contribuido en gran parte á la casi disolucion de la colonia, era el haberle entrado al presidente Perico la pícara ambicion política con motivo de haberle ofrecido el gobierno un distrito electoral que necesitaba de un gran escamoteador para que no triunfase allí el candidato de oposicion. Es verdad que Perico era en aquel distrito candidato *cunero*, pero le habia aceptado diciendo:—¡Eh! y eso, ¿qué le hace? Hasta nuestras leyes son cuneras, empezando por nuestro derecho civil, que es romano, y concluyendo por nuestra Constitucion política, que es sabe Dios de dónde. ¡Ahí están las provincias Vascongadas, donde las leyes niegan, si no precisamente el derecho de avecindarse en el país á los que no son oriundos de él, al ménos el derecho de ejercer todo cargo público, y sin embargo, los que blasonan de más puritanamente idólatras y acatadores de

esas leyes, votan para ejercer el alto cargo de senadores y diputados á Córtes á sugetos, muy respetables, sí, pero que quizá no han pisado nunca el país vascongado ni tienen gota de sangre vascongada en las venas.

Martin no se hospedaba ya en casa de Doña Genara. La razon que habia tenido para salir de ella tiene una explicacion muy sencilla: Martin queria evitar á toda costa que su tio supiese la miseria y el desaliento que le rodeaban en Madrid; viviendo en casa de Doña Genara, relacionada con Don Domingo, que á su vez lo estaba con su tio, le era imposible evitar que llegase á noticia de su tio su desdichada situacion. Habíasela ocultado todo lo posible á Doña Genara; habia pagado á ésta lo que le debia, agotando todos sus recursos y malvendiendo hasta sus libros, y se habia mudado con un pretexto bastante bien ideado para hacer creer á la carabinera que no era por desafeccion á ella ni á su casa, y mucho ménos porque careciese de recursos para pagarle en lo sucesivo el hospedaje. Martin se habia mudado á la calle de Hortaleza á una de las infinitas casas que en Madrid reciben huéspedes y se obstinan en decir que no son casas de huéspedes. Tan deteriorada y vieja era la casa, que estaba denunciada, y tan desesperado estaba Martin cuando se mudó á ella, que casi, casi pedia á Dios

que se le viniese encima y le aplastase: dábanle allí, por tres reales diarios, cuarto y cama medio decentes, agua para lavarse y vela de sebo para alumbrarse, y comia fuera, segun el convenio con su nueva patrona, ó no comia en ninguna parte algunos dias, segun Dios y él sabian únicamente.

Martin no ignoraba que en el mundo habia un rinconcillo donde podia vivir á cubierto de aquel desamparo y aquellas privaciones; pero estaba decidido á morir en Madrid ántes que llegar á él en busca de amparo, más pobre é inútil para sí y los suyos que cuando salió de él.

En esta resolucion habia algo de orgullo vituperable y mucho de delicadeza digna de respeto, porque Martin decia: «Suponiendo que Dios me dé fuerzas de cuerpo para hacer el viaje á pié ó poco ménos, y que tenga valor para arrostrar la vergüenza de ostentar mi inutilidad hasta para bastarme á mí mismo, ¿cómo tendré valor para hacer ver á los que ni siquiera sospechan esta inutilidad, que sus esperanzas han sido falsas y sus sacrificios enteramente estériles para mi bien y para el ajeno? ¡No, no quiero herir en el corazon con este espectáculo y este desengaño á mis pobres tios y á mi pobre prima, que me creen feliz y lleno de esperanza! ¡Antes que esto suceda, muera yo léjos de ellos y ocúlteles la tierra

con mi cuerpo las penas y las miserias que me han acompañado en las últimas jornadas de la vida!

El que no conozca prácticamente como conoce el autor de este libro y conocen ¡ay! muchos de los que han buscado en Madrid la realizacion de sus juveniles sueños de gloria, el que no conozca la vida que generalmente arrastra en Madrid el jóven honrado, modesto y tímido que busca allí la realizacion de estos sueños en el cultivo de las letras ó las bellas artes, sin más recurso ni más apoyo que su inteligencia, no comprenderá, creerá inverosímil que un jóven inteligente, honrado, sano, laborioso, enriquecido con muchos años de estudio y un título profesional, y sin más necesidades que las personales, se muera de hambre en la corte, en el centro de la vida y la ilustracion de España. ¡Y sin embargo de esto, pudiéramos citar aquí cien nombres, algunos de ellos ya ilustres, de jóvenes que han muerto realmente de la enfermedad que amenazaba la vida de Martin, y otros mil y mil nombres de jóvenes que han padecido allí esta misma enfermedad, y más dichosos que aquellos, han logrado convalecer de ella. Puede asegurarse que casi todos los que en la España moderna ilustran los anales de la literatura y el arte, han desfallecido de hambre y han tiritado de desnudez

caminando tras la esperanza y la gloria por las calles de Madrid.

Despues de haber escrito el capítulo VI de este libro, en que evocamos algunos de los recuerdos literarios antiguos y modernos del barrio de Lope de Vega y de Cervantes, que mira hácia donde aparece el sol, como si Dios le hubiera predestinado á morada de los que consumen la juventud y áun la vida expiando la aparicion del sol de la justicia y la gloria; hemos visto citado un artículo de nuestro amigo Tubino, en que se dá á aquel barrio el nombre de «Barrio de las Musas.» Si es cierto que existe, como se supone, la musa del hambre (que no lo creemos, porque el hambre no inspira más que desesperacion y muerte, que son la negacion, así como las obras artístico-literarias son todo lo contrario, son la afirmacion, puesto que son la creacion), si es cierto que existe esa abominable musa, «Barrio de la musa del hambre» pudiera tambien haber llamado el docto articulista á aquel barrio, que si encierra gratos recuerdos para muchos de los que hoy son gloria de las letras y las bellas artes patrias, tambien los encierra tales que éstos se extremecen al evocarlos.

Hay muchos que no buscan la fortuna, persuadidos de que ésta tiene el deber de buscarlos á ellos, y cuando ven que no viene, en vez de echar á andar y caminar sin descanso en su busca, se

arrojan al suelo con el desaliento y el pesimismo de la desesperacion. Mal, muy mal proceden los que tal hacen. No pertenecia Martin al número de estos insensatos, y para demostrarlo con algo más que una afirmacion, vamos á acompañar ésta de pruebas, pasando por alto las que Martin habia dado en poco tiempo de que iba en busca de la fortuna en vez de esperar á que la fortuna fuese en busca de él, para fijarnos sólo en el momento en que volvemos á seguir sus pasos.

Su amigo Marcoártu no habia roto con él las amistades á pesar de lo ocurrido en casa de la generala. Lejos de juzgarle y condenarle tan de ligero como le habian juzgado y condenado esta señora y sus tertulianos, incluso el ministro, que habia incurrido hasta en la injusticia de incluir á Miguel en el anatema lanzado sobre Martin, pues se habia guardado muy bien de ir por el estudio del pintor y de hacer gestion alguna para adquirir el cuadro de la Romería, habia defendido á Martin, bien que inútilmente, en la tertulia, y habia extremado su amistad con su antiguo condiscípulo por lo mismo que le veia injustamente maltratado; pero desgraciadamente Marcoártu, pertenecia á una familia de modestos recursos, pues su padre era un empleado de corto sueldo, y su carrera de abogado que habia concluido cuando la de Martin, le daba resultados tan negativos

como á éste la suya. Buena voluntad no le faltaba á Marcoártu, pero tampoco podia favorecer con otra cosa á Martin.

Un dia fué á ver á su amigo lleno de alegría.

—Anímate, le dijo, que en este escorial de Madrid he encontrado un diamante y te le vengo á traer.

Martin movió tristemente la cabeza y sonrió en señal de duda.

—¿Lo dudas? continuó Marcoártu. Verás como tus dudas desaparecen. He encontrado un editor que está dispuesto á darte dinero por versos. A ver si no convenís conmigo todos los poetas en que un editor así, si no es precisamente un diamante, es una piedra tan rara y preciosa que los vale para enriquecer el gabinete de Historia Natural.

—Si es verdad que has hecho tal hallazgo, convengo en que es verdaderamente raro. No tienen la culpa los editores de que apenas haya entre ellos quien conceda á la divina poesía la recompensa que se suele conceder á la más vil prosa.

—La tendrá naturalmente el público...

—Tampoco el público la tiene. Si el público pasa por alto los renglones desiguales cuando los encuentra en los periódicos y hace lo mismo cuando los encuentra en las librerías, hace bien de las cien veces las noventa y cinco, porque en-

tre cada cien de los que escriben esos renglones, no hay cinco que no merezcan ese desden. Palabras y más palabras vacías de concepto ó plagadas de lugares comunes y ajenas á toda emocion y toda novedad, tal es, de las cien veces lo ménos las noventa y cinco, lo que se llama poesía.

—Pues el editor que te traigo, que ya conoce tus versos y tu prosa, debe estar, con razon, persuadido de que tú eres una honrosísima excepcion de la regla general, pues está dispuesto á pagarte decentemente un poemita de quinientos versos que quiere le hagas cada mes.

Los ojos de Martin brillaron de esperanza y alegría.

—¿Pero es cierto eso?

—Martin, contestó Marcoártu con seriedad, debes comprender que en la situacion en que te hallas seria poco noble en mí, siendo como eres uno de mis mejores amigos, el hacerte objeto de bromas y cuchufletas. El editor de que te hablo tiene el proyecto de publicar mensualmente un tomito en verso con lindas litografías, y quiere entenderse contigo á ver si te encargas de este trabajo, que cree desempeñarás á las mil maravillas. No sé lo que te pagará por él, pero hemos quedado en que vayas á verle á fin de que convengais en el precio y te explique su pensamiento. Se te caerá el alma á los piés al ver sus explicaderas, pero no

repares en eso, que no estás para esos reparos, y al fin y al cabo algo se ha de perdonar al que está dispuesto á dar algo por versos.

—¡Gracias! exclamó Martin estrechando con efusion la mano de su amigo, y poco despues fué á ver al editor, decidido á trabajar sin levantar cabeza, aunque el trabajo no le produjese más que para atender á las primeras necesidades de la vida, que ya tenia horriblemente desatendidas por falta de todo medio de atenderlas.

El editor le recibió con una franqueza algo inconveniente; pero como al fin le recibió con franqueza, y Martin era aficionado á ella, aunque la quisiese de otro género, Martin creyó candorosamente que estaba muy lejos de merecer, como el del *Mosáico español*, que Miguel le caricaturase de lagarto.

—Mi proyecto, le dijo el editor, es publicar mensualmente un poemita popular de quinientos versos lisos y llanos, alegres y chispeantes como usted los sabe hacer, segun usted ha demostrado con su *Historia de las blancas* y su *Historia de las morenas*, que son verdaderos modelos del género chispeante.

—Permítame usted que le diga...

—¿Qué? Que la *Historia de las morenas* no es de usted? Hombre, no sea usted niño. Ya sé que usted ha declarado públicamente que no es suya,

pero las ratas de imprenta que somos muy listas porque tenemos poco que roer, sabemos muy bien lo que significan esas declaraciones.

Martin estuvo á punto de echar enhoramala al que le suponia del número de los escritores que en la vida privada son todo lo contrario de lo que parecen en la vida pública; pero se contuvo porque la necesidad tiene cara de hereje, y se contentó con replicarle:

— Pues yo le aseguro á usted bajo mi palabra, que no tengo la mas mínima parte en la *Historia de las morenas*.

—Bien, pero aunque así sea, la *Historia de las blancas* prueba que es usted capaz de hacer eso y mucho más en el género chispeante.

El género *chispeante* le iba ya cargando á Martin, que creyó conveniente dejarse ya de andar por las ramas é ir al tronco.

— Pero veamos qué título general piensa usted dar á la coleccion, pues el título dice ó debe decir su forma y su fondo.

— Hombre, el título de la coleccion que yo he pensado y me parece muy bueno, es *El correo de Vénus*.

— ¿El correo de Vénus?

— Sí, señor. ¿Qué, no le parece á usted buen título ese?

— No, señor. Ni medio bueno siquiera.

—¿Por qué, hombre?

—Por varias razones que es excusado, sino inconveniente, decir, entre ellas la de que es ridículo que en un país cristiano se ande siempre á vueltas con nombres y reminiscencias paganas hasta el punto de que en Madrid mismo se dá el nombre de Minerva á una de las ceremonias más augustas del culto católico. Pero veamos en qué funda usted el título que ha ideado para su coleccion de poemitas populares.

—Hombre, en que es título muy *favorito* y de *prestigio*.

—Aquí tenemos un nuevo Romeral, dijo para sí Martin recordando los catálogos de un editor de Madrid que estaba enamorado de los calificativos que hemos puesto á la vergüenza, pues no es otra cosa poner las palabras en letra cursiva, á cuya operacion son aficionadísimos los escribidores.

Martin tuvo una nueva tentacion, más vehemente que las anteriores, de mandar á paseo al editor; pero dirigió la vista allá al último dia del mes, y no vió fuera de aquella casa los noventa reales que aquel dia habia de dar irremisiblemente por la suya.—«Los franceses, dijo para sí, aseguran que el nombre no importa un comino á la cosa. Los franceses, que se equivocan con frecuencia á pesar de sus pretensiones de sábelo-todo,

se equivocan tambien en esto, pero conformémonos por esta vez con que en efecto *le nom ne fait rien á la chose*, y tratemos de justificarlo haciendo poemitas que nada tengan que ver con Vénus y sí solo con el amor casto, espiritual y cristiano que me espera, (¡y sabe Dios si morirá esperando!) en mi rinconcillo de Urtiaga.»

—¿Con que decididamente, añadió, quiere usted que la coleccion se titule *El correo de Vénus?*

—Decididamente. La idea general de la publicacion es mia, y mio debe ser tambien el título general. Los libros han de ser de usted, y usted hará de su capa un sayo en cuanto al título particular de cada uno de ellos.

—Usted dice que le gusta el título ideado por usted, porque es *favorito* y de *prestigio*...

—Justamente.

—¿Pero sabe usted quién fué ó quién se supone que fué Vénus?

—Hombre, Vénus, Vénus... Vénus se dice de la mujer hermosa.

—Vénus se supone que fué la madre del Amor.

—Pues, hombre, tanto mejor para mi título.

—Quiero decir que los poemitas han de ser esencialmente amorosos.

—¡Ah já! ha dado usted en el clavo. Esos son los versos que nos gustan al público y á mí, porque, amigo mio, aquí donde me vé usted,

viejo y todo, he sido más enamorado que Cupido, y á pesar de mis años... ¡qué demonio, como dice el refran, el que tuvo retuvo y guardó para la vejez!

Cada vez repugnaba más á Martin aquel hombre. Queriendo abreviar su plática con él, y comprendiendo que con él eran inútiles delicadezas de forma, le preguntó qué remuneracion le daria por su trabajo.

—Le daré á usted mil reales mensuales con tal que los poemitas sean á toda ley.

— Estamos conformes, y á toda ley serán. Lo único que exijo es que en cuanto á su fondo moral, me deje usted en libertad completa.

—Toda la libertad que usted quiera, pues á liberal, aquí donde usted me vé, no me ha ganado ni me gana nadie; pero que sean enamorados y del género alegre y chispeante.

Así terminó la entrevista de Martin con el editor. Como es de suponer, la satisfaccion con que Martin volvió á su casa no correspondia á la proporcion que se le presentaba de ganar mil reales mensuales, que eran una verdadera riqueza para él, pues por pocos meses que le durase aquella mina, con sus productos podia recobrar el bienestar y la tranquilidad de que carecia.

Su nueva patrona, que era la segunda edicion de Doña Genara, pero muchísimo más curiosa,

como le viese entrar con una mano de papel del sello taladrado, partir aquel papel en cuartillas y aviar el tintero, le preguntó si le habia salido trabajo, y le dió la enhorabuena cuando Martin le contestó afirmativamente.

Martin se echó en seguida á pensar el poemita con que habia de inaugurar sus tareas. Todos los que se ocupan en las literarias, saben que lo más difícil de un libro no es escribirle una vez pensado, sino pensarle, y mucho más si el libro es obra de imaginacion. Al autor del presente le sucedió al pensarle una cosa que por lo curiosa merece referirse. Tiene por costumbre pensar sus obras, malas ó buenas, cortas ó largas, paseando por el campo, y pensarlas ántes de tomar la pluma, no contentándose con lo que se contentan otros escritores, es decir, con pensarlas lo que se llama en globo, sino capítulo por capítulo, sin perjuicio de modificar durante el trabajo secundario y definitivo el plan que se habia trazado, pues en los trabajos de la inteligencia, y más en aquellos en que toma parte el sentimiento, conforme se desciende al detalle y el sistema nervioso se excita y se agita el corazon y se conmueve el alma, se abren á los ojos del escritor ó el artista horizontes llenos de luz que alumbran y facilitan maravillosamente su jornada. Por poca importancia que tenga este libro y por mal pensado que esté, ne-

cesitó su autor, que es pobre de inventiva, emplear algunos dias en pensarle. Hay «al pié de la montaña» (donde está la casita de Adolfo de Aguirre, poética y agradable cuna de *Escursiones y recuerdos*) un agreste vallecito sombreado de robles y castaños y regado por un cristalino riachuelo que la inocente musa del autor de este libro lamenta no tenga en sus márgenes las ruinas de alguna aceña ó alguna ferrería, como tienen casi todos los rios y áun riachuelos de Vizcaya. Aquel vallecito, que ni siquiera carece de una fuente abundosa y cristalina, á la que debe su nombre de Iturrigórri, equivalente á fuente roja, parécele al autor de este libro como hecho de encargo para la meditacion, y á él se va cuando tiene que meditar algo que considera grave ó capaz de ser hermoso. Hay en la vertiente del vallecito unas minas de hierro en que se ocupan hombres y mujeres, estas últimas amenizando contínuamente el trabajo con sus risas y sus cantares. Una de aquellas muchachas que habia reparado en sus diarios paseos vallecito arriba, vallecito abajo, dió en cantar siempre que le veia:

En este pícaro mundo
hay dos modos de comer:
unos comen con las manos
y otros comen con los piés.

Sonreíase y continuaba paseando el que era objeto de esta indirecta, y viendo esto un buen anciano que trabajaba á la orilla del riachuelo acribando el mineral que en la ladera del monte sacaban los hombres y echaban á rodar las mujeres, se encaró con él compadecido de que con «su holgazanería» se hiciera objeto de la burla de las gentes, y le dijo:

—¡Eh, cómo dá usted lugar á eso!

Por única contestacion el interpelado se detuvo, le ofreció un cigarro, que aceptó con agradecimiento el anciano, y á su vez preguntó á éste:

—¿Qué edad tiene usted?

—Más de ochenta años.

—¿Cree usted que yo llegaré á tantos?

—No, señor.

—Segun eso, los que pasean como yo viven ménos que los que trabajan como usted?

—Mucho ménos.

—¿Por qué?

—Porque cavilan mucho más.

—¿Y quiénes son los que cavilan?

—Los que inventan.

—¿Qué?

—¡Qué ha de ser! Todo: los libros que nos enseñan, las leyes que nos gobiernan, las casas en que vivimos, las telas que nos visten, las medicinas que nos sanan, las máquinas que

nos ayudan, los carruajes que nos conducen, las armas que nos defienden... en fin, todo, todo.

— Pues, amigo, los que pasean para cavilar y cavilan para inventar todas esas cosas, y para inventarlas se resignan á vivir mucho ménos que los que no pasean, dignos son de que se les deje pasear y cavilar en paz.

— ¡Tiene usted razon! contestó el anciano con profundo convencimiento, y volviéndose hácia la muchacha del cantar, añadió:—¡Chica, si vuelves á cantar esas barbaridades, subo allá y bajas rodando á pedirle perdon á este caballero!

Martin, así que hubo preparado tintero y papel, se fué de paseo para cavilar, y aquella noche caviló en la cama, y la mañana siguiente se cruzó de brazos cavilando tambien, y llegada la tarde volvió á pasear para dar fin á sus cavilaciones.

— ¡Buen modo tiene usted de trabajar! le dijo la patrona.

—Trabajando estoy desde ayer, le contestó Martin sonriendo.

—¿Trabajando de paseo ó con los brazos cruzados? ¡Eh, quite usted de ahí, holgazanote, que con ese modo de trabajar se morirá usted de hambre!

Martin se entristeció pensando si seria una profecía esta opinion de su patrona.

Ya tenia redondeado el plan de su primer poemita; empezó á escribir, y escribe que escribe, llora que llora, ó rie que rie, que todo esto se necesita para hacer reir ó llorar con lo que se escribe, terminó el poemita ántes que terminara el mes.

La opinion del autor, que algunas veces es falible, no lo es la mayor parte de las veces. Cuando el autor dice: «estoy completamente satisfecho de mi obra,» rara vez deja ésta de satisfacer al público; cuando el autor dice: «mi obra no me satisface completamente,» rara vez satisface al público la obra.

Martin estaba completamente satisfecho de la suya, no porque la hubiese inspirado la musa del hambre, que ya hemos dicho no inspira más que desesperacion y muerte, sino porque la habia inspirado la musa de la esperanza, que es hermosa y fecunda áun rodeada del hambre y la desnudez.

Y era para tener satisfecho á su autor el poemita de Martin, que pertenecia á un género casi desconocido en España, á pesar de la existencia de nuestros romanceros donde se encuentra algo que pertenece á este género. Este género es el poemita verdaderamente popular, como los que Jazmin, el peluquero-poeta de Agen, ha popularizado en nuestros dias en el Mediodía de Francia, recitándolos en los campos á millares de per-

sonas reunidas para oirlos, haciéndolas estallar de ternura y entusiasmo sometiendo á la rima armoniosa y sencilla, que va derecha á herir honda y dulcemente la inteligencia y el corazon del pueblo, los afectos y las virtudes que con más facilidad é intensidad comprenden y sienten las inteligencias y los corazones populares (1).

Titulábase el poemita de Martin *Amor inmortal*, y tenia por objeto idealizar, espiritüalizar, levantar del lodo á donde el materialismo pretende arrojarle, el amor que es en la tierra el vínculo más universal, firme y santo de la fraternidad y la familia.

Tan satisfecho iba Martin á leer su poema al editor, que ni siquiera le ocurria el temor de que á éste no le gustase, hasta que el editor al oir el título de la obra se descolgó con esta salida de pié de banco:

—Hombre, ¿cómo ha de ser inmortal el amor si apenas uno se casa, por delante ó por detrás

(1) El autor de este libro ha traducido en prosa uno de los poemitas más populares y tiernos de Jazmin, *Maltro l'innoucento* (Marta la loca) escrito, como todos los de su autor, en el dialecto gascon. Jazmin falleció hácia 1868, sin haber consentido en abandonar su oficio de peluquero á pesar del bienestar que con este oficio y el cultivo de la poesía habia adquirido, y las honras y comodidades que se le ofrecian en la córte. En tanta estima tenia su oficio, que á la coleccion de sus poesías dió por título *Las papillotos*, cuya significacion es inútil explicar.

de la iglesia, ya empieza el amor á ponerse malo, como viene á decir aquella coplilla que dice:

El amor es un diablillo
que en el cuerpo se nos mete,
y en bendiciéndole el cura
ya casi no se le siente.

Martin tuvo tentaciones de rasgar su manuscristo al oir esta asnería, pero hizo de tripas corazon y leyó al editor el poema que podia haber titulado su última esperanza.

La frialdad y hasta los gestos de mal agüero con que el editor habia escuchado la lectura, hicieron al poeta formular con profundo desaliento esta pregunta:

—Con que, ¿qué le parece á usted?

—Hombre, contestó el editor, yo no soy voto en materia de versos, pero en materia de gusto del público lo soy tanto que todos los poetas juntos no me echan la pata en esto.

Martin estrujó entre sus manos el manuscrito con nueva é irresistible tentacion de rasgarle, pero el editor le contuvo añadiendo:

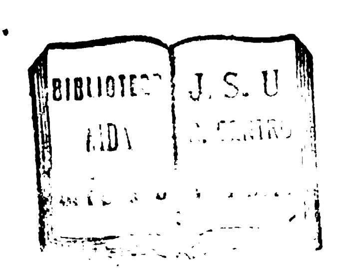
—Tiene el poemita ese cosas muy favoritas y de mucho prestigio; pero tambien hay en él mucha paja (1).

(1) Vivos están, á Dios gracias, un escritor, no de los ménos favorecidos del público, y un editor, no de los ménos favorecidos

—¡Pues aliméntese usted con ella! exclamó Martin indignado haciendo pedazos el manuscrito y arrojándosele á la cara al editor de quien, dicho y hecho esto, se alejó desesperado y pálido como un cadáver.

---

de la fortuna, que pueden atestiguar la exactitud histórica de esta frase. El autor de este libro pudo encontrar, al dar sus primeros pasos en la vida literaria, alguna de estas tristes excepciones de la regla general; pero por propia y constante experiencia sabe que generalmente los editores de Madrid son inteligentes y delicados, como lo prueban, sin buscar ejemplos más léjos, sus relaciones de más de veinte años con el editor de este libro.



XV.

Invierno perpétuo.—Medio tiempo.—Vuelta á las andadas.—Cuentas galanas.—Recuerdo dulce y amargo.—Más cuentas galanas.—La primera mentira de Martin. — Mudanza. — De gaban á chaqueta. — El Maestro. —«El ínclito favor del paisanaje.»—Martin se asegura al fin una posicion social.—Dos discursos parlamentarios.—El grano de arena.—Corazon y ojos al cielo.—Taberna y trastaberna.—Medio-ladron.—Consecuencias de la pobreza del Manzanares.—Procedencia de unos ronquidos.

Ha pasado el invierno, han pasado la primavera y el verano, y para Martin las flores han permanecido inodoras ó sin brotar, el sol frio y el cielo nebuloso. ¡Anuncian los rigores de un nuevo invierno las hojas de los árboles que amarillean y caen, y la frescura de los cierzos del Guadarrama, cuyas áridas cumbres ya han aparecido alguna mañana cubiertas de nieve!

El estado de Martin es aún más lastimoso que cuando hace algunos meses vimos al pobre jóven desgarrar su última esperanza desgarrando indignado aquellas páginas en que su alma y su inteligencia habian derramado todo el sentimien-

to, toda la pureza, toda la poesía, toda la luz que su alma y su inteligencia encerraban!

Todavía ha luchado desde entónces, sin tregua ni descanso, con la adversidad; pero siempre, siempre ha caido al suelo falto de aliento y fuerzas! ¡Ay del que ileso no ha alcanzado la victoria y herido pugna por alcanzarla! Lo más que ha conseguido Martin en el período en que hemos dejado de seguir sus pasos, es vivir agonizando, gracias á sus amigos Miguel y Marcoártu, sin cuyos consuelos y cuyos auxilios materiales, tanto más generosos cuanto que venian de manos poco ménos necesitadas que las suyas, ni áun vivir así hubiera conseguido!

Miguel, despues de regresar á Madrid con sus trabajos de las provincias meridionales, ha vuelto á salir para continuarlos en las de Galicia y Extremadura, donde no le esperan ménos rudas tareas y ménos privaciones que en el Mediodía, pues el negro pedazo de pan que ganaba en la calle de la Ventosa inclinado sobre un tarugo de boj, era más blanco que el que gana andando poco ménos que á pié de provincia en provincia y de pueblo en pueblo, afrontando los rigores de la inteperie y la malevolencia de bárbaros ó criminales, descansando en malas posadas y alimentándose quizá más parcamente que los que ejercen el arte de vivir de la caridad pública!

La razon de Martin, siempre tan clara, tan recta, tan lógica, comienza á turbarse y extraviarse, porque Martin, á quien nunca habia ocurrido sacar de la esfera de la teoría aquellas ideas que le vimos expresar cuando recorria las riberas del Cadagua alejándose de la tierra nativa, acerca de la felicidad del que trabaja con las manos, del hombre de chaqueta, y la felicidad del que trabaja con la inteligencia, del hombre de gaban, ahora piensa sériamente en llevar aquellas ideas á la esfera de la práctica.

Era lunes por la mañana. La tarde anterior Martin habia ido á distraer un poco sus tristezas por las riberas del Manzanares, y allí habia visto, sin atreverse á acercarse á ellos, á sus antiguos, pobres y felices conocidos el señor Juan, el señor Paco y el señor Manolo, todos pobres pero aseada y decentemente vestidos, todos merendando con sus familias, todos alborozándose con los cuentos del señor Juan, con la aficion á altercar y contradecir del señor Paco y con la jovialidad del señor Manolo, todos mirando sin vergüenza lo pasado y sin inquietud lo porvenir, todos alegres y dichosos!

Martin habia pasado la noche casi sin dormir, dando vueltas en la cama á su estenuado cuerpo, y dando vueltas en su imaginacion á la idea de trocar el gaban del que trabaja con la inteligen-

cia y duerme con la agitacion del criminal, por la chaqueta del que trabaja con las manos y duerme con la quietud del justo.

No en vano habia dicho su amigo Marcoártu: «Es necesario convenir en que los hombres esencialmente teóricos son una calamidad para sí mismos y calamidad y media para el prójimo. En teoría arreglan las cosas con una lógica que deja de la altura de un perro sentado al mismo Condillac, pero llega la práctica, ¡y aquí te quiero ver, escopeta!» Veamos cómo arreglaba Martin las cosas en teoría.

—«Es cosa decidida, decia, como conclusion de sus largas y penosas cavilaciones, hoy mismo tomo un partido decisivo y acabo con mis vacilaciones que hace tiempo debieran haber acabado. Lleno de fé y esperanza he buscado la felicidad en el trabajo de la inteligencia y no la he encontrado, y ya es hora de que la busque en el trabajo de las manos. No debe sonreirme la ilusion de que encontraré inmediatamente bajo la chaqueta lo que no he encontrado bajo el gaban, pero sí la seguridad de que lo encontraré al fin. Ya sé que mis fuerzas físicas y mis fuerzas morales se resistirán á este cambio y desmayarán, ya sé que el martillo ó la azuela ó la azada desollarán al principio mis manos y quebrantarán mis brazos, ya sé que el alimento grosero repugnará á mi estómago

y la sociedad vulgar repugnará á mi inteligencia, y que el vestido y el lecho toscos repugnarán á mi cútis; pero sobre todas estas fuerzas negativas hay otra positiva, que es mi fuerza de voluntad, y sobre todas estas repugnancias modificables como hijas de la costumbre, hay una aprobacion irrecusable como hija de la fé en la conveniencia y el deber. ¿Pues qué, yo sano y robusto como el que trocó la pluma del amanuense por el martillo del herrero, yo que tengo la conciencia de la santidad del trabajo material que quizá él no tenia, yo que del trabajo intelectual he recibido más desengaños que él, porque le he amado más y le he hecho mayores sacrificios, yo no he de conseguir lo que ha conseguido un hombre vulgar que no me aventaja en fuerzas físicas ni me iguala en fuerzas morales? Como el artesano trabajaré, como el artesano vestiré, como el artesano me alimentaré, como el artesano hablaré, como el artesano me asociaré, y como el artesano dormiré, fatigado el cuerpo sí, pero tranquila y descansada el alma.

Estas teorías estuvieron para rodar por el suelo al empuje del recuerdo del vallecito de Urtiaga que vino tras ellas; porque ¿qué compatibilidad habia entre lo que Martin habia soñado en el valle natal y lo que soñaba en Madrid? ¿qué lugar quedaba en la vida y el porvenir del artesano de Madrid al valle natal, á Purita, al señor

cura, á todos aquellos y á todo aquello que fuera de Madrid esperaba y llamaba á Martin hacia tantos años? Pero los hombres esencialmente teóricos, como diria Marcoártu, tienen siempre en la mano una varita mágica para arreglarlo y conciliarlo todo á su gusto.

—Este cambio de vida, añadió Martin, no es necesario que tenga un carácter definitivo que me impida aspirar á recobrar el gaban que hoy arrojo. Cuando mi alma y mi cuerpo hayan recobrado el bienestar de que hoy carecen, sin comprometer en lo más mínimo aquel bienestar, haré una prueba suprema y decisiva para saber si soy ó no incapaz de alcanzar la dicha con el trabajo intelectual. Aunque en el taller sea sólo el hombre de chaqueta, en el interior de mi alma y en la soledad de mi guardilla seré el hombre de gaban, y si soy capaz de escribir una gran comedia ó un gran libro, escribiré el libro ó la comedia que avalorará la riqueza de saber y desengaños que he recogido en Madrid, y si mi obra es una gran obra y me proporciona un gran triunfo, entónces recobraré el gaban y realizaré las esperanzas que hoy están casi muertas en mi corazon.

Así razonaba la enferma imaginacion de Martin. Razonando así, si es que esto es razonar, Martin se levantó y poco despues se dirigió á la

carrera de San Francisco donde vivia su amigo Marcoártu, resuelto á mentir por la primera vez de su vida.

—He tomado, dijo á su amigo, una resolucion definitiva.

—¿Cuál? ¿la de irte á tu pueblo á ver si Dios te dá en él mejor suerte que en este?

—Sí, y vengo á despedirme de tí que tan leal y tan generoso has sido siempre conmigo.

—Chico, no hablemos de eso: hablemos de otra cosa. Para irte como no puede ménos de irse el hombre de bien, y para hacer el viaje siquiera en una galera ó carromato, como no puede ménos de hacerle el que no está acostumbrado á andar á pié, necesitas algun dinero y supongo que ninguno tendrás.

—No lo tengo y sin embargo necesito emprender el viaje, porque cuanto más le dilate más deberé en Madrid y más dificultades tendré para emprenderle.

—Yo te voy á dar lo único que puedo darte: estos veinte duros.

—¡Gracias! exclamó Martin estrechando con una mano la de Marcoártu, tomando con la otra los veinte duros que éste le daba y arrasándosele los ojos en lágrimas.

Al salir de casa de Marcoártu iba diciendo casi en voz alta, pues sabido es que los locos y

los que están á punto de serlo «van hablando solos,» segun opinion y expresion vulgar.

—Si le hubiese dicho la verdad, se hubiera opuesto á mi resolucion, que ha combatido como insensata siempre que se la he indicado. Ni él ni nadie me conocerá ni sospechará que permanezco en Madrid, tanto más cuanto que para callejear no mudo de vida.

Martin fué á su casa y pagó á su patrona lo que le debia diciéndole que se iba fuera de Madrid, é hizo lo mismo, diciendo lo mismo, con otras personas de quienes era acreedor por pequeñas cantidades. Grande era su pobreza, pero pocas eran sus deudas, porque siempre habia querido más tener hambre y frio que tener acreedores.

Todo su equipaje se reducia á algunas miserables ropas y algunos libros y papeles. Encerrólo todo en una maleta que encargó se diese al que de su parte fuera á recogerla, y salió de casa sólo con algunas pesetas en el bolsillo.

Dirigióse á la calle de San Anton, y entrando en una prendería, dijo al prendero:

—Tengo que emprender un viaje á pié, y para caminar así son muy poco cómodos el gaban y el sombrero de copa. ¿Tendrá usted inconveniente en cambiármelos por una chaqueta y un hongo?

—Ninguno, contestó el prendero, y le mandó pasar á la trastienda.

Allí Martin trocó el gaban por una chaqueta de paño fuerte y de abrigo y el sombrero de copa por un hongo en buen uso. Ni sus botas, ni su pantalon, ni su chaleco podian avergonzarse de la chaqueta y el sombrero, pues si les llevaban ventajas en finura y corte, no se las llevaban en conservacion. Del reloj tampoco tenia que avergonzarse la chaqueta, porque hacia tiempo que se habia empeñado en no servir á su dueño. Por último, Martin se quitó la corbata y se bajó el cuello de la camisa.

Hecho esto se dirigió á la próxima calle de San Gregorio, donde su paisano Don Tomás de Miguel tenia su magnífico taller de herrería, cerrajería y maquinaria, establecido en un hermoso edificio levantado al efecto, y penetró en el establecimiento.

—¿Está el señor de Miguel? preguntó.

—Sí, señor, le contestó el portero; pero no sé si podrá usted verle, porque se está preparando para salir esta noche de Madrid.

En efecto, el Maestro, como generalmente se llamaba á Don Tomás, y éste gustaba de que se le llamase, sencillo y llano siempre, á pesar de su riqueza (y áun podemos decir de su gloria, pues grande la adquirió labrando casi todas las obras notables de su arte ejecutadas en España durante el glorioso reinado de Doña Isabel II), como cuan-

do llegaba á Madrid humilde oficial de cerrajería encargado por Vizcaya de armar la hermosa carroza, toda de hierro dulce, bruñida y construida en Bolueta (Begoña), regalada por el Señorío á sus señores (1) ó cuando poco despues trabajaba en la calle del Clavel sin más ayuda que un aprendiz; el maestro iba á emprender uno de sus frecuentes viajes al extranjero para estudiar los adelantos del arte, á las diferentes provincias de España para atender á las obras que en ellas ejecutaba, y tambien á su amada anteiglesia de Begoña, donde el autor de este libro le ve estos últimos años conversando en la lengua nativa con los labradores más humildes, sencillo y jovial como ellos, y satisfecho de haber vuelto á pasar el resto de su fecunda y noble vida en el dulce rinconcillo natal (2).

Martin pasó al despacho del maestro y saludó á éste en vascuence, en cuya lengua le contestó

(1) Esta hermosa carroza llevaba una dedicatoria que decia:

«Vizcaya tributa honores
con su industria más preciosa
á Fernando y á su esposa,
sus legítimos señores.»

(2) Aun cuando Don Tomás de Miguel nació en Máestu, provincia de Álava, vino muy jóven á Begoña y casó en esta anteiglesia, á la que ha tenido siempre y tiene cariño verdaderamente filial.

Don Tomás afectuoso y regocijado, haciéndole cubrirse y sentarse.

—Los *matzorric*, le dijo familiar y festivamente, no somos de los más diestros para distinguir de dialectos vascongados, pero me parece que si no eres *trompa-errico* te falta poco (1).

—Sí, señor: soy de Urtiaga.

—Aldea muy linda, que no merece el olvido en que la tienen los Diccionarios geográficos.

—Ciertamente que es linda.

—¿Supongo que no la habrás dejado por tu gusto?

—No, señor: la he dejado por necesidad, y no quiera Dios que muera sin volver á ella.

—¡Bien, hombre! ¿Tienes padres?

—No, señor: ni padres ni hermanos.

—Eso hace más meritorio tu cariño á Urtiaga. ¿Y qué es lo que te ha traido por Madrid, hombre?

—Creí que aquí podria ganarme la vida y estudiar al mismo tiempo; pero despues de pasar

(1) Con las denominaciones de *matzorric* (los de las viñas) y *trompa-errico* (los del pueblo de las trompas), se suele designar chanceramente á los de Begoña y Durango. Hoy los durangueses se rien de tal denominacion, cuyo orígen sabemos y no referimos por no alargar esta nota, pero antiguamente era un poquillo arriesgado preguntar en las tiendas de Durango si habia trompas, que son unos instrumentillos músicos de hierro con una lengüeta de acero, cuya vibracion se produce con el aliento y el dedo índice con que se hiere.

mucha hambre, mucho frio y mucha desesperacion, me he convencido de que creí una tontería, y estoy resuelto á no pensar más que en ganar el pan honradamente con el trabajo de mis manos aunque sea de peon de albañil, si es que la edad no me permite ya aprender un oficio, que sí me lo permitirá, pues tengo empeño en ello.

—Hombre, muy honrado es tu pensamiento. ¿Y qué oficio querrías aprender?

—El de cerrajero, y con ese objeto vengo á verle á usted, sabiendo que usted tiene mucha ley á sus paisanos y á todos los que desean trabajar.

—Es verdad que la tengo; ¿pero sabes algo del oficio de cerrajero?

—Nada, porque por nada debo tener el haberme dedicado algo por puro pasatiempo en la fragua del herrero de Urtiaga, á tirar del fuelle, á martillar y á limar alguna llave.

—Si tuvieras buena letra y supieras algo de cuentas, quizá te podríamos ocupar en el escritorio.

—Muchas gracias, Don Tomás, pero mi letra no sirve para eso, y además me he convencido de que no sirviendo para trabajar con la cabeza, sólo debo pensar en ganar el pan trabajando con las manos.

—Pero mira que las tuyas son muy delicadas para manejar el martillo y áun la lima...

—Ya verá usted, señor maestro, si se ponen fuertes en cuanto me harte siquiera de patatas y pan un par de semanas.

—Verdad es que eres robusto.

—Pues si tengo robusto el cuerpo y más robusta aún la voluntad, no tenga usted miedo de que me rinda el trabajo.

—¡Bien, muchacho! Me gustan tus ánimos, y yo haré porque te den pan el martillo y la lima ya que te le han negado los libros.

El maestro llamó en seguida al que dirigia el establecimiento en su ausencia, y le dijo:

—Este muchacho, que es paisano mio, se encuentra muy mal en Madrid, á donde vino con la esperanza de poder estudiar, y se empeña en aprender el oficio de cerrajero á pesar de que es ya demasiado talludito para ello. Con buena voluntad todo se consigue, y como veo que la suya es inmejorable, no dudo que sacaremos partido de él y él le sacará de nosotros. Considérele usted y que le consideren todos como cosa mia, y que se entretenga en lo que buenamente pueda hasta que yo disponga á mi vuelta lo más conveniente.

Así diciendo, Don Tomás se volvió á Martin y añadió:

—¿Cómo te llamas?

—Martin de Echebarría, contestó Martin, que no habiendo ocultado su patria no quiso ocultar

su nombre, fiando que Dios no permitiria que su sinceridad defraudase sus esperanzas de vivir siquiera por algun tiempo sin que su tio ni nadie supiese que el abogado se habia convertido en cerrajero.

—Vamos, háblame con sinceridad, Martin, le dijo el maestro afectuosamente. ¿Necesitas que se te anticipen algunos cuartos?

—¡Muchísimas gracias, maestro! Tengo algunas pesetas.

—Pues bien, á fin de semana cobrarás como todos. Por ahora ganarás seis reales diarios, si no te parece poco.

—Me parece más de lo que yo merezco y necesito, contestó Martin lleno de alegría y agradecimiento, porque al trocar el gaban por la chaqueta y pasar al bolsillo interior de ésta la cartera que contenia su cédula de vecindad, algunas cartas y otros papeles, que llevaba en el bolsillo de aquél, no habia podido ménos de hacerse con terror esta pregunta: ¿Si como pasa del gaban á la chaqueta mi cartera, pasará tambien mi desventura?

El resultado del primer paso del hombre de chaqueta era todo lo satisfactorio que Martin podia haber esperado. Así Martin salió contentísimo del taller donde desde el dia siguiente debia ganar el pan, empapado en sudor sí, pero no empapado en lágrimas!

Con razon se ha dicho que á veces un grano de arena detiene el carro de un conquistador. Allá por los años de 1854 á 1855, habia carnaval político en España y particularmente en Madrid, es decir, que jugaban todos los dias á los soldados, voluntarios ó forzosos, los niños con barbas llamados ciudadanos, y todos los dias habia chin-chin patriotero, y bulla, y corridas, y tiros, y libertad de boca por arriba y por abajo. La Hacienda estaba rematadamente mal, lo que por supuesto se achacaba á las administraciones anteriores, aunque no tenia en ello pequeña parte el haberse suprimido los derechos de puertas y consumos, á propuesta de un diputado andaluz muy dicharachero, y con este motivo la cuestion de Hacienda estaba siempre sobre el tapete. Era amigo particular del presidente del Consejo de ministros (que lo era el duque de la Victoria) un diputado, antiguo intendente de Rentas, apellidado Larrúa, y se empezó á decir que este señor era un pozo de ciencia económica y que con él contaba el presidente del Consejo para salvar la Hacienda en caso de gran apuro.

Desde entónces no pasaba un dia sin que los periódicos anduviesen á vueltas con el señor Larrúa, discurriendo si aceptaria ó dejaria de aceptar la cartera de Hacienda, pero sin poner en duda que fuese el gran hombre que se necesita-

do llegaba á Madrid humilde oficial de cerrajería encargado por Vizcaya de armar la hermosa carroza, toda de hierro dulce, bruñida y construida en Bolueta (Begoña), regalada por el Señorío á sus señores (1) ó cuando poco despues trabajaba en la calle del Clavel sin más ayuda que un aprendiz; el maestro iba á emprender uno de sus frecuentes viajes al extranjero para estudiar los adelantos del arte, á las diferentes provincias de España para atender á las obras que en ellas ejecutaba, y tambien á su amada anteiglesia de Begoña, donde el autor de este libro le ve estos últimos años conversando en la lengua nativa con los labradores más humildes, sencillo y jovial como ellos, y satisfecho de haber vuelto á pasar el resto de su fecunda y noble vida en el dulce rinconcillo natal (2).

Martin pasó al despacho del maestro y saludó á éste en vascuence, en cuya lengua le contestó

(1) Esta hermosa carroza llevaba una dedicatoria que decia:

«Vizcaya tributa honores
con su industria más preciosa
á Fernando y á su esposa,
sus legítimos señores.»

(2) Aun cuando Don Tomás de Miguel nació en Máestu, provincia de Álava, vino muy jóven á Begoña y casó en esta anteiglesia, á la que ha tenido siempre y tiene cariño verdaderamente filial.

Don Tomás afectuoso y regocijado, haciéndole cubrirse y sentarse.

—Los *matzorric*, le dijo familiar y festivamente, no somos de los más diestros para distinguir de dialectos vascongados, pero me parece que si no eres *trompa-errico* te falta poco (1).

—Sí, señor: soy de Urtiaga.

—Aldea muy linda, que no merece el olvido en que la tienen los Diccionarios geográficos.

—Ciertamente que es linda.

—¿Supongo que no la habrás dejado por tu gusto?

—No, señor: la he dejado por necesidad, y no quiera Dios que muera sin volver á ella.

—¡Bien, hombre! ¿Tienes padres?

—No, señor: ni padres ni hermanos.

—Eso hace más meritorio tu cariño á Urtiaga. ¿Y qué es lo que te ha traido por Madrid, hombre?

—Creí que aquí podria ganarme la vida y estudiar al mismo tiempo; pero despues de pasar

(1) Con las denominaciones de *matzorric* (los de las viñas) y *trompa-errico* (los del pueblo de las trompas), se suele designar chanceramente á los de Begoña y Durango. Hoy los durangueses se rien de tal denominacion, cuyo orígen sabemos y no referimos por no alargar esta nota, pero antiguamente era un poquillo arriesgado preguntar en las tiendas de Durango si habia trompas, que son unos instrumentillos músicos de hierro con una lengüeta de acero, cuya vibracion se produce con el aliento y el dedo índice con que se hiere.

ba. En las Córtes Constituyentes habia gran deseo de que el señor Larrúa abandonase su mutismo, tomando parte en las cuestiones rentísticas que todos los dias se suscitaban, y no habia quien no creyese que el dia que al fin saliese de su reserva iba á decir grandes cosas y á derramar torrentes de luz en las tenebrosidades financieras. En una palabra, una especie de aureola rentística coronaba la frente del futuro ministro de Hacienda, á pesar de que nadie le habia podido aún sacar una palabra del cuerpo que diese á conocer su doctrina económica.

Una tarde levantóse en las Córtes una de aquellas terribles tempestades que entónces eran muy frecuentes «sobre quién era más liberal,» y como el señor Larrúa se sintiese herido en la fibra por excelencia sensible en los de su escuela política (que se dice tienen algo de las dos cosas que tenia San Diego de Alcalá), es decir, en la fibra patriotera, se levantó de súbito y pronunció el siguiente discurso:

« El primer tiro que se disparó en Cinco-Villas fuí yo. »

Una carcajada universal acogió este *exabrupto*, y el orador abandonó avergonzado el salon del Congreso, donde no volvió á parecer hasta que aquellas Córtes fueron disueltas por los amigos

del presidente de las actuales (Rios Rosas), por un nuevo método: á cañonazos.

Desde aquella tarde, ni en las Córtes ni en la prensa volvió á sonar el nombre del señor Larrúa, que habia dejado su aureola en el Congreso.

Malo fué el *discurso* del señor Larrúa, pero cien veces peor fué el siguiente, que un ministro de Hacienda de aquel mismo bienio pronunció en las Córtes:

«No me vengan á mí con libros, pues los de caja son los únicos que leo. Un dia leí uno, y como al dia siguiente leyera otro y viera que decia todo lo contrario que el anterior, juré no volver á leer más libros que los de caja.»

A persona de gran autoridad por su saber, su imparcialidad y su rectitud de juicio, que trató al señor Larrúa, hemos oido decir que este señor era hombre muy notable por diversos conceptos, y particularmente por sus conocimientos en materias rentísticas, de modo que, en opinion de la persona á quien nos referimos, si el señor Larrúa (que dudamos viva aún, pues era ya anciano en 1855) hubiera llegado á ponerse al frente de la Hacienda española, quizá hubiera dejado grata memoria de ministro inteligente, honrado y laborioso, por más que no hubiera encontrado la piedra filosofal que ya en aquel tiempo, aunque no

tanto como hoy, se necesitaba siquiera para nivelar los ingresos con los gastos.

Sí, ciertamente un grano de arena detiene á veces el carro de un conquistador. Así como para el Sr. Larrúa el grano de arena que le detuvo en la conquista de la gloria financiera fué un instintivo movimiento del alma ó de la bilis, que no le dió tiempo para pensar ni formular siquiera con arreglo á la grámatica unas cuantas palabras, para Martin el grano de arena que le detuvo en la conquista de la gloria complexa (pues era doméstica, literaria y social) con que soñaba al volver de Rivatajo, fué Julian Lopez y no el editor, pues ya su carro apenas podia rodar cuando tropezó con este último grano de arena.

¡Qué triste es pensar en las grandes y gloriosas conquistas políticas, científicas, artísticas y literarias que ha robado á la patria y á la humanidad el grano de arena que la vulgaridad ó la malicia arroja delante del carro de la juventud que marchaba llena de generosidad y fé á esas gloriosas conquistas!

Martin, en quien el sentimiento religioso que llevó de su aldea no se habia extinguido, si bien se habia amortiguado algo desde que Martin vivia en una sociedad que se olvida del alma inmortal para pensar sólo en el cuerpo perecedero, Martin al salir del taller de su noble y laborioso compa-

triota, alzó los ojos y el corazon al cielo pidiendo á Dios con todo el fervor y el ánsia de su alma, que apartase todo grano de arena del humilde carro en que marchaba á la conquista de un poco de felicidad.

Se acercaba la noche, y Martin necesitaba buscar donde cenar y dormir, porque tenia frio, tenia hambre y tenia sueño. El frio era consecuencia de lo demás, y lo demás consecuencia de no haberse desayunado aquel dia ni haber dormido la noche anterior.

Papeles veia en los balcones de las calles por donde caminaba; pero un aprendiz de cerrajero que por milagro de Dios ganaba seis reales diarios, ó mejor dicho, esperaba ganarlos, no podia pensar en hospedarse en casa de balcon á la calle. Iba por la calle de San Márcos, y viendo entrar en una taberna dos jornaleros que regresaban del trabajo, entró tras ellos con el objeto de ver si allí le daban razon de lo que necesitaba.

Los jornaleros pasaron á la trastienda despues de saludar con un «á la *par* de Dios, *seña* Juliana,» á la tabernera, que estaba detrás del mostrador y era una mujeretona gorda, bigotuda y pelicana.

Martin pensó que al traspasar el humbral de una taberna debia mostrarse en todo, en lenguaje, en maneras, en estómago, en todo, digno de aquel sitio.

—¿Qué tenemos de *güeno pa* cenar? preguntó á la tabernera acomodando el tono al barbarismo de las palabras.

—Un *guisao* que mejor no le has *comio* en tu ladrona vida.

Mucho ménos decentemente que de ladrona calificó la tabernera la vida de Martin; pero vamos andando, que ya nos entendemos. En lo sucesivo adecentaremos el traje de las palabras de Martin y la gentecilla con quien hable; pero rogamos al lector que si quiere conocerlas tales cuales en sí eran, las barbarice y ensucie todo lo posible, y así no podrá decir que le hemos dado gato por liebre.

—Mira, añadió la tabernera, ahora van á cenar esos y Medio-ladron, y puedes cenar con ellos, que para todos hay á manta.

—¿Quién es Medio-ladron?

—¡Qué! ¿no le conoces? Pues más conocido que las ratas es en todo el barrio. Quién ha de ser, un huésped que tenemos en casa.

—¡Ah, ya! ¿con que admiten ustedes huéspedes?

—Aquí todo se admite con tal que traiga calés.

—Yo los traigo, aunque pocos, y ando buscando una buena posada.

—Pues ya estas aviado, que aquí la tienes á pedir de boca. Entra á cenar, dormirás arriba con

Medio-ladron, y mañana quedaremos en el diario que has de dar todos los dias.

Martin pasó á la trastienda, y prévio un «salud, caballeros,» pues como ha dicho Eguílaz, en España todos son caballeros y nadie tiene caballo, se sentó á la mesa donde esperaban la cena dos peones de albañil y Medio-ladron.

El mantel de la mesa y las paredes de la trastienda rivalizaban en suciedad; pero lo que rivalizaba en lo mismo con mantel y paredes, era Medio-ladron, cuyas manos, cuya cara y cuya camisa, parecian no haberse lavado nunca.

El estómago se le revolvió á Martin al ver todo aquello; pero su fuerza de voluntad pudo más que su estómago. Una sucia gallega, que la decencia no permite describir, trajo un cazuelon de guisado con patatas, pan y un jarro de vino.

Cómo á buen hambre no hay pan duro y Martin la tenia tal que hubiera dado envidia á los que tienen más llena la despensa, que naturalmente son los que más se quejan de inapetencia, Martin cenó con tal apetito, que sólo dos ó tres veces tuvo náuseas.

Medio-ladron y los peones tenian más ganas de charlar de sobre-mesa que Martin, que sólo las tenia de acostarse.

Lo que chocaba á Martin tanto como el sobrenombre de su compañero de hospedaje, era que

Medio-ladron, léjos de incomodarse porque los peones de albañil y la criada no le diesen más nombre que aquél, le recibia como si fuera el más cariñoso y honroso de este mundo.

Martin dió las buenas noches á la tabernera y á los que habian cenado con él, y subió á acostarse en el piso principal interior por una escalera que comunicaba con él desde la trastienda.

La maritornes gallega subió á enseñarle la cama, y dándole la vela de sebo le dijo:

—No la apague usted, que no tardará en subir Medio-ladron.

—¿Por qué le llamais así á ese hombre? preguntó Martin á la moza.

—Toma, porque así se llama.

—Pero lo que me choca es que, léjos de incomodarse porque se lo llamais, parece que lo agradece.

—¡Pues mejor fuera que no lo agradeciera!

—¿Por qué?

—Porque llamándole Medio-ladron se le perdona la otra mitad, contestó la gallega con la mayor formalidad tomando escalera abajo.

Martin así que quedó solo examinó aquellas habitaciones, que eran una sala con alcoba y un gabinete con alcoba tambien; pero todo sucio y desvencijado.

—Esta será la cama de Medio-ladron, dijo viendo la de la alcoba de la sala, pues la que á él

le habia designado la criada era la de la alcoba del gabinete.

En seguida examinó su cama é hizo un gesto de repugnancia horrible. La cama era grande y mullida con gergon de paja y un colchon tísico, pero la ropa blanca parecia haberse lavado cuando la camisa de Medio-ladron.

Apeló Martin nuevamente á su fuerza de voluntad y su cansancio y su sueño, puso la palmatoria de barro sobre una silla de la sala, no tanto para que alumbrara á Medio-ladron cuando subiera, como para que no alumbrara la nauseabunda cama en que se iba á acostar, y se acostó, quedando pocos momentos despues dormido como un tronco.

La mañana siguiente, cuando ya entraba la luz por la ventana que daba al patio, le despertaron unos ronquidos al parecer cercanos. Apenas abrió los ojos, miró á su lado, y vió á Medio-ladron acostado con él.

XVI.

El erizo por fuera.—Paranomásias madrileñas.—Martin se convence de que debe dormir con compañía.—¿Martillo ó tornillo?—Venga un martillo.—Machacar en hierro caliente.—Comida tabernaria.—Lenguas comparadas.—El vino moscatel.—Desmiéntese el refran de que lo que no ahoga todo engorda.—El pudor.—Discurso de verdulera.—¡Historias aún peores que esta!—El erizo por dentro.—Sueño de tempestad.—Lluvia de lágrimas.—El alma y el cuerpo.—Mixtura de miel y hiel.—Lucha entre el espíritu y la materia.—Sangre.

¡Ay qué malas noticias tenemos del pobre Martin!

—Por todo pasaré, dijo éste para sí, apresurándose á levantarse y vestirse, cuando echó de ver que habia partido lecho con Medio-ladron, por todo pasaré ménos por dormir con compañía, y ménos con la de este repugnante zamarro.

Y bajó á la taberna, donde ya estaba la señora Juliana, preparándose á abrirla despues que acabase de acristianar el vino destinado al despacho del dia.

—Vamos á ver, dijo á la tabernera, si nos ar-

reglamos con comida y cama para lo sucesivo.

—¿Para lo *sucesivo?* ¡Qué fino está el tiempo! So melon, habla como Dios manda y no nos vengas aquí con *tréminos* de gente de corbatin apretado y *estógamo* flojo.

La gran manía del populacho de Madrid es que para la gente fina todos los dias son de ayuno. Cuando el rio suena agua lleva.

—¿Pues cómo manda Dios que se hable?

—En la *brutarinaria* te lo enseñarán.

—Pues bien, ¿cuánto he de dar de aquí en adelante por la comida y la cama?

—Lo que dá Medio-ladron: una peseta cada dia.

—Corriente, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que he de tener cama aparte.

—Muchacha, exclamó la tabernera con aquel insufrible retintin acompañado de torceduras de hocico y encogimiento de nariz con que el vulgo madrileño es capaz de hacer perder la paciencia á Cristo padre, muchacha, á ver si le preparas á este señor marqués de la Pelusilla una cama con catre de *cara-boba*, colchones de pluma de ganso, sábanas de *zurribanda* y cortinas de *dan-asco*.

El populacho de Madrid, cuya cultura está muy léjos de ser la que corresponde á la capital del reino, si bien ha mejorado mucho durante el

reinado de Doña Isabel II, es muy aficionado al equívoco paranomásico generalmente tan forzado y sin gracia como éstos que son recogidos de su boca: Para llamar á una persona bruta, exclama: «¡Hay que *bruto* me ha salido en el pescuezo!» y con fin análogo dice: «*Macho* usted reir,» ó «¿es usted *rocin* venío?» (el populacho de Madrid tiene horror á la *d)*, ó «¿es usted corto de *bestia?*» ó «*¿has-no* tado esto?» ó «¿has estudiao en la *brutarinaria?*» Para decir una insolencia al que le hace una pregunta que no es de su gusto, contesta volviendo vista y mano á la cadera: «Pregunte usté al *regolver.*» Para mostrar su incredulidad, murmura frunciendo la nariz como para olfatear: «¡Ya lo huelo!» ó «*puñá* se ve que sí.» Creyendo decir una gracia dice: «Oiga usté una *patá* al oido.» Y por último, es tan nimiamente rebuscador de paranomásias, que cuando vende agua en las riberas del Manzanares, se consuela de la mala venta pretendiendo llamar cabras á las labanderas por medio de esta desdichada pregunta: «¿*Cabrais* comío que no bebís agua?» Hay, como se ve, en medio de la insolencia de fondo de este lenguaje, una inocencia de forma tal, que hace perdonar el coscorron por el bollo.

Martin, que no tenia de tonto más que lo que tienen los soñadores de cosas santas y hermosas, es decir, los poetas; Martin, que no tenia de tonto

más que el candor, que es una tontería con que se debe ser feliz donde no hay necios ni bribones, Martin se sonrió indulgentemente al oir esta salida de la señora Juliana, y despues de aguantar tambien la añadidura, que se compuso de un re-ladron y otras lindezas por el estilo, pudo conseguir que la señora Juliana se dejase de retintines y discùtiese el asunto con la formalidad que prueba el siguiente trozo de su discurso:

—¿De dónde has sacado tú, cabeza de chorlito, que por una peseta cada dia te han de dar además de la comida con vino y todo, cama aparte para dormir como si fueras un señor mal comparado? ¡Cama aparte! ¡Sí, y un jamon! Los pobres no tienen cama aparte ni áun en el camposanto, donde los echan todos juntos en el hoyo grande y no como á los ricos *caduno* en su *urnia* con *pitafios* y coplas muy si señores.

Martin pareció quedar convencido con la elocuencia de este discurso, y tomando el morralillo provisto de un panecillo y dos chorizos de Extremadura, como llaman allí á los pimientos asados, que le tenia preparado para el almuerzo la señora Juliana, se dirigió al taller, que era lo que le preocupaba sobre todo.

La especial recomendacion del maestro de que se le mirase como cosa suya, no habia sido olvidada: el encargado de los talleres á quien se

presentó, le recibió con suma bondad, y le dijo:

— Vamos á ver cómo te ocupamos de modo que no te fatigues mucho ni se burle de tí, acusándote de flojedad, esta gente que es capaz de hacer burla de un entierro. Para conseguir lo primero, nada mejor que empezar por donde empiezan los aprendices, que es por pequeñeces que apenas tienen nada que ver con el oficio, como son los recados de los oficiales y la limpieza de los talleres; pero como los aprendices son siempre chicos de doce á catorce años, en quienes nadie extraña tales ocupaciones y tú eres mozo barbado, ocuparte en lo que los aprendices se ocupan es mal camino para que la gente no se burle de tí. Ya sabrás que la cerrajería se divide principalmente en dos ramos, que son: el de forja y el de mesa ó tornillo. Para el primero se necesita, ante todo fuerza, y luégo inteligencia; pero para el segundo se necesita, ante todo inteligencia, y luégo fuerza, como que el trabajo de mesa exige, no sólo el conocimiento de la forja, que se adquiere préviamente manejando las tenazas y el martillo, sino tambien otros más difíciles, tales como el dibujo. Te digo esto, para que impuesto de ello, podamos elegir para tí, de comun acuerdo, la ocupacion que más te convenga.

— La que más me conviene, contestó Martin sin vacilar, es la que muestre ménos que soy ignorante

y flojo y muestre más que soy trabajador y fuerte.

— Esa es la de martillador.

— Pues déme usted un martillo y desígneme un yunque.

— Piénsalo bien, que el fuego no caldea sólo el hierro, ni el martillo quebranta sólo la barra caldeada: caldea uno y quebranta otro, además del hierro, el cuerpo del forjador.

— Fuerte es mi cuerpo y mi voluntad lo es aún mucho más, contestó Martin.

Martin estaba poco despues, martillo en mano, al pié de un yunque. El oficial forjador á quien habia sido recomendado para que fuese indulgente con su inexperiencia y le instruyese con amor y celo, era vascongado, como muchos de los operarios de aquellos grandes talleres, y tanto por esto como por aquella recomendacion y la simpatía que naturalmente inspiraban la buena voluntad y el despejo de Martin, trataba á éste con la mayor consideracion; más aún, sentia instintivamente hácia Martin una especie de respeto más propio del aprendiz al maestro que del maestro al aprendiz. Gracias á sus contínuas y bondadosas reconvenciones para que emplease ménos esfuerzo y ardor en el trabajo, al ménos hasta acostumbrarse á él, Martin, que era robusto y fuerte, soltó á las doce el martillo sin sentirse muy fatigado, para ir, como los demás operarios, á comer.

No tenia el apetito que la noche anterior le habia hecho sacar cumplidamente su escote á pesar de la repugnancia que le inspiraba la suciedad de la cocinera, del comedor y de su compañero de mesa Medio-ladron. Esto se explica teniendo en cuenta que la noche anterior estaba hambriento y descansado, aunque falto de sueño, y entónces, además de no estar hambriento, sentia alguna fatiga que siempre disminuye el apetito.

Sentáronse con él á la mesa, no sólo el consabido Medio-ladron, sino tambien dos ó tres jornaleros, un hediondo esportillero gallego de la plazuela de San Anton y dos mujeres, madre é hija, ésta como de catorce años, verduleras de la misma plazuela. La comida no era delicada, pero sí abundante y nutritiva, pues se componia de una sopa de pan muy azafranada y picante, un cocido de garbanzos y patatas condimentado con el consabido azafran (á que la gente pobre de Madrid tiene mucha aficion, sin que le importe un bledo lo que perjudica su salud) y engrasado sabe Dios con qué, pero al fin engrasado.

Martin sintió en presencia de aquella gente y aquella comida una repugnancia que no habia sentido la noche anterior; pero apelando á su fuerza de voluntad, que era el gran auxilio con que habia contado para vencerlo todo, la venció

hasta cierto punto y comió aunque no con el apetito que sus compañeros.

La regla de que en esta vida caduca el que no trabaja no manduca tiene grandes excepciones, pero no tiene ninguna la de que el que no manduca no trabaja. En la lengua nativa de Martin no se dice como en la castellana con referencia á la comida ó la bebida « tal cosa no me gusta » sino « no sé comer ó beber tal cosa, » en lo que muestra la lengua vascongada, como en todo, su profunda exactitud y filosofía, que no puede haber recibido de un pueblo de sencillos labriegos y pastores montañeses como el que hoy la habla, sino de un pueblo muy culto. Martin, que pensaba y raciocinaba en la lengua nativa, dijo: « Lo que no se sabe se aprende y yo necesito aprender lo que saben las gentes de mi clase.» Esta reflexion contribuyó no poco á que empezara á aprender aquella ciencia en que tan consumados se mostraban sus compañeros de mesa.

No recordamos quién ha dicho (pero de seguro ha sido algun español) que cuando cae una mosca en el vino, el inglés bebe el vino y la mosca, el francés ó el aleman tira la mosca y bebe el vino, y el español tira el vino y la mosca. Con permiso del autor de esta chilindrina, debemos decir que el español legítimo bebedor, léjos de tirar el vino que tiene mosca, le asciende rego-

cijado á la categoría de *moscatel* y se le echa al coleto.

Prueba al canto, tomada de la historia que vamos contando: cuando el jarro corrió de mano en mano despues de pasar de labio en labio, incluso el de Medio-ladron, y llegó á mano de Martin, que era el último á quien correspondia, como el último que habia tomado asiento entre los comensales de la taberna, Martin tuvo tentaciones de rechazarle porque su contenido habia sido calificado de *moscatel* hasta por el mismo Medio-ladron, cuyo tragadero era tan ancho que ni moscardones se detenian en él; pero su fuerza de voluntad venció tambien aquellas tentaciones, aunque no pudo tanto con una mosca, ó quizá rana, que se le quedó al pobre Martin atravesada en la garganta.

Todo el calor de la fragua no bastó aquella tarde para dar al estómago de Martin calor suficiente á digerir la comida. Sin embargo, Martin trabajó como un héroe, porque no queria que se dijera que las fuerzas de un mozo de veintitantos años habian flaqueado el primer dia que se habian puesto á prueba.

La señora Juliana, que se parecia á los erizos del castaño, espinas punzantes por fuera y sabrosas castañas por dentro, conocióle en la cara que no venia bueno del taller, y le hizo tomar una

taza de té con aguardiente. Gracias á esto, se repuso un poco y pudo formar parte de la tertulia que todas las noches se reunia en la trastaberna, compuesta de los parroquianos más asíduos é íntimos de la casa, entre ellos la verdulera y su hija, que era una niña cuya hermosura hubiera podido competir con la de Purita, si la ausencia del santo candor del alma, que es el perfume de la hermosura física, no la hubiese privado ya de su mayor encanto.

Uno de los tertulianos estaba de mal humor, porque aquel dia habia perdido el jornal con motivo de habérsele citado como testigo para declarar en cierta causa que se seguia en el juzgado á personas de su vecindad.

Versaba esta causa sobre hechos tan escandalosos, que el buen hombre se resistia á satisfacer la curiosidad de los circunstantes refiriéndolos, por consideracion á la niña que le escuchaba, pues en el pobre pueblo de las grandes poblaciones, incluso Madrid, no faltan gentes que en la atmósfera impura de las tabernas y la miseria, conservan, como por un instinto invencible, el sentimiento del pudor y la inclinacion á lo delicado y conveniente; pero la verdulera se apresuró á disipar sus escrúpulos exclamando:

—¡Mira tú el tio lila este con lo que se nos descuelga ahora! ¡Como si mi chica no supiera ya

dónde le aprieta el zapato! ¡No, que ahora la iba yo á tener con los ojos cerrados para que tropezara en la primera piedra que se le pusiera delante! ¡Arroz! Cuando el más listo asoma á la puerta, ya está al cabo de la calle mi chica. Con que, tio reparos, cuente usted todo eso con todos sus pelos y señales, que algo se ha de contar para pasar en paz y gracia de Dios el rato.

Casi unánimes señales de aprobacion acogieron estas palabras, y el de los escrúpulos, libre ya de ellos, contó una obscena historia que escucharon casi todos con embeleso, y muy particularmente la niña.

Decimos que casi todos, porque hubo uno que la escuchó con profunda repugnancia: este uno fué Martin, que no se atrevió á protestar contra ella, porque si lo hubiera hecho, de seguro no hubiera conseguido más que atraerse las burlas y áun la animadversion de los tertulianos.

Tras la historia obscena, vinieron otras del mismo género, tras de las del mismo género, vinieron historias nauseabundas, tras de las historias nauseabundas vinieron historias sangrientas de palos y navajadas, y de todas estas historias ni siquiera se podia decir lo que de los sepulcros dice el Evangelista: si por dentro estaban llenas de huesos de muertos y de toda inmundicia, por fuera no estaban blanqueados por el ingenio y la cul-

tura consagrados á dar al mal apariencia de bien para hacerle más seductor, como muchas historias que Martin habia visto correr por el mundo.

Martin, que en aquella sociedad sentia un malestar indecible, y por otra parte, no tenia gana de cenar, subió á su cuarto con pretexto de que «no se sentia muy católico» (¡qué salidas de pié de banco suele tener nuestra buena lengua castellana en su afan de metaforizar!)

La señora Juliana, que si tenia mala lengua, en cambio tenia buen corazon, lo que felizmente es bastante comun entre el descocado y provocativo vulgo de Madrid, subió poco despues al cuarto de su huésped á quien encontró ya acostado.

—Arrastrado, ¿porqué no has esperado á cenar? preguntó á Martin con aspereza.

—Porque no tenia gana.

—¡Muy delicado eres tú para donde tienes que ir!

—Déjeme usted en paz, que no tengo gana de conversacion, replicó Martin volviéndose hácia la pared.

—Déjate querer, cascarrabias, que cuando las viejas vamos al cuarto de los mozos, amor de madre nos lleva. ¿Vamos, qué es eso, te has puesto peor?

—Sí, señora, no me siento bien, contestó Martin pesaroso ya del despego con que habia recibido á la tabernera.

—Pues, hijo, continuó ésta dando á su tono la dulzura que correspondia á la palabra hijo, ya que no tienes madre que te consuele y asista, mándala hacer en Alcorcon ó conténtate con que yo haga sus veces.

Martin que ya se habia vuelto hácia la señora Juliana, alargó á ésta la mano saltándosele las lágrimas al oir estas palabras.

—Ea, continuó la señora Juliana, es menester que tomes siquiera un ensopadillo del caldo del puchero que yo guardo para mí todos los dias; que tiene pena de la vida el que no come.

—Gracias, señora Juliana, pero no tengo gana de tomar nada.

—Eso será lo que tase un sastre, replicó la tabernera saliendo de la alcoba, á la que volvió poco despues llevando una taza de caldo en que nadaban algunas raspas de pan y un huevo, que hizo tomar á Martin, como tambien un vasito de buen vino blanco que acompañaba al ensopado.

Martin se sintió fortalecido y consolado con esto, y más que con esto, con la solicitud verdaderamente maternal con que la señora Juliana se lo habia servido.

—Ahora, dijo la tabernera abrigándole con la ropa de la cama, es menester que duermas y sudes. Medio-ladron dormirá esta noche en la cama

de la sala para que estés más á tus anchas y no te destape ni despierte al acostarse.

La señora Juliana se despidió de Martin dejando á éste muy consolado con los cuidados y la ternura á su modo que habia prodigado al pobre jóven.

Este consuelo no bastó, sin embargo, á disipar las negras nubes que Martin empezaba á divisar en los horizontes de su nueva vida. Martin comparaba su vida de gaban con su vida de chaqueta, y empezaba á encontrar desventajosa esta última, porque bajo la chaqueta no encontraban sus dolores las compensaciones que encontraban bajo el gaban. Tras un dia de penas, tras un dia de angustias, tras un dia de hambre y frio, reuníase con Miguel, con los colonos de la calle de Lope de Vega, con sus compañeros de hospedaje ó con un desconocido, hombre de gaban como él, que como él iba á sentarse en un billar para distraer sus tristezas siguiendo las peripecias del juego ó para guarecerse del frio, y en aquella sociedad encontraba consuelos que no encontraba ni debia esperar en la sociedad del taller ni en la sociedad de la taberna. ¡Adios flores del ingenio, adios controversias literarias y artísticas, adios delicadezas de la sociedad culta, adios todas esas delicias del mundo de la inteligencia que para el que se ha formado en él y hasta por instinto natural

las siente y las ama, son la dulce compensacion y el olvido de todas las miserias físicas y morales de la vida!

Comparando así, discurriendo así, desconsolándose así, se fué Martin entregando al sueño, ó mejor dicho, á la pesadilla que es el único sueño que se duerme cuando la tempestad ruge en el alma!

Cuando la luz empezó á entrar por la ventana del gabinete que daba á un ancho patio con honores de corral, donde vivian en hediondos zaquizamís aguadores asturianos que entre diez y seis ó veinte alquilan en un duro mensual, una especie de pocilga donde duermen sobre paja tendida en el suelo, mozos de cordel gallegos asociados para lo mismo, vendedores callejeros, mendigos, barrenderos, poceros y gentes de profesion incalificable, porque la suya ó no se conoce ó sólo se sospecha, ó aunque se conozca, la decencia no permite nombrarla; cuando la luz empezó á entrar por la ventana que daba á aquel patio donde desde que amanecia hasta bien entrada la noche, no cesaban los cantares inspirados por la musa de las cárceles y las tabernas (que debiera compartir un grillete con la musa de la tontería), las blasfemias, las obscenidades, los lloros de chiquillos, las peloteras de mujerzuelas y mujeronas (que debieron recibir su nombre de peloteras porque siempre concluyen con repelones), y los espec-

táculos que ofrecia la proverbial galantería española rompiendo el sexo fuerte de manos en la cabeza del sexo fuerte de lengua una cazuela, una botella, un botijo ó una vara de fresno; cuando la luz empezó á entrar por la ventana, Martin que soñaba con el taller, y por nada del mundo hubiera querido dejar de ser uno de los primeros que asistiesen á él, se arrojó de la cama para apresurarse á vestirse; pero se sintió tan mal que apenas podia mantenerse de pié.

Todo su cuerpo estaba como quebrantado, y aquellos brazos que con tanto vigor habian blandido el dia anterior el martillo, casi no tenian fuerza para levantar la ropa que estaba sobre una silla desvencijada. Y no era esto sólo la tristísima novedad con que Martin se encontró al librarse de aquel penoso sopor que durante toda la noche no le habia permitido ni descansar ni darse cuenta de su estado: sus manos estaban hinchadas y llenas de ampollas, que al reventarse debian convertirse en llagas que hiciesen totalmente imposible el manejo del martillo.

Martin, á medio vestir, se volvió á arrojar sobre la cama lleno de desaliento y desesperacion, y se echó á llorar con profundo desconsuelo.

—¡Está visto, dijo, que para mí no hay refugio ni amparo en la vida! ¡He llamado á las dos únicas puertas donde las gentes honradas pueden lla-

mar, la del obrador de la inteligencia y la del obrador de los brazos, y en ambas he sido rechazado sin misericordia! ¡Dios mio, á qué puerta puedo ya llamar!

Y así diciendo, el probre jóven lloró largo rato, oculto el rostro entre sus manos y la frente apoyada en la nauseabunda almohada de su lecho; pero irguiéndose de repente como indignado de su debilidad, se enjugó las lágrimas y añadió, volviendo á pedir auxilio á aquella fuerza de voluntad con que tanto habia contado:

—¡Qué ruin debilidad es ésta á que me rindo casi sin combatir como el hombre más vulgar y miserable de la tierra, yo que desde que tuve uso de razon estoy pensando que no pertenezco al vulgo de los hombres, yo que tuve la necia presuncion de creer que lo que yo pensara y dijera podria ilustrar y dirigir por buen camino al vulgo, yo que estoy pregonando en libros y periódicos que el alma, la inteligencia, el espíritu inmortal que Dios ha puesto en la criatura racional debe y puede dominar como absoluto y poderoso señor á esta vil materia que se llama cuerpo, sirviéndole de moderador, como el hombre inteligente domina y adapta á sus necesidades el edificio material en que vive! ¡Cansancio de mis brazos, quebrantamiento de mis huesos y mis músculos, llagas de mis manos, hastío de mi estómago, debilidad y

resistencia y rebeldía de la materia en que mi espíritu se encierra, más que vosotros ha de poder mi inteligencia, mi espíritu, mi alma, que es vuestro absoluto señor, y tiene derecho á serlo, porque procede del santo aliento de Dios y pugna perpétuamente por ascender al cielo, y no, y no como vosotros de un miserable puñado de tierra que á la tierra pugna perpétuamente por volver! Obedece, miserable cuerpo mio, á mi alma que es tu señora y á quien como humilde esclavo debes servir!

Atribuir, conceder á la voluntad la fuerza absoluta y suprema sobre la materia que Martin le atribuia es un absurdo; pero tambien lo es negar que la voluntad no logre á véces dominar la rebeldía de la materia, pues con frecuencia lo logra, aunque su dominio no sea absoluto ni duradero. Prueba de esto último es que Martin logró triunfar por de pronto, y con el auxilio de su voluntad, de aquella tiranía física que le habia hecho desplomarse sobre su lecho llorando como un débil niño.

Acabóse de vestir y bajó á la taberna, donde ya encontró á la señora Juliana, que le preguntó á su manera, desabrida en la forma, pero afectuosa en el fondo, cómo se sentia.

—Me siento bien, le contestó heróicamente Martin, tomando el taleguillo del almuerzo que

le esperaba ya sobre la mesa de la trastaberna.

—Espérate, melon (el melon, que aunque dá cólicos, es dulce, era una de las muletillas que caracterizaban á la tabernera), que no te vendrá mal una taza de café con leche que te tengo preparada.

—¡Gracias, señora Juliana! contestó Martin esforzándose por no dejar traslucir á la tabernera la dulce emocion que experimentaba al ver aquella especie de solicitud que tenia algo de maternal. El mundo en que habitaba hacia dos ó tres dias, tenia para él hasta el inconveniente de no permitir expresar el sentimiento en la única forma en que él sabia expresarle. Martin no concebia que con un «melon» ó un «arrastrado» se pudiera expresar afecto análogo al que expresa, por ejemplo, el dulcísimo *maitechúa* de su lengua materna, ó el «hijo mio» vanamente prodigado en la lengua castellana. ¡Hasta para expresar su agradecimiento de modo que se le comprendiera y no se le ridiculizase, tenia que trabajar y padecer el pobre Martin en aquella nueva vida, que tan dulce le habia parecido en teoría y tan amarga le iba pareciendo en la práctica!

Martin tomó la taza de café, que le pareció á la vez deliciosa y repugnante: deliciosa porque la voluntad con que se le ofrecia tenia algo del amor con que en otro tiempo se le ofrecia en el hogar

paterno el desayuno, y repugnante porque el desayuno de la taberna no tenia la limpieza del desayuno del hogar paterno.

Dirigióse en seguida al taller y se dispuso á empuñar el martillo. El maestro forjador conoció en su cara que su salud no era tan buena como su voluntad, y le preguntó si estaba malo. Martin no se atrevió á mentir rotundamente al maestro, que le habia tratado con suma bondad desde que empezó á trabajar á su lado.

—Ya sabe usted, le contestó, lo que dice el refran: á quien no está hecho á bragas, las costuras le hacen llagas; pero tambien otro refran dice: con voluntad y con manos, son gigantes los enanos.

—Voluntad, replicó el maestro, no dudo que la tienes, pero en cuanto á manos, ahora lo veremos.

—Sí, maestro, ahora lo veremos, repitió Martin asiendo el martillo.

—Deja ese martillo en paz, y á ver si tus manos están de recibo.

Martin mostró las palmas, y al verlas el maestro desolladas, le dijo:

—Muchacho, no te doy un apreton de manos porque las tuyas no están para recibir esas demostraciones de afecto. Déjate hoy de machacar y acriba carbon en la carbonera.

Martin insistió de tal modo en que sus manos estaban aptas para dominar el martillo, y con tal encarecimiento pidió al maestro que le permitiera hacer la prueba, que el maestro accedió al fin á sus deseos, convencido de que ántes de una hora habria de confesar que el martillo dominaba á sus manos.

Llegó sin embargo la noche, y Martin no soltó el martillo hasta que soltó el suyo el maestro, pero... ¡el mango del martillo de Martin estaba ensangrentado!

XVII.

El porvenir de los célibes.—Cuitas de Don Domingo.—Carabinazos amorosos.—Don Domingo está á punto de tener un fin trágico.—Chistes de comedia.—Los muertos de Madrid.—*¡Malorum!...*—Lo del ojo.—Vive la gallina, pero vive con su pepita.—Madrid y el viento del Norte—Panorama matritense.—Paréntesis largo.—Vuelta con los muertos.—Los cuatro féretros.—La espuerta mortuoria.—De tocinero á ministro.—Carrera mediana.—Carrera larga.—Carrera corta.—Los que lloran aún y los que no lloran ya.—La puerta del camposanto.

Hácia el año de 1860 conversaban en una fonda de San Sebastian dos viajeros, uno de ellos como de cuarenta y seis años de edad, y el otro algo mas viejo.

El primero viajaba sólo y el segundo con su familia. El más jóven encarecia las ventajas del celibato, que proporcionaba la libertad de que el más viejo carecia.

—Cierto, contestó el más viejo, que ustedes los célibes son felices hasta pasar de los cincuenta años; pero ¡vive Dios que pagan muy cara su felicidad desde esa edad en adelante!

El más jóven se rió en son de incredulidad al oir esto, y replicó:

—Aun cuando eso sea cierto, siempre tenemos los solteros una gran ventaja sobre los casados, y es la de la libertad de eleccion de estado: cuando ustedes se sienten mal con la cruz del matrimonio, no son dueños de arrojarla; pero cuando nosotros nos sentimos mal sin ella, lo somos de echarla sobre nuestros hombros. Si pasados los cincuenta años, como usted supone, empieza á pesarnos el celibato, el remedio es muy sencillo, nos casamos.

—No, no se casan ustedes si tienen sentido comun.

—¿Por qué?

—Porque ya no están á tiempo de casarse y sí sólo de purgar el pecado de no haberse casado. ¿Con quién se casan ustedes entónces?

—Con una mujer, sino de nuestra edad, de diez años ménos, porque la mujer, para tener la misma edad que el hombre, siquiera ha de tener diez años ménos que él.

—Pues en ese caso, léjos de ganar ustedes pierden, porque si ántes eran un solo viejo que necesitaba báculo en que apoyarse, despues son dos.

—Ó nos casamos con una mujer más jóven que nosotros.

—En ese caso, cien veces peor.

—¿Por qué?

—Porque el desamor y la repugnancia que no puede menos de sentir la hiedra lozana y fresca que se apoya por necesidad (pues no puede ser por otra cosa) en el árbol viejo y seco, y áun le abraza; el ridículo, los celos y sobre todo la certidumbre de dejar sin apoyo, cuando ménos moral, á séres débiles y amados que le necesitan, son males infinitamente más crueles que los naturales de la vejez.

El viajero más jóven calló, ó poco ménos, más por deferencia á su interlocutor, que era un historiador y crítico ilustre, que porque éste le hubiera convencido, y continuó célibe.

Diez años despues, en una fonda de Bilbao, donde se aburria lleno de achaques y aislamiento y envidiaba el amor y la alegría de otros ancianos rodeados de amorosa familia, nos contó esto y añadió:

—¡Ay, qué razon tenia Don Modesto Lafuente!

Don Domingo el de la calle de Postas, que tan bien hallado se sentia con el celibato cuando Martin le hizo sus primeras visitas y cuando Martin le hizo las últimas, empezaba á aburrirse y entristecerse con aquel estado, se sentia tan mal ocho años despues de haber dicho á Martin:

Si quieres que el anzuelo
ninguna mujer te eche,

no almuerces donde duermas,
ni comas donde almuerces,
ni cenes donde comas,
ni duermas donde cenes,

que, como carecia de sentido comun, se sentia inclinado á casarse, como se deduce de la siguiente conversacion que él y la carabinera tuvieron, precisamente cuando Martin se habia eclipsado á los ojos de todos sus antiguos conocidos.

Don Domingo estaba en su despachito, mal humorado con sus dependientes, que en cuanto él salia ó dejaba de vigilarlos desde la vidriera del despacho ó desde el *judas* (como llaman los franceses al ventanillo abierto en el techo de las tiendas para atisvar desde arriba lo que en éstas pasa) se entretenian en retozar con las parroquianas de medio pelo, cosa perniciosísima al cajon, y mal humorado tambien con la criada, cuyos guisos sabian á rejalgar, cuyos primores culinarios eran para el novio, y cuyas sisas eran tan escandalosas, que inspiraron á nuestro amigo Príncipe (que esté en gloria) aquella fabulilla que dice:

Hizo comprar Don Andrés
tres libras de carne á Inés,
y como faltaran dos,
exclamó: «¡Bueno por Dios!
¿Dos libras de sisa en tres?»
Ella echó la culpa al gato;

y él, por ver si era comedia,
de una balanza en el plato
puso al gato... ¡y el ingrato
sólo pesó libra y media!

Doña Genara entró en la tienda, y lo primero que hizo fué preguntar por Don Domingo. Apenas la oyó éste, trocó su cara de Viérnes Santo en cara de Domingo de Resurreccion, y salió á la tienda apresurándose á abrir la trampilla del mostrador para que su amiga pasara al despacho, donde la instaló con mucha galantería y mimo en el blando sillon que ni áun á gente de faldas cedia, como no fuese á Doña Genara.

—Dichosos los ojos que le ven á usted, picaron, pues parece que le hemos echado los perros en casa! exclamó la carabinera, disparando carabinazos de amor á Don Domingo con sus ojazos negros, que era lo único en ella por lo que, al parecer, no pasaban años.

—¡Ay, Doña Genara de mi alma, harto siento no poder ir ya á desustanciarle á usted el puchero de los huéspedes, con aquellos calditos acompañados del correspondiente vaso de buen vino con que usted me obsequiaba cuando iba por allá en mis buenos tiempos; pero estos pícaros dependientes y esta pícara criada me tienen siempre aquí atado al potro, porque me saquean y me pierden la casa en el momento que pongo el pié en la calle!

—Le está á usted bien empleado por su terquedad en hacer el buey suelto. Siempre que le decia yo á usted: «cásese usted, Don Domingo, con una mujer como Dios manda», parecia que le ponian un cohete en salva la parte.

—Ya me pesa no haber seguido los consejos de usted.

—Pues, hombre de Dios, ¿qué hace usted que no los sigue?

—¡A buen tiempo mangas verdes! Mujer, si estoy hecho un vejestorio.

—¡Eh, no tenga usted gana de broma!

—¿No vé usted qué desmejorado me voy quedando? Y así diciendo, Don Domingo levantó la cortinilla de la vidriera para que le diese la luz en la cara y Doña Genara pudiese examinarle.

Doña Genara contempló un momento á Don Domingo, y haciendo un pucherito como para llorar, se llevó el pañuelo á los ojos.

—¡Gracias que encuentro alguna persona que me compadezca! exclamó Don Domingo creyendo que el repentino compungimiento de la carabinera era compasion por su estado.

—Pero, hombre de Dios, sino me enternezco porque le compadezca á usted, que no hay por qué compadecerle, sino porque me recuerda usted á mi difunto.

—¡Cuando recuerdo á un difunto, qué tal estaré!

—Hombre, lo que está usted es muy gracioso ó muy torpe. Si lo que digo es que verle á usted y ver á mi difunto todo es uno.

—¿Pues en qué se parecia á mí el difunto?

—En lo sano, en lo hermosote, en lo apetitoso, en todo.

—Favor que usted me hace.

—No hay tal favor ni tal cuerno, que está usted, Don Domingo, que se le puede comer crudo.

Al oir Don Domingo estas lisonjas que le llegaron al alma, por que la tenia de cántaro como aquella de donde venian, estuvo á punto de autorizarnos para decir lo que el sublime calavera Víctor-Hugo dijo de uno de sus galanes:... «tuvo un fin trágico, se casó;» porque ya hemos dicho qué fin trágico ó desastroso tiene el que se casa de cincuenta arriba.

Pero Don Domingo habia llegado á los cincuenta años horrorizándose de las mujeres, y en ocho no habia podido desprenderse del todo de aquel horror. Así, se apresuró á cambiar de conversacion para ahuyentar sus tentaciones de arrodillarse á los piés de la carabinera como un galan de comedia tonta (en la comedia de la vida ni en la comedia discreta, que es su reflejo, na-

die declara su amor de rodillas), exclamando: ¡Genara (sin *don* ni *usted)*, yo te amo!

—¿Y qué me cuenta usted de mi paisano, que hace un siglo no le veo?

—¡Otra te pego! Pues á saber si es vivo ó muerto venia yo...

—¿Pues qué, no está en su casa de usted?

—¡Vaya una salida! ¡Poco hace en gracia de Dios que se marchó!

—¿A dónde?

—A la calle de Hortaleza dijo que iba; pero como han tumbado la casa... ¿Pero, hombre de Dios, no se cartea usted con su tio?

—No, mujer. Desde que dejé de correr con las mesadas de su sobrino, ¿á qué santo nos habíamos de cartear?

—¿Pero su sobrino no ha vuelto por aquí?

—No, mujer.

—Si digo que estos medio cómicos ó cosa así son locos.

—Lo mismo digo yo, Doña Genara. He estado por poner cuatro letras á su tio diciéndole la mala correspondencia del muchacho; pero con esto del franqueo forzoso, si uno se dá á escribir cartitas, los sellos de correos se le van como agua. ¿Pero no saben el paradero de Martin sus amigos los chicos del gabinete?

—Tambien se despidió de ellos á la francesa.

Eso no lo extraño porque tuvieron no sé qué dares y tomares el señor de Lopez y él cuando estaba en su tierra el señor de Martinez...

—¿Por qué?

—Yo no estoy muy enterada, pero ello debió ser por un verso que puso el señor de Lopez en el periódico sin licencia del señor de Echebarría, y por mor de eso, al señor de Echebarría le llamaron cobarde unos caballeros que fueron á casa, y el periódico tronó...

—Si tronó el periódico, mal andará usted con las mesadas de los del gabinete.

—Aquellos van siempre trampa adelante; pero ahora van á coger mucho dinero con una comedia que les echan mañana en el teatro del Príncipe, y dicen que es muy buena!

—¿Quién lo dice?

—¿Quién ha de ser? Ellos. Mire usted si ellos que la han compuesto sabrán si es buena.

—Pues va usted á estar en grande.

—Por de contado, ya me han dado billetes para mí y por si quiere ir algun amigo... A propósito, si usted quiere ir, de modo más barato nunca podrá divertirse. Aquí tiene usted una butaca de las que cuestan, como quien no dice nada, catorce realazos.

—¡Catorce reales! ¡Señor, que haya quien dé tanto dinero por ver esas tonterías!

—Es verdad, pero pasaremos el rato, porque á mí ya me hacen *de* reir algunas de las ocurrencias de Caltañazor y Mariano Fernandez, como aquello de apabullarle el sombrero al viejo...

—Eso y lo de escupir de asco el galan cuando sabe que en lugar de besar la mano á la dama se la ha besado al gracioso, tambien me divierte á mí.

—¡Pues no le digo á usted nada cuando el gracioso limpia la sangre de la espada despues que ha estado metido bajo la cama durante la pelea!..

—¿Y qué me dice usted de aquello del galan que hace el amor muy derretido á una máscara, y cuando la máscara se quita la careta se encuentra con que es su mujer?..

—¡Pues y las salidas del gracioso que escucha la conversacion detrás de la cortina ó metido en el armario!..

—¡Eso, eso sí que es divertido!..

—Pues no sea usted tonto, quédese usted con este billete y verá como se divierte mañana.

—Vaya si me quedo, que catorce reales no son para perdidos. ¿Supongo que usted tambien irá?

—¡Pues no he de ir! Allá nos veremos, y si usted no fuera tan comodon, podia ir por casa á tomar conmigo chocolate y luego acompañarme.

—Pues iré sin falta al anochecer.

Tal fué, sustancialmente, el coloquio que tuvieron la carabinera y Don Domingo en el despa-

chito de este último una tarde, poco despues de haber trocado Martin el gaban por la chaqueta.

Entre tanto ¿qué era de Martin? El lector tiene más derecho que ellos á saberlo, como que á ellos nada les debia y al lector le debe el puñadito de reales que ha pagado por su historia.

Las noticias que tenemos de Martin son cada vez peores, y si Dios no lo remedia, milagro será que el pobre no deje sus huesos en aquellos camposantos de Madrid, á donde no van los pobres acompañados y conducidos de la religion y la amistad como en nuestras creyentes aldeas, sino sólo de dos venales ganapanes que conducen el féretro hasta el borde de la gran fosa comun donde le desocupan sin que nadie llore ni nadie rece. ¡Ah! es muy posible que haga suyo el concepto de estos versos de un compatriota suyo, que como él, esperó y padeció y temió en Madrid durante la primavera de la vida:

Siempre las penalidades
arrostré con alma fuerte,
pero siempre ante la muerte
temblé en villas y ciudades;
que allí, como el aire atruenan
músicas y fiestas vanas,
pocos oyen las campanas
que por los difuntos suenan (1).

(1) *El Libro de las Montañas* por el autor del presente.

Martin amaneció al tercer dia de hospedaje en casa de la señora Juliana con las manos enconadas é hinchadas como botas, y el cuerpo descoyuntado á consecuencia del trabajo, y con el estómago lo que se llama echado á perder á consecuencia de la invencible repugnancia que le causaban los alimentos, y con el ánimo contristado y desfallecido más que á consecuencia del padecimiento físico, á consecuencia de la repugnancia no ménos invencible que le causaba el trato de las gentes entre quienes tenia que vivir, él cuya vida entera no conocia más hábitos que los de vivir y tratar con gentes cultas, ó cuando ménos de costumbres sencillas, limpias y honradas, y de ejercitarse en el estudio, en el raciocinio culto y delicado y en el cultivo de las bellas letras!

Apesar de aquel profundo malestar físico y moral, todavía se atrevió á pedir auxilio á su decantada fuerza de voluntad en que tanto y tan insensatamente habia confiado para contrastar y vencer todos los obstáculos que le ofreciese su nueva vida; pero todo el auxilio que aquella potencia le dió, se redujo á sostenerle desde su casa al taller, donde así el maestro forjador como el director facultativo de los talleres que sustituia á Don Tomás en ausencia de éste, echaron inmediatamente de ver su lamentable estado, y le vedaron el trabajo obligándole á retirarse, no sin

procurar animarle y consolarle recordándole la especial recomendacion de Don Tomás de que se le tratara como cosa suya, y asegurándole que mientras no pudiese trabajar le correria el jornal íntegro y áun se le adelantaria algun dinero si lo necesitase para atender á su salud.

Martin se volvió á casa y se acostó, porque se sentia enfermo del cuerpo y del alma, como nunca se habia sentido. La señora Juliana, que al verle entrar aún más desmayado que habia salido, le habia preguntado á su manera cómo se sentia, subió á su cuarto, y encontrándole ya acostado, se informó con la mayor detencion y solicitud de su estado, y le preguntó si queria tomar algo, recordándole que el no comer es pecado tan grande, que Dios ha impuesto pena de la vida á todo el que le comete; y le anunció que iba á llamar á un cirujano para que le curase las manos que tenia hechas una llaga.

—Lo único que quiero, le contestó Martin, es que ni usted, ni el cirujano, ni nadie, parezcan por aquí, porque necesito estar solo para dormir y descansar.

La señora Juliana, despues de ponerle de melon y cascarrabias que no habia por dónde cogerle, le arregló la ropa de la cama con un amor que contrastaba con la rudeza de sus palabras, y dejándole una jarra de agua azucarada por si tenia

sed, entornó la ventana y la puerta del gabinete para que no le molestara la luz, y le dejó solo.

Martin, en vez de dormir, lloró de dolor y desesperacion largo rato, pero al fin el sueño inquieto, lleno de pesadillas y de negras visiones, se apoderó de él y no le abandonó por completo hasta la caida de la tarde, en que la señora Juliana, acompañada de uno de los cirujanos-barberos-comadrones más acreditados del barrio, entró en el cuarto.

El cirujano le pulsó, le examinó las manos y la lengua, y le dijo que aquello no valía nada, pues todo su mal desapareceria con algunos dias de cama y otros tantos de abstinencia de todo trabajo, porque estaba reducido á la desolladura de las manos, á una grande excitacion nerviosa y á una calenturilla gástrica, que si se descuidaba podia tomar el carácter tifoideo.

¡No es nada lo del ojo y le llevaba en la mano!

Los cuidados de la señora Juliana y el consuelo que le proporcionó el director de los talleres que fué á visitarle y le animó diciéndole que, tardase lo que tardase en restablecerse, no le faltaria el jornal, contribuyeron no poco á su mejoría y á que desechase el temor, que era su más terrible pesadilla, de tener que ir al hospital; pero áun así la gastritis le costó quince dias de cama.

Anticipándose al permiso del facultativo, se

levantó porque deseaba ardientemente abandonar la atmósfera de su habitacion, que no sin motivo creia nauseabunda é impura, para respirar aire más saludable, y bajó á la taberna.

La señora Juliana le puso de vuelta y media por su indocilidad, pero Martin la tranquilizó diciendo que á no ser por la debilidad y el mal de las manos se consideraria completamente restablecido, y la buena mujer consintió, aunque á regañadiente, que saliese á dar un paseito, pues el dia estaba bueno.

Martin no temia ya que recorriendo las calles el hombre de chaqueta, reconociesen en él al hombre de gaban las gentes que á este último habian tratado. Aparte de lo que le desfiguraba el nuevo traje (y entiéndase que no decimos el traje nuevo, porque el suyo estaba léjos de serlo), su demacracion y su barba, que habian crecido desmesuradamente en aquellos últimos quince dias, eran disfraz eficacísimo para que no le conociese ninguno de sus antiguos amigos. Ni áun en el taller le conocieron cuando dió una vuelta por allí el primer dia que salió á la calle.

Parecíale siempre que respiraba un ambiente vivificador y puro como en ninguna otra parte en las afueras del Norte, aunque son tan áridas y tristes como las de Levante y Mediodía, y tienen sobre estas últimas la desventaja de estar lle-



nas de campo-santos, muladares, corrales y casuchas miserables. Si Madrid tiene el don de errar en política, no le tiene ménos en higiene y salubridad pública: al diablo le ocurre decir, como Madrid ha dicho al viento del Norte, que es el encargado de refrescar y purificar la atmósfera de las grandes poblaciones: «Tú llegas á mis puertas sanote, limpio, fresco y puro, como procedente de los mares y las montañas septentrionales; pero es necesario que ántes de atravesar mis puertas te satures de podredumbre y miseria que yo te tendré constantemente preparadas allí, porque á la atmósfera política que es mi único elemento de vida y prosperidad, es honda, profunda, invenciblemente antipático lo sano y puro.» No es necesario explicar por qué, á pesar de estos pesares, Martin respiraba más á gusto en las afueras del Norte que en las del Mediodía y Levante, y áun más á gusto que en las del Poniente, que son las más amenas, aunque el indecente Manzanares hace todo lo que puede para echarlas á perder: su corazon, ya lo hemos dicho, tenia, como el del embusterazo de Voltaire, una de las dos propiedades del iman: la de buscar el Norte.

A las afueras del Norte se dirigió Martin.

Apenas atravesó la puerta de Bilbao, torció un poquito á la izquierda, entró en la era del Mico,

y allí se paró en un ribazo que daba sobre el camino de la ronda y se puso á contemplar á Madrid, que desde allí se abarca con la vista quizá como desde ningun otro punto.

Todo aquel paréntesis de su vida, que se abria en la verde colina desde donde, reventando las lágrimas en sus ojos, volvió la vista á Urtiaga, y se cerraba junto á los campo-santos de Madrid donde Martin se encontraba entónces; toda aquella série de años que constituian la primavera de su vida en que las flores vivian una mañana como las rosas en el jardin de Malherbes y los abrojos parecian eternos como la desesperacion en el infierno del Dante; todos aquellos sueños de gloria desvanecida al despertar y todas aquellas esperanzas muertas apenas nacidas, se presentaron á su imaginacion al contemplar á Madrid como á vista de pájaro desde la era del Mico, á donde le habia llevado su aficion á los recuerdos, pues allí donde todo era vulgaridad y prosa, incluso el nombre de aquel sitio, habia para él recuerdos, como saben los que van siguiendo su triste y árida historia.

Una mujer que cosia, ó mejor dicho remendaba, pues el coser, que supone lo que se llama costura de nuevo, encierra poesía muy superior á la capacidad poética de la era del Mico; una mujer que remendaba, sentada al sol á la puerta de

una casucha, sacó á Martin de sus amargas meditaciones cantando:

Cuando hácia el campo-santo
los muertos pasan,
á los vivos nos dicen:
hasta mañana.

Martin comprendió cuál era lo que inspiraba á aquella mujer este cantar, que seguramente tenia un par de perendengues: cuatro féretros, cuatro aparecian camino del campo-santo en el corto trecho de doscientos pasos que mediaba desde la puerta de Fuencarral á la esquina de la manzana de casuchas que limitan la era del Mico por el lado del Norte. Y en verdad que el séquito de los cuatro *entierros* era tan diferente, que Martin no pudo ménos de pensar que si es cierto que

la muerte con piés iguales
mide las chozas pajizas
y los palacios rëales,

los vivos de las grandes poblaciones miden á los muertos con piés tan desiguales como el que los electores dan á los diputados para que representen mal sus intereses y el que los diputados se toman.

Uno de los féretros era conducido en una especie de dorado carro triunfal, tirado por soberbios

caballos enlutados y empenachados ricamente, y le seguia tan larga hilera de coches, que cuando el féretro estaba ya fuera de la puerta de Fuencarral, el último coche no habia llegado aún á la Universidad. Algunos de los primeros iban vacíos, y los demás ocupados por caballeros que fumaban, reian y altercaban. No preguntó Martin por qué iban vacíos los primeros, porque ya sabia que eran coches de respeto, y que si iban vacíos, más vacía de lógica y sentido vá por el mundo la palabrería humana; tampoco preguntó por qué en los segundos iban hombres cuyo duelo no pasaba del traje negro, porque ya sabia que la palabra duelo en su acepcion más lata no pasa de ser una palabra. Lo que sí se preguntó fué por qué en Madrid los restos humanos que van al campo-santo atraviesan las calles tan desamparados de la religion como las mercancías que van á los almacenes.

El féretro que seguia al del carro triunfal era un sencillo ataud forrado de sarga negra, conducido en hombros de cuatro jóvenes y rodeado de otros cuatro ó seis, todos silenciosos y todos tristes. Martin creyó reconocer entre aquellos jóvenes á algunos de sus antiguos condiscípulos de la Universidad.

Delante de este féretro iba otro, que consistia en una angarilla y un hule negro que cubria y

ocultaba el cadáver. No llevaba más acompañamiento que el de dos ganapanes, sucios y grotescamente jocosos, que conducian la angarilla.

Por último, el cuarto féretro consistia en una espuerta, dentro de la cual iba el cadáver de un niño envuelto en un paño negro. El sepulturero que conducia á la espalda la espuerta, se detuvo en la esquina de las casas de la era del Mico, y dejando la espuerta en el suelo á la puerta de una taberna, entró en ésta á echar una copa.

La mujer que remendaba y cantaba en la puerta inmediata trabó conversacion con el sepulturero cuando éste, despues de echar su copa de vino, salió á la puerta, dió un puntapié á un perro que habia empezado á hozar en la espuerta y se puso á hacer un cigarro.

Habrá quien tenga por imposible que en una poblacion culta se conduzcan á enterrar los cadáveres así tan sin ceremonia, siquiera sean los de criaturas fallecidas ántes de recibir el bautismo; y sin embargo, en las calles que dan salida á los campo-santos de Madrid, es muy frecuente, ó al ménos lo era hasta hace algunos años, el encontrar á los sepultureros con una espuerta á la espalda y en ella el cadáver de un niño envuelto en un sucio paño negro.

Martin prestó atencion á la conversacion del sepulturero y la remendadora, y por boca del prime-

ro supo quiénes eran los cuatro muertos que iban á aumentar la necrópolis humana como cuatro hojas caidas de los árboles en otoño aumentan la necrópolis vegetal. El primero era un señor cuya biografía se resumia así: hijo de una tocinera de la plazuela de la Cebada; educado en las pedreas de los cerros de San Isidro; miliciano nacional cuando los habia; cuando no los habia, conspirador para que los hubiera; modesto empleado de ideas conservadoras; cesante y uno de los que más habian contribuido al triunfo de la revolucion; diputado á Córtes; director general de Instruccion pública; ministro, y por último, segun los periódicos, noble anfitrion, en cuyos aristocráticos salones se reunia lo más escogido de la sociedad madrileña. El segundo era un jóven que terminada brillantemente la carrera de leyes á costa de grandes privaciones y miserias suyas y de su familia, viendo que su carrera no le proporcionaba siquiera la subsistencia, habia empezado á adolecer de una hipocondria que le habia arrebatado al cariño de su ausente familia y sus antiguos condiscípulos. El tercero era un peon de albañil que, despues de echar los hígados trabajando por espacio de cuarenta años, habia muerto en el hospital dejando á su mujer y sus hijos en el mayor desamparo. Y por último, el cuarto era el hijo menor del tercero, que mientras su padre moria en el

hospital, moria en casa envenenado con la leche que su madre le daba desolada y enferma.

La remendadora lloraba cuando el sepulturero terminó su relato.

—¿Llora usted? le preguntó el sepulturero.

—¿Pues á quién no hace llorar lo que á esa pobre criatura le ha pasado?

—Lo pasado pasado. Dar lágrimas á los muertos que no las necesitan, es quitárselas á los vivos que se mueren por ellas, replicó el sepulturero, y volviéndose á echar la espuerta á la espalda, continuó su camino entonando á media voz esta coplilla:

¡Camino del campo-santo
nos solemos encontrar
los que lloramos aún
y los que no lloran ya!

¡Si la coplilla de la remendadora tenia un par de perendengues, tambien la coplilla del sepulturero tenia un par de arracadas!

Martin se alejó de la era del Mico mucho más triste que habia llegado, y maquinalmente siguió el camino que habian seguido los muertos. El campo-santo de las sacramentales de San Ginés y San Luis, que tiene una gran portada, se ofreció á su vista, y Martin fatigado, no tanto de cansancio del cuerpo como de cansancio del al-

ma, se sentó en un banco frente á aquella puerta.

—¡Por ahí, dijo, ha entrado anciano, rico, adulado, honrado y dichoso, el que fué siempre inútil, si no pernicioso, para la ciencia y la sociedad; por ahí ha entrado jóven, casi pobre y casi solo, el que consumió su vida en el estudio; por ahí ha entrado solo y envuelto en el paño mortuorio de un hospital, el que pasó la vida en el trabajo y la miseria; por ahí ha entrado en una hedionda espuerta el que ni áun creció lo suficiente para que cupiera en él la mancilla del pecado! ¡Señor, añadió Martin desconsolado y alzando los ojos al cielo, qué amarga y qué triste es la vida! y ocultando la cara entre sus dolientes manos, se deshizo en lágrimas.

Sobre la puerta del campo-santo de Urtiaga se leen estos versos, compuestos, como dijimos al principio de este libro, por el párroco á quien tan filial cariño debia Martin:

« ¡Esta ¡oh mortal! es puerta obligatoria
por donde se entra al bien ó al mal eterno:
para el bueno, es la puerta de la gloria,
para el malo, es la puerta del infierno! »

Martin recordó estos versos (que en nombre de su autor autorizamos á grabar sobre la puerta de todos los campo-santos) y á pesar de que si encierran una verdad consoladora, tambien encierran

otra tremenda, pensó con criminal consuelo al contemplar la ostentosa puerta del campo-santo de San Ginés y San Luis:

—¡Hé ahí una puerta á donde puedo aún llamar sin miedo de que rechazándoseme de ella, se me niegue un rincon donde descansar en paz de esta dolorosa jornada de la vida!

XVIII.

Curiosidad de un muerto.—Egoismo santo.—La capa.—Modestia y gramática revolucionarias.—De cómo cuando no hay billetes los hay.—La *claque* española.—Los majos de frac.—Los del gremio literario.—Por ejemplo.—Triunfo del arte de Macallister.—Estreno del *Cuento de nunca acabar*.—Vindicacion de la poesía.—Medio-ladron dá pruebas de confianza á Martin.—El poder de la poesía sobre la prosa.—¡ Alto!—A la cárcel.—Al hospital.—La última esperanza.

Cuando Martin volvia á casa, de su triste paseo por las afueras del Norte, paró por casualidad la atencion en el cartel del teatro del Príncipe fijado en las esquinas, y se sorprendió no poco al ver anunciado para aquella misma noche el estreno de una comedia original «de dos conocidos escritores», titulada *El cuento de nunca acabar*. Decimos que se sorprendió porque no dudaba que aquella comedia fuese la de sus antiguos compañeros de hospedaje, y así él como todos los colonos, inclusos los autores, habian llegado ya á convencerse de que el título de la tal comedia, á pesar del mérito indisputable de la obra, llevaba

en sí la profecía de que la cuestion de estreno habia de ser el verdadero cuento de nunca acabar.

No estaba Martin física ni moralmente para asistir á espectáculos teatrales, pero áun así, entráronle vivos deseos de presenciar el estreno de la comedia de Martinez y Lopez, no tanto por el interés que le inspiraban la comedia y el éxito que tuviera, como porque consideraba que aquella noche se reunirian en el teatro del Príncipe todos aquellos antiguos amigos suyos para quienes se creia muerto. No sabemos á punto fijo lo que los muertos sienten; pero se nos figura que no ha de haber uno, por descastado que sea, que no diera un millon, si le tuviese (los muertos nunca tienen un cuarto), por sacar la gaita por un ventanillo cualquiera para contemplar á sus amigos, á pesar de que éstos aborrecen de tal modo su compañía, que cuando se acuerdan de él exclaman: «allá nos espere muchos años.» Martin, en su condicion de muerto, deseaba ver por última vez á sus amigos, y creia que para ello ningun ventanillo mejor que el que le ofrecia aquella noche una de las más oscuras y retiradas localidades del teatro del Príncipe. Hábitos y amistades de muchos años, y sobre todo de los años más floridos de la vida, no se abandonan sin pesar ni se recuerdan con indiferencia. Martin se decidió á ir al teatro del Príncipe aquella noche, á ménos que el paseo que

acababa de dar no agravase el delicado estado de su salud ó el tiempo se malease.

La señora Juliana se escandalizó y le puso como hoja de perejil cuando supo que iba al teatro; pero como Martin le dijese que lo que más le molestaba de su mal era una tristeza invencible, y que creia la habia de distraer por completo yendo á ver la comedia nueva, que á juzgar por el título debia ser chistosísima, la buena, aunque áspera patrona, consintió en que fuese, con la condicion de que se abrigase con una capa burda que conservaba de su difunto marido.

Martin se encaminó al teatro embozado en la capa, que los españoles no contentos con calificarla de lo que en realidad es, es decir, de muy útil para preservar del frio, hemos convenido en calificar de airosa por la concluyente razon de ser española, que es la razon que tambien tenemos para calificar de lo mismo á la mantilla española; de la más hermosa del mundo á la mujer española; de la más fértil del mundo á la tierra española; de la más gallarda del mundo á la letra española; del mejor clima del mundo al clima español; del mejor calefactor del mundo al brasero español; del mejor caballo del mundo al caballo español, y del soldado más valiente del mundo al soldado español, patriotismo que si no es justificable á los ojos de la razon, lo es á los ojos del

corazon, en cuyo concepto el autor de este libro le ha calificado de santo egoismo, diciendo:

«No hay madre como mi madre,
ni hija como mi hija,
ni patria como mi patria,»
cantaba un santo egoista (1).

La capa, que tal como la usaban los caballeros «de capa y espada», era verdaderamente airosa, y no puede pasar de útil tal como la usan los caballeros de gaban y chistera; la capa, que apenas se usa en la tierra de Martin, porque en esta tierra donde florece la magnolia y fructifican el naranjo y el limonero, es de escasísima utilidad como preservativo del frio; la capa, que segun el refran todo lo tapa, es útil para una cosa donde no hace frio y para dos donde le hace, como en ambas Castillas: donde no le hace, tapa la miseria, el desaseo y el contrabando, y donde le hace, además de tapar, abriga.

En ambos conceptos era á Martin utilísima la capa cuando se dirigió al teatro con el principal objeto de decir á sus amigos algo parecido á lo que decian al emperador Cláudio los que iban á combatir en la naumaquia: «El que va á morir os saluda.»

(1) *El Libro de las montañas.*

El cielo estaba despejado; pero la noche era fria. Multitud de coches obstruia el paso de la ex-calle del Príncipe, como dirian los inocentes revolucionarios de nuestros dias que, así que alcanzan el triunfo, dan un puntapié á la modestia para bautizar las calles públicas con sus nombres, algunos de ellos tan ilustres como el de Izquierdo, con que bautizaron en 1868 la del Príncipe, y son tan aficionados al *ex*, que hemos oido á uno de ellos decir públicamente que «la ex-reina no quiso en cierta ocasion llamar al poder al partido progresista», sin que á nadie se le ocurriera replicar en nombre de la retórica ultrajada: «y si era ex-reina, ¿cómo le habia de llamar?»

El teatro estaba ya casi de bote en bote. Martin creyó quedarse sin ver la funcion, porque ya el despacho de billetes estaba cerrado, con el consabido cartel de «No hay billetes»; pero gracias á un revendedor que le dió, con la moderada ganancia de un trescientos por ciento, un billete de galería alta, pudo al fin entrar y ocupar uno de los ménos descarados.

Martin se apresuró á pasar revista, primero á los palcos y en seguida al patio. Los teatros de Madrid ofrecen la noche de estreno particularidades curiosas y dignas de estudiarse. El gremio de aplaudidores que en Francia se llama *claque* y aquí alabarderos, no está en España organizado

como verdadero gremio, pues se reduce á lo que se llama gente de *la casa* y algunos amigos del autor. Si la benevolencia de esta *claque*, que no se puede calificar de mercenaria, puesto que sólo recibe en pago de su benevolencia un billete gratis, ejerce alguna influencia en favor del espectáculo, esta influencia apenas consigue contrastar la que ejerce en sentido contrario la malevolencia de una clase de espectadores que abundan mucho en Madrid en las noches de estreno, y de que no sabemos haya hecho mencion especial ninguno de los que han descrito la fisonomía del teatro madrileño moderno.

Hay en Madrid unos individuos, es decir, unos centenares de individuos que constituyen un tipo social de los más marcados, y estos individuos, que nunca faltan en los estrenos teatrales, ejercen, á pesar de su incompetencia artístico-literaria, desfavorable influencia en el éxito de las obras ó de los artistas. En los teatros, en los circos, en los conciertos, en los toros, en el casino, en los cafés, en el Prado, en la carrera de San Jerónimo, en la Puerta del Sol, donde quiera que hay ó parece haber concurrencia elegante, aparecen unos buenos mozos de traje y maneras aristocráticas, muy perfumados, muy barbones, muy pechisacados, con los pulgares metidos en la sisa del chaleco cuando están de pié, cruzados de piernas

y echados hácia atrás con familiar abandono cuando están sentados, siempre con lente ó anteojos aunque no sean cortos de vista, siempre apuntando descaradamente los gemelos de teatro á las mujeres hermosas, ó zumbando á éstas al oido con aire de Tenorios, siempre tarareando música italiana, siempre con la sonrisa sarcástica en los labios, siempre con la malignidad en la lengua, siempre pretendiendo decir lo que ellos llaman «cosas buenas,» y siempre fallando excátedra en materia de hermosura, en materia de literatura y arte, en materia de política, en materia de religion, en materia de moral, en materia de honra, en materia de todo. Si el forastero que no conoce la sociedad madrileña, y sin embargo conoce, como hombre que observa y sigue el movimiento intelectual de su patria, el nombre de todos los literatos, de todos los artistas, de todos los políticos, de todos los hombres públicos notables, de todos esos hombres á quienes debemos tener por superiores á nosotros, porque reunen la condicion que para ello exige Cervantes, que es la de haber hecho más que nosotros; si este forastero pregunta cómo se llaman aquellos buenos mozos, aquellos aristócratas, aquellos elegantes, aquellos Tenorios, aquellos Demócritos, aquellos Zoilos, que nombran siempre del modo más familiar á los literatos y artistas más ilustres

aunque ni de vista los conozcan, se quedará más frio que el corazon de los que excitan su curiosidad, oyendo nombres que nunca habia oido, ó cuando más recuerda haber leido en una revista de salones ó de sitios de veraneo. Aquellos buenos mozos son unos caballeros particulares muy conocidos en su casa, en la llamada buena sociedad madrileña, en el casino y en las casas de juego; la más gloriosa de sus obras es haber dirigido un cotillon, y genealógica y pecuniariamente se dividen en dos clases: unos son hijos de títulos de Castilla ó simplemente de padres enriquecidos con el juego de la Bolsa ó la compra de bienes nacionales, y viven del bolsillo paterno, y otros no se sabe de quién son hijos ni de qué viven, aunque por supuesto ellos se atribuyen genealogía y riquezas que nada tienen que envidiar á las de los primeros. Estos buenos mozos, estos majos de frac, que á pesar de sus humos aristocráticos, cuando se estacionan en la carrera de San Jerónimo, en el Prado, en la calle de Alcalá y en la Puerta del Sol, traban conversacion con las busconas, que les tutean y tratan de *chicos;* estos buenos mozos constituyen en los estrenos la parte más temible del público, porque siempre son de oposicion á toda creacion literaria ó artística, por lo mismo que ellos son incapaces de crear nada, y las armas de que se valen son las del ridículo, tales como la

carcajada irónica con que hielan al poeta y al artista en el arranque más ardiente de inspiracion y sentimiento.

Hay en los estrenos otro grupo de espectadores que llama la atencion de los que van sencillamente á ver la obra y aplauden si les gusta, y si no les gusta silban ó callan: este grupo se compone de los escritores, que en Madrid deben ser aún mucho más numerosos de lo que creemos los que desde fuera de Madrid procuramos vivir al corriente de cuanto allí se publica ó representa, pues todos los dias se nombra en los periódicos y se califica de «distinguidos escritores» ó cuando ménos de «escritores conocidos» á sugetos de cuyo nombre y trabajos literarios no teníamos la menor noticia. Como es de suponer, la pasion habla muy alto en el gremio literario cuando este gremio asiste á los estrenos; pero esta pasion no es temible, porque carece de la malignidad de la ignorancia. En los amigos personales del autor, peca, pero peca de benevolencia, y en los enemigos, si peca de lo contrario, nunca es hasta el punto de comprometer el éxito de la obra. ¡Dios nos dé á los que vivimos del trabajo literario ó artístico enemigos que del mismo trabajo vivan, que de seguro mucho ha de debilitar el golpe que nos asesten, la conciencia, sino de su injusticia, de lo escaso y negro que es en España el pan

que se gana con este trabajo! Una noche el autor de este libro presenciaba el estreno de una comedia cuyo éxito se mantenia dudoso, y á su lado oyó y vió lo que va á referir. Un escritor dramático, notoriamente enemistado con el autor de la obra, aprobaba siempre que le parecia justo y se abstenia de reprobar cuando habia motivo para ello. Otro espectador extraño al cultivo de las letras, le preguntó por qué procedia así, siendo enemigo suyo el autor.—«Por que sé, contestó, que tiene familia que le quiere, le tiene por el mayor de los ingenios y vive de su trabajo, y recuerdo que mi familia que tambien me quiere, me tiene por un gran ingenio y de mi trabajo vive, está temblando y con el alma llena de incertidumbre y angustia cuando se estrena alguna obra mia.» El autor de este libro cuenta treinta años de vida literaria, y ha pasado los veinte primeros casi solo entre gentes de su profesion y los diez últimos casi sólo entre gentes extrañas á ella. Pues puede asegurar que las únicas injusticias y los únicos ultrajes que ha experimentado en su vida literaria pertenecen á este último período, aunque seguramente es aquel en que más esfuerzos ha hecho por merecer el amor y el respeto de sus conciudadanos, cuya colectividad siempre le ha honrado y enaltecido más que merece.

Lo primero que Martin se echó á la cara al pa-

sar revista á los palcos fueron el ministro de Gracia y Justicia y el presidente Perico que estaba á su lado, sentado y hablando con él como de igual á igual en un palco contiguo al de la hermosa generala, amiga del ministro.

Es inútil decir que Martin, cuyo espíritu no estaba para emociones fuertes, las experimentó no flojas ante aquellos recuerdos vivos de su vida pasada.

—¿Quién es aquel caballero que está al lado del ministro de Gracia y Justicia? preguntó Martin á un viejecillo muy hablador que parecia portero de algun ministerio segun el conocimiento de causa con que hablaba de ellos.

—Es el subsecretario, contestó el viejo.

Martin estuvo á punto de expresar con una santiguada su admiracion, porque el inocente nunca habia sospechado que pudiera servir más que para un honesto recreo el arte de Macallister.

Apresuróse á terminar la revista de palcos para comenzar la del patio, y el primer resultado que ésta le dió fué un descubrimiento para él no menos inesperado que el de la subsecretaría de Gracia y Justicia en poder del presidente Perico: este nuevo descubrimiento fué que Doña Genara y Don Domingo ocupaban dos butacas del patio. Si en el primer momento sorprendió á Martin esta novedad sin acertar á explicársela, no tardó en

adivinar la verdad, es decir, que Doña Genara y Don Domingo utilizaban billetes regalados á la primera por los autores de la nueva comedia. Pero todavía no concluyeron con estas sorpresas las de Martin, pues para éste lo fué, y no pequeña, el ver á Medio-ladron entrar en la galería alta y tomar asiento en la grada. Felizmente el asiento de Medio-ladron estaba muy distante del de Martin, y así éste no debia temer que aquel canalla fuera á codearse con él en sitio tan público.

A pesar de que la colonia de la calle de Lope de Vega estaba hacia tiempo dispersa, la mayor parte de los colonos habian acudido aquella noche al teatro, y Martin los veia en el patio conversando en grupos ó desde butaca á butaca.

Martin conocia perfectamente la comedia que se iba á representar, y deseaba observar qué efecto producian en Doña Genara y Don Domingo los dos resortes principales que en ella se ponian en juego para interesar y conmover el alma del espectador: estos resortes eran, como ya creemos haber dicho, el amor conyugal y el amor á la tierra nativa, sentimientos que eran los únicos capaces de hallar eco en el alma de la patrona y el tendero.

El telon se alzó y comenzó la representacion. El primer acto era sencillo, pero muy lindo. A pesar de su mérito estuvo á punto de naufragar por el exceso de malevolencia de unos y el exceso

de benevolencia de otros: así como los caballeros particulares que hemos procurado fotografiar se excedian á cada paso con sus murmullos, sus risas irónicas y sus pataditas, señal de reprobacion esta última verdaderamente odiosa, porque su cobardía prueba que los que se valen de ella para reprobar no tienen la conciencia de que reprueban con justicia; así tambien se excedian los amigos del autor y la gente de la casa, pugnando por «romper aplausos» estemporáneos. El público disgustado de unos y de otros durante casi todo el acto, pugnó á su vez por imponerles silencio; pero al fin rompió en aplausos y el éxito del primer acto pudo calificarse de bueno. Nada habia en él capaz de conmover, pues era la exposicion de las dos grandes pasiones ó sentimientos sobre que giraba la comedia; pero áun así habia en él algo que interesó vivamente á Doña Genara y Don Domingo, de quienes Martin apenas apartaba la vista: lo que les interesó é hizo desternillar de risa fué el papel de un gracioso sumamente grotesco, bruto y mujeriego, que precisamente fué el que más disgustó á la generalidad del público, porque sus gracias eran por el estilo de ésta:

—Si tú te volvieras una
buena chica de repente,
¿qué es lo primero que harias?
—Decirle, ¿chica, me quieres?

Apenas comenzó el acto segundo, la comedia comenzó á levantarse á gran altura, y ya nadie dudó que iba á alborotar, como se dice en el lenguaje español de teatro. El éxito continuó cada vez más brillante y estrepitoso hasta la conclusion de la obra, en que los autores que ya habian sido llamados á la escena al terminar el acto segundo, volvieron á serlo repetidas veces, no cansándose el público, profundamente conmovido, de prodigarles aplausos y aclamaciones mientras les echaba un par de coronas de laurel... pintado.

A Martin no le sorprendió el éxito de la comedia, porque la conocia y habia visto en ella perfectamente aliadas las inspiraciones de dos ingenios de índole muy distinta sí, pero de mérito poco comun ambos. La intencion y la causticidad de Lopez, discretamente combinadas con la candorosa, suave y sentida sencillez de Martinez, habian formado un elemento poderosísimo para dominar y conmover la inteligencia y el corazon del público.

Martin habia visto á Doña Genara y Don Domingo durante los dos últimos actos llevarse con frecuencia el pañuelo á los ojos, y ya no le quedaba duda de que alguna cuerda sensible habia vibrado en aquellos vulgares corazones. Entónces recordó la hermosa epístola de Ruiz Aguilera,

En vindicacion de la poesía, y no pudo ménos de exclamar con el poeta:

. . . El lloro de esos bichos
es un laurel que el génio arranca al mundo.

Mientras todos los amigos personales de los autores, incluso Perico, y muchos que no lo eran, incluso el ministro, corrian *al saloncillo* á dar la enhorabuena á Lopez y Martinez, Martin se dirigia á la calle embozado en la capa, no tanto por preservarse del aire frio que se colaba por las puertas exteriores contrastando con la atmósfera cálida y sofocante que se respiraba interiormente, como por temor de que le conociera alguno de sus antiguos amigos que abundaban aquella noche en el teatro.

Martin habia visto que al terminar la comedia, Medio-ladron habia abandonado la galería sin esperar á que saliesen á la escena los autores y los actores, á quienes el público llamaba con entusiasmo; pero con mucho disgusto suyo se encontró á su lado, al pugnar por abrirse paso á través del gentío que se estrujaba en el pórtico por salir á la calle.

Medio-ladron forcejeaba al parecer más que nadie por salir; pero á pesar de que no le embarazaba la capa como á Martin y otros, pues estaba á cuerpo, era el que ménos adelantaba. De repen-

te acercó los labios al oido de Martin y dijo á éste en voz baja:

—Compañero, ya que vas encastillado en la capa y tus bolsillos no corren aquí riesgo como los de los que vamos á cuerpo, guárdame esto.

Y así diciendo, alargó á Martin por lo bajo un objeto que al tacto pareció á Martin un porta-moneda.

Martin logró al fin salir á la calle más feliz que Medio-ladron, á quien vió forcejeando aún entre la gente que áun no habia conseguido atravesar el umbral, y siguió hácia la Carrera de San Jerónimo sin acordarse del porta-moneda que Medio-ladron le habia dado y que habia guardado en el bolsillo interior de la chaqueta.

Apenas habia pasado la calle de la Visitacion, acortó de repente el paso como para oir la conversacion de una pareja compuesta de un caballero y una señora de más que regular volúmen, que caminaban asidos del brazo delante de él por la misma acera. Aquella pareja se componia de Don Domingo y Doña Genara, y dicho esto no se necesita decir más para explicar por qué Martin acortó el paso y áun para justificar en cierto modo su indiscrecion de ponerse á escuchar lo que el tendero y la carabinera hablaban.

—Le aseguro á usted, Don Domingo, decia Doña Genara, que todos los predicadores del

mundo no me han hecho el efecto que la comedia de esta noche. Ya se ve, como en el teatro no es sólo decir, sino que es decir y hacer, y todo tan propio como si estuviera pasando en realidad...

—Lo mismo le digo yo á usted, Doña Genara.

—Bien sabe Dios que siempre quise mucho á mi difunto y pocos fueron los disgustos que le dí, pero como soy cristiana le juro á usted que me remuerde ya la conciencia por no haberle querido más y no haber tenido más paciencia para sufrir aquel geniazo que tenia, pues ha de saber usted, Don Domingo, que mi difunto era un toro...

—Pues yo le digo á usted, Doña Genara, que la comedita de esta noche tambien me ha dejado en la conciencia algo que me está urgando en ella. Siempre he tenido ley á mi tierra y á cuanto tiene que ver con ella; pero desde que he visto esa pícara comedia me parece que no he tenido bastante ley al pueblo en que nací, á la lengua que aprendí en él y á los padres y hermanos que allí tengo enterrados. Y no es eso sólo lo que me parece despues que esta noche he llorado como un chiquillo viendo cosas que... eso sí, serán pura invencion y farsa, pero son verdad: lo que me parece es que he hecho muy mal en pasar lo mejor de mi vida solo como un hongo, sin querer á

nadie ni tener quien me quiera, afanando, afanando...

Don Domingo se interrumpió, ó mejor dicho, fué interrumpido por una pobre mujer que en una esquina de las Cuatro calles pedia limosna á los transeuntes, teniendo en brazos un niño de pecho que en vano procuraba abrigar con los harapos que la cubrian, y diciendo que tenia á su marido enfermo en el hospital y hambrientos y casi desnudos otros tres niños pequeños.

Don Domingo y Doña Genara se detuvieron á interrogar y consolar á aquella infeliz con una ternura y una compasion que eran completamente nuevas en ellos, y particularmente en Don Domingo.

Conmovidos ambos con el sumario relato de las desgracias y miseria de la mendiga, Don Domingo puso en su mano un duro, y Doña Genara se quitó un pañuelon usado que llevaba de sobre-abrigo y se le dió para que abrigara con él al niño.

Mientras la mendiga prorumpia en bendiciones y llanto de consuelo y gratitud, sus inesperados bienhechores continuaron su camino por la Carrera de San Jerónimo con direccion hácia la Puerta del Sol, y Martin, admirado y conmovido, atravesaba lentamente hácia la calle de Sevilla pensando:

—Los entendimientos vulgares, las almas que

se llaman positivistas, el mundo entero, podrán tener por frívola á la poesía y á los que la cultivan por histriones cuya única mision es proporcionar pueril entretenimiento á los que los escuchan; pero no por eso dejará la poesía de ser ciencia séria, y altísima, y trascendental, y santa, puesto que tiene el poder de dominar los corazones y de levantar al cielo las almas que se revolcaban en el cieno de la tierra. Ahí están esos pobres desheredados de los bienes de este mundo, esos á quienes llaman locos los necios, esos á quienes el vulgo califica de «cómicos ó cosa así;» ahí están con el mágico poder de conmover hondamente hasta las almas más vulgares y de hacer germinar en ellas las virtudes más santas, todo sin más instrumento que unos signos trazados en un pedazo de papel. ¡Vosotros los que teneis montones de oro, los que teneis doradas carrozas, los que teneis suntuosos palacios, los que teneis numerosos servidores, los que teneis títulos nobiliarios, los que teneis lo que en el mundo se llama poder, no teneis el poder que sobre las almas, sobre la sociedad, sobre el mundo de la inteligencia y del sentimiento tienen esos «soñadores de Dios y de las flores» como les llama un honrado cantor de mi noble tierra vascongada! (1).

(1) Don Obdulio de Perea, poeta alavés, que falleció á fines

Así iba Martin pensando, cuando sintió que á la voz de ¡alto! le sujetaban los brazos por la espalda.

—¿Qué es esto? exclamó sorprendido é indignado.

—Esto es, le contestó el polizonte que le sujetaba, que debe usted darse preso.

—¡Preso yo! ¿Por qué?

—Demasiado lo sabe usted. Desembócese usted, y si se mueve ó chista, le levanto la tapa de los sesos, añadió el polizonte montando una pistola y apuntando á Martin con ella.

Martin se desembozó, guardó silencio y se quedó inmóvil como una estátua.

—Venga, continuó el polizonte, el porta-moneda que tiene usted en el bolsillo.

—Yo no gasto porta-moneda, contestó Martin enseñándole el poco dinero que llevaba suelto en el bolsillo del chaleco.

—No se trata del de usted, sino del que su cómplice le ha entregado á la salida del teatro del Príncipe.

Martin recordó entónces, con verdadero terror, que Medio-ladron le habia dado un porta-

de 1870, con gran sentimiento de la patria, la amistad y las letras, y muy particularmente del autor de este libro que le llorará mientras Dios le diere vida.



moneda, y sacándole del bolsillo de la chaqueta, se le mostró al agente de la autoridad, diciéndole:

—¿De qué complicidad habla usted? Es verdad que un conocido me ha dado este porta-moneda para que se le guarde, pero aquí no hay complicidad alguna que autorice á usted á este atropello...

—Ménos conversacion y eche usted adelante, le interrumpió el polizonte quitándole el porta-moneda y amenazándole con la pistola.

—¿Pero á dónde he de ir?

—Al Saladero.

—¿Por qué?

—Allí lo sabrá usted.

Martin acabó de comprender la nueva é inmensa desgracia que pesaba sobre él, y siguió el triste camino que el agente de la autoridad le ordenaba.

Al entrar en la cárcel del Saladero, volvió la vista y vió que tras él entraba Medio-ladron conducido por otro agente.

Habíase detenido á Medio-ladron á la puerta del teatro del Príncipe á instancia de un caballero que sospechaba fuese él quien le habia robado el porta-moneda. Como al detenerle no se le encontrase el porta-moneda y uno de los agentes le hubiese visto acercarse á hablar á Martin, se

creyó que se le hubiese dado á éste, como así era la verdad, y el mismo agente corrió á alcanzar y detener al que se consideraba cómplice en el robo. Medio-ladron negó que él hubiese dado á Martin el bolsillo, y como lo único que aparecia claro y probado era que el cuerpo del delito se habia encontrado en poder de Martin, Medio-ladron fué puesto en libertad dos dias despues y Martin trasladado al hospital en calidad de preso.

La única esperanza que consolaba á Martin era la de que del hospital saldria para entrar en el campo-santo y descansar al fin allí donde ya descansaban aquellos cuyo último viaje habia presenciado casi con envidia algunos dias ántes!

XIX.

Paloma libre y gabilan enjaulado.—Algo de aquí y allá.—De cómo fué libertada la paloma y enjaulado el gabilan.—La calle de la amargura —El erizo y la castaña.—Los mandamientos de la Ley de Dios al revés.—El canto del cisne.— Eco del paraíso.—El Salvador.—Refugio inesperado.—La parábola del viajero y su guía.—Profecía.—El triunfo de Proudhon.—Las visitas.—La chaqueta y el gaban.

Quince dias despues de aquel en que Martin de Echebarría ingresó en el hospital en calidad de preso, se le notificó un auto del juzgado declarándole completamente absuelto de la acusacion de hurto y mandando ponerle en libertad. Martin no se habia defendido, ni habia estado en disposicion de defenderse, ni creia que nadie se hubiese tomado la molestia de defenderle. La única persona que durante aquellos amargos dias habia tomado algun interés por él, era la señora Juliana, que habia ido á verle al hospital, le habia interrogado sobre su culpabilidad ó inocencia, y á su manera habia procurado consolarle. El mis-

mo dia que el juzgado le absolvia y le restituia la libertad, daba auto de prision contra el verdadero y único culpable. ¿Cómo se explica esto? Su explicacion circunstanciada seria curiosa; pero tenemos que reducirla á pocos renglones, porque una vez localizada la historia de Martin en el impuro y triste recinto de la taberna, la cárcel y el hospital, nos repugna profundamente y ansiamos llevar el pensamiento á sitios más plácidos y amados de nuestro corazon y nuestra inteligencia. Este libro se escribe en los dias más apacibles y hermosos de la primavera y en el valle más risueño, fresco y perfumado de Vizcaya. ¿Cómo nuestro pensamiento se ha de encontrar á gusto en aquellas nauseabundas tabernas del barrio de San Anton de Madrid, y entre aquellas desdichadas ó corrompidas gentes que las frecuentan y habitan? Madrid tiene mucho bueno y mucho malo. Para nosotros que debemos á los recuerdos la mitad de la dicha de nuestra vida, era muy grato evocar los de nuestra juventud esparcidos en aquellas animadas calles, en aquellos cultos círculos literarios y en aquellos campos, que si eran áridos y tristes, cuando los recorríamos nuestro jóven corazon (que siempre ha llevado dentro un Eden cuya desamortizacion en vano intentan los hombres), los trasformaba en paraíso; pero desde que la historia de Martin no

nos permite evocar los recuerdos de nuestra juventud, el pensamiento y el corazon se nos escapan de Madrid y se van tras nuestros ojos á los apacibles valles y las verdes montañas que se descubren desde nuestra ventana y nos dicen sonriendo amorosamente: «ingrato, ingrato, ¿por qué nos olvidas y desdeñas y abandonas, si en nuestro florido regazo te ofrecemos los santos y dulces recuerdos de la infancia y la familia?» ¡Ah! ¡tienen razon, ¡tienen razon en reconvenirnos así los valles y las montañas de nuestra niñez, que nos guardan en su amoroso regazo, además de recuerdos, los huesos de nuestros padres y los de muchos de nuestros más queridos compañeros de la infancia y amigos de la edad viril!

La libertad de Martin y la prision de Medioladron tienen explicacion muy sencilla. Así que la señora Juliana volvió del hospital, á donde habia ido á ver á Martin, se encerró con Medioladron en un cuarto, y le dijo echando fuego por los ojos y empuñando un cuchillo de cocina que llevaba debajo del delantal:

—Reladron, más reladron que Capa-rota, que el Barbudo, que José María, que los Niños de Écija, que el Pardon, que Candelas, que todos los reladrones habidos y por haber, me vas á decir quién robó el bolsillo que le encontraron la otra noche á ese melon de Martin.

—Yo le robé, contestó Medio-ladron en voz baja.

—¿Y por qué, so *arrastrao*, te escapaste dejando en las astas del toro al otro inocente?

—Porque, como dijo el otro, el que venga á atrás que arree.

—Lo que te voy á arrear yo á tí es una *dilacion*, con pruebas y *too*, más clara que el sol, con todas las fechurías de tu reladrona y reasesina vida, si no haces más pronto que la vista lo que te voy á decir.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Plantarte en el juzgado de primera *estancia* y declarar de tu *esportánea* voluntad que tú robaste el bolsillo y que el otro pobre está tan inocente como los niños del Limbo.

—Eso sí que no lo hago yo aunque me ahorquen.

—¿Por qué no, so marrano?

—Porque como dice el cantar:

A Juan Niega y Juan Declara
á la cárcel los llevaron,
á Juan Niega le *asorbieron*
y á Juan Declara le ahorcaron.

—Pues verás, so morral, si tú puedes más negando que yo declarando.

—Pero, *seña* Juliana, no sea usted *asina*. ¿Qué vá usted á declarar?

—Todos los robos y asesinatos que has hecho en tu cochina vida, que conozco mejor que la cabra que te parió.

—Pero *arrepare* usted que eso seria perderme...

—Pues cuéntate ya por perdido, so bribon, que ahora mismo voy al juzgado, y ya que no quieres pagar el robo del bolsillo con dos meses de cárcel, pagarás todos tus pecados con la moneda de la tia Cotilla (1).

Así diciendo, la señora Juliana se encaminó al juzgado, y Medio-ladron fué con ella rogándola inútilmente que desistiera de su propósito. La señora Juliana desistió, pero fué cuando Medio-ladron declaró ante el juez que era ladron entero, es decir, que él era el único responsable del hurto del porta-moneda que injustamente purgaba Martin.

El mismo dia que á éste se le notificó su absolucion, recibió el alta en el hospital.

¡Qué estado tan lastimoso el del pobre Martin! La recaida que habia experimentado, no tanto por su imprudencia de exponerse al cambio de

(1) La tia Cotilla era una viejezuela á quien dieron garrote en Madrid allá hácia el año 1838. Aún es muy comun en el populacho de Madrid la exclamacion: «¡Así te den garrote como á la tia Cotilla!» ¡Qué repugnante es todo esto para los que gustamos de escribir ó leer idilios de color de rosa!

temperatura y á las emociones que debia esperar yendo al teatro ántes de convalecer por completo, como por verse por primera vez de su vida conducido á la cárcel y acusado de un infame delito que, si encontraba justificacion en su conciencia, le parecia imposible que la encontrase ante la justicia humana, á cuyos ojos le condenaban las apariencias; esto le habia herido de muerte, si no en el cuerpo, en el alma, y cuando salió del hospital, léjos de sentir el gozo que naturalmente debe sentir el que ha recobrado la libertad, la honra y la salud cuando desesperaba de recobrarlas, se sentia casi más triste y desfallecido que cuando entró en aquel piadoso asilo gravemente enfermo, deshonrado y sin más esperanza que la de salir muerto!

Ni siquiera pensó ya en recurrir á aquel engañoso auxiliar con que tanto y tan inútilmente habia contado en otro tiempo, á la fuerza de voluntad que ya habia perdido todo valor y todo poder á sus ojos.

Preguntóse dónde podria encontrar refugio y descanso, y el insensato no vió delante de sí más puertas donde pudiera encontrarlos que aquella que habia estado contemplando quince dias ántes! Preguntóse cómo podria adquirir el derecho de penetrar por aquella puerta, y se ofreció á sus ojos aquel altísimo murallon que dá sobre el cam-

po del Moro, entre el palacio real y las cocheras, donde muchos desventurados han ido á poner término criminal á su vida!

Pero como su alma, aunque extraviada, no estaba pervertida, pensó que habia en el mundo séres con derecho á recibir su último adios: estos séres eran cuando ménos los que inútilmente esperaban su vuelta hacia tantos años en la tierra natal; Miguel, que en medio de sus estrecheces y trabajos, vagando por el litoral galaico-asturiano, le escribia con frecuencia, procurando en vano alentarle y consolarle, aunque no sabia toda la necesidad que tenia de aliento y consuelo, y por último, aquella pobre mujer que habia ido á verle al hospital y que sospechaba fuese quien habia hecho el milagro de vindicarle de la nota de ladron de que tan inesperadamente se habia visto libre!

Caminando con dificultad Prado arriba, pues apenas tenia fuerzas para sostenerse, se dirigió á la calle de San Márcos.

Cuando entró en la taberna, la señora Juliana, que estaba tras el mostrador, lanzó un grito de alegría y una interjeccion de las de costumbre y corrió á su encuentro y le abrazó y hasta le plantó un beso que hizo llorar á Martin, porque le recordó el último que recibió de su madre!

La señora Juliana le asió del brazo, prodigán-

dole todos los nombres cariñosos de su vocabulario, que ya sabemos cuáles eran, y le ayudó á subir al piso principal, donde Martin se encontró con una novedad muy grata para su alma, que por instinto amaba la limpieza: la cama que la señora Juliana le tenia preparada, porque sin duda le esperaba de un momento á otro, no era ya la que la tabernera proporcionaba ordinariamente á sus huéspedes, cuyos merecimientos en punto á aseo medía por los de Medio-ladron: era una cama blanca, limpia, mullida, y hasta provista de almohadas con funda blanca con remates de puntilla y cubierta con sobrecama nueva de percal pintorescamente rameado. A la cabecera de la cama habia un cuadrito de la Vírgen de la Paloma y debajo de él una aguabenditera. El gabinete, como la alcoba, estaba limpio, y las dos sillas desvencijadas que constituian ántes su único mueblaje, habian sido reemplazadas con cuatro casi nuevas y una mesita provista de tintero, papel y un libro. Más aún: en la ventana del gabinete se veia un tiesto de albahaca, cuyo aroma se difundia por gabinete y alcoba.

Martin, al ver aquello, al comprender aquello, al admirar el sentimiento maternal oculto bajo el grosero lenguaje de la tabernera, sintió ánsias de apoyar su frente en el seno de aquella mujer para deshacerse en él en lágrimas. ¡Poco le im-

portaba ya la corteza áspera y amarga, porque á través de ella descubria delicadezas y dulzuras á que no estaba acostumbrado desde que descendió de aquella verde colina donde dió el último adios á los hogares de su infancia! Bien podia la señora Juliana prodigarle, como le prodigaba, aquellos vulgares y groseros calificativos de «melon» y «morral,» que eran la muletilla obligada de todas sus ideas y afectos, que él los traduciria conforme fueran brotando por el dulcísimo *maitechúa* de su lengua nativa (1).

Martin no temia ya que la tabernera se burlase de la expresion de su gratitud no comprendiendo el sentimiento que entrañaba.

—¡Gracias, exclamó con los ojos rebosando lágrimas, gracias, señora Juliana, por todo lo que usted ha hecho y hace por mí! ¡Gracias en mi nombre y en el de mi madre que lo ve desde el cielo!

—¡Quieres callar, so melon! le replicó la tabernera, en quien formaban singularísimo contraste

(1) El *maitechúa* de la lengua vascongada no tiene traduccion bastante expresiva y tierna en la castellana, áun traduciéndole por «queridito de mi corazon.» En otro de sus libros *(El malinerillo)* ha dicho el autor del presente, hablando de los diminutivos vascongados: «Los diminutivos amorosos *chú*, *chúa*, parecen una onomatopeya del beso, del beso apretado é intenso que parece querer sorberse á aquel á quien se dá.»

las palabras que brotaban de los labios y las lágrimas que brotaban de los ojos. ¿Qué, hace nada de más una mujer á quien los hijos le salieron tan perros que el uno murió por su mala vida en el *hespital* de San Juan de Dios y el otro está en presidio, en querer como si fuera hijo suyo á un muchacho que es trabajador y juicioso como tú? ¿No comprendes, cabeza de chorlito, que si te quiero y hago algo por tí no tienes por qué agradecérmelo, pues lo hago para consolarme figurándome que tengo un hijo? Pero basta de conversacion, que tú no estás para ella, y sí para tomar una tacita de caldo del puchero y una copita de vino blanco que te acaben de resucitar. Ea, á ver si no eres rebelde como acostumbras, que si lo eres llevas cada morrada de estas manos que cantes el misterio. Si te se rompe alguna tripa, dá una patada en el suelo, que yo no soy sorda más que de *comenencia,* y si quieres entretenerte, lee en ese libro, que es de lo mejor que tú has leido en tu arrastrada vida, ó túmbate en la cama, ó reza á la Vírgen de la Paloma, ó haz lo que te salga de las narices.

Al terminar esta perorata, la señora Juliana dejó solo á Martin sin querer escuchar las frases de agradecimiento que éste le dirigia.

Martin abrió el libraco que estaba sobre la mesilla. Era una novela de esas llamadas populares,

que se publican á dos cuartos la entrega, y cuyo objeto principal parece ser dar al pobre pueblo la educacion que habia llevado al hospital de San Juan de Dios y á presidio á los hijos de la señora Juliana. Su título era *Los ladrones de los pobres (historia de unos canallas de gaban y unos caballeros de chaqueta)*. La síntesis filosófica-moral del libro que así se titulaba y calificaba era ésta, explicada en el prólogo con la hipocresía populachera, que es la más repugnante de las hipocresías: para que el mundo se regenere es necesario volverle al revés; más claro: que los adoquines suban á los tejados y las tejas bajen á la calle; más claro aún: que de Dios, de la sociedad, de la familia y de la propiedad no quede siquiera rastro; muchísimo más claro todavía: que en nombre del progreso y la libertad se señoreen del mundo la barbarie y la esclavitud; retemuchísimo más claro: que los Mandamientos de la ley de Dios se vuelvan al revés.

Martin arrojó con profunda repugnancia aquel libro, y pensó con honda pena y compasion en aquella niña con quien algunas semanas hacia se habia sentado á la mesa de la trastaberna.

¡Pero Martin no estaba para pensar, ni para compadecer, ni para redimir: estaba para morir solamente!

La señora Juliana subió con una taza de buen

caldo y un vasito de buen vino y se lo hizo tomar.

Martin volvió á quedar solo, y sentándose junto á la mesilla, apoyó en ésta la frente y meditó largo rato. ¿Cuál fué el resultado de su meditacion? ¡Que para él estaban cerradas todas las puertas del mundo ménos la del campo-santo!

¡Insensato! ¡insensato! insensato; pero digno más de lástima que de vituperio, porque el extravío de su razon y no el extravío de su corazon, era lo que le hacia pensar así.

Acercóse á la mesa, y tomando papel y pluma, escribió llorando dos cartas que cerró sucesivamente. La primera era para Miguel y la segunda para su tio, ó mejor dicho, para sus tios y su prima. ¡Tenia el propósito de echarlas al correo por su propia mano al dirigirse hácia el murallon del campo del Moro!

La segunda carta era muy larga y tardó mucho tiempo en escribirla, porque con frecuencia tenia que interrumpir su tarea, convulsa su mano, cegados de lágrimas sus ojos y estallando su corazon. Cuando la terminó, se levantó exclamando con un dolor que el entendimiento humano sólo puede comprender habiendo pasado por él:

—¡Oh dulce y pura y santa flor de mi aldea, que inclinas la frente al suelo fatigada de esperarme y desesperanzada de verme volver, ni áun

junto á aquellas dos cruces regadas con mis lágrimas donde vas á esperarme, he de reunirme contigo!

Sollozando y dando vueltas por la habitacion como aquel que se ahoga y busca inútilmente quien le dé amparo dándole aire que respirar, fué á parar á la alcoba. Sus desencajados y ansiosos ojos se fijaron por casualidad en el cuadrito de la Vírgen de la Soledad, llamada de la Paloma, que estaba en la cabecera del lecho.

—¡Madre de la Soledad, ampara y compadece la mia! añadió desolado cayendo de rodillas ante aquella santa imágen.

Y así oró largo rato llorando y pidiendo á la Vírgen que intercediera con su divino Hijo para que le sacase del hondo abismo en que se veia.

Entre los errores de Martin habia uno muy grave. Ciertamente la incredulidad religiosa no se habia ido apoderando de su alma, pero sí el indiferentismo. Dios, que cuando Martin abandonó la tierra nativa ocupaba el primer término en su alma, habia ido poco á poco relegándose al último.

Aquella oracion y aquellas lágrimas fueron dulcísimo bálsamo para el alma lacerada de Martin, pues cuando éste se levantó para reclinarse en el lecho, parecia como que un celeste rayo de paz

y esperanza brillaba en sus ojos ántes sombríos y desencajados.

Pocos instantes despues de recobrar esta inesperada quietud, este milagroso consuelo, un anciano llegó á la puerta de la taberna acompañado de un aprendiz de cerrajero, que le dijo, señalándole la puerta, «ahí es,» y se volvió hácia la calle de San Gregorio.

El anciano vestia el traje que usan los eclesiásticos cuando van de camino, é inspiraba profunda simpatía por su aspecto venerable, candoroso y dulce.

—¿Señora, preguntó á la tabernera, que se apresuraba á salir á su encuentro, me dá usted razon de un jóven que se llama Martin de Echebarría?

—Sí, señor, aquí vive, y me alegro de que venga á verle un señor tan *respetuoso* como usted, porque no anda muy católico del cuerpo ni del alma. Suba usted por esa escalera y en el gabinete le encontrará, que yo tengo solo esto y no puedo subir con usted.

—Gracias, señora, dijo el anciano con visible emocion, y tomó escalera arriba.

Martin que se habia quedado adormilado sobre la cama y luchaba con una de aquellas negras pesadillas que hacia tiempo sustituian á sus apacibles y sonrosados sueños de otro tiempo, se in-

corporó de repente exhalando un grito de alegría porque creyó haberse oido llamar por una voz que le parecia eco dulcísimo del paraíso de su infancia.

—¡Martin! repitió la misma voz desde la sala.

Martin, seguro ya de que aquella voz era realidad y no vana ilusion, se arrojó de la cama dando un nuevo grito de alegría, y al salir al gabinete vió aparecer en la puerta el dulce, el amado, el venerable rostro de su tio, que se quedó suspenso un instante, dudando de que aquel hombre avejentado, valetudinario y groseramente vestido fuese el jóven robusto, hermoso y naturalmente apasionado á la elegancia sencilla, á quien hacia cerca de diez años habia bendecido y abrazado por última vez orilla del Ibaizábal al pasar el puente de Isabel II (1).

—¡Tio de mi alma, gritó Martin dirigiéndose con los brazos abiertos al encuentro del anciano, y recibiéndole éste en los suyos, permanecieron largo rato estrechamente abrazados y llorando ambos en silencio.

Al fin recobraron la voz, embargada por la

(1) ¡En nombre de la grande, noble y heróica villa de Bilbao, se ha despojado de su histórico nombre al puente de Isabel II, como si á esta gloriosa villa fuera lícito colocarse en algo al nivel de las apostasías vulgares!

emocion, y fueron á sentarse junto á la mesilla, frente á frente uno de otro, con las manos enlazadas y confundida la anhelante respiracion.

Casi las primeras palabras que Martin pronunció fueron para preguntar á su tio por su tia y su prima, pregunta que causó verdadero consuelo al anciano.

—Hijo, exclamó éste despues que hubo contestado á aquella pregunta, ¿por qué te encuentro así?

—He estado enfermo... balbuceó Martin, y su tio le interrumpió con voz á la par serena y cariñosa:

—¡Martin! ¡hijo! háblame con sinceridad digna de tí y de mí, pensando que represento á Dios y á tus padres. Sacerdote de Dios, aunque indigno, y delegado cerca de tí por tus padres, tengo el deber de guiarte por las buenas sendas de la tierra, que son las que conducen al cielo. Aparte de estos títulos á tu sinceridad, tengo otro, y es el amor paternal que siempre te he tenido.

Martin no se atrevió á jurar terminantemente á su tio que iba á hablarle con completa sinceridad, porque si tenia valor para confesar á su tio todas las desventuras, todas las contrariedades, todos los errores que le habian conducido al miserable estado en que se veia, le faltaba valor para confesarle faz á faz la criminal resolucion

con que habia pensado poner término en la tierra á sus desventuras. Todo, todo estaba resuelto á confesárselo á su tio ménos su resolucion de buscar, como Judas, la paz en el suicidio, que para las almas cobardes es el supremo remedio á los males de la vida.

Tomaba Martin aliento para empezar su relato cuando el anciano fijó por casualidad la atencion en una de las cartas cerradas que estaban sobre la mesa, y viendo su nombre en el sobrescrito de aquella carta, asióla con viveza como si hubiese adivinado que allí iba á encontrár la sinceridad que faltase á la confesion del jóven.

—Hijo, descansa un poco mientras con tu permiso leo esta carta que tal vez sea interesante, dijo el buen sacerdote con una benévola y triste sonrisa.

—¡Señor tio, perdon! ¡perdóneme usted! exclamó Martin bajando la frente avergonzado y á punto de desfallecer de dolor, pues al formar el tardío propósito de ahorrar la más cruel de todas las heridas al noble y amoroso corazon del anciano, habia dado por completo al olvido aquella carta donde nada le ocultaba.

—¿Qué te he de perdonar, hijo?

—Cuando haya leido usted esa carta quizá no me encuentre digno de su perdon.

—Hijo, si á los ojos de Dios las lágrimas del

arrepentimiento borran todas las manchas, ¿cómo no las han de borrar á los del hombre?

— ¡Ah! ¡lea usted esa carta, y las lágrimas de arrepentimiento que faltan en ella, caerán sobre las manos que desde tan larga distancia vienen á estrechar las mias y á sostenerme cuando estaba á punto de caer!

— ¡Bien, hijo! exclamó el anciano conmovido y regocijado estrechando la mano de Martin.

En seguida leyó la larga carta que tenia en sus manos. Esta carta era el resúmen de toda aquella parte de la historia de Martin que en el pacífico, noble y cristiano hogar de Urtiaga era desconocida.

— ¡Hijo! exclamó el señor cura tendiendo sus brazos á Martin, que se arrojó á ellos y tomando luégo las manos del anciano las besó bañándolas con sus lágrimas.

— ¡Dios te perdone, hijo, como yo te perdono! añadió el bondadoso sacerdote. Pero... ¿qué era de tu razon y qué de la fé y la conciencia del deber con que saliste de la tierra natal? ¿Por qué si tu fé vacilaba y tu ciencia no acertaba con el camino del cielo dejaste de acudir, como en otro tiempo hacias, á mi consejo de sacerdote y de amigo?

— Señor, esa falta es una de las más graves de mi vida, porque de ella proceden las demás. ¡El

orgullo, la vanidad, la miserable creencia de que para caminar por el mundo me bastaba la ciencia propia, me hacian creer que aquel que ántes me habia guiado era ya para mí inútil guia!

—¿Cómo pudiste pensar en desertar cobardemente de la vida?

—¡Parecíame que para mí no habia ya en ella sitio donde pudiera encontrar refugio y descanso. Habia llamado allí donde se trabaja con la inteligencia y allí donde se trabaja con los brazos, y de ambas puertas habia sido rechazado sin misericordia. Busqué en la vida otra puerta á donde llamar con esperanza de no ser rechazado de ella, y no encontré más que la del campo-santo! ¡Ah, señor, áun no ven mis ojos más puerta que esa donde pueda encontrar, no ya la gloria y la grandeza que esperé hallar bajo el gaban, sino siquiera un poco de la paz que esperé hallar bajo la chaqueta!

—¡Hijo, áun ciega el error tus ojos cuando no ves que en la vida áun hay sitio donde puedas encontrar felicidad más positiva y dulce que la que se encuentra tras las puertas donde la has buscado! Comprendo, hijo mio, tu dolorosa historia, que yo, familiarizado con las santas parábolas de Jesús, aunque incapaz de imitarlas, voy á reducir á la forma parabólica. ¡Escúchame, pobre hijo mio!

«En un valle regado de lágrimas dijeron á un viajero que en la cima del monte habia un paraíso cuyas delicias emulaban las de Eden, y tuvo deseos de ascender allá, aunque le añadieron que la ascension era larga y penosa, porque le dijeron tambien que en el valle habia quien amorosa y diestramente le guiase.

»Viajero y guía emprendieron la subida del monte, que ciertamente era difícil, porque abundaban en ella hondos precipicios donde era fácil caer, y enmarañadas selvas donde era fácil extraviarse.

»El viajero se apartaba con frecuencia del camino y del guía, movido alguna vez de la curiosidad, y otras de pasion mucho más culpable; pero dócil á la voz del guía que le llamaba con amor, tornaba al buen camino, y naturalmente cada vez se acercaba más al dichoso término de la jornada.

»Como descubriese, léjos aún, una hermosa pradera que le pareció principio de las delicias que buscaba, dijo á su guía:—«Déjame, que de tí no necesito ya, pues veo el paraíso que busco.» En vano le advirtió su guía que era sólo aparente la hermosura de aquella pradera y que áun necesitaba caminar mucho y regar de sudor y áun de lágrimas mucho camino para llegar al fin de la jornada: el viajero no dió crédito á las palabras de su guía, creyéndose más sabio que él, y conti-

nuó su camino solo, guiado únicamente por su ciego orgullo; pero sucedió que despues de vagar largo tiempo por aquellas asperezas, desgarrado y punzado de zarzas y abrojos, cayó en un hondo precipicio, donde casi moribundo reconoció y lloró su ceguedad y dió gritos llamando en su auxilio al guía que compadecido de él, se le dió y le condujo á la planicie del monte, donde encontró, si no las delicias de Eden, que desaparecieron de la tierra al aparecer el pecado, campos que regaba siempre el rocío del cielo sin dejar de regarlos á veces las lágrimas de la tierra.»

Martin, que habia escuchado con honda emocion esta parábola, exclamó al terminar el anciano:

—¡Señor tio, el insensato viajero soy yo, y el sabio y amoroso guía es usted!

—¡Quizá, hijo, seas tú el viajero, pero de cierto lo es tambien la humanidad, que viajando en busca del paraíso de la perfeccion social, toma vanas é inodoras verduras de las eras por eterno y fragante césped del paraíso, y desdeña y rechaza á Dios, su guía, creyéndose más sábia que él, hasta que se despeña en la sima de donde sólo Dios la puede sacar! Y la sacará, hijo mio, porque si es cierto que todo el que tiene don de pensar tiene don de profetizar, yo me creo autorizado á hacer una profecía, y es la de que ántes de co-

menzar el siglo vigésimo, la humanidad, salvada por Dios del hondo precipicio á donde la lleva su ciego orgullo, ha de volver á caminar, guiada de Dios, á la cima paradísica del monte, que si bien está infinitamente más baja que el cielo, tambien está mucho más alta que el valle.

—Señor, la humanidad llegará, pero yo...

—Hijo, la falta de fé es tu mayor mal. El reino de Dios, ha dicho el Evangelista, está dentro de nosotros. El reino de Dios es el paraíso.

—Señor, ¿dónde está el paraíso para mí?

—¡En tu corazon si le sabes buscar. En la vida de Dios, de la familia, de la patria y del trabajo... del trabajo modesto, asíduo y arreglado á tus fuerzas, en esa vida está la felicidad que creias ser para tí un imposible en la tierra! Llama, hijo, á esa puerta, que no te rechazarán en ella sin misericordia como en las puertas á que has llamado. Llama á esa puerta y verás cómo tras ella encuentras el dulce refugio que buscas y necesitas. ¡Hace diez años que en tu valle natal hay ojos que por tí lloran todos los dias y todos los dias se dirigen á aquella colina donde te vieron desaparecer, esperando en vano que tornes á asomar por ella!

—¡Pobre Purita! ¡Pobres tios! murmuró Martin ahogado por los sollozos.

—¡Sí, pobres todos si se llegan á convencer de

que te esperan en vano! Pero dejemos, hijo mio, declamaciones que exagera en nosotros el sentimiento y pensemos y hablemos prácticamente como lo exigen las conveniencias y necesidades de la vida. Cuando la casualidad de pasar por Urtiaga Don Tomás de Miguel de vuelta de su viaje al extranjero le recordó tu nombre y le movió á preguntar por tus parientes y á detenerse para saludarlos; cuando esta circunstancia que parece providencial, me dió á conocer tus desdichas y errores, lleno de angustia é incertidumbre tomé inmediatamente el camino de Madrid para salvarte si aún era tiempo; entónces pensé ser severísimo contigo; pero te confieso que no tengo valor para la severidad, acaso, acaso porque pienso que harto has expiado tus faltas con tus dolores! Hijo, vamos al rinconcillo del mundo donde á ambos nos esperan corazones llenos de inquietud y amor.

—Toda la gloria humana me parece que se encierra para mí en ese hermoso y amado rinconcillo; pero... ¿cómo podré vivir, cómo podré ser útil á álguien, cómo podré utilizar allí la profesion que á costa de tantos sacrificios y privaciones de ustedes he adquirido?

—¿Crees, pobre inocente, que esa profesion, cuyo principal objeto es abogar por la inocencia y el derecho, es inútil en Vizcaya? ¡Ah! ¡plu-

guiese á Dios que así fuera! No quiero aumentar tus penas ni las mias con la enumeracion de las conculcaciones de la libertad y el derecho que allí se van erigiendo en sistema; pero séame lícito recordarte que allí ni el sagrado solar de la familia, amado y protegido del código secular de las libertades vizcainas, tiene ya quien le proteja, porque leyes exóticas que parecen salidas de la inepta y sacrílega escuela que califica á la propiedad de robo, le ponen á disposicion del primer ruin especulador ó mal intencionado que tenga el antojo de alegar que encierra un poco de metal en sus entrañas subsolares! ¡Ven, hijo, ven á donde el deber y el amor te llaman y te esperan!

—¡Señor tio, exclamó Martin besando y estrechando entre sus manos la que el anciano le alargaba; bendigo la mano que me arranca del abismo y vuelvo lleno de fé, de mansedumbre y de agradecimiento á dejarme guiar y conducir por ella! . . . .

. . . .

Dos dias despues de esto, provistos, entre otras cosas, de una tremenda tortilla llena de tropezones de jamon, hecha por las pecadoras manos de la señora Juliana, se dirigian el señor cura y su sobrino hácia donde el aduladorazo de Voltaire decia que se dirigia su corazon; pero no sin ha-

ber hecho media docena de visitas. La primera fué á una sastrería, donde Martin se proveyó de un gaban, que aunque modesto, hizo exclamar á la señora Juliana cuando vió á Martin con él: «Con ese *gabilan* pareces un caballero mal comparado;» la segunda á Don Domingo, de quien el señor cura habia recibido carta (por más señas detenida en el correo por franqueo incompleto) participándole su efectuado enlace con Doña Genara; la tercera al título de Castilla, cuyos bienes de Vizcaya habia administrado el padre de Martin, razon por la que aquel señor accedió gustoso á que Martin los administrase en lo sucesivo; la cuarta á Marcoártu, que dió á Martin la grata noticia de que el ministro esperaba la vuelta de Miguel para adquirir el cuadro de la Romería; la quinta á los laureados autores del *Cuento de nunca acabar*, que con motivo del casamiento de Doña Genara, se habian mudado á la casa de huéspedes de la calle de Lope de Vega, donde los encontraron en peligro de muerte de resultas de haberlos envenenado Crispula echando al guisado unas hojas de laurel artificial, teñido de cardenillo, de la corona que les arrojaron la noche del estreno de su obra, creyendo que eran de laurel natural; y la sexta al señor Juan el Chascarrillero, á quien Martin regaló la chaqueta que el señor Juan agradeció mucho, correspon-

diendo á aquel regalo con este cuentecillo incapaz de hacer reir ni llorar á nadie que no fuese la señora Geroma:

« Un dia de canícula en que se asaban los pájaros, iban dos hombres de camino, vestidos uno de ellos de gaban y de chaqueta el otro, y ambos hala, hala, ansiando llegar á un árbol muy copudo que veian á la orilla del camino donde pensaban descansar un poco á la sombra.

—¡Por vida de brios con el gaban este! decia el de gaban sudando el quilo. Como me enfunda desde el pescuezo á las rodillas, que es precisamente lo principalito de la casa, pues contiene, entre otras dependencias, la cocina, me priva casi por completo del airecillo del Norte que empieza á soplar. No, si yo vuelvo á viajar en la canícula, no lo haré sin trocar ántes este condenado gaban por una chaqueta.

—¡Reniego de la chaqueta esta! decia á su vez el otro viajero. Como no me cubre más que desde el pescuezo á la cintura, deja que el sol me tueste desde la cintura abajo, que es precisamente lo más necesario para viajar, pues siempre se ha dicho que tripas llevan piernas. No, como en la canícula vuelva yo á ponerme en camino, no lo haré sin sustituir ántes esta pícara chaqueta con un gaban.

Renegando así los dos viajeros, el uno del ga-

ban y de la chaqueta el otro, llegaron á un mismo tiempo al pié del árbol y se detuvieron á descansar un poco á la apacible sombra. Saludáronse, y cuando cada cual envidiaba lo que vestia el otro y pensaba proponerle el cambio, repararon en un mendigo que al pié del árbol pedia limosna á los transeuntes y estaba tan miserable que ni siquiera tenia camisa.

Dieron ambos una limosna al mendigo, y llenos de compasion, le preguntaron cómo se veia reducido á tan miserable estado.

—¡Ay, señores, les contestó el mendigo llorando, aquí donde me ven ustedes sin camisa, he tenido hasta gaban de paño fino, pero por no conformarme con la chaqueta ni con el gaban, me he quedado casi en cueros vivos!

Los dos viajeros callaron y meditaron al oir esto, y poco despues continuaron su camino cada cual contento con la ropa que Dios le habia dado.»

XX.

Descansemos y recordemos.—Traje de gala.—Medio millon de rebeldes.—Estadística á ojo de buen cubero.—Una unidad rota y otra en peligro de romperse.—La fiesta titular.—Curas comparados.—Menudencias caseras.—*Ite missa est*.—Entre misa y mesa.—Banquete aldeano.—El café y el recuerdo.—Cartita de conde.—Cartaza de condiscípulo.—La resurreccion.—Las oraciones más santas.

¡Martin de Echebarría, el desterrado del hogar paterno y del rinconcillo nativo, descansa ya bajo el techo y los árboles que le dieron abrigo y sombra en la infancia! Antes de emprender la última jornada en su busca para escribir las últimas páginas de su historia, dejadnos descansar y tomar aliento pensando un poco en voz alta en un pobre niño desterrado en quien hemos pensado en voz baja mientras escribíamos la historia del desterrado de Urtiaga. ¡El corazon del poeta tiene algo de maternal, y por consecuencia de santo. Respetad sus misterios y no le pregunteis quién es este otro pobre desterrado!

Una tarde, hace cerca de siete años, estábamos en el puente de Argóbia, disponiéndonos á abandonarnos en frágiles barquillas Urumea abajo. Los últimos rayos del sol poniente ceñian con una corona de luz la gloriosa cumbre del Ernio, del monte de los crucificados cántabros. Tañidos de campanas, melodías de la vasca-tibia, cantares de aldeanas, gritos de júbilo de aldeanos que tornaban de la romería, cantos de pájaros que buscaban su nido, balidos de ovejas que respondian al balido de sus hijuelos, ruido de tolbas de molino, de martillos, de telares y de máquinas movidas por el agua ó su glorioso hijo el vapor, y allá, á lo léjos, hácia Donostía la hermosa y Fuenterrabía la heróica, el sordo rumor del mar cuyas olas se estrellaban en las rocas calcáreas del Urcúllu y el Iguer; todo esto llenaba nuestra alma no sabemos de qué dulce, solemne y santa melancolía! Tu madre, que contigo de la mano acababa de recorrer nuestros apacibles valles vascongados, nos dijo:

—¡Comprendo que querais sobre todas las cosas vivir y amar y trabajar y morir donde habeis nacido!

¡Y así diciendo, su dulce mirada, despues de vagar desde las cumbres del Aitzgorri que dominan á Castilla á las cumbres del Jaizquíbel que dominan á Francia, volvió á posarse en tí que jugabas,

alegre, feliz, inocente y hermoso, en la pradera, y entónces sus ojos se llenaron de lágrimas!

¿Eran aquellas lágrimas presentimiento maternal de tu desventura? ¡Solo Dios lo sabe! ¡Los que creemos en Dios sólo sabemos que ha proclamado la fecundidad de las lágrimas diciendo que los que siembran con ellas segarán con regocijo. Quizá te sientas llorando junto á los rios de Babilonia para tener un alto y glorioso destino en Israel!

Emprendamos ahora la última jornada para escribir las últimas páginas.

El vallecito de Urtiaga se ha vestido de gala como en aquellos tiempos en que esperaba inútilmente á su hijo Martin de Echebarría, engalanado, como decia Purita, con su traje más majo. El hermoso que viste es verde, matizado de variadas flores y perfumado con los aromas de la albahaca y los claveles de sus ventanas y balcones, de la fresa silvestre de sus prados y oteros, de los lirios y siemprevivas de sus laderas, de los frutales en flor y los rosales de sus huertos y del laurel, el alheña, la madreselva, las rosas silvestres y el jazmin de sus *estradas*. Porque sabido es que en nuestros valles cantábricos crecen y florecen espontáneamente en los setos vivos éstas y otras plantas olorosas y se enlazan con las inodoras como para prestar fresca y perfumada sombra al

que camina por las rústicas vías que llamamos *estradas*, de *sestradia* ó *estradia* que equivale á sitio donde abundan los frutales silvestres, como sucede en estos caminos vecinales, que corren entre vallados de casería en casería y de barriada en barriada por medio de las heredades mimadas y embellecidas por la inteligente y afanosa mano del labrador, á quien alegran con la promesa de recompensar su amor y su trabajo el verde maíz que se alza fresco y gallardo, coronado con un penacho de cárdenas flores, y el dorado trigo que forma suaves ondulaciones al soplo de la brisa marina.

¡Ah! ¡qué hermosos y apacibles son estos vallecitos y otros cien que desde el humilde Somorrostro hasta el caudaloso Bidasoa se esconden modestos y humildes en los regazos de las montañas, arrullados y fecundados por el riachuelo que á manera de esa muchedumbre de gentes que bajan en la canícula de las abrasadas llanuras de Castilla á buscar salud, consuelo y solaz en nuestras playas marinas y en nuestros veneros de aguas salutíferas, desciende en busca del mar desde la gran ramificacion pirenáica á cuyo pié meridional se abre el gran foso del Ebro como si Dios le hubiera destinado á reforzar este gran muro de la nunca subyugada libertad vasco-cántabra! ¡Ah! ¡qué dichosos eran estos vallecitos con su Dios, su

libertad y su trabajo cuando la discordia, mostrando unas cadenas rotas y ocultando teas, cadenas, grillos y mordazas, no habia penetrado aún en ellos usurpando el hermoso y dulce nombre de la libertad! ¡Ah! ¡qué poco debe extrañar nadie que la mayor parte de los moradores de estos vallecitos la rechacen diciéndole indignados: «no, no, tú no eres la libertad que nadie mejor que nosotros conoce, porque hace más de diez siglos que vive entre nosotros, y hasta cuando era odiada y perseguida en todo el mundo, se sentaba tranquila bajo uno de nuestros árboles, donde los grandes reyes y los grandes tiranos de Castilla le prestaban homenaje!» ¡Ah! ¡qué dolor tan grande el que los moradores de estos valles, conturbados por el horror y el espanto que les causa la audaz usurpadora del nombre de la libertad, no miren si aquellos á quienes piden auxilio y amparo tienen derecho y poder y corazon y talento para dárselos! ¡Ah! ¡qué necios y qué ciegos son algunos hijos de Castilla que con la desdeñosa sonrisa de la ignorancia, exclaman en nuestros mismos hospitalarios valles: «Castilla tiene un medio muy sencillo y fácil de domar y humillar para siempre á este medio millon de rebeldes vascongados que se empeñan en rechazar la libertad que generosamente les ofrecemos: declárelos completamente independientes y dueños de vivir y gober-

narse por sí solos, y no tardaremos en verlos acudir hambrientos de pan para el cuerpo y para la inteligencia á arrojarse humildes á los piés de Castilla, suplicándola que tenga misericordia de ellos y vuelva á tomarlos bajo su proteccion y amparo, porque ya están convencidos de que sus montes no producen más que peñas é ignorancia.»

Castilla no participa de la ineptitud de aquellos de sus hijos que la ridiculizan con estos discursos, que obtendrian honra no merecida si obtuviesen esta contestacion: «Pluguiese á Dios que Castilla hiciese el ensayo que pretendeis, no movida del ruin sentimiento del despecho y la venganza que hablan en vosotros, sino movida del noble sentimiento de la reparacion y la justicia, que es el móvil de sus acciones cuando no las extravían hijos y consejeros malos, que por desgracia no le faltan como á nuestra noble tierra. Veríais entónces cómo los moradores de estos valles y montañas vivian, como hoy y como siempre, sin mendigar el pan de nadie con los cinco millones de fanegas de cereales que á fuerza de laboriosidad é inteligencia arrancan anualmente á su quebrado y escaso suelo; con los diez millones de toneladas de hierro que pronto arrancarán de sus inagotables *veneras;* con los dos millones de arrobas de pescado que arrancan al Océano que baña las veinte leguas de su costa; con el millon

de ganados que pastan en sus campos; con los dos mil buques, grandes y pequeños, que componen su marina mercante; con los mil establecimientos fabriles, más ó ménos importantes, que en sus valles tienen por motor el robusto brazo del obrero, ó el agua ó el vapor; con los cien veneros de admirables aguas medicinales que Dios ha hecho brotar en las márgenes de sus rios; con los dos millones de cántaras de modesto y saludable licor alcohólico que extraen de sus viñedos y manzanares; con la infinita variedad de frutas, legumbres y hortalizas que produce su suelo, merced á la templanza del clima y al frecuente riego con que Dios le favorece, y sobre todo con su incansable amor al trabajo, con su sobriedad, con su espíritu industrial y su honradez que Dios recompensa y bendice en todas partes, como lo prueban las riquezas con que tornan á la patria muchísimos de los que la abandonaron en busca de ellas; con su patriotismo, con sus sábias leyes depuradas y probadas en el crisol y la piedra de toque de los siglos; con sus seculares hábitos de libertad y de obediencia á sus leyes y magistrados populares; con sus asambleas á la sombra de un árbol y con su patriarcal gobierno del pueblo por el pueblo. Sí, veríais si este medio millon de vascongados, de cuerpo robusto como los robles de sus valles y de voluntad inquebrantable como las

rocas de sus montañas, en cuyo pecho arde como hoguera inextinguible el patriotismo, y en cuyo corazon tienen altar perpétuo Dios, el honor y la familia, veríais si los vascongados que ni áun en sus mayores calamidades y tribulaciones se convierten en mendigos, ni en su tierra ni en la ajena, vivian con estos y otros recursos en sus valles y montañas sin necesidad de ir á mendigar en Castilla ni en ninguna parte pan para el cuerpo ni pan para la inteligencia.»

Pero no, ¡no plegue á Dios que el siglo XIX rompa la gloriosa y fecunda unidad política de España terminada con la Edad Media, como ya ha roto la aún más gloriosa y fecunda unidad religiosa de nuestra patria, que ya no se puede dar el santo nombre de Católica! No, no plegue á Dios que se rompa la unidad política de la tierra castellana y la tierra vascongada, unidas por el triple vínculo de la fé, de la geografía y de la historia, pues sus hijos, hasta cuando estaban regidos por constituciones políticas independientes y diversas, juntos levantaron donde quiera la enseña cristiana, juntos lucharon con el cartaginés, el romano y el agareno, juntos descubrieron, conquistaron y civilizaron un nuevo mundo, y la milenaria lengua euskára era la lengua maternal del nauta que dió á Castilla la gloria de

ser la primera que circunvalara el universo (1).

Pero no volvamos á derramar la hiel de nuestro corazon y la sombra de nuestra tristeza sobre las páginas de este libro; que las pocas que nos quedan en blanco están destinadas á fin más noble y consolador, cual es el de probar que en medio de la desolacion que ofrece con frecuencia el campo de la vida, queda un apacible rincon donde buscar descanso y amparo: este rincon es el hogar cuyos adornos más bellos son Dios, el amor y el trabajo.

Sí, el vallecito de Urtiaga está ataviado con sus mejores galas. En nuestras montañas septentrionales el cielo se oscurece y el sol se anubla con frecuencia; pero cuando se proponen el cielo vestirse de azul y el sol brillar, emulan en hermosura y pureza al cielo y al sol de las regiones más meridionales de España.

Para tornar al valle escogemos precisamente el dia de su fiesta titular, que es su dia más hermoso. Para nosotros, nacidos y criados en un vallecito parecido al de Urtiaga, este dia tiene encanto inexplicable, tiene el dulce encanto de los

---

(1) Juan Sebastian de Elcano, natural de Guetária en Guipúzcoa, que desde 1519 á 1522 fué el primero que dió la vuelta al mundo á bordo de la nave *Victoria*, por cuya gloriosa y singular hazaña le dió el emperador Cárlos V por blason un globo con el lema *Primus circumdedistime.*

recuerdos de la infancia. Ya en otra ocasion evocamos estos recuerdos (1), y vamos á reproducirlos aquí, porque ¿qué importa que el escritor se consuele evocando los recuerdos de su hogar y de su infancia, si estos recuerdos son tambien los del hogar y de la infancia de sus lectores?

¡Qué dia tan esperado y hermoso es en las aldeas, y particularmente en las vascongadas, el dia de la fiesta titular!

Cuando se acercaba el dia de la Asuncion de la Vírgen ¡qué alegría sentíamos todos, y especialmente la gente moza, y con qué interés mirábamos al cielo é interrogábamos á los inteligentes en adivinar el tiempo para saber si le haria bueno ó malo el dia de Nuestra Señora!

Llegaba por fin la víspera de este gran dia, y el asunto principal de todas las conversaciones eran los forasteros esperados en cada casa y el predicador y el tamborilero que debian llegar á la caida de la tarde.

Aquel dia las heredades estaban casi desiertas, porque hombres y mujeres se dedicaban por completo á los preparativos de la fiesta. En esta casa se mataba un carnero, en la otra una cabra, en la de allá una oveja, en la de acullá un novillo, y en todas se alborotaba el gallinero con la

(1) *Las truchas*, cuento popular de los aún no coleccionados.

acometida, cuchillo en mano, del ama de casa.

Descargábanse troncos y haces de leña seca en todas las portaladas, y hasta aquel á quien cuando todo otro dia compraba carne fresca se le preguntaba si tenia enfermo en casa, salia de la carnicería ostentando en un garabato de madera una puesta de media docena de libras.

El amo de casa, rodeado de la regocijada gente menuda, de pié en el umbral de la puerta, aguzaba con el cuchillo y envolvia luégo en estopa el extremo de un palo de á cuarta que debia servir de tapon á la barrica del vino casero que aquella tarde habia de quedar taponada y probada.

En las casas acomodadas entraba un pellejo de vino riojano, y en las demás una gran bota, ó cuando ménos un enorme jarro de lo mismo.

Al ponerse el sol sonaba el tamboril en el campo de la iglesia, como diciendo: «¡Ya estoy aquí y mañana será lo bueno!» y entónces era de oir el grito de alegría que contestaba en todo el valle al toque del tamboril.

Y por último, la alegría y la esperanza llegaban á su colmo cuando el sacristan, en vez de tocar á la oracion unas cuantas campanadas, atronaba el valle con el prolongado y estrepitoso repique de las dos campanas, á cuya voz de tenor acompañaba la de tiple de los dos esquilones fu-

riosamente volteados por los dos chicos más listos de la escuela.

¡Qué larga se hacia aquella noche áun para los más dormilones! Apenas amanecia, la aldea entera abandonaba el lecho, y de todas las chimeneas empezaba á salir el humo, que una hora despues formaba al valle blanco, azulado y trasparente dosel.

Y los forasteros que iban asomando por las montañas que dominan el valle y descendian á éste por los castañares y los robledales para buscar por heredades y estradas cada cual el dulce rinconcillo donde le esperaban, ¡qué delicias vislumbraban á través de aquella azulada gasa, delicias que para unos tenian la forma de muchachas coloraditas y querenciosas, para otros de pellejos de vino y trozos de carne, y para los demás de dulces y tiernos recuerdos de tiempos y gentes y afectos de que sólo el recuerdo quedaba en los campos y los hogares que velaba aquella nubecilla!

Todo esto habia precedido y acompañaba á la fiesta titular de Urtiaga, que debia terminar con una alegre y concurrida romería en el campo contiguo á la iglesia parroquial.

Durante la misa mayor, que era solemne y larga, pues habia empezado á las diez y á las once aún no habia terminado el sermon, en el campo habia poca gente, pero lo que en él se

veia daba indicios de que la concurrencia habia de ser numerosa más tarde. Al pié de los grandes robles y castaños y nogales habia pellejos de vino, *choznas* delante de las cuales hervian y churruchaban sobre las áscuas multitud de cazuelas y sartenes, y los *poncherías* se extendian en blanca y limpia fila por la arboleda. Finalmente, allá en lo más apartado del campo, relinchaban locamente ó guardaban juicioso silencio atadas á los troncos de los árboles ó á los arbustos de un seto que las protegia con su sombra, cabalgaduras aparejadas y enjaezadas con más ó ménos perfeccion y lujo, y tambien, un poco más allá, al lado de la carretera, algunos tílburis, lo que probaba que á la fiesta de Urtiaga habian acudido no pocos *particulares* de la villa y las aldeas cercanas (1). Entre estos forasteros se contaban no pocos curas jóvenes. Una de las cosas que más pena dan en su país al autor de este libro, es el ver que no hay romería, feria, corrida de toros ó novillos, partido de pelota ú otra fiesta popular á que no asista

(1) *Particulares* se llama en Vizcaya á las personas finas, para distinguirlas de las gentes labradoras. En las Encartaciones se ha hecho célebre un sugeto muy rústico y torpe, pero con pretensiones de fino, porque habiendo ido á una boda de un pueblo cercano, cuando regresó le preguntaron si la boda habia estado muy concurrida, y contestó: «Gente labradora habia mucha, pero particulares no habia más que yo.»



gran número de señores curas, que van hasta de pueblos muy distantes. Esta costumbre, como otras que nos disgustan, parece muy natural á la generalidad de los buenos y sencillos vascongados; pero en el mismo clero, que abunda en sacerdotes virtuosos y sensatos, hay muchos que la reprueban. El señor cura de Montellano residia á cuatro leguas de la populosa, rica y alegre villa de Bilbao, que tenia para él, además de estos atractivos, el de encerrar la mayor parte de los recuerdos de su infancia y su mocedad y el de haber en ella más de un rinconcito donde siempre se le estaba esperando, rinconcito que era el hogar de los que le respetábamos y queríamos. Una mañanita temprano, apareció al fin en la villa donde hacia cuarenta años que no habia estado, y era que aquel dia queria celebrar el cuadragésimo aniversario de su primera misa, celebrando el incruento sacrificio por el alma de los que le habian ayudado á seguir la carrera del sacerdocio, á la misma hora, en el mismo templo y en el mismo altar en que le habia celebrado hacia cuarenta años. Quisimos sus amigos retenerle en la villa siquiera hasta el dia siguiente, pero no lo conseguimos, porque nos dijo con una santa lógica que no nos atrevimos á rechazar: « Si esta noche muriese sin mis auxilios y consuelos alguno de mis feligreses, ¡qué responsabi-

lidad y qué remordimiento no quedarian sobre mi alma de sacerdote y amigo! Cuando abracé el sacerdocio, fué con pleno conocimiento de los deberes que contraia y los sacrificios que aceptaba.» Y aquella noche, como todas, hacia cuarenta años, cuando en su pobre iglesia de Santa María sonó el toque de oracion, el señor cura de Montellano, que conversaba bajo los castaños con sus feligreses que regresaban de las heredades, se descubrió la cabeza como ellos y rezó con ellos las tres Ave-Marías.

De todas las chimeneas de Urtiaga se alzaba la blanca-azul columnita de humo, ménos de una, que era la de la casa del señor cura párroco, que sin embargo estaba abierta, porque una criada respondia y daba limosna á los mendigos, que en tales dias no faltan en Vizcaya, á pesar de que son rarísimos los naturales del país que se dedican á la mendicidad.

De donde el humo se habia alzado y se alzaba con más abundancia, desde que la gente salió de misa primera, poco despues de salir el sol, era de casa del abogado, como en la aldea se llamaba hacia cuatro años á la casa que en los primeros capítulos de este libro vimos desierta y con el hogar apagado.

No, no estaba desierta ni con el hogar apagado

aquella casa cuando volvemos á ver lo que pasa en ella.

Un hermosísimo niño, rubio, sonrosado y regordete, diablea en el *carrejo* (como aquí llamamos al corredor ó pasillo interior) cabalgando en un caballito de carton con ruedas, que dice le ha traido el *padino*, y una niña de dos años escasos y no ménos rubia y hermosota arrulla con el *oba, oba* en el comedor á una muñeca, que segun deja adivinar su graciosa media lengua, es regalo reciente de la *madina.*

En el hogar de la ancha cocina arden un tronco y un monton de astillas de roble, y al amor de la llama y la brasa hierven ó frien ollas, cacerolas y sartenes en no escaso número. Las cocineras son dos muchachas que cantan como mirlos, y una señora aún de buena edad, gruesa, limpia y frescachona, que parece ser la directora, y refunfuña á cada instante con las muchachas, con otra señora jóven que anda desde el comedor á la despensa, y hasta con los niños que diablean en el corredor ó el carrejo. La señora del comedor á quien los niños llaman *amá* (1) es Purita, y la que refunfuña en la cocina es su madre Doña Rosa.

(1) *Amá*, madre. De aquí viene el nombre de ama que se dá en Castilla á la nodriza, que en vascuence se llama *aña.*



¡Ah! ¡qué diferencia entre aquella hermosa señora y la niña de catorce años á quien vimos reclinar llorando la cabecita rubia y sonrosada en el seno de Martin, hablando á éste bajito, bajito!

No tiene ya Purita la dulce gracia infantil y el suave candor de la niña que lloraba viendo partir al amado compañero de su infancia; pero en cambio tiene la dulce, la grave, la santa hermosura de la mujer que de doncella lloró, amó y esperó mucho, y esposa y madre espera y ama muchísimo más, porque los objetos de su esperanza y su amor se han multiplicado.

Ocúpase Purita en preparar la mesa con primores extraordinarios. Las flores, que siempre fueron uno de sus amores, como lo son de todas las almas delicadas y puras, embalsaman ya el comedor, distribuidas en tres preciosos ramilletes en la espaciosa mesa de forma oblonga.

—Madre, dice Purita, venga usted, que necesito consulta.

Doña Rosa acude á su llamamiento, siempre refunfuñando, no tanto porque esa es su costumbre como porque dos dudas crueles la atormentan: la de que el *gazte-errea*, que ha absorbido todos sus cinco sentidos á primera hora de la mañana, no realiza su ideal del *gazte-errea*, y la que la limo-

nada, que se los absorbe entónces, no esté en sazon á la hora de comer (1).

—Vamos á ver si á usted que lo entiende le gusta la mesa tal como la he dispuesto.

—La mesa está bien, pero ahora falta distribuir bien los asientos.

—Verá usted como yo los he distribuido: aquí á la cabecera, por supuesto, el señor tio; á su derecha, Marina; á su izquierda, Miguel; en medio, á la derecha, usted con el niño; enfrente de usted, yo con la niña, y en el extremo opuesto, frente al señor tio, Martin.

—No, á tu maridazo no le habias tú de reservar el asiento ménos cómodo, y haces bien, hija, que lo merece.

—Al señor tio, que el pobre está tan grueso, le voy á poner el sillon del escritorio de Martin.

—Y no te olvides de poner almohaditas en las sillas altas de los niños.

Un repique general de campanas y cimbalillos interrumpe el diálogo de Purita y su madre, anunciando que la gente sale de misa.

En efecto, el sordo rumor de la muchedumbre anuncia tambien que ésta desemboca en el campo de la iglesia.

(1) La limonada es una bebida helada compuesta de agua, vino, azucarillos y zumo de limon.



Momentos despues, aquel rumor se va dilatando y distribuyendo por todo el valle, cuyas arboledas y estradas y atajos de las heredades se pueblan de gentes que van en persecucion de aquello que durante toda la mañana han estado denunciando las humaredas de las chimeneas.

—*¡Amachu! ¡Amonachu* (1) ya vienen! exclaman los niños que han salido al balcon.

Los que vienen son el señor cura, una señora jóven, Miguel y Martin.

¿Quién es aquella jóven? Entre la multitud de grupos y figuras que contenia el gran cuadro de la Romería habia colocado Miguel de Lecanda dos jóvenes de distinto sexo amorosamente asidos del brazo. El jóven del cuadro era el vivo retrato del pintor, y la jóven que se apoyaba en su brazo, se parecia como un clavel á otro del mismo tallo, á la jóven que se apoya en el brazo de Miguel viniendo de la iglesia. No en vano hemos dicho que Miguel tambien tenia en el mundo su dulce rinconcillo donde le esperaban como á Martin.

Los chiquitines abandonaron caballo y muñeca para salir al encuentro de los padrinos, que eran

---

(1) ¡Madrecita! ¡Abuelita! *Aitona,* abuelo; *amona,* abuela; significan literalmente buen padre, buena madre, porque la lengua vascongada no pierde ocasion de honrar á la ancianidad.

Miguel y Marina, y del mismo modo Purita y su madre abandonaron sus importantes quehaceres para salir á lo alto de la escalera con análogo objeto.

A pesar de sus sesenta y tantos, el señor cura estaba tan hermosote, alegre y sano, que daba gloria de Dios el verle. Sólo que como estaba grueso y hacia calor y en la iglesia habia creido asfixiarse, sudaba la gota tan gorda.

—Con vuestro permiso, dijo el señor cura, disponiéndose á quitarse el alza-cuello, voy á desahogarme un poco, porque los gordos de cuerpo tenemos que ser flacos de cortesía.

Nunca hubiera el señor cura pensado en aquella infraccion de las reglas higiénicas, porque Doña Rosa y Purita profundamente alarmadas se opusieron á ello, y la primera le echó una tremenda filípica por lo poco que cuidaba de su salud, mientras le preparaba un vaso de agua fresca con un par de azucarillos y una copa de anisado, que decia con muchísima razon ser excelente refresco en tales casos.

Mientras las mujeres, inclusa Marina, la suave y querenciosa compañera de Miguel, que apenas llegó trocó la etiqueta de forastera por la familiaridad de madrina de los niños de la casa, daban la última mano á los preparativos del banquete, los hombres pasaron al escritorio de Martin á des-

cansar y hacer tiempo, como llamamos en España al deshacerlo.

Martin encontró sobre su mesa el correo, que consistia en dos cartas y tres ó cuatro periódicos.

—¡Carta del conde y de Marcoártu! exclamó con alegría examinando la letra del sobre de las cartas.

—¡Vamos á ver qué te dicen! dijeron á su vez el señor cura y Miguel, no ménos contentos que Martin de tener en tan buen dia noticias de tan buenos amigos, pues por tal tenian hasta al conde, que era el dueño de los bienes cuya administracion habia tenido el padre de Martin y al fin habia pasado á éste.

Cuando Martin se disponia á leer las cartas, apareció Doña Rosa, dando la órden imperativa de que pasaran al comedor, pues la sopa esperaba en la mesa.

En vano trataron los tres, y muy particularmente el señor cura, de dilatar un poco el cumplimiento de aquella órden, porque Doña Rosa se mostró inflexible.

—Pues dejaremos la lectura de esas cartas para los postres, dijo el señor cura, y así los tendremos sabrosos, que de seguro la de Marcoártu aventajará en amenidad y buen gusto al mismo *gazteerrea* de esta gruñona de Rosa.

—¡Muy bien pensado! contestaron Martin y

Miguel, y todos se dirigieron al comedor, donde ya los chiquitos, sentados cada cual en su sillita alta y cucharita de plata en mano, alborotaban impacientes por dar comienzo á la tarea, desoyendo las amonestaciones de la mamá y la abuelita. La comida aldeana fué espléndida, alegre, animada, cordial, y Doña Rosa pensó reventar de satisfaccion y orgullo con los plácemes que merecieron sus primores culinarios, y muy particularmente su famoso *gazte-errea*, que ciertamente era manjar que ponia en peligro los dedos.

El café se ha popularizado de tal modo en nuestras montañas, que hasta en las caserías más refractarias á toda innovacion, se usa ya. Hay en Portugalete, sobre la puerta de una casa, un rótulo que el autor de este libro lee siempre con emocion, porque encierra para él un dulce recuerdo de la infancia, aunque aquel rótulo es el vulgarísimo de CAFÉ Y VILLAR. Siendo niño el autor de este libro, fué con su madre á la villa, y leyéndole preguntó á su madre, que era una sencilla y pobre aldeana:—¿Madre, qué es café?—«Café, le contestó su madre, es una bebida que usan los caballeros.» Al pobre niño se le hicieron los dientes agua, figurándose que el café (de que nunca hasta entónces habia oido hablar) seria algo parecido á lo que más tarde se le figuraron el néctar y la ambrosía con que se achispaban y

sacaban la tripa de mal año nada ménos que un rebaño de Dioses. Ausentóse poco despues del hogar paterno, y cuando veinte años más tarde volvió á él, el primer desayuno que se le sirvió fué una taza de café con leche, que era el desayuno habitual de toda la familia! Cuando se vea á un hombre parado y hasta conmovido, leyendo la sencilla y vulgar muestra del café de Portugalete, no se pregunte quién es aquel hombre: es el autor de este libro que se prevarica por los recuerdos de su infancia, y sobre todo por los recuerdos de su madre.

Al café, en cuya preparacion era habilísima Doña Rosa, le llegó su turno, y entónces le llegó tambien á las cartas del conde y Marcoártu, á cuya lectura dió principio Martin, prestándole todos vivísima atencion.

La carta del conde era ésta:

«Mi muy estimado amigo: el dia en que llegue esta carta á Urtiaga será el gran dia anual de esa linda aldea, que tiene para mí el doble mérito de ser el solar primitivo de mi familia y de recordarme á mi buen padre, que esté en gloria, con quien la visité en mi niñez. Supongo que ese dia, siguiendo la buena costumbre del país, tendrá usted banquete aldeano, asistiendo á él su respetable señor tío y alguno de sus más queridos amigos forasteros. Queriendo yo amenizar con algun dulce su

parca y limpia mesa (como dirian ustédes los poetas, que no siempre mienten aunque tienen fama de embusteros), voy á enviársele. Los cortos bienes que tengo en ese país, y que por ser, digámoslo así, el solar de mi familia, no trocaria por una corona imperial, se habian resentido de falta de buena administracion desde que su honrado é inteligente padre de usted falleció y por consiguiente no los administraba; pero desde que usted se encargó de su cuidado, han experimentado tales mejoras y han aumentado de tal modo sus modestos rendimientos, que me creó en el deber de dar á usted una prueba de lo mucho en que estimo su celo é inteligencia por servirme, á cuyo efecto duplico desde hoy los doscientos ducados anuales con que hasta aquí retribuia la administracion de esas mis propiedades.

Deseo á usted y su buena esposa y niños mucha felicidad en su modesto y pacífico rinconcillo natal, como tambien á sus señores tios, á quienes dará mis cordiales y respetuosos recuerdos.»

Lágrimas de alegría asomaron á los ojos de todos al oir esta carta, cuya lectura terminó Martin con dificultad, porque las suyas le cegaban: con el rendimiento de la hacienda paterna, con los modestos de su bufete y con los cuatro mil cuatrocientos reales de la administracion de los bienes del conde, reunia Martin de diez á doce

mil reales, que era para él una verdadera riqueza.

— Hijo, exclamó el señor cura, ya te irás convenciendo de que la vida tenia más puertas á qué llamar en demanda de descanso y amparo que las que tú te imaginabas... Pero dejemos estas moralejas (añadió sonriendo) para despues que leas la carta de Marcoártu.

Martin leyó la carta de Marcoártu, que decia:

«Querido Martin: recibí tu estimadísima y amena carta, en que me decias, que siendo el dia de la fiesta titular de esas vuestras honradas aldeas por excelencia el dia de los recuerdos de los queridos amigos ausentes, deseabas recibir el dia de la fiesta titular de Urtiaga una larga carta mia en que te diese noticia de todos nuestros antiguos amigos y compañeros de alegrías y penas. Voy á complacerte del mejor modo posible, aunque dudo que consiga como tú la amenidad, que es una de las cosas que más debe procurar todo el que escribe.

Empiezo por darte una noticia que te llenará de pena. Yo comprendo que las pobres gentes vulgares que no tienen ojos propios para ver ni corazon propio para sentir, modifiquen de un dia para otro sus opiniones y sentimientos; yo comprendo que las gentes que tienen ojos y corazon propios para ver y sentir modifiquen y áun inviertan por completo con los años sus opiniones y

sentimientos, porque los años ilustran la inteligencia y modifican el temperamento; pero lo que no comprendo sin renunciar aquella hermosa ilusion de toda mi vida, que consistia en creer que allí donde hay inteligencias ilustradas no puede haber corazones ingratos ni tornadizos, es que gentes que piensan y sienten, y tienen derecho á pensar y sentir por sí propias, cambien de repente de opinion y sentimiento, ó lo que es lo mismo, muerdan y escupan hoy la mano que ayer besaban y bendecian. Pues has de saber que la mayor parte de tus concolonos y amigos, de aquellos que abominaban todas las inepcias y apostasías filosóficas y políticas, querian vivir y morir en la serena region de la literatura y el arte, glorificaban en sus obras á Dios, la familia y el trabajo, y entonaban entusiastas cantos al jefe del Estado como expresion de su amor al mismo jefe ó como expresion de su amor al principio de autoridad que representaba; pues has de saber, repito, que la mayor parte de tus concolonos y amigos han apostatado de repente de su filosofía, de su política y de su amor, poniéndose al nivel del vulgo más astroso de cuerpo y de alma. Unos, como Julian Lopez, escriben papeluchos satíricos en que se insulta y escarnece á toda autoridad y se halagan todas las pasiones aviesas y disolventes del vulgo desenfrenado. Otros, encaramados

en la gacetilla de los periódicos de la situacion y áun en el palco escénico, arrojan suciedades y calumnias al rostro de los vencidos, prevalidos de que éstos no tienen libre la punta de la bota para devolvérselas al cuerpo. Otros, sabedores de que Dios no acostumbra á andar á garrotazos, y olvidándose de que Dios castiga sin palo, se dedican á propalar que no hay tal Dios ni tal calabaza, y que todos los que le representan en la tierra son unos canallas y embaucadores. Otros se mueren de amores por el nuevo jefe del Estado y su Estado mayor. Otros tienen ya posesiones. Otros tienen ya distrito. Algunos, como el presidente Perico, son ya condes ó marqueses. Y el que ménos es excelentísimo señor.

No te digo más, querido Martin, de lo que por aquí pasa, porque supongo que esta carta la has de leer de sobremesa, y no quiero que se pongan coloradas las señoras ni el señor cura oiga cosas que nunca ha oido en el confesonario, ni los niños aprendan cosas malas.

El señor Juan el Chascarrillero, la señora Geroma y sus hijos, todos están tan alegres y tan guapos, aunque me temo que el señor Juan tenga el mejor dia un disgusto muy gordo, pues le tienen mucha rabia los directores de una sociedad, ó cosa así, que se titula *La liquidacion social*, porque dicen que está dando tan mal ejemplo al pro-

letariado del barrio con su vida y sus cuentos, que muchísimos de los socios se han salido ya de la sociedad. Por lo demás, siempre el mismo. Dias pasados me detuve á saludarle en su portal, y como me preguntase si era cierto que los papeles venian llenos de noticias de robos, asesinatos, motines, atropellos é ilegalidades, le contesté que por desgracia todo eso abundaba en España.— Pues yo no sé, me dijo, cómo á los jesuitas que saben tanto y tanto procuran llevar almas al cielo, no les ha ocurrido que hay un medio muy sencillo para que se conviertan en santos todos los españoles.—¿Qué medio es ese, señor Juan? —Uno sencillísimo: córrase la voz de que en el cielo se ha hecho una magnífica plaza de toros y se ha contratado para dar corridas en ella la mejor cuadrilla del mundo, y verá usted como no hay un español que no se convierta en santo para poder ir al cielo.

Pepe Martinez se ha ido á su tierra, de donde me escribe que se encuentra muy bien al calorcillo de la familia, escribiendo versos y prosas que le pagan, lo que es posible pagar hoy en España los trabajos literarios, los pocos editores que hoy publican libros ó periódicos decentes. El pobre no podia subsistir en Madrid sólo de la literatura. Escribió una comedia muy buena, que le hubieran hecho y hubiera alborotado si le hu-

biera entremetido como le aconsejaban muchos, incluso el empresario, unos piropos á un caballero *impatriado* y unas insolencias á una señora expatriada; pero no quiso, y él se lo perdió, porque no le hicieron la comedia.

Don Domingo y su mujer doña Genara han puesto una casa de préstamos, en que desuellan vivos á los parroquianos, porque dicen que no se hallaban sin hacer algo. Es muy posible que al fin y al cabo se vayan por allá, porque ya sabes que Don Domingo siempre ha tenido mucho afecto á su país natal, y dice que seria un buen negocio una casa de préstamos al pié de las veneras de Triono, si esos señores Ibarra y demás industriales de las minas no tuvieran la mala costumbre de adelantar sin lucro los recursillos que necesitan braceros y acarreadores.

Yo sigo con mi bufete abierto, pero apenas tengo más que causas de pobres. Por cierto que últimamente me proporcionó una de ellas ocasion de conocer á la tabernera que tuviste de patrona cuando trocaste el gaban por la chaqueta. Un jefe de órden público, llamado, no sé si por mal ó buen nombre, Medio-ladron, que segun ella estuvo preso por hurto y segun él lo estuvo por su amor á la libertad, le tiene ojeriza, y me tocó defenderla y sacarla á salvo de una injusta acusacion en que la habia envuelto aquel funcionario. Con-

tándome la buena mujer (que la tengo por buena á pesar de su mala lengua) las vidas y milagros del tal patriota, que fué su huésped, saliste tú á relucir, y cuando le dije que eras condiscípulo y amigo mio, se echó á llorar de ternura.

Voy alguna que otra vez por la tertulia de la generala, cuya sociedad no me gusta, porque allí abunda el elemento fronterizo. No me gustan los que están en la frontera: ¡atrás ó adelante! La generala seria una mujer admirable por lo discreta y lo buena, sino hubiera tenido la desgracia de nacer y crecer y vivir donde y con quien nació y creció y vive. Allí se habla con frecuencia y cariño de tí y de Lecanda, y hasta de tu mujer y tus chiquitines, celebrando todos que seais felices en vuestro país, deseando las morenas que Dios te dé una chiquita trigueña á ver si la cantas con tanta gracia como has cantado á las rubias, y sintiendo el ex-ministro no haber tenido ocasion de reparar en su testamento ministerial su injusticia para contigo, haciéndote aunque fuera juez de primera instancia, pues algunos lo son valiendo á lo más, lo más para sargentos de carabineros, como la tuvo de reparar su injusticia para con Lecanda, dándole dos mil duros por el cuadro de la Romería, que todos admiran en el ministerio, reconociendo que aquella adquisicion fué una de las cosas mejores que hizo el ministro.

Me ensanchó y refrescó el corazon tu carta con la pintura que me hacias de la modesta y tranquila dicha que Miguel y tú gozais en el país nativo, unidos cada cual con la que allí le esperaba, y no ambicionando más de lo que teneis, es decir, casi, casi aquello que dice una copla de vuestra tierra:

Una heredad en un bosque,
una casa en la heredad
y en la casa pan y amor,
¡Jesús, qué felicidad!

Supongo que Miguel y su dulce parejita estarán entre nuestros amados oyentes cuando leas en alta voz esta pesada carta. A todos envío mi afectuoso saludo, empezando por tu venerable señor tio y continuando por aquella que dejaste:

Boton de rosa suave
virginal y perfumado,
que comenzaba á entreabrirse
y á revelar sus encantos,
y hoy será rosa temprana
que envidiarán las de Mayo (1).»

Es inútil encarecer el interés y hasta la emocion con que Martin leyó y todos oyeron esta carta.

(1) *Libro de las montañas.* Boton de rosa.

Decimos mal al decir que todos la oyeron: los chiquitines se habian largado al carrejo así que comenzó la lectura epistolar, y allí correteaban y reian gloriosamente haciendo cabalgar á la muñeca en el caballito de ruedas.

— Martin, dijo el señor cura, ¿recuerdas aquel dia en que lloraste viendo un hogar sin fuego, un escaño y un taburete vacíos y una casa sin niños que riesen y jugasen en ella?

— Señor tio, ¡no lo he de recordar! contestó Martin arrasándosele los ojos en lágrimas de gozo.

— Pues bien, hijo: en el hogar hay fuego, en el taburete se sienta una amante y solícita madre y esposa, en el escaño preside un honrado padre y esposo las dulces asambleas de la familia, y en la casa juegan y rien hermosos niños.

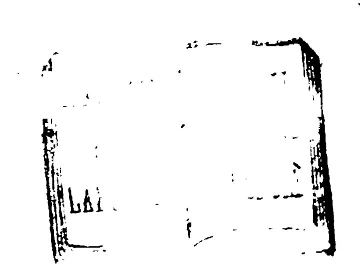
Los dulces ojos de Purita y los de Doña Rosa y los de todos se arrasaron en lágrimas como los de Martin.

— Todo lo que habia muerto, continuó el señor cura, ha resucitado, porque esa resurreccion es ley de la naturaleza, que se cumple siempre que el hombre no la contraría, contrariando la santa voluntad de Dios. En el cielo hay quien viendo esta renovacion se regocija y exclama: «¡Señor, nosotros te bendecimos por la alegría y la dicha que has devuelto al honrado hogar que dejó triste y desierto nuestra ausencia!» Hijos mios, unamos

nuestro acento al de los que así bendicen á Dios, para bendecirle tambien por la felicidad que nos concede.

Y tras estas palabras del señor cura, todos alzaron corazon y ojos al cielo, y oraron llorando, que es casi, casi tan santo modo de orar como el orar trabajando.

FIN.








Biblioteca de Catalunya
Adq. C-Tus
CB. 1001116373
Top. Tus-8
4705
Digitized by Google
Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

